

JENNIFER DONNELLY

HER

LA BELLEZA

NO SIEMPRE

ES BON

MA

NAS

TRA

PARA TODO EL QUE ALGUNA VEZ
HAYA DUDADO DE SU VALÍA

Este es un cuento oscuro. Un cuento lúgubre.

Es un cuento de otra época, de un tiempo en el que los lobos esperaban a las niñas en el bosque, las bestias se paseaban por los salones de los castillos malditos y las brujas acechaban en casas de pan de jengibre con tejados espolvoreados de azúcar.

Esa época quedó atrás.

Sin embargo, los lobos siguen aquí y son el doble de listos. Las bestias, también. Y la muerte todavía se oculta en el polvo blanco.

Es un tiempo sombrío para cualquier niña que tome el sendero equivocado.

Más aún si la niña se pierde.

Sabed que es peligroso desviarse del camino.

Pero más peligroso es no hacerlo .

PRÓLOGO

Érase que se era y nunca más será, en una antigua ciudad junto al mar, tres hermanas que trabajaban a la luz de las velas.

La primera era una doncella. Su pelo, largo y suelto, era del color del sol de la mañana. Llevaba un vestido blanco y un collar de perlas. En sus esbeltas manos sostenía unas tijeras doradas que usaba para cortar tiras del mejor pergamino.

La segunda, una madre rolliza y fuerte, lucía un vestido carmesí y unos rubíes le adornaban el cuello. Su pelo rojo, tan intenso como un atardecer de verano, estaba recogido en una trenza. Sostenía una brújula de plata.

La tercera era una vieja jorobada y astuta. Su vestido era negro; su único adorno consistía en un anillo de obsidiana con una calavera grabada. Llevaba el cabello, blanco como la nieve, recogido en un moño. En sus dedos torcidos y manchados de tinta sostenía una pluma.

Los ojos de la vieja, como los de sus hermanas, eran de un gris inhóspito, frío e implacable como el mar.

Al oír un trueno repentino, alzó la vista de la larga mesa de madera a la que se sentaba y miró hacia las puertas abiertas del balcón. Una tormenta descargaba su furia sobre la ciudad. La lluvia azotaba los tejados de los grandes palacetes. Los relámpagos hendían la noche. En todas las torres de las iglesias, las campanas daban la alarma.

—Las aguas suben —dijo—. La ciudad se inundará.

—Estamos muy por encima del nivel del mar. No puede tocarnos. No puede detenernos —dijo la madre.

—Nada puede detenernos —añadió la doncella.

—Él puede —repuso la vieja, entornando los ojos.

—Los criados vigilan —dijo la madre—. No entrará.

—Quizá ya lo haya hecho —dijo la vieja.

Ante aquellas palabras, la madre y la doncella levantaron la mirada. Sus ojos cautelosos volaron por la habitación cavernosa, pero no vieron ningún intruso, solo a sus criados con capas y capuchas, ocupados en sus tareas. Aliviadas, regresaron a su labor, aunque la anciana siguió vigilante.

Las hermanas se dedicaban al oficio de la cartografía, pero nadie acudía nunca a comprar sus mapas, ya que no podían venderse a ningún precio.

Todos se dibujaban con suma exquisitez, usando las plumas de un cisne negro.

Todos se coloreaban con suntuosas tintas preparadas con mezclas de índigo, oro, perla molida y otras cosas... Cosas mucho más difíciles de encontrar.

Todos usaban el tiempo como unidad de medida, no la distancia, puesto que cada mapa trazaba el curso de una vida humana.

—Rosas, ron y perdición —masculló la vieja, que olisqueaba el aire—. ¿No oléis? ¿No lo oléis?

—No es más que el viento —la tranquilizó la madre—. Lleva consigo los aromas de la ciudad.

Sin dejar de mascullar, la vieja mojó la pluma en un tintero. Las velas titilaban en sus candelabros de plata mientras ella dibujaba el paisaje de una vida. Un cuervo, negro como el azabache y de ojos relucientes, descansaba sobre la repisa de la chimenea. Contra una de las paredes había un alto reloj de caja de ébano; su péndulo, una calavera humana, se balanceaba despacio, adelante y atrás, contando los segundos, las horas, los años, las vidas.

La habitación tenía forma de araña. El espacio de trabajo de las hermanas, en el centro, era el cuerpo de la criatura. Largas hileras de imponentes estantes partían del centro como las numerosas patas de una araña. Las puertas de cristal que daban al balcón se encontraban en uno de los extremos del cuarto; un par de puertas de madera tallada acechaban al otro.

La vieja terminó su mapa. Acercó una barrita de cera roja de sellar a la llama

de una vela y dejó que goteara sobre el pie del documento, para después apretar la cera con su anillo. Una vez que se hubo endurecido el sello, enrolló el mapa, lo ató con una cinta negra y se lo entregó a un criado. El criado, que portaba una vela para iluminar el camino, desapareció por uno de los pasillos para colocar el mapa en su estante.

Fue entonces cuando sucedió.

Otro criado, con la cabeza gacha, pasó entre la vieja y las puertas abiertas del balcón que tenía detrás. Al hacerlo, una ráfaga de viento sopló sobre él y bañó la habitación de un intenso aroma a humo y especias. A la vieja se le abrieron las aletas de la nariz. Se giró al instante.

—¡Tú! —exclamó mientras se abalanzaba sobre él. Su mano, que parecía una zarpa, lo agarró por la capucha. Al caer esta, vieron a un joven de ojos color ámbar, piel oscura y largas trenzas negras—. ¡Detenedlo! —siseó.

Una docena de sirvientes corrieron a atrapar al hombre, pero, al acercarse, otra ráfaga de viento apagó las velas. Cuando consiguieron

cerrar las puertas y encenderlas de nuevo, lo único que quedaba del joven era su capa tirada en el suelo.

La vieja daba vueltas por el cuarto gritando a los criados. Con sus capas tras ellos cual alas, registraron las polvorientas filas de estanterías en busca del intruso. Un segundo después, el hombre salió corriendo de detrás de uno de los estantes y se detuvo a poca distancia de la vieja. Siguió corriendo hacia las puertas de madera y, frenético, intentó abrirlas, pero estaban cerradas con llave. Maldiciendo entre dientes, se volvió hacia las tres hermanas, esbozó una sonrisa caprichosa y se inclinó ante ellas.

Iba vestido con una levita celeste, bombachos de cuero y botas altas. De una oreja le colgaba un aro de oro; de la cadera, un alfanje. Su rostro era tan bello como la alborada, y su sonrisa, tan cautivadora como la medianoche. Sus ojos prometían el mundo y todo lo que en él se encontrase.

No obstante, su belleza no impresionaba a las hermanas. Una a una, hablaron.

—Suerte —siseó la doncella.

—Riesgo —escupió la madre.

—Peligro —rugió la vieja.

—Prefiero Azar. Suena mejor —respondió el hombre, y les guiñó un ojo. —Hacía mucho tiempo que no nos visitabas —dijo la vieja.

—Debería pasarme por aquí más a menudo —respondió Azar—. Siempre es un placer visitar a las Parcas. Sois tan espontáneas, tan impredecibles... Este sitio es una fiesta. Una bacanal en toda regla. Es taaan divertido...

Unos cuantos criados salieron de entre las estanterías, con los rostros rojos y sin resuello. Azar sacó el alfanje de su funda. La hoja reflejó el brillo de la luz de las velas. Los criados dieron un paso atrás.

—¿De quién es el mapa que has robado esta vez? —preguntó la vieja—. ¿Qué emperador o qué general ha suplicado tu favor?

Todavía con el alfanje en una mano, Azar usó la otra para sacarse un mapa de la levita. Tiró de la cinta con los dientes y le dio una sacudida al pergamino, que se desenrolló. Lo sostuvo en alto. Mientras las tres mujeres lo miraban, sus expresiones pasaron de la ira al desconcierto.

—Veo una casa, la *Maison Douleur*, en la aldea de Saint-Michel —dijo la vieja.

—Es el hogar de... —dijo la matrona.

—Una muchacha. Isabelle de la Paumé —concluyó la vieja.

—¿Quién? —preguntó la doncella.

—¿Todo este lío por una simple muchacha? —preguntó la vieja, que miraba a Azar con atención—. No es nadie. No es ni bella ni ingeniosa. Es egoísta. Mala. ¿Por qué ella?

—Porque no puedo resistirme a un reto —contestó Azar. Después enrolló de nuevo el mapa con una mano, apoyándose en el pecho, y volvió a guardárselo en la levita—. Y ¿qué muchacha no elegiría lo que le ofrezco? —Se señaló, como si ni siquiera él pudiera creerse lo irresistible que era—. Le daré la oportunidad de cambiar su destino. La oportunidad de crear su propio camino.

—Idiota —dijo la vieja—. No entiendes nada de los mortales. Las Parcas trazamos el curso de sus vidas porque es lo que ellos desean. A los mortales no les gusta la incertidumbre. No les gusta el cambio. El cambio da miedo. El cambio es doloroso.

—El cambio es un beso en la oscuridad. Una rosa en la nieve. Un camino del bosque en una noche ventosa —respondió Azar.

—Los monstruos viven en la oscuridad. Las rosas mueren en la nieve. Las niñas se pierden en los caminos del bosque —repuso la vieja.

Pero nada disuadía a Azar. Enfundó el alfanje y extendió la mano. Como por arte de magia, una moneda dorada apareció entre sus dedos.

—Os propongo una apuesta.

—Vas demasiado lejos —gruñó la vieja mientras la ira se arremolinaba como una tormenta en sus ojos.

Azar le lanzó la moneda. Ella la atrapó en el aire y la dejó caer de golpe sobre la mesa.

La tormenta descargó su furia.

—¿Crees que con una moneda se paga lo que has desatado? —bramó ella—. Un señor de la guerra arrasa Francia. La muerte recoge una cosecha de huesos. Un reino se tambalea. ¡Todo por tu culpa!

Azar perdió la sonrisa. Su deslumbrante bravuconería vaciló durante unos segundos.

—Lo arreglaré. Lo juro —les aseguró.

—¿Con el mapa de... esa muchacha?

—Antes era valiente. Era buena.

—Tienes la cabeza más hueca que tus promesas —dijo la vieja—. Abre de nuevo el mapa. Esta vez, léelo. Mira lo que le ocurre.

Azar lo hizo. Sus ojos siguieron el camino de la muchacha por el pergamino. Se quedó sin aliento al ver su final..., las manchas y las sombras, las líneas violentas. Sus ojos buscaron los de la vieja.

—Este final... No es... No puede ser...

—¿Todavía te ves capaz de arreglarlo? —se burló ella.

Azar dio un paso hacia ella, con la barbilla alzada.

—Te ofrezco una apuesta arriesgada. Si pierdo, jamás volveré a este palacete.

—¿Y si pierdo yo?

—Me permitirás quedarme el mapa. Permitirás que la muchacha sea la que dirija sus propios pasos para siempre jamás.

—No me gusta ese riesgo —dijo la vieja. Después agitó la mano, y sus criados, que se habían estado acercando a Azar muy despacio, se abalanzaron sobre él. Algunos llevaban también alfanjes. Azar estaba atrapado. O eso parecía.

—No albergues esperanzas de huir, no las hay. Devuélveme el mapa —le ordenó la vieja, que alargó la mano.

—Siempre hay esperanza —respondió Azar, y se guardó el mapa otra vez en la levita.

Corrió unos cuantos pasos, dio una voltereta por encima de las cabezas de los criados y aterrizó sobre la mesa de trabajo con la gracia de una pantera. Después corrió por ella y, cuando llegó a su extremo, saltó al suelo y corrió hacia el balcón.

—¡Estás atrapado, canalla! —le gritó la vieja—. ¡Estamos a tres plantas de altura! ¿Qué vas a hacer? ¿Saltar por encima del canal? ¡Ni siquiera tú tienes tanta suerte!

Azar abrió de un tirón las puertas y se subió a la barandilla del balcón. Había dejado de llover, aunque el mármol seguía mojado y resbaladizo. El cuerpo se le movía adelante y atrás. Agitaba los brazos como un molinillo. Justo cuando parecía segura su caída, consiguió estabilizarse y mantener

un precario equilibrio sobre las puntas de los dedos de los pies.

—El mapa. Ahora —le exigió la vieja.

La anciana había salido al balcón y estaba a poca distancia de él. Sus hermanas se le unieron.

Azar miró a las Parcas y después dio una voltereta en el aire. La vieja dejó escapar un grito ahogado y corrió a la barandilla, con sus hermanas pisándole los talones. Esperaban verlo ahogarse en las revueltas aguas de abajo.

Pero no fue así. Estaba tumbado boca arriba, acunado en el toldo de una góndola. La barca se balanceaba con violencia de un lado a otro, pero Azar estaba bien.

—¡Reme, mi querido amigo! —le pidió al gondolero. El hombre obedeció. La barca se alejó del *palazzo*.

Azar se sentó y lanzó a las Parcas una mirada que brillaba más que un diamante.

—¡Ahora tenéis que aceptar la apuesta! ¡No tenéis elección! —gritó.

La góndola se hacía cada vez más pequeña a medida que se alejaba por el canal. Un instante después, tomó una curva y desapareció.

—Este asunto no es nada bueno —comentó la vieja en tono lúgubre—. No podemos permitir que los mortales tomen sus propias decisiones. Cuando lo hacen, el resultado es desastroso.

La doncella y la madre regresaron al interior de la habitación. La vieja las siguió.

—Preparad un baúl —le ladró a un criado—. Necesitaré plumas y tintas... — Su mano flotó por encima de las botellas de la mesa. Se decidió por un ébano intenso—. «Miedo», sí. «Celos» también me resultará útil — añadió mientras seleccionaba un verde venenoso.

—¿Adónde vas? —preguntó la doncella.

—A la aldea de Saint-Michel.

—¿Vas a evitar que Azar se gane con su sonrisa a la muchacha? — preguntó la madre.

La vieja suspiró con tristeza.

—No, no puedo. Pero haré lo que siempre hemos hecho las Parcas: evitaré que a la muchacha le sonría el azar.

UNO

En la cocina de una gran mansión, una muchacha estaba sentada con un cuchillo en la mano.

Se llamaba Isabelle. No era guapa.

Acercó la hoja del cuchillo a las llamas del fuego que ardía en la chimenea. Detrás de ella, tirada en otra silla, semiinconsciente, estaba su hermana Octavia.

El rostro de Octavia exhibía una palidez mortal. Tenía los ojos cerrados. La media que le cubría el pie derecho, antes blanca, ahora estaba roja de sangre. Adélie, la vieja niñera de las hermanas, se la quitó y ahogó un grito. El talón de Octavia había desaparecido. La sangre brotaba de la fea herida que ocupaba su lugar y se encharcaba en el suelo. Aunque la joven intentó reprimirlo, se le escapó un gemido de dolor.

—¡Calla, Tavi! —la regañó *maman*—. ¡Que te va a oír el príncipe! Solo porque tú hayas perdido tu oportunidad no significa que tu hermana deba perderla también.

Maman era la madre de las chicas. Estaba de pie junto al fregadero, lavando la sangre de un zapato de cristal.

El príncipe había llegado a su casa en busca de la dueña del zapato. Tres días antes se había pasado toda la noche bailando con una joven preciosa en una fiesta de disfraces, y se había enamorado de ella. Sin embargo, cuando el reloj dio las doce, la joven huyó dejando atrás como único recuerdo un zapato de cristal. El príncipe juró casarse con la dueña del zapato. Con ella y con nadie más.

Maman estaba decidida a que una de sus hijas fuera aquella muchacha. Había recibido al príncipe y su séquito en el vestíbulo, y le había solicitado permiso para que Isabelle y Octavia se probaran el zapato en la intimidad, por respeto a la modestia de las doncellas. El príncipe había aceptado. El gran duque le había ofrecido a *maman* un cojín de terciopelo, y ella había cogido con cuidado el zapato y se lo había llevado a la cocina. Sus hijas la siguieron.

—Deberíamos haber calentado la hoja para Tavi —se lamentaba ahora su madre—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? El calor abrasa los vasos sanguíneos. Detiene la hemorragia. En fin, a ti te irá mejor, Isabelle.

Isabelle tragó saliva.

—Pero, *maman*, ¿cómo voy a caminar? —preguntó sin alzar la voz.

—¡Niña tonta! No te hará falta. Irás en una carroza dorada. Los criados te subirán y te bajarán.

Las llamas lamían la hoja plateada, que se puso roja. Isabelle, muerta de miedo, abrió mucho los ojos. Recordó a un semental, ya perdido, al que quería mucho.

—Pero, *maman*, ¿cómo voy a galopar por el bosque?

—Ha llegado el momento de olvidarse de las ocupaciones infantiles —respondió su madre mientras secaba el zapato—. Estoy en la bancarrota por haber intentado atraer pretendientes para tu hermana y para ti. Los vestidos bonitos y las joyas buenas cuestan una fortuna. La única esperanza de una joven en esta vida es encontrar un buen marido, y no hay mejor partido que el príncipe de Francia.

—No puedo hacerlo —susurró Isabelle—. No puedo.

Maman dejó el zapato de cristal. Se acercó a la chimenea y tomó el rostro de Isabelle entre las manos.

—Escúchame, niña, y escúchame con atención. El amor es dolor. El amor es sacrificio. Cuanto antes lo aprendas, mejor.

Isabelle cerró con fuerza los ojos. Negó con la cabeza.

Maman la soltó. Guardó silencio un momento. Cuando por fin habló, su voz era fría, pero sus palabras hervían.

—Eres fea, Isabelle. Sosa. Más tosca que una hogaza de pan. Ni siquiera logré convencer al zoquete patizambo del hijo del maestro para que se casara contigo. Ahora tenemos a un príncipe al otro lado de la puerta, ¡un príncipe, Isabelle! Y lo único que debes hacer para conseguirlo es cortarte unos cuantos dedos. Nada más que unos cuantos dedos inútiles...

Maman blandía la vergüenza como un asesino blande una daga y la clavaba justo en el corazón de su víctima. Ganaría; siempre ganaba. Isabelle lo sabía. ¿Cuántas veces se había cortado alguna parte de sí misma porque se lo pedía su madre? La parte que se reía demasiado fuerte. La que cabalgaba demasiado deprisa o saltaba demasiado alto. La parte que deseaba repetir, servirse más salsa o comerse un trozo de tarta más grande.

«Si me caso con un príncipe, seré una princesa —pensó Isabelle—. Y, algún día, la reina. Y nadie volverá a atreverse a llamarme fea».

Abrió los ojos.

—Buena chica. Sé valiente. Sé rápida —dijo *maman*—. Corta por la articulación.

Isabelle sacó la hoja de las llamas.

E intentó olvidar el resto.

DOS

El dedo pequeño fue el más difícil.

Lo que no la sorprendió. A menudo son las cosas pequeñas las que más duelen: una mirada fría, una palabra cortante, unas risas que se interrumpen cuando entras en la habitación...

—Sigue —la urgió su madre—. Piensa en lo que ganaremos: ¡un príncipe para ti, puede que un duque para Tavi y un hogar para todas nosotras en el palacio!

Isabelle percibía la desesperación en la voz de su madre. Sabía que la modista había dejado de fiarles y que la carnicera había enviado a un mozo a la casa con la cuenta que tenía pendiente. Agarró con más fuerza el cuchillo y terminó lo que había empezado.

El dolor cegador, el olor a carne quemada y la visión de sus dedos tirados en la chimenea eran tan horribles que, por unos segundos, Isabelle creyó desmayarse; pero entonces Adélie se puso a su lado y la calmó con sus manos amables y sus palabras de cariño.

Le llevaron un paño de suave algodón. Unas medias blancas nuevas. Brandy. Y el zapato de cristal.

Maman se lo entregó.

—Póntelo. Deprisa.

Isabelle lo cogió. Le pesaba en las manos y estaba frío al tacto. Al metérselo en el pie, el dolor la desgarró con sus dientes afilados y salvajes. Le subió por la pierna y le recorrió el cuerpo hasta sentir que se la comían viva. Perdió el color en el rostro. Cerró los ojos y se aferró a los brazos de su silla.

Aun así, cuando *maman* le ordenó que se levantara, Isabelle lo hizo. Abrió los ojos, respiró hondo y se puso de pie.

Isabelle consiguió aquella hazaña imposible porque tenía un don, un don mucho más valioso que una cara bonita o unos pies delicados.

Isabelle tenía una voluntad de hierro.

Ella desconocía que aquel don fuera algo bueno en una mujer, puesto que todo el mundo le había asegurado siempre que no, que era algo espantoso. Todo el mundo decía que las mujeres decididas acababan mal. Que una mujer debía plegarse a los deseos de los que sabían lo que era

mejor para ella.

Isabelle era joven, solo tenía dieciséis años; todavía no había aprendido que todo el mundo es idiota.

TRES

Cada paso era una tortura.

A medio camino por el pasillo que iba de la cocina al vestíbulo, Isabelle vaciló. Oyó un gemido débil. ¿Había sido su hermanastra?

—Es Ella —dijo *maman* en tono lúgubre—. Deprisa, Isabelle. Debemos terminar este asunto. ¿Y si el príncipe la oye?

Justo antes de que llegara el príncipe, Isabelle había encerrado a Ella en el desván. Su hermanastra había llorado. Le había suplicado que la soltara. Quería ver al príncipe. Quería probarse el zapato de cristal.

«No seas ridícula —le había respondido Isabelle—. Ni siquiera fuiste al baile. No nos avergüences con tu andrajoso vestido».

Fue una crueldad. Lo supo incluso antes de cerrar la puerta con llave, pero eso no la detuvo. Ya nada la detenía. «Por Dios bendito, ¿en qué me he convertido?», pensó mientras oía otro gemido lejano.

Maman le lanzó una mirada penetrante, tan penetrante que Isabelle sintió que la veía por dentro.

—Déjala salir, Isabelle, venga —dijo—. El príncipe le echará un vistazo y se enamorará perdidamente, como todos los hombres que la ven. ¿Quieres ser amable o quieres al príncipe?

Isabelle intentó dar una respuesta, pero no la encontró. Las opciones que le daba *maman* le encajaban tan mal como el zapato. Por su cabeza pasó una imagen, un recuerdo de tiempo atrás. Tavi, Ella e Isabelle jugaban bajo el viejo tilo que daba sombra a la mansión.

Un carruaje se paró en el patio. Dos hombres, socios del padre de Ella (el padrastro de Isabelle y Tavi) salieron de él. Como se trataba de hombres afables y educados, se detuvieron a charlar con las niñas, aunque lo que sucedió a continuación lo cambió todo.

Isabelle habría deseado volver atrás en el tiempo. Habría deseado evitar lo

que dio comienzo aquel día, pero no sabía cómo.

Y ya era demasiado tarde.

«¿Quién nos enfrentó, Ella? —se preguntó—. ¿Fueron aquellos hombres? ¿Fue *maman*? ¿O fue todo este mundo cruel?».

CUATRO

—Apoya el peso en el talón. Eso te ayudará con el dolor —le aconsejó *maman*—. Venga, date prisa.

Le dio unos pellizcos en las mejillas para devolverles el color, y juntas siguieron recorriendo el pasillo.

El príncipe, el gran duque y los soldados que los acompañaban estaban en el vestíbulo, esperándola. Isabelle sabía que no debía fracasar como había hecho su hermana.

Tavi había engañado a todos en un primer momento, pero, al salir de casa camino del carruaje del príncipe, el talón le sangraba tanto que dejó huellas de color carmín en el suelo.

Estaban todos tan emocionados que nadie se fijó en el rastro de sangre. Sin embargo, cuando Tavi se acercaba al carruaje, una paloma blanca bajó volando del tilo, se posó en el hombro del príncipe y cantó:

«¡Sangre en el suelo! ¡Sangre en el pie!
¡Esta chica falsa y cruel te quiere perder!».

El príncipe había palidecido al ver tanta sangre. El gran duque, un hombre patilargo y de aspecto lobuno, se enfureció al descubrir que habían engañado a su soberano. Exigió a *maman* que le devolviera el zapato de cristal, a lo que ella se negó. Insistió en que Isabelle también tenía derecho a probárselo, puesto que el príncipe había decretado que todas las doncellas del reino podían hacerlo.

—¿Estás lista? —le susurró *maman* al oído al acercarse al vestíbulo.

Isabelle asintió y se acercó a saludar al príncipe. Lo había atisbado en el baile, aunque solo de lejos, y cuando llegó a la mansión, *maman* la había llevado a la cocina a toda prisa.

Ahora, a pocos metros de él, veía que sus ojos eran del color azul de un cielo de verano y que su pelo rubio (largo, suelto y rebelde sobre los hombros) tenía mechones de oro puro. Era alto y ancho de hombros. Estaba ruborizado.

Al mirarlo, Isabelle olvidó la herida, el dolor y su propio nombre. Se quedó sin habla del asombro. Tan guapo era.

El príncipe también guardó silencio. Miraba fijamente a Isabelle, examinando cada plano y ángulo de su rostro.

—Ah, ¿ves eso? ¡Reconoce a su verdadero amor! —ronroneó *maman*.

Isabelle se encogió ante la mentira de su madre. En el baile todos lucían máscaras que les cubrían la parte superior de la cara. Sabía lo que el príncipe estaba haciendo: buscaba en la curva de sus labios, en la línea de su mandíbula y en la inclinación de su barbilla algún rastro de la joven de la que se había enamorado.

Pero esa joven no estaba allí.

CINCO

Isabelle y el príncipe siguieron mirándose. Incómodos. En silencio. Hasta que *maman* tomó el mando.

—Su excelencia —dijo mientras tiraba de Isabelle para que se uniera a su reverencia—. Mi hija menor es la que buscáis. El zapato de cristal le encaja a la perfección.

—Espero que estéis segura de esto, *madame* —le advirtió el gran duque—.

El príncipe no aceptará de buen grado un segundo intento de engaño.

Maman inclinó la cabeza.

—Por favor, perdonad a Octavia —le dijo al príncipe—. No es una mentirosa. Su única equivocación ha sido dejarse llevar por el amor que os profesa. ¿Y qué joven no cometería el mismo error?

El príncipe se ruborizó. El gran duque no.

—¿Podemos ver el zapato? —preguntó con impaciencia.

Isabelle y *maman* se enderezaron. La joven notó un nudo de miedo en el estómago al levantarse el vestido. Todos los ojos se posaron en su pie. Aliviada, comprobó que no había sangre. Las medias seguían blancas como la nieve, y el algodón que le había metido Adélie rellenaba la zona de los dedos. El zapato en sí lanzaba destellos azules.

—Encaja —dijo el príncipe, sin entusiasmo.

El gran duque y los soldados (todos ellos) se inclinaron ante Isabelle.

—¡Larga vida a la princesa! —gritó un capitán.

—¡Larga vida a la princesa! —repitió el resto del séquito.

Lanzaron los sombreros al aire. Corearon vítores. Isabelle dio una vuelta completa, despacio, pasmada. Por una vez era ella el objeto de admiración, y no su hermanastra. Por una vez se sentía orgullosa, poderosa, querida. Unos minutos antes no era lo bastante buena ni para el hijo del maestro; ahora iba a ser princesa.

—Debemos partir a palacio, *mademoiselle* —le dijo el príncipe, que esbozaba una sonrisa tensa—. Hay muchos preparativos por delante antes de la boda.

Tras una breve reverencia, se dirigió a la salida, e Isabelle vio que se le hundían los hombros y que la luz desaparecía de sus bellos ojos.

«El príncipe ama a otra; la anhela —pensó Isabelle—. Si sigo adelante con esto, no ganaré un marido, sino un prisionero».

Se le revolvió el estómago, la envenenaba algo que creía desear. Igual que aquella vez que, de pequeña, Adélie había preparado una bandeja de diminutos pasteles de cereza, los había puesto a enfriar, y ella se los había comido todos.

Se volvió hacia su madre, lista para decir: «Esto está mal». Sin embargo, al volverse, vio que *maman* la observaba con cara de felicidad. Por unos preciados segundos, Isabelle disfrutó de la calidez de la sonrisa de su madre, que tan pocas veces veía.

—Estoy orgullosa de ti, hija —dijo *maman*—. Nos has salvado de la ruina. Venderé esta triste casa, pagaré nuestras deudas y jamás volveré la vista atrás.

A Isabelle se le atascaron las protestas en la garganta. Romperle el corazón al príncipe era horrible, pero peor era rompérselo a su madre. Ni por un segundo se paró a pensar en lo que quería su corazón, puesto que los deseos de una muchacha no tenían importancia.

Maman la tomó por el brazo y la acompañó hasta los escalones de piedra que bajaban desde la puerta de la mansión al camino de grava. Isabelle veía el carruaje dorado tirado por ocho caballos blancos. El príncipe y el gran duque estaban junto a él, esperándola, absortos en una conversación.

El ceño fruncido afeaba el rostro del joven. La preocupación le nublabla la mirada. La muchacha sabía, como todo el mundo, que su padre estaba muy enfermo y que un duque extranjero, Volkmar von Bruch, anticipándose a la muerte del viejo rey, había aprovechado para atacar las aldeas de la frontera norte del reino.

Maman abrazó a Isabelle, y le prometió que Tavi y ella la seguirían a palacio en cuanto pudieran. Como en un sueño, la joven comenzó a andar hacia la carroza. Sin embargo, bajar los escalones le exigía apoyar todo su peso en el pie herido. A medio camino, las venas cauterizadas se abrieron. Sentía la sangre, húmeda y caliente, calar la media. Para cuando llegó al último escalón, estaba empapada.

Por encima de ella, en las ramas del tilo, las hojas se agitaron.

SEiS

El carruaje estaba a tan solo diez pasos. Siete. Cinco.

Un soldado le abrió la puerta. Isabelle mantuvo la vista al frente. El príncipe y el gran duque, todavía inmersos en su conversación, ni siquiera la miraban. Lo iba a conseguir. Ya casi estaba. Unos cuantos pasos más. Tres más... Dos...

Uno...

Entonces fue cuando lo oyó: un aleteo.

Una paloma blanca bajó del tilo y la sobrevoló en círculos. *Maman*, que había estado observando desde la entrada, corrió escaleras abajo e intentó ahuyentarla, pero el cauteloso pájaro se mantuvo fuera de su alcance. Mientras volaba alrededor de Isabelle, cantaba: «¡Sangre en el suelo! ¡Sangre en el zapato!

¡De esta joven no esperes ni verdad ni recato!».

El príncipe dejó de hablar. Miró a la paloma, después a Isabelle. Sus ojos viajaron por el vestido hasta llegar al dobladillo, que estaba manchado de sangre, y después a las huellas oscuras que había dejado en la tierra.

La joven sacó el pie del zapato de cristal y dio un paso atrás. El zapato se volcó y derramó más sangre en el suelo. La punta de su media estaba manchada de rojo intenso. Sintió una vergüenza horrenda.

—Os habéis cortado los dedos —dijo el príncipe, que sacudía la cabeza como si no se lo pudiera creer.

Isabelle asintió, ahora tan asustada como avergonzada. Lo había engañado. Solo Dios sabía lo que el príncipe haría con ella. Había oído historias muy desagradables sobre mazmorras de palacio y cabezas clavadas en picas. ¿Sería ese su destino?

No obstante, el príncipe no ordenó a sus soldados que la detuvieran. En su rostro no se veía enfado, sino tristeza. Y algo más, algo que Isabelle no esperaba ver: amabilidad.

—¿Cómo habéis soportado el dolor? —le preguntó.

Isabelle miró al suelo. Le vinieron a la memoria las palabras de *maman*, escuchadas en la cocina: «Fea... Sosa... Más tosca que una hogaza

de pan».

—He tenido mucha práctica —contestó.

—No lo entiendo —repuso el príncipe, frunciendo el ceño.

Isabelle alzó la cabeza y contempló aquel rostro, tan bello que partía el corazón.

—No —respondió—. No lo entendéis.

El gran duque se unió a ellos, con la furia patente en su mirada.

—Conozco a soldados curtidos en mil batallas que no habrían sido capaces de hacer lo que habéis hecho vos, *mademoiselle* —le dijo. Después se volvió hacia el príncipe—. Una joven capaz de un acto semejante es capaz de cualquier cosa, señor. Es antinatural. Inestable. Peligrosa. —Les hizo un gesto a los soldados—. Detenedla.

A Isabelle se le paró el corazón de miedo cuando los dos hombres fueron a por ella, pero el príncipe los detuvo.

—Dejadla —ordenó, gesticulando para que se apartaran.

—Pero, excelencia, no podéis dejar sin castigo un segundo engaño —repuso el gran duque—. Uno ya es malo, pero dos...

—He dicho que la dejéis. Se ha infligido una herida grave. ¿Qué más voy a hacerle?

El gran duque asintió, brusco. Después se dirigió a *maman*.

—Supongo que no tendréis más hijas deseosas de hacerse pedazos con tal de casarse con el príncipe, ¿no?

—No —respondió ella con amargura—, no tengo más hijas.

—Entonces debemos marcharnos —dijo el gran duque—. Que tengáis buen día, *madame*.

Una fuente borboteaba en el centro del camino. Mientras el príncipe subía a la carroza, el gran duque, que todavía sostenía el cojín de terciopelo, ordenó a un soldado que lavase el zapato de cristal en el agua. El soldado obedeció y colocó de nuevo el calzado en el cojín. *Maman* los observaba, rígida de rabia.

Isabelle, mareada tras su calvario, se sentó en un banco bajo el tilo. Cerró los ojos e intentó que la cabeza dejara de darle vueltas. Apenas era consciente del piafar de los caballos, impacientes por marcharse; del zumbido de los insectos al calor de la tarde; de la paloma que ahora arrullaba por encima de ella, entre las ramas.

Entonces, un nuevo sonido se elevó sobre los demás, urgente y desgarrador:

—¡Esperad! ¡No os vayáis! ¡Por favor, por favor, esperad!

Era una voz de mujer. Salía de la mansión. Estaba gritando. Suplicando.

Isabelle abrió los ojos.

La joven corría escaleras abajo. Tenía el cabello suelto y despeinado. El vestido era poco más que un andrajo. Llevaba el rostro y las manos manchados de hollín. Los pies, descalzos.

Incluso así, su belleza era asombrosa, dolorosa, impresionante.

Era Ella.

La hermanastra de Isabelle.

SIETE

El gran duque lanzó una mirada asesina a *maman*.

—¿Es otro de vuestros trucos, *madame*? ¿Nos enviáis a una sucia criada para probarse el zapato? —preguntó, indignado.

Maman entornó los ojos al mirar a su hijastra.

—Ella, ¿cómo te atreves? —le gritó—. ¡Regresa dentro ahora mismo!

Pero Ella ni siquiera la oía. Sus ojos estaban clavados en el príncipe, y los del príncipe, en ella. El joven ya había salido del carruaje y corría a su encuentro.

Al observarlos, Isabelle vio algo que no había visto nunca antes, ni entre su madre y su padrastro, ni entre su madre y su padre: era puro y arrollador, poderoso, profundo y verdadero; era amor.

Isabelle vio aquel amor, intangible a la par que real, y se percató de que Ella era la joven que el príncipe había conocido en el baile, que era la persona que él buscaba.

Los afilados dientes de la envidia se clavaron en el corazón de Isabelle. *Maman* había hecho todo lo que estaba en su mano por evitar que Ella fuera al baile, pero la muchacha había encontrado el modo. De alguna manera, aquella chica que no tenía nada había conseguido una carroza y unos caballos, un vestido resplandeciente y un par de zapatos de cristal. ¿Cómo?

El príncipe y Ella se detuvieron a pocos centímetros de distancia. El príncipe le tocó el rostro con delicadeza. Sus dedos recorrieron la línea de su mandíbula.

—Sois vos —le dijo—. Por fin os he encontrado. ¿Por qué huisteis?

—Porque temía que, cuando descubrierais quién soy, una muchacha vulgar del campo, ya no me querríais —contestó Ella.

—Vos no tenéis nada vulgar, Ella —respondió el príncipe mientras le tomaba las manos. Después se volvió hacia el gran duque—. Traedme el zapato de cristal —ordenó.

Sin embargo, para sorpresa de Isabelle (y de todos los demás), el gran duque no cedió. Tenía los labios apretados. El desdén le oscurecía los ojos, duros como el pedernal.

—Su excelencia, esta muchacha es una criada —dijo—. No estaba en el

baile. Los guardias no dejarían entrar en palacio a alguien vestido con harapos.

Válgame el cielo, la misma idea es...

—El zapato —lo interrumpió el príncipe—. Ahora.

El gran duque se inclinó, muy tenso. Después se acercó al príncipe y a Ella con el cojín de terciopelo frente a él. Cuando se encontraba a pocos metros de ellos, la punta de su reluciente bota negra tropezó con algo (una piedra, diría después) y se tambaleó.

El zapato de cristal se resbaló del cojín. Cayó al suelo.

Y se hizo mil relucientes pedazos.

OCHO

El príncipe dejó escapar un grito de angustia.

El gran duque se disculpó, con la mano en el corazón.

Los soldados se movieron, nerviosos, y sus espadas tintinearón contra sus caderas.

Maman se rio. Isabelle ahogó un grito. Solo Ella mantenía la calma. Pronto quedó claro el porqué.

—No pasa nada. Tengo el otro aquí mismo —dijo, sonriente.

Mientras todos la miraban, se sacó un segundo zapato de cristal del bolsillo de la falda. Lo dejó en el suelo y se levantó el vestido. Al introducir su pequeño pie dentro, la luz azul lanzó un destello y el zapato brilló como si fuera de diamante.

Encajaba a la perfección.

El príncipe rio, feliz. Cogió a Ella entre sus brazos y la besó sin importarle quién lo viera. Los soldados vitorearon de nuevo. El gran duque se secó el sudor de la frente. *Maman* les dio la espalda, apretó los puños y entró en casa.

Isabelle lo observó todo y deseó, como un millón de veces antes, ser bella.

Que la valorasen. Importarle a alguien.

—Ha ganado Ella —dijo una voz a su espalda.

Era Tavi. Había salido cojeando de la mansión y estaba apoyada en el respaldo del banco, con el pie herido levantado. Rodeó el banco hasta llegar al frente y se sentó en él.

—La belleza siempre gana —dijo Isabelle con amargura.

Mientras las dos hermanas hablaban, una tercera persona se les unió: Ella.

Tavi esbozó una sonrisa mordaz.

—Perfecto. Aquí estamos otra vez. Las tres. Bajo el tilo.

Su hermanastra apenas la oyó. Estaba mirando los pies de Isabelle y Tavi con tal cara de tristeza que casi parecía desconsuelo.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—No te atrevas a llorar por nosotras, Ella —le dijo Tavi, categórica—.

No te atrevas. No tienes derecho. Tú tienes lo que te merecías, igual que nosotras.

La joven alzó la mirada hacia Tavi.

—¿Ah, sí? ¿Merecía yo vuestra crueldad? ¿Merecáis vosotras estas heridas?

¿Es eso lo que merecíamos?

Tavi apartó la vista; después se levantó, no sin cierta dificultad.

—Vete, Ella. Abandona este lugar. Y no vuelvas.

Mientras las lágrimas le empapaban las mejillas, Ella observó a Tavi regresar cojeando a la mansión.

—¿Tanto me odias, Isabelle? —le preguntó a su hermanastra tras volverse hacia ella—. ¿Todavía?

Isabelle no podía responder; era como si tuviera la boca llena de sal. El recuerdo que había reprimido antes salió por fin a la superficie. Tenía nueve años de nuevo. Tavi y Ella, diez. *Maman* llevaba un año casada con el padre de Ella.

Estaban todas juntas, bajo el tilo.

Hermanas.

Hermanastras.

Amigas.

NUEVE

Era una tarde de verano.

El cielo era azul; el sol brillaba.

Las rosas bajaban dando tumbos por los muros de piedra que rodeaban la mansión. Los pájaros cantaban en las ramas abiertas del tilo y, bajo ellas, las tres niñas jugaban. Ella confeccionaba guirnaldas de margaritas y se inventaba historias sobre Tanaquill, la reina de las hadas, que vivía en el hueco del árbol. Tavi hacía ecuaciones en una pizarra con un trozo de tiza. Isabelle practicaba esgrima con el mango de una mopa vieja y fingía defender a sus hermanas de Barbanegra.

—¡Ha llegado tu hora, escoria pirata! ¡*En garde!* —gritó mientras avanzaba hacia el gallo Bertrand, que se había acercado al árbol. Evidentemente prefería a Felix, el hijo del mozo de cuadra, pero estaba ocupado con un nuevo potrillo.

El gallo se enderezó cuan largo era, agitó las alas, cacareó con ganas y atacó. Persiguió a Isabelle alrededor del árbol, después ella lo persiguió a él, y así siguieron hasta que una exasperada Tavi gritó:

—¡Por amor de Dios, Izzy! ¿Es que no puedes estarte quieta?

Incapaz de librarse del gallo, Isabelle trepó por el tilo con la esperanza de que el animal perdiera interés. Justo cuando se había sentado en una rama, un carruaje entró en el camino de la casa. El gallo le echó un vistazo y salió pitando. Dos hombres bajaron del coche. Uno tenía el pelo gris y caminaba encorvado. Llevaba un bastón y una caja de seda rosa con flores pintadas. El más joven cargaba con una bolsa de cuero. Isabelle no los reconoció, aunque eso no era nada raro: a menudo acudían hombres de París para ver a su padre, la mayoría comerciantes como él, para hablar de negocios.

Los hombres no vieron ni a Isabelle ni a Ella (oculta por el dosel de ramas), solo a Tavi sentada en el banco.

—¿Qué haces ahí, pequeña? ¿Practicas el abecedario? —preguntó el caballero de más edad.

—Intento demostrar el quinto postulado de Euclides —contestó Octavia con el ceño fruncido. No levantó la mirada de su pizarra.

El anciano se rio y le dio un codazo a su acompañante.

—¡A fe mía que hemos dado con una erudita! —exclamó. Después se dirigió de nuevo a Tavi—. Bueno, escúchame, patito, no debes preocuparte por problemas de álgebra.

—En realidad, es geometría.

Al anciano no le sentó bien la corrección.

—Sí, bueno, sea lo que sea, la mente femenina no está hecha para eso —le advirtió—. Se te recalentará el cerebro. Te dolerá la cabeza. Y con los dolores de cabeza salen arrugas, ya sabes.

Tavi levantó la vista.

—¿Ah, así funciona? Entonces, ¿por qué os salieron las arrugas a vos? No creo que se os haya recalentado mucho el cerebro.

—¡Pero bueno! Jamás en mi vida... ¡Qué niña más maleducada! —balbuceó el anciano, que agitó el bastón frente a ella.

Fue entonces cuando Ella dio un paso adelante.

—Tavi no pretendía ser maleducada, señor...

—Sí que lo pretendía —susurró Tavi entre dientes.

—... es que Euclides la pone de mal humor —terminó Ella.

El anciano dejó de farfullar y sonrió. Ella ejercía ese efecto en la gente.

—Qué niña más guapa. Qué dulce y simpática. Le pediré a tu papá que te case con mi nieto. Así tendrás un marido rico, vivirás en una casa elegante y lucirás bellos vestidos. ¿Te gustaría?

Ella vaciló antes de responder:

—¿Podría tener mejor un perrito?

Los dos hombres se echaron a reír. El más joven le dio una palmada cariñosa bajo la barbilla. El mayor le acarició los rubios rizos, la llamó «florequilla» y le dio un bombón de la caja rosa que le llevaba a *maman*. La niña sonrió, le dio las gracias con entusiasmo y se comió el dulce.

Isabelle, todavía en lo alto del árbol, contempló el intercambio con anhelo. Le encantaban los bombones. Mopa en mano, bajó de un salto del árbol, lo que sobresaltó al anciano, que chilló, dio un paso atrás y cayó al suelo.

—¿Qué demonios haces con ese palo? —le gritó, con la cara roja.

—Luchar contra Barbanegra —contestó Isabelle mientras el joven ayudaba al otro a levantarse.

—¡Casi me matas!

Isabelle le lanzó una mirada escéptica.

—Yo me caigo continuamente. De los árboles. De los caballos. Incluso del pajar, una vez. Y no me he matado. ¿Podrías darme un bombón a mí también, por favor?

—¡Por supuesto que no! —exclamó el anciano mientras se sacudía la ropa—. ¿Por qué le iba a dar un regalo tan delicado a un desagradable monito con las manos sucias y el pelo lleno de hojas?

Recogió la caja rosa y el bastón, y se dirigió a la casa, sin dejar de mascullar en todo el camino. Hablaba en voz baja, pero Isabelle, que no había perdido la esperanza de conseguir un bombón, los siguió y lo oyó.

—La guapa es encantadora y será una esposa maravillosa algún día, pero las otras dos... —Sacudió la cabeza—. Bueno, supongo que siempre pueden meterse a monjas, institutrices o lo que sea que hagan las muchachas feas.

Isabelle se paró en seco. Se llevó la mano al pecho. Notaba un dolor

agudo en el corazón, un sentimiento nuevo y extraño. Unos minutos antes jugaba feliz a matar piratas, ignorante por completo de que le faltaba algo. De que era menos de lo que debía ser. De que era un «monito desagradable», no una «florequilla».

Por primera vez, comprendió que su hermanastra era guapa, pero ella no.

Isabelle era fuerte. Era valiente. Vencía a Felix en las peleas de espadas. Saltaba con su semental, Nero, por encima de los obstáculos que todos los demás temían. Una vez había ahuyentado a un lobo del gallinero armada tan solo con un palo.

«Esas cosas también son buenas —pensó allí plantada, desconcertada y despojada de parte de sí misma—. Son buenas, ¿no? Yo lo soy, ¿verdad?».

Ese fue el día en que todo cambió entre las tres niñas.

No eran más que crías. A Ella le habían dado un dulce y se había pavoneado al recibir toda la atención. Isabelle estaba celosa; no podía evitarlo. También quería un dulce. Quería que le dedicaran palabras amables y recibir miradas de admiración.

A veces es más fácil decir que odias lo que no tienes que reconocer cuánto lo quieres. Así que Isabelle, todavía de pie bajo el tilo, dijo que odiaba a Ella.

Y Ella respondió que odiaba a su hermanastra.

Y Tavi dijo que odiaba a todo el mundo.

Y en los ojos fríos y vigilantes de *maman*, que estaba escuchando desde la terraza, se encendió una luz nueva y peligrosa.

DIÉZ

—Isabelle, me voy ya. No... no sé si volveré a verte.

La voz de Ella sacó a Isabelle de sus recuerdos. La futura princesa se inclinó para besar la frente de su hermanastra, y sus labios fueron como un hierro al rojo que le marcaba la piel.

—No me odies más, hermanastra —le susurró Ella—. Por tu bien, no por el mío.

Y se fue, e Isabelle se quedó sola en el banco.

Pensó en la persona que una vez fue y en la persona en la que se había convertido. Pensó, sobre todo, en las cosas que le habían dicho que debía querer, en las cosas realmente importantes; tanto, que se había mutilado con tal de conseguir las. Su hermanastra ya las tenía, mientras que Isabelle no tenía nada. Los celos la abrasaban, como había ocurrido durante tantos años.

Isabelle miró a su izquierda y vio a Tavi subir con dificultad los escalones de la mansión, cruzar el umbral cojeando y cerrar la puerta. Miró a su derecha y vio al príncipe ayudar a Ella a subir al carruaje; después subió él y también cerró la puerta.

El gran duque se sentó al lado del chófer. Gritó una orden a los soldados que tenían delante, todos ya a lomos de sus caballos, y los hombres abrieron la marcha. El cochero restalló el látigo, y los ocho sementales blancos se pusieron en marcha de un salto.

Isabelle contempló el carruaje que se alejaba por el largo camino, seguía por la estrecha carretera y coronaba una colina. Un segundo después, desapareció.

Se quedó un buen rato donde estaba, hasta que el día se tornó frío y el sol empezó a ocultarse. Hasta que los pájaros volaron a sus nidos y el zorro de ojos verdes se internó en el bosque para cazar. Después se levantó y susurró a las sombras, cada vez más largas:

—No es a ti a quien odio, Ella. Nunca te he odiado. Me odio a mí.

ONCE

—Dame el ojo, Nelson. ¡Ahora!

Un vivaracho monito negro con la cara rodeada de blanco correteaba por la cubierta del barco. En una pata llevaba un ojo de cristal.

—Nelson, te lo advierto...

El hombre que hablaba (alto, bien vestido, echando chispas por sus ojos color ámbar) tenía un porte impresionante, pero el mono no le prestaba atención. En vez de entregar su tesoro, se subió al palo de trinquete y saltó al aparejo.

El contraamaestre del barco, que se tapaba con una mano la cuenca ocular vacía, perseguía con pasos atropellados a la criatura mientras aullaba pidiendo su pistola.

—¡Nada de armas de fuego, por favor! —gritó una mujer con un vestido de seda rojo—. Debéis persuadirlo. Lo que mejor funciona es la ópera.

—No os preocupéis, que pienso persuadirlo de bajar, ¡con una bala! —gruñó el contraamaestre.

Horrorizada, la diva se llevó una mano al generoso pecho y se lanzó a entonar *Lascia ch'io pianga*, el aria de tristeza y desafío de una heroína. El mono ladeó la cabeza. Parpadeó. Pero no cedió.

La maravillosa voz de la diva fluyó por la cubierta hasta llegar a los muelles y atrajo a decenas de mirones. El barco, un clíper llamado Aventura, había atracado en el puerto de Marsella minutos atrás, después de tres semanas en alta mar.

Mientras la diva seguía cantando, otro miembro del séquito del hombre de ojos ámbar, una pitonisa, consultó sus cartas del tarot a toda prisa. Una a una, las dejó sobre el suelo de cubierta. Cuando terminó, su rostro estaba tan blanco como las velas.

—¡Nelson, baja! —gritó—. ¡Esto no acaba bien!

Una maga conjuró un plátano, lanzó la piel hacia atrás y agitó la fruta en el aire. Una actriz llamó al mono, suplicante. Y, entonces, un grumete subió corriendo desde el interior del barco blandiendo la pistola del contraamaestre. La diva lo vio; su voz subió de golpe tres octavas.

Mientras el contraamaestre recuperaba su pistola y la amartillaba, un grupo de acróbatas, todos vestidos con trajes de lentejuelas, cruzaron la cubierta haciendo piruetas laterales y se lanzaron sobre el aparejo. El mono corrió trinquete arriba, hasta el puesto del vigía. El contraamaestre

apuntó, pero, al hacerlo, un tragafuegos escupió llamas hacia él. El contramaestre dio unos pasos atrás, pisó la piel de plátano y perdió el equilibrio. Cayó, se golpeó la cabeza y quedó inconsciente. Se disparó el arma. El tiro erró el blanco. No así el fuego.

Sus lenguas de color naranja lamieron el borde inferior del aparejo, que prendió con un silbido; después subieron a toda prisa y devoraron las cuerdas tratadas con brea. Aterrado, el mono bajó del puesto del vigía al palo de trinquete. Los acróbatas saltaron tras él uno a uno, como estrellas fugaces.

Cuando el último de ellos aterrizó, una gota de brea ardiendo cayó sobre la mecha de un cañón que estaba preparado para usarse en caso de ataque pirata. La mecha prendió; el cañón se disparó. La pesada bola de hierro silbó por encima del puerto y abrió un agujero en un barco de pesca. Entre gritos y palabrotas, los pescadores saltaron al agua y nadaron como locos hacia la orilla.

Convencidos de que atacaban al Aventura, seis músicos vestidos con levitas de color lavanda y pelucas empolvadas sacaron los instrumentos de sus fundas y empezaron a tocar una endecha. Unos instantes después, el estrépito del carro tirado por caballos de los bomberos de la ciudad estuvo a punto de ahogar su música.

La diva, que ya estaba al final de su aria, llegó a la nota más alta. El cuerpo de extinción de incendios, que bombeaba con frenesí en el muelle, lanzó sus fuentes de agua al aparejo, apagó las llamas y empapó tanto a la diva como a todos los que se encontraban en cubierta. La multitud del puerto irrumpió en un estruendoso aplauso. Lanzaron los sombreros al aire. Los hombres lloraron. Las mujeres se desmayaron. Y, en el camarote del capitán, todas las ventanas saltaron en pedazos.

La diva terminó. Empapada, se acercó a la barandilla del barco e hizo una reverencia. Los presentes la vitorearon al grito de «¡Brava!».

El mono bajó del palo de trinquete y saltó a los brazos de su dueño. El hombre de ojos ámbar le arrebató el ojo de cristal, lo abillantó contra su solapa y lo depositó con cuidado en su lugar de origen. No tenía ni idea de si estaba del derecho o del revés, y el contramaestre, todavía inconsciente, no se lo podía decir.

El capitán salió de su camarote sacudiéndose los cristales de las

mangas. Se detuvo en cubierta, entrelazó las manos a la espalda y examinó la escena que tenía ante él.

—¡Señor Fleming! —ladró al primer oficial.

—¡Señor! —ladró en respuesta el interpelado, saludando.

—¿Quién es el responsable de esto? Por favor, no me diga que es...

—El marqués del Azar, señor, ¿quién si no?

DOCE

El capitán Duval estaba furioso.

Y Azar hacía lo que podía por parecer compungido. Se le daba bastante bien, puesto que había practicado mucho.

—¿Qué me decís del aparejo que habéis quemado, las ventanas que habéis roto y el barco de pesca que habéis destrozado? —bramó el capitán—. ¡Costará una fortuna repararlo todo!

—¡Entonces será una fortuna bien empleada! —repuso Azar, que esbozó su sonrisa más encantadora—. No creo haber escuchado una interpretación tan exquisita de *Lascia ch'io pianga* en toda mi vida.

—¡Ese no es el tema, señor!

—¡Ese siempre es el tema, señor! —repuso Azar—. Lo que recordaréis en vuestro lecho de muerte no serán el aparejo quemado y las ventanas rotas, sino la imagen de una diva empapada, su vestido pegado a todas sus generosas y voluptuosas curvas, mientras su magnífica voz se alzaba más alto que el fuego de los cañones y las llamas. Que los contables cuenten. Vos y yo, señor mío, preferimos valorar los momentos de asombro, ¡de deleite!

El capitán, que ya había soportado discursos más que de sobra durante el viaje, se pellizcó el puente de la nariz.

—Decidme, marqués, ¿cómo es posible que el mono se hiciera con el ojo?

—Una apuesta en una partida de cartas. Me aposté con el contraamaestre cinco ducados contra su ojo de cristal. El muy bobo se sacó el ojo y lo dejó sobre las monedas. Decidme, capitán, ¿alguna vez habéis conocido a un mono capaz de resistirse a un ojo de cristal?

El capitán señaló a Nelson, que estaba encaramado en el hombro de Azar.

—Quizás deba pedirle al mono que corra con los gastos.

Azar metió la mano en su bolsa, que estaba tirada en cubierta, a sus pies, y sacó un grueso monedero de cuero.

—¿Bastará con esto? —preguntó mientras lo soltaba en la mano del capitán.

El capitán abrió el monedero, contó las monedas del interior y asintió

con la cabeza.

—No tardaremos en bajar la plancha de desembarco —dijo—. La próxima vez que decidáis viajar por mar, marqués, por favor, que sea en el barco de otro.

No obstante, Azar no lo escuchaba. Ya le había dado la espalda para comprobar que los miembros de su séquito estuvieran en cubierta. Todos y cada uno de ellos eran necesarios. Se dirigía a la zona rural. Allí no había casas de la ópera. No había grandes teatros ni salas de conciertos. En fin, apenas había cafés, y muy pocas confiterías, librerías y restaurantes. No sobreviviría ni cinco minutos sin sus músicos, sus acróbatas y sus actores, su diva, sus bailarinas, su maga, su pitonisa, su tragafuegos, su tragasables, su científico y su cocinero.

—¡Esperad! ¡Falta el cocinero! —exclamó Azar tras completar el recuento.

Miró a Nelson—. ¿Dónde está?

El mono se llevó las patas a la boca e hinchó los carrillos.

—Otra vez no —masculló Azar.

Un instante después, un hombre bajo y calvo ataviado con un abrigo largo de cuero y un pañuelo rojo atado al cuello llegó dando tumbos desde la cubierta de popa. Estaba arrugado y con cara de sueño. Tenía el rostro tan gris como las gachas pasadas.

—Mareo —dijo al unirse a Azar.

—Mareo, ¿eh? ¿Así es como se dice en francés: «Anoche bebí demasiada ginebra»? —preguntó Azar arqueando una ceja.

—¿Es necesario que hables tan alto? —repuso el cocinero con una mueca. Después apoyó la cabeza en la borda—. ¿Por qué demonios tardan tanto con la plancha? De todos modos, ¿adónde vamos? Dime que a París.

—Me temo que no. Saint-Michel.

—No he oído hablar de ese sitio en toda mi vida.

—Está en el campo.

—Odio el campo. ¿Por qué vamos allí?

Azar se aferró a la borda. Pensó en el mapa de la chica. Isabelle, se llamaba. Recordó el final de su camino. Las manchas rojas. Las líneas violentas grabadas en el pergamino, como si las hubiera trazado un loco.

Y entonces recordó que así había sido.

—Su camino puede cambiarse —susurró—. Puedo cambiarlo. Lo cambiaré.

—¿Qué camino? —preguntó el cocinero—. ¿De qué estás hablando? ¿Por qué...?

Dejó las palabras flotar en el aire. Algo le había llamado la atención en el muelle. Azar también lo vio.

Un veloz carruaje negro se abría paso por la atestada calle paralela a los muelles. Un rostro se recortaba en su ventana: una cara de mujer, pálida y ajada. Debió de percatarse de que la observaban porque, de repente, levantó la vista. Sus ojos grises se encontraron con los de Azar y no se apartaron. En aquella mirada cruel, él vio que sería una guerra sin cuartel y sin compasión.

El cocinero tomó aire y lo dejó salir, despacio.

—Ella es la razón de que estemos aquí, ¿no?

Azar asintió.

—Eso no es bueno. Es la peor de las tres, y eso ya es decir. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué hemos venido nosotros? ¿Me lo vas a explicar en algún momento?

—Para luchar.

—¿De qué se trata esta vez? ¿De oro? ¿De gloria? ¿De tu orgullo? —preguntó el otro en tono cortante.

Azar observó el carruaje de la Parca, que dobló una esquina y desapareció, antes de contestar:

—De un alma. Del alma de una muchacha.

—Deberías haberlo dicho antes —repuso el cocinero, asintiendo—. Por eso sí merece la pena luchar.

El rostro del cocinero perdió su aspecto adormilado; en su lugar, apareció la determinación. Se llevó los índices a la boca y dejó escapar un silbido ensordecedor. Después se alejó mientras bramaba a un pobre marinero para que bajara de una vez la condenada plancha de desembarque. La maga, los acróbatas y el resto del séquito de Azar se paseaban por cubierta reuniendo sus enseres para correr tras él.

Azar recogió su bolsa, se la colgó al hombro y siguió al cocinero. Su única esperanza de ganar aquella batalla consistía en estar siempre un

paso por delante de la Parca, y veía que ya se encontraba diez pasos por detrás.

TRECE

Isabelle, sudorosa, mareada y magullada, se inclinó sobre su silla de montar y habló con su caballo.

—*Maman* intentó venderte, Martin. ¿Lo sabías? Al matadero, donde hervirían tus huesos para sacar cola. Yo soy la que la ha detenido. Tal vez debas meditar sobre eso.

Viejo, lento y de mal carácter, Martin también tenía la columna vertebral hundida, era cascorvo y tendía a morder; pero también era lo único que le quedaba a la joven.

—Vamos —lo urgió.

Apretó los talones contra sus flancos para intentar que trotara alrededor del patio de la granja. Sin embargo, Martin tenía otras ideas. Se puso a medio galope, frenó de golpe... y la tiró de la silla. Isabelle se golpeó con fuerza contra el suelo, rodó hasta quedar boca arriba y se quedó allí tirada, gruñendo.

Era la tercera vez que la derribaba aquella mañana. Isabelle era una jinete experta, pero todo había cambiado. No conseguía distribuir bien su peso en los estribos. No había tracción donde los dedos del pie derecho tendrían que haberse apoyado. Incapaz de mantener el equilibrio de la manera apropiada, le costaba corregir a Martin cuando se encabritaba, corcoveaba o, simplemente, se paraba en seco.

No obstante, las caídas no la desanimaban. Le daban igual la tierra en el rostro, los moratones, el dolor. Así no recordaba que Ella se había ido. Que Ella había ganado. Que Ella lo tenía todo, mientras que Isabelle no tenía nada.

Seguía tumbada en el suelo, mirando las nubes cruzar el cielo, cuando una cara se inclinó sobre ella y se las tapó.

—¿Cuántas veces te has caído hoy? —le preguntó Tavi, que no esperó a la respuesta—. Te vas a matar.

—Si tengo suerte.

—Déjalo ya. No puedes volver a cabalgar.

El miedo se enroscó en las tripas de Isabelle con tan solo pensarlo. No

era cierto. No permitiría que lo fuera. Montar era lo único que le quedaba. Era lo único que la había ayudado a seguir adelante mientras el pie se curaba. Mientras se acostumbraba a cojear en vez de caminar. Mientras los criados se marchaban. Mientras *maman* cerraba las contraventanas y echaba las llaves a las puertas. Mientras las malas hierbas crecían sobre los muros de piedra.

—¿Por qué has venido? —le preguntó a Tavi. Su hermana prefería quedarse dentro de casa con sus libros y sus ecuaciones.

—Para decirte que tenemos que ir al mercado. No podemos seguir retrasándolo.

Isabelle parpadeó.

—No es buena idea.

Se había corrido la voz. Sobre el zapato de cristal y lo que se habían hecho para probárselo. Sobre Ella y cómo la habían tratado. Los niños lanzaban barro a su casa. Un hombre había roto una de las ventanas de una pedrada. Isabelle sabía que se meterían en más líos si iban a la aldea.

—¿Tienes una mejor? —preguntó Tavi—. Necesitamos queso. Jamón.

Mantequilla. Llevamos semanas sin probar el pan.

Isabelle suspiró. Se levantó y se sacudió la ropa.

—Tendremos que llevar el carro. No podemos caminar. No sin nuestros...

—Vale. Engancha a Martin. Yo iré a por algunas cestas —repuso Tavi, brusca, antes de dirigirse a la cocina. No le gustaba hablar de sus heridas. Ni de Ella. Ni de aquel tema, en general.

—Vale —dijo Isabelle, que cojeó de vuelta a su caballo.

No se acostumbraba a sus pasos lentos y tambaleantes. La herida de Tavi no era tan grave. Después de curarse, volvió a caminar como siempre. Isabelle dudaba que en su caso fuera así alguna vez.

—Ah, Izzy...

Isabelle se volvió. Tavi tenía el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Pórtate bien. En la aldea. ¿Crees que podrás?

Isabelle descartó la pregunta con un gesto de la mano y cogió las riendas de

Martin. Sin embargo, lo cierto era que no tenía ni idea de si podría o no. Había intentado comportarse. Durante muchos años. En salitas y salones de baile, en fiestas en jardines y cenas. Con las manos tensas y la mandíbula apretada, había intentado ser todo lo que su madre le pedía: simpática, dulce, considerada, amable, recatada, atenta, paciente, complaciente y discreta.

De vez en cuando, funcionaba. Un par de días. Y después siempre sucedía algo.

Como aquella vez, en una cena elegante que había organizado *maman*, en la que un cadete de vuelta de su primer año en la academia militar había dicho que la segunda guerra púnica terminó cuando Escipión venció a Aníbal en la batalla de Cannas, cuando cualquier idiota sabía que se trataba de la batalla de Zama. Isabelle le había corregido, y él se había reído y había dicho que no sabía de lo que hablaba. Después de sacar su libro favorito, *Una historia ilustrada de los mejores comandantes del mundo*, de su biblioteca y demostrarle que, de hecho, sabía de lo que hablaba, el cadete la había insultado. Entre dientes. Furiosa, ella lo había insultado a su vez. Y no precisamente entre dientes.

Maman se pasó una semana sin dirigirle la palabra.

Y también aquella vez en la que asistió a un baile en el *château* de una baronesa, se aburrió de la danza y decidió dar un paseo. No pretendía batirse en duelo con el barón, pero el hombre la encontró admirando un par de sables montados en la pared del vestíbulo y se ofreció a enseñarle sus movimientos. Ella también le enseñó los suyos: le saltó varios botones de la chaqueta y, de camino, le cortó la barbilla.

Aquella vez, *maman* dejó de hablarle durante un mes.

Su madre la había regañado por su atroz comportamiento, pero Isabelle no creía que arrancarle los botones a un barón fuera tan malo. Sabía que era capaz de cosas peores. Mucho peores.

Unos cuantos meses atrás, cuando buscaba en su armario la sombrilla rosa que *maman* insistía en que llevara («¡El rosa es favorecedor, Isabelle!») y un par de horribles zapatos de seda («¿Qué más da que te aprieten? ¡Así tus pies parecen más pequeños!»), encontró un libro sobre Alejandro Magno que había ocultado para que su madre no se lo llevase.

Se sentó en el suelo de su alcoba, arrugando su recargado vestido en

el proceso, y abrió el libro, ansiosa. Era una reliquia de tiempos mejores, de antes de comprender que los guerreros y los generales eran hombres, y que demostrar interés por las espadas, los caballos de batalla y las estrategias bélicas resultaba impropio de una dama. Mientras Isabelle hojeaba el libro, se encontró de nuevo luchando junto a Alejandro a través de Egipto. Lágrimas de anhelo le anegaban los ojos.

Justo cuando se las limpiaba, Ella entró en el dormitorio cargada con una bandeja de plata. En ella había colocado una taza de chocolate caliente y un plato de magdalenas.

—He oído que *maman* te gritaba por lo de la sombrilla y los zapatos, y he pensado que esto te ayudaría —dijo al dejar la bandeja a su lado.

Se trataba de un gesto amable, pero los gestos amables de Ella solo servían para irritar a Isabelle.

Miró a su hermanastra, que no necesitaba ni parasoles ni zapatos que apretaran. Que parecía una diosa a pesar de vestir ropa remendada y un viejo par de botas. Después se miró, torpe y desmañada con su ridículo vestido, cogió la taza de chocolate caliente y la lanzó contra la pared. Las magdalenas fueron detrás. Y la bandeja de plata.

—Límpialo —le ordenó con un brillo desagradable en los ojos.

—Isabelle, ¿por qué estás tan enfadada? —le preguntó Ella, herida.

Furiosa, con las manos apretadas, Isabelle respondió:

—Déjalo ya, Ella. Deja de ser amable conmigo. ¡Déjalo!

—Lo siento —había respondido Ella, sumisa, cuando se agachó a recoger los fragmentos rotos.

Aquella sumisión debería haber apaciguado a Isabelle, pero tuvo el efecto contrario.

—¡Eres lamentable! —le gritó—. ¿Por qué nunca te defiendes? ¡Dejas que *maman* te acose! ¡Eres amable con Tavi y conmigo a pesar de que te tratamos fatal! ¿Por qué, Ella?

La muchacha había colocado con delicadeza los trozos de porcelana en la bandeja.

—Para intentar deshacer todo esto. Para arreglarlo —respondió en voz baja.

—No puedes arreglarlo. ¡No, a no ser que me conviertas en ti!

—No digas eso —había respondido Ella tras levantar la vista, afligida

—. Nunca te conviertas en mí. Jamás.

Isabelle dejó de gritar, sorprendida durante un instante por la vehemencia de

su hermanastra. Y, entonces, las pisadas de *maman* se oyeron en el pasillo, así que tuvo el tiempo justo de esconder el libro y agarrar la sombrilla antes de que su madre entrara en la habitación para gritarle que se diera prisa. Se marcharon a una fiesta de jardín unos minutos después, una tan abrumadoramente aburrida que a Isabelle se le olvidó que pretendía insistirle a Ella para que le explicara sus palabras. Y ahora era demasiado tarde.

Martin, cansado de estar quieto, le dio un buen mordisco a Isabelle en el brazo, lo que la alejó de aquellos dolorosos recuerdos.

—A ti tampoco se te da bien comportarte, ¿verdad, viejo? —le dijo.

Condujo al caballo a los fríos establos de piedra y le quitó los arreos. No necesitaba atarlo: Martin era un caballo poco ambicioso y huir no entraba dentro de sus aspiraciones. Antes de ponerle el arnés le dio un cepillado rápido. No hacía falta, puesto que no se había ejercitado demasiado, pero Isabelle deseaba sentir su pelaje bajo las manos, el terciopelo de su nariz contra la mejilla, su racheado aliento a hierba.

Cuando terminó, lo condujo al carro. Mientras recorrían los establos, miró los compartimentos vacíos. El par de elegantes caballos árabes que antes tiraban del coche y los enormes percherones que trabajaban los campos ya no estaban; los habían vendido después de que el novio se marchara.

Aunque intentó no hacerlo, Isabelle no pudo evitar mirar en el último compartimento. Eso también le traía recuerdos. También habían vendido el caballo que vivía allí. Hacía años. Nero. Un semental negro de diecisiete manos de altura, con ojos de ónice y crin de seda al viento. Montarlo era como montar una tormenta. Todavía sentía su fuerza mientras piafaba y bailaba bajo ella, impaciente por salir.

También sentía a Felix. Sentado detrás de ella, agarrado a su cintura, sus labios junto a su oreja, sus ojos clavados en el muro de piedra que tenían enfrente. Se reía, y en su risa había un desafío.

—¡No lo hagas, Isabelle! —le había gritado Ella—. ¡Es demasiado peligroso!

Pero Isabelle no la escuchó. Espoleó a Nero con los talones y, un segundo después, galopaban directos hacia el muro. Su hermanastra se había tapado los ojos. Isabelle se inclinó sobre la silla, su pecho contra el cuello de Nero, sus manos en lo alto de sus crines, y Felix apoyado en ella. Sintió la tensión de todos y cada uno de los músculos del semental y después sintió lo que era volar. Felix y ella gritaron de alegría al aterrizar, y después salieron disparados por el prado hacia el bosque silvestre, dejando a Ella atrás.

Las imágenes desaparecieron tan deprisa como habían surgido, y lo único que quedó fue un compartimento vacío con telarañas en las esquinas.

Nero ya no estaba. Felix, tampoco. *Maman* se los había llevado como tantas otras cosas: sus bombachos de cuero, su sombrero de pirata, las rocas relucientes, los cráneos de animales y los nidos de pájaro que coleccionaba. Su espada de madera. Sus libros. Uno a uno, todos desaparecieron, y cada pérdida era como el corte de un cuchillo de trinchar que la iba reduciendo, que suavizaba su contorno. Que la iba convirtiendo en la niña que su madre quería que fuera.

Isabelle se había cortado los dedos del pie, pero, a veces, todavía los sentía.

Maman le había sacado el corazón.

A veces, también lo sentía.

CATORCE

—Seis sous —dijo la esposa del panadero, con los rollizos brazos cruzados sobre su enorme pecho pecoso.

—¿Seis? —repitió Isabelle, desconcertada—. Pero el cartel dice tres —añadió, señalando una pizarra en el puesto del panadero en la que estaba el precio marcado con tiza.

La mujer se escupió en la mano, borró el tres de la pizarra y escribió un seis encima.

—Para ti son seis —le dijo, insolente.

—Pero es el doble. ¡No es justo! —protestó Isabelle.

—Tampoco lo es tratar a tu hermanastra como a una esclava —repuso la mujer—. No lo niegues. Fuiste cruel con una muchacha indefensa. Recibiste tu merecido, ¿no es verdad? Ahora es reina y más bella que nunca. ¿Y tú? Tú no eres más que su fea hermanastra.

Isabelle agachó la cabeza, ruborizada. Tavi y ella acababan de llegar al mercado y ya habían empezado las pullas.

Tras respirar hondo para calmarse, recordó la orden de su hermana: pórtate bien. Contó las monedas que llevaba en el bolsillo y se las dio. La esposa del panadero le entregó a cambio una barra de pan más pequeña de la cuenta y quemada por abajo, acompañada por una sonrisa de desdén.

—Le está bien empleado —dijo una mujer que estaba en la cola.

—El pan quemado es demasiado bueno para ella —resopló otra.

Las mujeres siguieron asintiendo, señalando y comentando, disfrutando de su justa indignación como cerdos revolcándose en el barro, cuando el día anterior la primera había abofeteado tan fuerte a su hija por derramar la leche que todavía se veía un verdugón en la mejilla de la niña, mientras que la segunda había besado al marido de su hermana detrás de la taberna.

Nadie jalea tanto en una ejecución como el asesino que se libró del mismo destino.

—Espero que te ahogues con él —dijo la esposa del panadero cuando Isabelle metió el pan en su cesta.

La joven sintió que la ira ardía en su interior. Consiguió reprimir las

duras palabras que le subían a la garganta.

—Espero que tu fea hermana se ahogue también.

Al oír la mención a su hermana, a Tavi, que había adelgazado desde la marcha de Ella, que rara vez sonreía y apenas comía, el genio que había estado controlando estalló.

La atracción principal del mostrador del panadero era una pirámide de relucientes panecillos marrones construida con mucho mimo. Isabelle echó el brazo atrás y tiró la cima. Una docena de panecillos cayeron rodando de la mesa y aterrizaron en la calle embarrada.

—Ahógate con eso —le dijo a la balbuceante esposa del panadero y a sus cacareantes clientas.

La cara de la mujer, su chillido de ira, su consternación... Durante un momento, a Isabelle le sentaron muy bien. «He ganado», pensó. Sin embargo, al alejarse cojeando del puesto se percató, con un escalofrío de terror premonitorio, de que no había ganado. Había ganado su furia. De nuevo.

«Ella no habría hecho eso —pensó—. Mi hermanastra las habría desarmado con una dulce sonrisa y unas cuantas palabras bonitas».

Porque Ella nunca se enfadaba. Ni cuando tenía que cocinar y limpiar para ellas. Ni cuando comía sola en la cocina. Ni siquiera cuando *maman* no la dejó ir al baile.

Tenía una fría habitación en el desván y una cama dura; Isabelle y Tavi disfrutaban de chimeneas encendidas y colchones de plumas en sus alcobas. Ella solo tenía un vestido harapiento, mientras que Isabelle y Tavi contaban con decenas de vestidos preciosos. No obstante, día tras día, era Ella la que cantaba, Ella la que sonreía. Ni Isabelle ni Tavi.

«¿Por qué?», se preguntó Isabelle, desesperada por encontrar la respuesta, convencida de que, si la descubría, aprendería también a ser buena y amable. Pero la respuesta no llegaba, y solo sentía un dolor profundo y constante en el lazo izquierdo del pecho.

De haber preguntado a las ancianas de Saint-Michel, que estaban todas sentadas junto a la fuente de la plaza del pueblo, le habrían contado lo que lo producía. Porque las ancianas tienen un dicho: «No hay lobo más peligroso que el enjaulado».

Al final de Saint-Michel está el bosque silvestre. Los lobos que allí

viven salen por la noche, merodean por campos y granjas, hambrientos de gallinas y tiernos corderitos. Sin embargo, existe otro tipo de lobo, uno mucho más traicionero. A ese lobo es al que se refieren las viejas.

«Corred si lo veis —les dicen a sus nietas—. Tiene lengua de plata, pero sus dientes son afilados. Si os atrapa, os comerá vivas».

La mayoría de las muchachas de la aldea hacen lo que se les dice, pero, de vez en cuando, hay una que no. Se mantiene firme, mira al lobo a los ojos y se enamora de él.

La gente la ve correr al bosque por la noche. La ve a la mañana siguiente, con hojas en el cabello y sangre en los labios. «Esto no está bien —dicen—. Una muchacha no debe amar a un lobo».

Así que deciden intervenir. Van detrás del lobo con fusiles y espadas. Lo persiguen por el bosque silvestre. Sin embargo, la chica está con él y los ve venir.

Los aldeanos alzan los fusiles y apuntan. La joven abre la boca para gritar y, al hacerlo, el lobo se le mete dentro. Se lo traga entero, con dientes, zarpas, pelo y todo. Y él se le enrosca en el corazón.

La gente del pueblo baja las armas y se va a casa. La muchacha suspira de alivio, ya que cree haber encontrado la solución. Cree que estará satisfecha con el recuerdo de los ojos dorados del lobo. Cree que al lobo le bastará un refugio caliente para ser feliz.

No obstante, la joven no tarda en percatarse de que ha cometido un terrible error, puesto que el lobo es una criatura salvaje, y las criaturas salvajes no se pueden enjaular. Quiere salir, pero la chica es oscura por dentro, y él no encuentra la salida.

Así que le aúlla en la sangre. Le desgarran los huesos.

Y, como no funciona, acaba por comérselo el corazón.

Los aullidos y los bocados... vuelven loca a la joven.

Intenta sacárselo de dentro cortándose la carne con una cuchilla.

Intenta quemarlo acercándose una vela a la piel.

Intenta matarlo de hambre negándose a comer hasta que no es más que un saco de huesos.

En poco tiempo, ambos acaban bajo tierra.

Un lobo vive dentro de Isabelle. Intenta contenerlo con todas sus fuerzas, pero su hambre crece. Le rompe la columna y le devora el

corazón.

Corre a casa. Cierra la puerta. Echa el pestillo. No sirve de nada.

Los lobos del bosque tienen dientes afilados y largas zarpas, pero es el lobo de tu interior el que acabará por destrozarte.

QUINCE

Isabelle consiguió terminar sus compras sin más incidentes. El quesero le echó una mirada cortante y la carnicera le soltó algunas palabras desagradables, pero ella no les prestó atención.

Ahora caminaba hacia la plaza del pueblo. Tavi y ella habían decidido dividirse para terminar antes y encontrarse después junto al carro. Aunque Isabelle se dirigía hacia allí, no conocía bien las calles y esperaba seguir la dirección correcta. *Maman* apenas les permitía ir a Saint-Michel. «Solo las muchachas vulgares se pasean por la aldea», les decía.

Isabelle estaba deseando volver a casa. Los irregulares adoquines le dificultaban el camino, y le dolían los pies. El aroma de lo que había comprado (lonchas de jamón salado, diminutos pepinillos, un fuerte roquefort con vetas azules) brotaba de la cesta, y el estómago le rugía de hambre. Llevaba varias semanas sin probar aquellos manjares.

Procuró mantener la cabeza gacha al entrar en la plaza con la esperanza de pasar desapercibida. Aunque no veía demasiado con los ojos pegados al suelo, sí que oía bastante.

Los aldeanos se reunían a la puerta de tiendas y tabernas para intercambiar rumores con voces tensas. Volkmar von Bruch había saqueado otro pueblo. Avanzaba hacia el oeste. No, hacia el sur. Había refugiados por todas partes. La querida reina Ella, que Dios la bendiga, estaba intentando ayudar. Había ordenado a las familias nobles que abrieran sus mansiones y castillos a los niños que habían quedado huérfanos tras los ataques.

Mientras Isabelle se apresuraba en regresar al carro, oyó cascos sobre los adoquines. Se volvió y vio a un grupo de soldados que entraban en la plaza, encabezados por un hombre alto a lomos de un bello caballo blanco. La joven se apartó cojeando y se unió a la multitud, junto a la fuente. Nadie la molestó; la gente solo tenía ojos para los soldados. Los vítores empezaron en cuanto cruzaron la plaza.

—¡Bendito seáis, coronel Cafard! —gritó una mujer.

—¡Dios salve al rey! —bramó otra.

El coronel montaba muy erguido, con la vista al frente. Su abrigo azul oscuro y sus bombachos blancos estaban impecables, y llevaba las botas

bien brillantadas.

—Al menos, Saint-Michel está a salvo —dijo un hombre cuando pasaron los soldados.

Los demás le dieron la razón: ¿acaso no había enviado el rey a sus mejores regimientos? ¿Acaso el buen coronel no los había apostado justo a las puertas de la aldea, en los pastos de Levesque? Y en el campamento esperaban más de dos mil soldados; no había nada que temer.

Aunque hacía calor, Isabelle sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda. «Alguien acaba de bailar sobre tu tumba», solía decir la vieja niñera Adélie cuando eso pasaba.

No tenía ni idea de que el sanguinario Volkmar hubiera entrado tan al sur de Francia. Ni Tavi ni *maman* ni ella habían salido de casa en más de un mes. Sus últimas noticias (que el viejo rey había muerto y que habían coronado rey al príncipe y reina a Ella) se las habían dado los criados antes de partir.

Distraída por la conversación de los aldeanos, Isabelle no se fijó en el hoyo que tenía delante hasta que lo pisó. Un dolor desgarrador le subió por la pierna. Ahogó un grito, cojeó hasta una farola y se apoyó en ella para no cargar peso en el pie herido. Miró hacia la calle con la esperanza de ver su carro, pero no había ni rastro de él.

Sin embargo, sí que vio a Odette, la hija del posadero, dirigirse hacia ella con su bastón sobre los adoquines. Odette era ciega y usaba el bastón para caminar por las serpenteantes calles del pueblo.

Entonces, Isabelle vio otra cosa.

Cecile, la hija del alcalde, y su pandilla de amigas caminaban por detrás de Odette. Cecile había puesto los ojos bizcos y tenía la lengua fuera. Agitaba la sombrilla delante de ella como si fuera un bastón para burlarse de Odette. Sus amigas se reían por lo bajo.

El terror se apoderó de Isabelle. Sabía que debía ir a defender a Odette, pero le dolía el pie y no le quedaban fuerzas para otro enfrentamiento. Se dijo que Odette no sabía lo que ocurría. Al fin y al cabo, no veía a Cecile, pero ella, Isabelle, la veía y sabía que sería la siguiente víctima de la muchacha. Ansiosa, miró a su alrededor en busca de un lugar donde esconderse, pero era demasiado tarde: Cecile la había localizado.

—Isabelle de la Paumé, ¿eres tú? —preguntó Cecile arrastrando las palabras y olvidando por completo a Odette.

Mientras hablaba, Isabelle vio la entrada a un callejón. No se molestó en contestar, sino que salió corriendo por el estrecho pasaje sin prestar atención al dolor. El callejón estaba húmedo y olía a alcantarilla. Una rata se le cruzó en el camino y alguien estuvo a punto de vaciarle un orinal en la cabeza, pero consiguió evitar a Cecile y salir al otro lado de la calle, donde habían dejado el carro.

Sintió un inmenso alivio. Aunque Tavi todavía no había llegado, estaba segura de que lo haría pronto. Mientras tanto, podría sentarse. En aquellos momentos, el pie le dolía como si le ardiera. No obstante, de camino al carro, la culpa le agujoneaba la conciencia. Pensó en Odette. ¿La habría dejado en paz Cecile? ¿O se habría frustrado tanto por no poder burlarse de Isabelle que había decidido redoblar sus intentos de atormentar a la muchacha ciega?

Los libros de historia dicen que los reyes, los duques y los generales son quienes empiezan las guerras. No te lo creas. Las empezamos nosotros, tú y yo. Cada vez que le damos la espalda a alguien, que guardamos silencio, que no nos metemos, que nos portamos bien.

Lo que está mal, lo cobarde, lo fácil. Eso se hace deprisa. Lo dejas atrás. Se acabó, te dices mientras te alejas a toda prisa. No es cosa mía.

Pero puede que el asunto en sí no opine lo mismo.

Isabelle tenía tanta prisa por escapar que había echado a caminar hacia el carro sin mirar a izquierda y derecha.

—¡Isabelle, querida! ¡Ahí estabas! —la llamó una voz.

A Isabelle se le cerró el estómago. Se volvió, despacio.

Detrás de ella, sonriendo como una víbora, se encontraba Cecile.

DIÉCISÉIS

Cecile, rubia y arrogante, se acercó a Isabelle. Llevaba un vestido amarillo y un parasol a juego, y una docena de muchachas no tan importantes seguía sus pasos.

—Cuánto tiempo, Isabelle —trinó—. Ya oí lo de Ella y el príncipe. Dinos, ¿cómo fue la boda real?

Hubo risitas. Susurros. Miradas mordaces. Todo el mundo sabía que

Isabelle, Octavia y *maman* no habían sido invitadas a la boda de Ella.

—¿Tenéis vuestras propias habitaciones en palacio? —preguntó una de las chicas.

—¿Te ha buscado Ella un duque para casarte? —bromeó otra.

—¿Quién se va a casar con un duque? ¡Ojalá fuera yo! —exclamó una tercera, emocionada. Acababa de alcanzar al grupo. Se llamaba Berthe. Era bajita y rechoncha, con unos prominentes incisivos.

Cecile se volvió hacia ella.

—¿Un duque? ¿Y por qué iba a querer acercársete un duque, Berthe? Te buscaremos un marido cazador. A esos sí les gustan las conejitas gordas.

Berthe perdió la sonrisa. Sus mejillas adquirieron un tono rojo chillón. Las otras muchachas se echaron a reír. No tenían elección: Cecile siempre recordaba a las que no lo hacían y se tomaba como un reto convertirlas en sus siguientes víctimas.

Bajo el bonito vestido de Cecile, bajo su corsé de seda y su camisola de lino, había un corazón que más bien parecía un tronco podrido. Si se le daba la vuelta, las criaturas que vivían debajo salían corriendo, huyendo de la luz. Criaturas como la envidia, el miedo, la ira y la vergüenza. Isabelle lo sabía porque su corazón se había convertido en lo mismo, pero, a diferencia de Cecile, sabía que la crueldad nunca procedía de la fuerza, sino de tu yo más oscuro, frío y débil.

Algo llamó la atención de Cecile en la calle. Era una pequeña col podrida. Le dio una patada hacia Berthe.

—Hazlo —le ordenó—. Se lo merece. Es fea. Una hermanastra fea.

Berthe miró la col y vaciló.

Cecile entornó la mirada.

—¿Te da miedo? Hazlo.

El reto envalentonó a las otras. Como una manada de hienas, animaron a Berthe. La chica, a regañadientes, recogió la col y la lanzó. Cayó sobre los adoquines, frente a Isabelle, y le salpicó la falda. Las burlas subieron de tono.

El miedo recorrió la nuca de Isabelle como una uña afilada. Sabía que Cecile no había hecho más que empezar. Dentro de ella, una voz dijo: «No tengo miedo de un ejército de leones dirigidos por una oveja. Tengo

miedo de un ejército de ovejas dirigido por un león».

En las situaciones difíciles, Isabelle oía a los generales en su cabeza; era así desde que tenía la edad suficiente para leerlos. El que le hablaba en aquellos momentos era Alejandro Magno, y se dio cuenta de que tenía razón: las lacayas de Cecile, desesperadas por lograr su aprobación, harían todo lo que su líder les pidiera.

Se sabía capaz de ganar a una de ellas, a pesar del pie herido, pero no a una docena. Tendría que encontrar otro modo de salir de aquella.

—Ya vale, Cecile —dijo. Aunque se moría de dolor, retrocedió cojeando de vuelta al mercado, suponiendo que la otra se cansaría del juego si se negaba a jugarlo.

Sin embargo, Cecile no tenía intención de permitir que lo dejara. Se agachó y recogió un trozo de adoquín roto.

—Quédate donde estás, Isabelle, o le lanzo esto a tu caballo.

Isabelle se detuvo en seco. Se volvió.

—No serás capaz —le dijo, porque era demasiado, incluso para Cecile.

—Sí que lo soy —respondió ella, y gesticuló hacia las demás—. Todas lo son. —Como si deseara demostrar su afirmación, le dio el adoquín a Berthe—.

Lánzalo. Si te atreves.

Berthe lo miró con los ojos muy abiertos.

—Cecile, no. Es una piedra.

—Gallina.

—No soy una gallina —protestó Berthe con voz temblorosa.

—Pues hazlo.

Isabelle se puso delante de la cabeza de Martin para protegerlo. Berthe lanzó la piedra, pero le dio al carro.

—Has fallado adrede —la acusó Cecile.

—¡No! —gritó Berthe.

Cecile recogió otro trozo de adoquín y se lo soltó en la mano.

—Acércate —dijo, y la empujó.

Berthe dio unos cuantos pasos vacilantes hacia Isabelle con la piedra agarrada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Cuando alzó de nuevo el brazo, miró a Isabelle a los ojos. Los de la otra chica estaban rebosantes de lágrimas. Fue como mirarse a un espejo. Isabelle

vio la angustia de la otra muchacha y la reconoció: era la suya.

—Es bueno que todavía llores —le susurró—. Cuando dejas de llorar es cuando estás perdida.

—Calla. No estoy llorando. No —respondió Berthe mientras echaba el brazo atrás.

Isabelle sabía que recibir una pedrada dolería. Puede que la matara. Si tal era su destino, que así fuera. Se negaba a abandonar a Martin; cerró los ojos apretó los puños y esperó el dolor.

Pero no llegó. Los segundos transcurrieron, despacio. Abrió los ojos. Las muchachas habían desaparecido, se habían desperdigado como gorriones. Donde antes estuviera Cecile, ahora había una anciana vestida de negro.

DIÉCISIETE

La mujer miraba calle abajo, a las jóvenes que huían.

Tenía el rostro surcado de arrugas; el pelo, blanco como la nieve, trenzado y recogido en un moño sobre la nuca. Un anillo negro le adornaba la mano, que más bien parecía una zarpa. Para Isabelle era la viva imagen de la frágil vejez, tan quebradiza y delicada como una rama bajo el hielo.

Y entonces se volvió y miró a Isabelle, y la joven creyó ahogarse en las grises profundidades de aquellos ojos antiguos, arrastrada por una voluntad mucho mayor que la suya.

—La del vestido amarillo, la cabecilla, tendrá mal fin —dijo la mujer en tono sabio—. Te lo garantizo.

Isabelle sacudió la cabeza para intentar despejarla. Se sentía zarandeada e inestable, como si saliera caminando de un mar turbulento.

—¿Las... las habéis perseguido vos?

La mujer se rio.

—¿Perseguido? Niña, estas viejas piernas no podrían perseguir ni a un caracol. Venía a hablar contigo. Las muchachas salieron corriendo en cuanto me vieron. —Hizo una pausa antes de añadir—: Eres una de las hermanastras feas, ¿verdad? Me ha parecido que te llamaban así.

Isabelle hizo una mueca y se preparó para otro torrente de insultos. Sin embargo, la mujer se limitó a chasquear la lengua y decir:

—Es una estupidez por tu parte salir a la calle. Las groserías no pueden matarte, pero las rocas sí. Debes quedarte en casa, a salvo.

—Hasta las chicas feas tienen que comer —respondió ella, ruborizada.

—La gente no lo olvidará —dijo la anciana, y negó con la cabeza, triste—. Ni lo perdonará. Ser fea es demasiada ofensa. Créeme, soy vieja y he visto mucho. Bueno, he llegado a ver que perdonaban a una muchacha deshonestista que robó una fortuna en piedras preciosas solo porque tenía una sonrisa bonita. Y a una joven violenta que robaba carruajes a punta de pistola salir de prisión solo por sus largas pestañas negras. ¡Si conozco incluso a una asesina que se libró de la horca porque tenía labios carnosos y hoyuelos, y el juez se enamoró de ella! Pero ¿a una chica fea? Ah, niña, el mundo está hecho para los hombres. A una chica fea no la perdonarán nunca.

Las palabras de la mujer fueron como una puñalada entre las costillas de Isabelle, tan profunda que tuvo que parpadear para reprimir las lágrimas.

—Cuando era pequeña, creía que el mundo estaba hecho para mí —dijo.

—Es lo que siempre creen los niños —respondió la anciana, comprensiva—. Y los lunáticos. Aunque seguro que ahora eres más lista. Ten cuidado. Dudo que esas muchachas te vuelvan a molestar, pero puede que haya otras.

—Gracias, *madame* —dijo Isabelle—. Estoy en deuda con vos.

—Puede que tengas que pagarla. —Señaló el carro—. ¿Te importaría llevarme? Llegamos a la posada del pueblo anoche, mi doncella y yo, y desde esta mañana temprano intentamos dar con alguien que nos lleve a la granja de mis parientes, pero no encontramos a nadie.

—Por supuesto, os llevaré, *madame*... Em, *madame*... —Isabelle se percató de que no sabía su nombre.

—*Madame Sévèrine*. Soy la tía abuela del pobre *monsieur* LeBenêt, que falleció hace unos meses, Dios lo tenga en su gloria. *Tante Sévèrine*, me llamaba cuando era pequeño. *Tantine*, por abreviar. Y así debes llamarme tú también, querida niña. Me gustaría ir a casa de los LeBenêt.

—Nada más fácil, *madame* —respondió ella con alegría—. Los LeBenêt son nuestros vecinos. ¡Qué coincidencia! —exclamó, feliz de poder ayudar

a aquella mujer que había tenido la amabilidad de ayudarla a ella.

—Sí, qué coincidencia —repuso la anciana. Una sonrisa le curvó las comisuras de los labios, aunque no le llegó a los ojos.

Isabelle le explicó que tenía que esperar a su hermana, pero que irían a la taberna en cuanto ella llegara para recoger el baúl de *madame* y a su criada.

—Tantine —la corrigió la mujer.

—Tantine —repitió ella—. ¿Os gustaría sentaros mientras esperamos?

—Pues sí. Estos viejos huesos se cansan con facilidad.

Isabelle la ayudó a subir al carro y acomodarse en el asiento de madera. Le gustaba aquella anciana tan agradable.

—Gracias, mi niña —dijo Tantine—. Creo que seremos buenas amigas, tú y yo.

—Es una suerte que nuestros caminos se hayan cruzado —respondió la joven, sonriendo.

La anciana asintió y le dio una palmada en la mano.

—Algunos lo llaman suerte. Yo lo llamo destino.

DiECiOCHO

Era poco más del mediodía cuando Isabelle y Tavi salieron de la aldea con Tantine sentada entre ellas. El sol estaba ya alto, y aquel día de agosto hacía un calor abrasador.

Losca, la criada de Tantine, una chica delgada de nariz aguileña, ojos brillantes y cabello de ébano recogido en una larga trenza, se sentaba en la parte de atrás del carro, encima del baúl de Tantine. No dijo nada en todo el camino; se limitó a observar el paisaje mientras ladeaba la cabeza y parpadeaba.

Martin trotaba por la carretera lo más despacio que podía, lo que le dio a Tantine tiempo de sobra para contarles a las jóvenes por qué había ido a SaintMichel.

—Es este asunto de Volkmar —dijo en tono lúgubre—. Vivo en París, y él pretende tomarlo. El rey ha fortificado la ciudad, pero la gente se marcha por cientos. Pienso quedarme con mis parientes indefinidamente. Es lo más seguro. Siempre hay que elegir el camino más seguro.

—Para los LeBenêt será un alivio teneros sana y salva con ellos, Tantine — dijo Tavi—. Deben de estar muy preocupados por vos.

—En realidad no tienen ni idea de que voy a su casa. No tenemos mucha relación. De hecho, no conozco a *madame* LeBenêt. *Monsieur* LeBenêt era pariente de mi marido. Mi difunto marido, mejor dicho. También falleció hace poco.

Isabelle y Tavi le dieron el pésame. Tantine se lo agradeció.

—En su testamento, mi marido le dejó una sustanciosa cantidad de dinero a *monsieur* LeBenêt —añadió—. Ahora me pregunto qué hacer con él. Me han dicho que tiene un hijo, Hugo, pero no sé nada de él. Me gustaría comprobar si se trata de alguien que honrará el nombre de la familia antes de entregarle la herencia.

«Buena suerte con eso», pensó Isabelle. Conocía a Hugo desde que eran pequeños. Había jugado a piratas y mosqueteros con Felix y ella unas cuantas veces, siempre con el ceño fruncido tras sus gruesas gafas. En todos aquellos años, él no le había gruñido más que un par de palabras. Dudaba que a Tantine le gruñera más de una.

Mientras el sol seguía subiendo y Martin seguía arrastrando el carro

con desgana por los prados, los campos de trigo y los huertos de árboles frutales, la anciana siguió hablando. Les estaba contando cómo era su elegante casa de París cuando un grito agudo y entrecortado desgarró el aire.

Isabelle se enderezó de golpe. Tavi dio un brinco. Las dos intercambiaron miradas de sorpresa y después examinaron lo que las rodeaba buscando el origen del sonido. Losca se asomó por el borde del carro, estirando el cuello.

—Ahí —dijo Tantine, señalando adelante.

Una carreta militar, tirada por dos fuertes caballos de tiro, había llegado a la cresta de una colina y rodaba hacia ellas. A pesar de la distancia, Isabelle veía que el uniforme del conductor estaba manchado de sangre. Al acercarse, vio lo que contenía y dejó escapar un grito ahogado.

En la parte de atrás, sin protección frente al sol inmisericorde, había al menos treinta hombres, todos malheridos. Llevaban vendas empapadas de sangre atadas alrededor de cabezas y torsos. Les faltaban miembros. Uno estaba tirado sobre un asiento de madera, con las piernas destrozadas. Era el que había gritado. Una de las ruedas tropezó con un bache y agitó el carro, y el hombre volvió a gritar.

Para cuando la carreta las dejó atrás, Tavi estaba aferrada a su asiento, y a Isabelle le temblaban tanto las manos que tuvo que apretar las riendas de Martin para tranquilizarse. Tantine tenía los labios apretados. Nadie habló.

Isabelle recordó su libro, *Una historia ilustrada de los mejores comandantes del mundo*. Felix y ella lo habían leído con atención cuando eran pequeños, embobados con las láminas en color que ilustraban batallas famosas. Las imágenes las convertían en algo glorioso y emocionante, y los soldados que luchaban en ellas parecían galantes y valientes. Pero el sufrimiento que acababa de presenciar no era glorioso en absoluto. La dejaba pasmada, con el estómago revuelto. Intentó imaginarse al responsable: Volkmar. Era un duque, según le habían contado. ¿Luciría medallas en su uniforme? ¿Una banda cruzándole el pecho? ¿Iría a caballo? ¿Llevaría espada?

Por un momento, Isabelle entornó los ojos y dejó de ver la carretera

que tenía ante ella, los muros de piedra que la bordeaban, las rosas que trepaban por ellos. En su mente, una figura alta y poderosa caminaba hacia ella por un campo de batalla. El humo blanco se arremolinaba a su alrededor y le tapaba el rostro, aunque sí se veía la espada que blandía, afilada como una cuchilla. Sintió un escalofrío, como en el mercado.

Tavi habló, y la imagen se desvaneció.

—¿Adónde van? —preguntó.

—A un campamento militar al otro lado de Saint-Michel. Oí a los aldeanos hablar de ello —contestó Isabelle mientras se sacudía de encima la extraña visión y la sensación de peligro que dejaba atrás.

—He visto muchas carretas como esas en mi viaje desde París —dijo Tantine—. Ah, niñas, me temo que esta guerra no nos irá bien. Nuestro rey es joven e inexperto, y Volkmar, despiadado y astuto. Cuenta con menos tropas, pero vencen a las del rey en todas las ocasiones.

Las tres volvieron a guardar silencio. Lo único que se oía eran los cascos de Martin, los crujidos del carro y el zumbido de los insectos. No tardaron en llegar al desvío hacia la granja de los LeBenêt: un camino polvoriento que conducía a un viejo caserío de piedra. Unas cortinas blancas andrajosas colgaban de las ventanas; unas contraventanas combadas les servían de marco. Los pollos daban vueltas alrededor de la desgastada puerta azul.

La vaquería, también de piedra, estaba conectada a la casa. Detrás de las estructuras, el ganado pastaba en un terreno vallado, y los campos de coles, patatas, nabos y cebollas se extendían hasta la entrada al bosque silvestre.

Losca se bajó del carro antes de que parara. Mientras Isabelle ayudaba a Tantine a bajar y Tavi abría la puerta de atrás para sacar el baúl, *madame* LeBenêt, también andrajosa y gastada, salió a saludarlas, si es que aquello se podía llamar saludo.

—¿Qué queréis? —ladró, y su miraba agria bastaba para cortar la leche.

—Os hemos traído a vuestra tía abuela, *madame* —respondió Isabelle, que señaló con la cabeza a Tantine—. Ha venido desde París con su doncella.

Madame LeBenêt entornó los ojos; frunció más el ceño.

—No tengo ninguna tía abuela.

—Soy *madame* Sévèrine, la tía abuela de vuestro difunto marido —le explicó Tantine.

—Mi marido no os mencionó nunca.

—No me sorprende. Había una disputa familiar, mucho encono...

Madame LeBenêt la cortó, grosera.

—¿Me tomáis por imbécil? Ahora llegan todos los días a Saint-Michel desconocidos que huyen de París fingiendo ser un no sé qué o un no sé cuántos lejano para que les den cobijo y comida. No, señora, lo siento. No podéis quedaros aquí. Vuestra doncella y vos nos dejaríais sin comida y sin hogar.

«¿Que una anciana tan diminuta y su escuchimizada doncella los van a dejar sin comida?», pensó Isabelle. Agachó la cabeza y se puso a toquetear una de las hebillas del arnés de Martin. No se atrevía a mirar a *madame* porque no quería que notara su exasperación.

Toda la aldea sabía que Avara LeBenêt era una tacaña. No solo tenía unos campos abundantes, sino que también contaba con dos docenas de gallinas ponedoras, diez vacas lecheras, arbustos de diversas bayas, manzanos y un enorme huerto. Se sacaba una pequeña fortuna todos los sábados en el mercado, pero no hacía más que quejarse de lo pobre que era.

—Ah, siento oír que no tenéis sitio para mí —repuso Tantine con un suspiro de abatimiento—. Me temo que tendré que saldar la herencia con algún otro miembro de la familia.

Madame LeBenêt se puso firme, como un perro de caza que ha avistado un pato bien gordo.

—¿Herencia? ¿Qué herencia? —preguntó, brusca.

—La herencia que mi difunto marido me pidió que entregara a vuestro difunto marido. Creía que quizá pudiera entregársela a vuestro hijo, pero ahora...

Madame LeBenêt se dio una palmada en la frente.

—¡*Tante* Sévèrine! —exclamó—. ¡Por supuesto! ¡Mi marido hablaba mucho de vos! Y siempre con mucho cariño. Debéis de estar exhausta después de un viaje tan largo. Dejad que os prepare una taza de té.

—Debería dedicarse al teatro —le comentó Tavi a Isabelle.

La vecina la oyó.

—¿A qué esperáis vosotras dos? —les espetó—. ¡Bajad el baúl!

Con grandes dificultades, Isabelle y Tavi consiguieron sacar el baúl del carro y llevarlo al interior de la casa. Isabelle suponía que Losca las ayudaría, pero la muchacha estaba observando fijamente un saltamontes posado en el ralo rosal cercano a la puerta, concentrada en el insecto. *Madame* indicó a Tavi e Isabelle que dejaran el baúl en el dormitorio pequeño y después se metió en la cocina a preparar el té. Cuando las chicas regresaron al carro, vieron que Tantine seguía junto a él.

Tavi subió de nuevo al vehículo y se sentó, mientras que Isabelle vacilaba.

—¿Estaréis bien aquí? —preguntó.

—Estaré bien —le aseguró Tantine—. Sé manejar a Avara. Gracias otra vez por traerme.

—No tiene importancia. Gracias por salvarme de una muerte segura a manos de Cecile —respondió la joven, irónica.

Se volvió para marcharse, pero, al hacerlo, Tantine le cogió la mano. A Isabelle le sorprendió la fuerza de aquellos dedos torcidos.

Se quedaron quietas un momento, mirándose a los ojos. La Parca, una criatura sin corazón ni alma, que caminaba con el polvo de Alejandría en los zapatos, las cenizas de Pompeya en el dobladillo de la falda y la arcilla roja de Xí'an en las mangas. Tan vieja como el tiempo. Sin principio ni fin.

Y la joven humana. Tan mal hecha. Nada más que carne tierna, uñas mordidas y un corazón maltrecho que latía en una frágil jaula de huesos.

Isabelle no tenía ni idea de quién era la dueña de los ojos insondables a los que se asomaba. No tenía ni idea de que la Parca pretendía ganar la apuesta que había aceptado, costara lo que costara.

—Debemos irnos, Tantine —dijo al fin—. ¿Seguro que aquí estaréis bien?

La Parca asintió y le dio un último apretón a la mano de la muchacha.

—Sí, y espero que tú también lo estés. Ten cuidado con los que huyen de París, niña —le advirtió—. No todos los refugiados son viejas urracas inofensivas como yo. Algunos son canallas que pretenden llevar a las jóvenes por el mal camino. Procede con cautela. Cierra las contraventanas. Echa el pestillo de las puertas. Y, sobre todo, no dejes

nada, repito, nada en manos del azar.

DIECINUEVE

Muchas horas después, sobre un mantel de damasco azul, en un campo muy al sur de Saint-Michel, una diva, una maga y una actriz se sentaban bajo un roble a comer fruta y dulces.

A su alrededor tocaban los músicos. Un malabarista lanzaba antorchas encendidas por los aires. Un tragasables se tragaba un sable. Y tres ruidosos capuchinos saltaban entre las ramas del roble, mientras un cuarto se sentaba en el mantel mirando las perlas de la diva.

—Cuidado. El ladronzuelo está planeando su siguiente golpe —le advirtió la maga.

—Nelson —le dijo la diva al mono, agitando un dedo ante él—, ni se te ocurra...

Un bramido cortó su frase:

—¿Ahora?

—¡No! —le gritaron de vuelta.

Las tres mujeres se volvieron hacia el origen del escándalo. Azar, con las manos en las caderas, estaba junto a un gran carruaje pintado. Se había quitado el abrigo. Su camisa blanca con volantes estaba abierta por el cuello; sus largas trenzas, recogidas y atadas con los cordones de los zapatos de alguien. El sudor le perlaba la frente.

De pie en lo alto del carruaje, uno encima de los hombros del otro, había cuatro acróbatas. El de abajo había afianzado las fuertes piernas en el techo; el de arriba se llevaba un catalejo al ojo.

—Venga —le ordenó Azar a un quinto, haciendo un gesto hacia el carruaje—. Dime lo que ves.

Un segundo después, un niño enjuto trepaba a lo alto de la torre humana.

—¿Algo? —gritó Azar mientras el niño le cogía el catalejo al acróbata que tenía debajo—. Tienes que buscar una aldea que se llama Saint-Michel. Tiene una iglesia con una estatua de un arcángel en...

—¡No la veo!

Azar soltó un improperio.

—¡Ahora vas tú! —le dijo a un segundo niño enjuto.

—¿Otro más? —preguntó la diva, apartando la vista—. No quiero mirar.

Azar y sus amigos se habían perdido. El conductor se había estado guiando por el instinto y se había equivocado en una intersección. No tenían mapa de carreteras; a Azar no le gustaban; arruinaban la diversión, según decía. Ahora empezaba a caer la noche, la aldea de Saint-Michel no se veía por ninguna parte y Azar esperaba que sus acróbatas la localizaran.

La diva se sirvió otro *macaron* de una bonita caja de papel del centro del mantel y mordió el dulce. El frágil merengue se rompió; las migajas le cayeron en el escote. El mono se acercó corriendo para pescarlas.

—¡Nelson, mono descarado! —exclamó ella, dándole un manotazo.

Nelson le rodeó el cuello con sus peludos brazos, le dio un beso y salió pitando. De no haber estado tan enfadada por sus payasadas, puede que se hubiera dado cuenta de que el animal arrastraba algo sobre la hierba.

—La vieja ya ha llegado, lo presiento —comentó la maga, preocupada, mientras se pasaba una moneda de plata de un dedo a otro, veloz.

—Si encuentra a la chica antes que Azar, la envenenará de dudas y miedo — dijo la diva.

—Pero esta Isabelle es fuerte, ¿no? —repuso la actriz.

—Eso he oído —dijo la maga—. Por otro lado, ¿será lo bastante fuerte?

—Él cree que sí —respondió la diva, señalando a Azar con la cabeza—. Pero ¿quién sabe? Es difícil librarse de la vieja. Es una batalla, como bien sabemos todas las que hemos luchado contra ella. Y las batallas dejan heridas.

Se remangó. Una fea cicatriz le recorría desde la muñeca hasta el codo.

—De mi padre. Fue a por mí con un cuchillo cuando le dije que no entraría en un convento, como él deseaba, sino que me iría a Viena a estudiar ópera.

La maga se abrió el cuello de la chaqueta para enseñar su cicatriz, roja y reluciente, justo debajo de la clavícula.

—De una piedra. Lanzada por un sacerdote que me llamó demonio. Porque a la gente les gustaban más mis milagros que los suyos.

La actriz se llevó la mano al guardapelo de oro que llevaba prendido

en la solapa, sobre el corazón. Lo abrió y enseñó a las otras los retratos en miniatura de una niña y un niño.

—No tengo cicatrices, pero sí una herida que jamás se curará —dijo con lágrimas en los ojos—. Mis hijos. Me los quitó un juez para dárselos al borracho de mi marido. Porque solo una mujer inmoral se exhibiría en un escenario.

La maga tiró de la actriz para acercársela, la besó en la mejilla y le secó las lágrimas con un pañuelo. Después hizo una pelota con el pañuelo y lo aplastó entre las palmas de las manos. Cuando las abrió de nuevo, el pañuelo había desaparecido y en su lugar se encontraba una mariposa.

Mientras las tres mujeres miraban, la mariposa echó a volar llevada por la brisa.

Pasó volando junto a un monito que jugaba con una sarta de perlas. Junto a un violinista, un trompetista, un cocinero, un científico y tres bailarinas, todos con sus propias cicatrices.

Junto a un hombre de ojos ámbar enfadado por la llegada del crepúsculo. Maldiciendo los traicioneros caminos; construyendo una torre humana cada vez más alta.

Los carnosos labios rojos de la maga esbozaron una sonrisa pequeña pero desafiante.

—Eso es lo que hacemos con nuestro dolor —dijo mientras observaba el vuelo de la mariposa—: lo convertimos en algo bello.

—Lo convertimos en algo significativo —añadió la diva.

—Lo convertimos en algo mejor —susurró la actriz.

VEINTE

Al caer la noche, la Parca se encontraba bebiendo una infusión de manzanilla con *madame* LeBenêt, Azar intentaba encontrar el camino a Saint-Michel, e Isabelle, en su cocina, miraba con preocupación a su hermana.

Tavi estaba haciendo lo que siempre hacía por las noches: sentarse junto a la chimenea con un libro abierto en el regazo. Sin embargo, las arrugas de su ceño parecían más profundas que en otras ocasiones, y las sombras bajo los ojos, más oscuras.

Aunque siempre había sido estudiosa e introvertida, lo era más desde

que Ella se había marchado. A veces, a Isabelle le daba la sensación de que estaba observando a su hermana apagarse como una brasa, y que llegaría el día en que se convertiría en ceniza y se alejaría volando.

Las dos hermanas se llevaban un año y se parecían mucho. Ambas tenían pelo caoba, frentes despejadas y pecas sobre la nariz, además de los ojos del color del café cargado. Tavi era más alta, esbelta, mientras que la figura de Isabelle era más redondeada. Sin embargo, lo que más las diferenciaba eran sus personalidades: Tavi era tranquila y contenida; Isabelle, todo lo contrario.

Mientras Isabelle colocaba lonchas de jamón, láminas de manzana, pan y queso en un plato para llevárselo a su madre, se preguntaba cómo sacar a su hermana de su ensimismamiento.

—¿Qué estás leyendo, Tavi?

—El *Compendio de cálculo por reintegración y comparación*, del sabio persa Al-Juarismi —respondió Tavi sin levantar la vista.

—Suena emocionante —se burló Isabelle—. ¿Quién es Al-Juarismi?

—El padre del álgebra —contestó su hermana, que esta vez sí levantó la mirada—. Aunque muchos creen que el matemático griego Diofanto también podría reclamar ese título.

—Es una palabra curiosa, álgebra, ¿verdad? —comentó Isabelle para que su hermana siguiera hablando.

—Viene del árabe —explicó Tavi, sonriendo—. De *al-jabr*, que significa «reintegración, recomposición». Al-Juarismi creía que se puede recomponer lo roto si se aplica la ecuación correcta. —Perdió un poco la sonrisa—. Ojalá hubiera una ecuación capaz de hacer lo mismo con las personas.

Iba a añadir algo más, pero una voz aguda la interrumpió.

—¡Isabelle! ¡Octavia! —gritó su madre desde el umbral—. ¿Por qué no estáis vestidas? ¡Vamos a llegar tarde al baile!

Maman entró en la cocina con los labios fruncidos por el disgusto. Llevaba un vestido de satén del color del cielo invernal y un penacho de plumas de avestruz blancas en el pelo, que se había recogido sin mucha maña. Tenía el rostro pálido y el brillo de la fiebre en los ojos. Las manos le revoloteaban alrededor del cuerpo como palomas; lo mismo se ahuecaba el pelo que se ponía a jugar con las perlas.

A Isabelle se le cayó el alma a los pies al verla; no estaba bien desde que se fuera Ella. A veces era la misma persona competente y arrogante de siempre, mientras que otras, como aquella noche, se desorientaba. Se perdía en el pasado, convencida de que iban a asistir a una cena, a un baile o a palacio.

—*Maman*, te has equivocado de día —le dijo Isabelle, sonriendo para calmarla.

—No seas tonta. Tengo la invitación aquí mismo.

Le enseñó la tarjeta impresa que llevaba en la mano, con la superficie de color marfil manchada y los bordes doblados.

Isabelle la reconoció: había llegado meses atrás.

—Sí —repuso alegremente—. Pero es que ese baile ya se celebró, *maman*.

La mujer se quedó mirando las palabras grabadas.

—No... No consigo leer la fecha... —dijo, y dejó la frase en el aire.

—Ven, te ayudaré a desvestirte. Puedes ponerte un camisón bonito y tumbarte.

—¿Estás segura de la fecha, Isabelle? —preguntó *maman*, y su tono pasó de tiránico a desconcertado.

—Sí. Vuelve a tu dormitorio. Te subiré la cena —la convenció mientras la tomaba del brazo.

De repente, su madre se indignó de nuevo y se zafó de su mano.

—Octavia, ¡suelta ese libro! Te vas a dejar los ojos con tanto número. — Cruzó la cocina y le quitó el libro a Tavi de las manos—. ¡De verdad! ¿Acaso existe algún hombre que piense: «Vaya, me encantaría conocer a una muchacha que sepa despejar una equis»? Ve a vestirte. ¡No podemos hacer esperar a la condesa!

—¡Por amor de Dios, *maman*, déjalo ya! —le soltó su hija—. Ese baile fue hace años. Y aunque no fuera así, la condesa ya no quiere saber nada de nosotras. ¡Nadie quiere!

Maman se quedó inmóvil y en silencio durante un buen rato. Cuando habló de nuevo, su voz no era más que un susurro.

—Pues claro que la condesa quiere vernos. ¿Por qué no iba a querer?

—Porque lo sabe. Sabe lo de Ella y cómo la tratamos. Nos odia. Todo el pueblo nos odia. Todo el país nos odia. ¡Somos parias!

Su madre se llevó una mano a la frente. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, el brillo febril había retrocedido para volver a dar paso a la claridad. Pero también dio paso a otra cosa: a una ira fría y amenazadora.

—Te crees muy lista, Octavia, pero no lo eres —dijo—. Antes de que el príncipe viniera a por Ella recibí cinco ofertas de matrimonio para ella. Cinco. A pesar de haberla convertido en nuestra criada. ¿Sabes cuántas me hicieron por ti?

Cero. Resuelve esa ecuación, querida.

Tavi, herida, apartó la vista.

—¿En qué esperas emplear exactamente todos tus estudios? —preguntó *maman* mientras agitaba el libro en el aire—. ¿Quieres ser profesora? ¿Científica? Eso es para hombres. Si no te encuentro marido, ¿quién te mantendrá cuando yo no esté? ¿Qué harás? ¿Te convertirás en la institutriz de los hijos de otras y vivirás en un frío desván, donde te alimentarás de los restos de su mesa? ¿Trabajarás como costurera y te pasarás el día cosiendo hasta quedarte ciega? —sacudió la cabeza, asqueada—. Incluso vestida con harapos, Ella te eclipsaba. Era guapa y agradable. ¿Y tú? Tú te afeas con tus números, tus fórmulas y tus ridículas ecuaciones. Eso debe acabar. Y acabará.

Se dirigió a la chimenea y lanzó el libro al fuego.

—¡No! —gritó Tavi, que saltó de su silla, agarró un atizador e intentó rescatarlo. Por desgracia, las llamas ya ennegrecían las hojas.

—¡Terminad de vestiros, las dos! —ordenó *maman*, que salió de la habitación a grandes zancadas—. ¡Jacques! ¡Trae el carruaje!

—Tavi, ¿de verdad tenías que alterarla? —preguntó Isabelle, enfadada—. ¡*Maman*! —la llamó, corriendo tras ella—. ¿Dónde estás?

Se la encontró intentando abrir la puerta principal, todavía pidiendo el carruaje. Isabelle tardó una eternidad en conseguir subirla de nuevo a su dormitorio. Cuando la tuvo allí, la ayudó a desvestirse y le dio un vaso de brandy para calmarla. Intentó que comiera algo, pero ella se negó. Al final, Isabelle logró meterla en la cama. Cuando estaba tapándola, su madre se sentó y la agarró por el brazo.

—¿Qué será de tu hermana y de ti? Dime —preguntó con ojos temerosos.

—Nos irá bien. Nos las apañaremos. Nuestro padrastro nos dejó dinero, ¿no?

Maman se rio. Era una risa cansada y sin esperanza.

—Vuestro padrastro no nos dejó más que deudas. He vendido el Rembrandt.

Casi toda la plata. Varias de mis joyas...

Isabelle estaba agotada. Le dolía la cabeza.

—Chiss, *maman*. Duerme un poco. Hablaremos de eso por la mañana.

Cuando regresó a la cocina, Tavi estaba arrodillada junto al hogar, mirando el fuego. Su hermana le quitó el atizador e intentó sacar el libro de la chimenea, pero era demasiado tarde.

—Déjalo, Iz. Déjalo. Se ha ido —dijo Tavi con voz entrecortada.

A Isabelle le dolía el corazón por ella. La firme y lógica Tavi nunca lloraba.

—Lo siento, solo quería ayudar —respondió mientras dejaba el atizador.

—¿Sí? Pues arrégrame el pelo —repuso su hermana, hundida—. Dale color a mis mejillas. Ponme guapa. ¿Puedes hacerlo?

Isabelle no contestó. Ojalá pudiera poner guapa a Tavi. Y ponerse guapa ella. Qué distintas serían sus vidas.

—No lo creo —añadió Tavi mientras contemplaba las cenizas de su amado libro—. Podría resolver todas las ecuaciones de Diofanto, ampliar el trabajo de Newton sobre las series infinitas, terminar el análisis de Euler sobre los números primos... Y daría igual. —Miró a Isabelle—. La guapa es Ella. Tú y yo somos las hermanastras feas. Y así el mundo nos reduce a las tres a nuestro mínimo común denominador.

VEINTIUNO

En el interior de la *Maison Douleur*, el péndulo de un alto reloj de pie oscilaba adelante y atrás como una guadaña que cortaba los minutos.

Maman y Tavi estaban en la cama, pero Isabelle no podía dormir. Sabía que se limitaría a dar vueltas si lo intentaba, así que se quedó en la cocina, sentada junto al fuego, picoteando de la cena que había preparado para su madre.

Hubo un tiempo en que esperaba con alegría la caída de la noche.

Bajaba por la tupida enredadera que crecía junto a la ventana de su dormitorio y se reunía con Felix. Juntos contemplaban el cielo nocturno y contaban estrellas fugaces, y a veces, si se quedaban inmóviles como estatuas y tenían suerte, veían a un búho caer sobre su presa o a un ciervo salir del bosque silvestre con las astas adornándole la noble cabeza como si de una corona se tratara.

Ahora, la oscuridad la inquietaba. Veía fantasmas por todas partes. En espejos y ventanas. En el reflejo de una olla de cobre. Los oía en el crujido de una puerta. Los sentía revoloteando en las cortinas. No obstante, no era la oscuridad lo que la obsesionaba, sino ella misma. Los fantasmas no son los muertos que regresan de la tumba para atormentar a los vivos; los fantasmas ya están aquí. Viven dentro de nosotros, se lamentan entre las cenizas de nuestras penas, se quedan atrapados en el espeso lodo de nuestros remordimientos.

Mientras Isabelle contemplaba las ascuas moribundas de la chimenea, los fantasmas se abalanzaron sobre ella.

Tavi, Ella, Isabelle y *maman* dentro de su carruaje. Su madre elogiaba a Ella sin medida: «¡Qué guapa estás hoy! —ronroneaba—. ¿Has visto cómo te miraba el hijo del alcalde?».

Otras imágenes cobraron vida. *Maman* observando con el ceño fruncido la labor de Tavi y diciéndole que debía practicar hasta coser tan bien como Ella. *Maman* haciendo una mueca mientras Isabelle cantaba y pidiéndole después una canción a Ella.

La envidia, el rencor, la vergüenza... Su madre había restregado todo eso contra su corazón y el de Tavi hasta dejarlos en carne viva. Era sutil; era lista. Había empezado pronto. Había ido poco a poco. Sabía que, aunque las heridas sean diminutas, si no se curan, se infectan, se inflaman y te vuelven negro el corazón.

Llegaron más fantasmas. El fantasma de un semental negro. El fantasma de un niño. Pero Isabelle no los soportaba, así que se levantó para llevar su plato al fregadero.

El reloj dio las doce mientras lo hacía, y sus repiques retumbaron con un eco agorero por la casa. Se dijo que era la hora de irse a la cama, hasta que recordó que no había echado la llave a la puerta de los establos ni encerrado a los pollos en el corral. Con la conmoción provocada por su

madre, se le había olvidado.

Cuando cojeaba de vuelta al hogar para alimentar las brasas, un movimiento veloz le llamó la atención: un ratón se había atrevido a meterse en la chimenea y estaba excavando en una grieta entre las piedras. Mientras escarbaba con furia, dos diminutos ratoncitos corrieron a su lado. Un segundo después, la ratona se irguió sobre las patas traseras y chilló, triunfante: tenía una lentejita verde en la pata. La partió por la mitad de un bocado y entregó las dos partes a sus hijos, que se pusieron a mordisquearla con glotonería.

Los dedos fríos y delgados de la culpa se aferraron al corazón de Isabelle al recordar cómo había llegado hasta allí aquella lenteja.

Su hermanastra había oído a *maman* decirles a Isabelle y a Tavi que el príncipe celebraba un baile y que a él estaban invitadas todas las doncellas del reino. Le había preguntado si ella podía ir y, a modo de respuesta, *maman* había cogido un cuenco de lentejas y había lanzado su contenido a la chimenea.

—Había cien lentejas en ese cuenco. Sácalas todas de las cenizas y entonces podrás ir —le había dicho, con una cruel sonrisa bailándole en los labios.

Era una tarea imposible, pero Ella lo había conseguido. Isabelle acababa de descubrir cómo: gracias a la ayuda de los ratones. Cuando entregó el cuenco lleno a su madrastra, ella se lo quitó de las manos, lo vació sobre la mesa de la cocina y contó las lentejas. Después anunció en tono triunfal que faltaba una y que Ella no podía ir al baile.

«¿Cómo sería para Ella estar tan sola, no tener más amigos que los ratones?», se preguntó Isabelle. Entonces, con una punzada de dolor, descubrió que no tenía que preguntárselo, puesto que ya lo sabía.

Los ratoncitos terminaron su comida y miraron a su madre, pero ella no tenía nada más que ofrecerles y ni siquiera había comido. —¡Esperad! —les dijo Isabelle—. ¡Esperad ahí!

Corrió de vuelta a la bandeja de la cena, pero se movió con tal torpeza que asustó a los animales, que escaparon corriendo.

—¡No! ¡No os vayáis! —gritó la muchacha, destrozada.

Cogió un trozo de queso de la bandeja y volvió cojeando a la chimenea; los ratones no se veían por ninguna parte.

—Volved —les suplicó mientras los buscaba—. Por favor.

Arrodillada junto a las cenizas, colocó el queso en una piedra. Después volvió a sentarse en su silla a esperar, anhelante. Sin embargo, los ratones no volvieron. Creían que iba a hacerles daño. ¿Y por qué no iban a creerlo? Es lo que solía hacer.

Las voces del mercado retumbaron en la cabeza de Isabelle sin que lograra frenarlas. Tantine diciéndole que la gente ni perdonaría ni olvidaría. Cecile llamándola fea. Las peores eran las palabras de la mujer del panadero: «Fuiste cruel con una muchacha indefensa».

El remordimiento se le enroscó en el corazón como una serpiente y lo apretó. Las lágrimas le caían por las mejillas. Inclino la cabeza, así que no vio la sombra que ocupaba la ventana de la cocina. Ni la mano, pálida como la luz de la luna, que se apretaba contra ella.

Para cuando Isabelle levantó la cabeza, la sombra ya no estaba. Se secó los ojos y se levantó. El establo y el corral seguían esperándola. Arrastró los pies hasta la puerta, cogió el farol que colgaba del gancho que había al lado y se internó en la noche, con la tristeza colgada de ella como una mortaja.

De haberse esperado unos segundos más, habría visto a la mamá ratona salir de entre las sombras y volver a la chimenea. Habría visto a la hambrienta criatura mordisquear el queso. La habría visto mirar hacia la ventana, donde estaba la sombra, con los bigotes temblorosos.

Y después estremecerse y salir corriendo.

VEINTIDÓS

Isabelle se alegró de llevar el farol.

Había luna llena, pero la ocultaban las nubes. Aunque antes era capaz de recorrer el terreno de la *Maison Douleur* a oscuras, hacía mucho tiempo que no se atrevía a salir después de medianoche.

Los edificios anexos estaban situados al oeste de la mansión. Isabelle siguió el camino de piedras blancas planas que atravesaba el patio, rodeaba el tilo, pasaba por debajo de la puerta de una valla de madera y bajaba por una pequeña colina.

Bertrand, el gallo, abrió un ojo suspicaz cuando la joven iluminó el corral. Tras contar rápidamente a sus moradores, Isabelle cerró el pestillo

y se dirigió al establo. Martin dormía en su compartimento. Se despertó un instante cuando la vio, resopló, irritado, y se volvió a dormir. La joven cerró con llave la puerta del establo y regresó a la mansión.

Sucedió cuando estaba cerrando la valla.

Como llegada de ninguna parte, la suave brisa nocturna se transformó en un fuerte viento. Le soltó el cabello, cerró la puerta de la valla de golpe y le apagó el farol. Y se paró.

Isabelle se llevó una mano al pecho, sobresaltada. Por suerte, el viento también había dispersado las nubes, y ahora la luz de la luna iluminaba las piedras blancas que serpenteaban por la hierba y le permitía ver el camino. Cuando el sendero la llevaba junto al tilo, sus frondosas ramas se agitaron con la brisa, llamándola.

Se acercó más al árbol y recordó la paloma que había advertido al príncipe de su engaño. ¿Estaría posada entre aquellas ramas, observándola? La idea la estremeció.

Dejó el farol en el suelo y contempló el tilo mientras recordaba los días pasados trepando por aquellas ramas, cada vez más alto, fingiendo que se subía al mástil de un barco pirata o que trepaba por los muros de una fortaleza enemiga.

Los fantasmas que antes había intentado espantar volvieron a acosarla. Se vio de niña, abriéndose paso sin miedo entre las ramas del árbol. Vio a Tavi con su pizarra y sus ecuaciones, y a Ella con sus guirnaldas de margaritas. Entonces eran inocentes, las tres. Y muy felices juntas. Estaban bien y a ninguna le faltaba nada.

Los remordimientos que antes le apretaban el corazón, ahora se lo aplastaban.

—Lo siento. Lo siento mucho —les susurró a las tres niñas, destrozada de dolor y anhelo—. Ojalá todo fuera distinto. Ojalá yo fuera distinta.

Las hojas murmuraron y suspiraron. Casi parecía que el árbol hablaba con ella. Sacudió la cabeza por pensar semejante tontería y siguió su camino.

Al cabo de unos cuantos pasos, lo vio: algo se movía en la oscuridad.

Se quedó inmóvil. El miedo hizo que se le disparara el corazón.

No estaba sola.

Alguien más se encontraba a la sombra del tilo.

Y la observaba.

VEINTITRÉS

La figura salió de la oscuridad.

Isabelle, todavía con el corazón latiéndole muy deprisa, vio que se trataba de una mujer: alta, esbelta, pálida como el hueso. Una larga melena caoba flotaba alrededor de sus hombros. Lucía una alta corona de escaramujo negro adornada con polillas vivas de alas de color verde azulado. Posado en su hombro, descansaba un halcón de ojos amarillos. Los de ella eran de color esmeralda; los labios, negros. El vestido que llevaba era del color del musgo.

La mujer tenía a un conejo agarrado por el cogote, y el animal no dejaba de moverse intentando liberarse. Mientras la miraba, se llevó al animal a la cara, olió su aroma y se humedeció los labios. Sus afilados dientes reflejaron la luz de la luna.

Isabelle no la había visto nunca, pero la reconocía.

Cuando Ella era pequeña le gustaba contar fantásticas historias sobre una criatura mágica que vivía en el hueco de la base del tilo. A veces era una mujer; otras veces, un zorro. Se trataba de un ser salvaje, majestuoso y bello, aunque también astuto y feroz. Isabelle siempre había creído que las historias de Ella no eran más que eso: historias.

Hasta ahora.

La mujer le sonrió, y era la misma sonrisa que había dedicado al conejo justo antes de atraparlo junto a un campo de tréboles. Después avanzó hacia ella, despacio, paso a paso.

A pesar de que el instinto le gritaba que huyera, la joven no pudo, estaba hipnotizada. Aquella no era una criatura de alas de gasa que bebía el rocío de los pétalos de las flores. Ni una vieja madrina rolliza y afable, toda sonrisas y rimas.

Aquel ser era oscuro y peligroso.

Se trataba de Tanaquill, la reina de las hadas.

VEINTICUATRO

—Me has llamado —dijo la reina de las hadas, que se detuvo a medio

metro de Isabelle.

—N-no. Creo que no. ¿Sí? —tartamudeó la muchacha, con los ojos como platos.

Los ojos de Tanaquill emitían un brillo oscuro. De cerca, sus dientes parecían más afilados. Tenía largas uñas negras al final de los dedos.

—Tu corazón me ha llamado —dijo, y dejó escapar una risa fría—. Bueno, lo que queda de él.

Le puso una pálida mano en el pecho y ladeó la cabeza, escuchando. Isabelle notó que las uñas de la reina de las hadas se introducían en la tela de su vestido. Oyó el latido de su corazón amplificado bajo la mano de Tanaquill. Cada vez más fuerte. Por un momento temió que la reina se lo arrancara del pecho, rojo y palpitante.

Por fin, Tanaquill apartó la mano.

—Te lo han sacado pedazo a pedazo a pedazo —dijo—. A tu hermanastro.

«¿Cómo lo sabe?», se preguntó. Y entonces, de repente, lo supo.

—Fuisteis vos —susurró, asombrada—. ¡Vos ayudasteis a Ella a ir al baile!

Tavi y ella habían intentado averiguar cómo su hermanastro había adquirido una carroza, caballos, lacayos, un vestido y zapatos de cristal. Y cómo había escapado de su habitación después de que Isabelle la encerrara allí al llegar el príncipe. Ahora lo sabía.

—Una calabaza transformada en carruaje, unos ratones transformados en caballos, un par de lagartos para conseguir lacayos... Un juego de niños —respondió Tanaquill con desdén. Volvió a mirar el conejo.

A Isabelle se le aceleró el pulso. «Si la reina de las hadas es capaz de convertir una calabaza en una carroza, ¿qué más será capaz de hacer?». Por un momento se le olvidó tener miedo. Una chispa de esperanza prendió en su interior.

—Por favor, alteza, ¿podríaís ayudarme a mí también? —preguntó.

Tanaquill apartó la mirada del animal.

—Fue sencillo ayudar a Ella, pero no puedo ayudar a una chica como tú. Estás demasiado llena de amargura. Rellena el hueco donde antes estaba tu corazón —respondió, dándole la espalda.

—¡No! ¡Esperad! —gritó Isabelle, que corrió tras ella—. ¡Esperad, por

favor!

La reina de las hadas se volvió con los labios torcidos en un gruñido.

—¿Para qué, niña? Tu hermanastra sabía cuál era el mayor anhelo de su corazón. ¿Lo sabes tú?

Isabelle vaciló, asustada, pero su ansia la envalentonaba. Una docena de deseos brotaron de su interior, todos nacidos de sus recuerdos más felices. En su mente veía espadas y libros, caballos, el bosque silvestre. Días de verano. Guirnaldas de margaritas. Recordaba una promesa y un beso.

Isabelle abrió la boca para pedir todo aquello. Sin embargo, justo cuando las palabras iban a abandonar su lengua, se las tragó.

A lo largo de su vida siempre había querido y amado lo que no debía. Lo que la metía en líos. Lo que le rompía el corazón. Todo aquello no era para ella; el mundo se lo había dicho. Entonces, ¿para qué pedirlo? No serviría más que para hacerle daño de nuevo.

No obstante, había algo que podría arreglarlo todo. Que evitaría que los demás la siguieran odiando. Que la convertiría en lo que *maman* quería que fuera, en lo que la esposa del panadero, Cecile, los aldeanos, el viejo comerciante, todos los pretendientes que acudían a la casa y el mundo entero exigían que fuera.

Isabelle miró a Tanaquill a los ojos y dijo:

—Deseo ser guapa.

Tanaquill dejó escapar un gruñido grave, así que Isabelle tuvo la sensación de haber dado la respuesta equivocada, aunque la reina de las hadas no la rechazó de inmediato, sino que dijo:

—Los deseos nunca se conceden sin más. Hay que ganárselos.

—Haré lo que sea —le aseguró la joven con vehemencia.

—Es lo que decís siempre los mortales —respondió la reina con una carcajada de desprecio—. Que haríais lo que fuera. Lo que fuera, salvo lo que debe hacerse. Solo existe una cosa capaz de librarte de tu amargura. Si la haces, quizá pueda ayudarte.

—La haré. Lo juro —respondió Isabelle, juntando las manos—. ¿Qué es?

—Encuentra los fragmentos perdidos de tu corazón.

VEINTICINCO

Isabelle parpadeó.

—¿Que encuentre los fragmentos de mi corazón? —repitió, como si no hubiera oído bien a la reina de las hadas—. No... No lo entiendo. ¿Cómo se encuentran los fragmentos de un corazón? ¿Cómo lo hizo Ella?

—No tuvo que hacerlo.

—Por supuesto que no —resopló Isabelle—. Seguro que le bastó con una sonrisa.

Sus palabras, nacidas del resentimiento, fueron agrias y poco respetuosas. Los ojos color esmeralda de Tanaquill se endurecieron; le dio la espalda a la joven.

El pánico estalló dentro de Isabelle como un cristal al caer al suelo. ¿Por qué no era capaz de contenerse?

—Lo siento. Decidme cuáles son los fragmentos. Decidme cómo encontrarlos. Por favor —le suplicó mientras corría tras ella.

—Ya sabes cuáles son —respondió Tanaquill, algo ablandada.

—¡Pero es que no lo sé! —protestó Isabelle—. ¡No tengo ni idea!

—Y debes encontrar tu propio camino hasta ellos.

—¿Cómo? Enseñádmelo —le imploró la joven, cada vez más desesperada—. Ayudadme.

Todavía agarrada al inquieto conejo, la reina se agachó junto a la base del tilo y, con la mano libre, rebuscó entre los huesecillos tirados por la hierba que lo rodeaba. Recogió una quijada pequeña y fina, que pertenecía a un animal rápido y astuto (una comadreja o una marta), y la mitad de una nuez vacía, y se las dio a Isabelle. Después acercó la mano al denso escaramujo negro que trepaba por el tronco del tilo, sacó un tegumento erizado de entre sus afiladas espinas y también se lo entregó.

—Estos regalos te ayudarán a conseguir lo que tu corazón anhela —dijo.

Isabelle miró los objetos que sostenía y, al hacerlo, las emociones que intentaba reprimir le subieron como una fiebre y debilitaron toda la fuerza y la entereza que albergaba en su interior. Notaba la sangre aguada, las tripas líquidas y los huesos frágiles como mortero viejo. Palabras de enfado, de celos, le brotaron de los labios.

—¿Regalos? ¿Esto? —gritó mientras contemplaba el hueso, la nuez y el tegumento—. ¡A Ella le regalasteis un precioso vestido y zapatos de cristal! Una carroza y caballos. Eso sí son regalos. ¡A mí me habéis dado un puñado de basura!

Levantó la vista, pero Tanaquill le había dado la espalda de nuevo. La reina de las hadas desapareció dentro del hueco, en un torbellino de pelo rojo y faldas verdes. Isabelle cojeó detrás de ella, pero, al hacerlo, oyó un chillido agudo que se cortó de golpe: el grito de agonía del conejo. Dio un cauteloso paso atrás.

Volvió a mirar los objetos de su mano. La reina de las hadas se burlaba de ella, estaba convencida, y esa certeza le resultaba dolorosa.

—Fea —dijo mientras tocaba la quijada—. Inútil —dijo mientras rozaba la nuez—. Hiriente —añadió cuando notó el pinchazo del tegumento en los dedos—. Como yo.

Lanzaría las tres cosas a la chimenea a la mañana siguiente. Al menos servirían para alimentar el fuego. Se las metió en el bolsillo de la falda y recorrió el camino de vuelta a casa convencida de que no había ayuda ni esperanza para ella. Solo el duro peso de la desesperación sobre lo que quedaba de su corazón destrozado.

Casi todos luchan cuando tienen alguna esperanza de ganar, por pequeña que sea. Y se les llama valientes. Son pocos los que siguen luchando cuando no queda esperanza. Y se les llama guerreros.

Isabelle antes era una guerrera, aunque se le había olvidado.

¿Lo recordará? No tiene buena pinta. Por otro lado, pocas cosas tienen buena pinta en mitad de la noche. Las oscuras horas de la madrugada han destruido a muchos. La luz de las velas proyecta sombras sobre las paredes de nuestras almas, sombras que transforman un ratón en monstruo y un revés en desastre.

Si alguna vez, a esas horas, decides colgarte, bueno, la decisión es tuya.

Pero no vayas a buscar la cuerda hasta que se haga de día.

Para entonces, seguro que le has encontrado mejor uso.

VEINTISÉIS

Mientras Isabelle subía las escaleras camino de su dormitorio, la Parca

atravesaba el bosque silvestre.

Tras avistar un árbol caído, se detuvo, sacó un ciempiés de la madera podrida y le arrancó la cabeza de un mordisco.

—Perfecto —dijo tras lamerse las gotitas negras de los labios—. La sangre amarga hace tinta amarga.

Después de soltar el cuerpo todavía en movimiento en la cesta que llevaba, miró hacia las altas ramas que había sobre ella y dijo:

—Necesito acónito. Presta atención. Tampoco me vendría mal una ramita de belladona.

El cuervo que estaba posado en el pino salió volando, y la Parca continuó con su paseo. A la cesta fueron también una gorda araña marrón, un mohoso cráneo de murciélago, flores blancas de cactus orquídea y hongos venenosos moteados, todos ellos ingredientes para las tintas que fabricaba.

La Parca estaba moviendo las costillas blanqueadas de un ciervo muerto tiempo atrás con la esperanza de que algunos escarabajos salieran huyendo, cuando su cuervo bajó volando y aterrizó a su lado. Un instante después, una muchacha se encontraba en el lugar donde antes estuviera el cuervo, una joven de ojos brillantes y vestido negro. Dejó una flor morada en la cesta de la Parca.

—¡Ah! Veo que has encontrado la belladona. Bien hecho, Losca. Sus bayas le dan un bonito lustre a las tintas más oscuras, como «Duda» o «Negación». Por supuesto, debo recuperar el mapa de la chica antes de hacer ningún cambio. Azar cree que él será capaz de redibujarlo, pero quizá descubra que no es tan sencillo como espera. ¿Algún rastro de él?

Losca negó con la cabeza.

—Vendrá, Azar jamás ha renunciado a una apuesta. Ganaré, aunque no sin luchar por ello. A menudo toma la delantera brevemente, por su pura imprevisibilidad. Los mortales pierden la cabeza a su lado. Sus esperanzas renacen, y empiezan a creer en sus sueños, los pobres idiotas. Azar consigue que se crean capaces de cualquier cosa. —Chascó la lengua—. Y tiene la desfachatez de llamarme cruel a mí.

La Parca siguió caminando, rebuscando y escarbando, contenta de poder salir durante unas horas de la incómoda casa de la agria *madame* LeBenêt. Losca la seguía. Absortas en su búsqueda de ingredientes, no se

percataron de que habían llegado al borde del bosque hasta que oyeron voces.

—¿Qué tenemos aquí? —masculló la Parca, asomada entre las ramas de un árbol frondoso. No tardó en ver que una colina cubierta de hierba descendía desde donde se encontraban hasta un amplio prado. En él, unas pulcras hileras de tiendas de lona se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Las fogatas salpicaban el lugar. Un caballo relinchó. Alguien tocaba una melodía dulce y triste con un violín.

La Parca se echó la capucha de su capa sobre la cabeza. Sentía curiosidad por ver de cerca el campamento del coronel Cafard.

—Toma esto —le dijo a Losca, pasándole la cesta. Mientras lo hacía, se percató de que la cola de una pequeña serpiente colgaba de la boca de la joven. La Parca la miró, enojada—. ¿Qué te he dicho sobre comerte los ingredientes? —la regañó.

Avergonzada, Losca sorbió la cola y se la tragó, como una niña con un espagueti.

—Quédate cerca de mí y no hagas ruido —le advirtió la Parca. Losca asintió.

Las dos se mantuvieron en los límites del campamento para no ser vistas. Aunque era tarde, había hombres reunidos en torno a las hogueras, incapaces de dormir. Hablaban de Volkmar y de lo que le harían cuando lo atraparan. La Parca oía la bravata en sus voces pero veía el miedo en sus ojos. Un sargento canoso se sentaba entre ellos e intentaba animarlos contándoles historias de antiguas glorias en el campo de batalla... Hasta que un grito desgarrador acabó de golpe con su narración.

La Parca oyó el aleteo y después un peso que se le posaba en el hombro. La cesta que llevaba Losca estaba tirada en el suelo.

—Tranquila, tranquila, pequeña. No hay nada que temer —murmuró mientras acariciaba el lomo del pájaro.

Recogió la cesta y buscó el origen del grito. Su búsqueda la condujo hasta el otro extremo del campamento, donde se encontraba el hospital. Allí yacían los hombres en catres, retorciéndose y gimiendo, algunos heridos de muerte, otros entre delirios provocados por el dolor y la fiebre. Un cirujano y su ayudante se movían entre ellos, cortando y cosiendo, administrando morfina y secando frentes empapadas.

Entre ellos también se movía una mujer.

Elegante y esbelta, lucía un vestido del color de la noche, con mangas vaporosas y cuello alto. Llevaba el largo cabello suelto hasta la cintura. Parecía fuera de lugar entre los soldados, imposible no verla, pero nadie se fijaba en ella.

Un hombre gritó. Llamó a su amada y después suplicó la muerte. La mujer se le acercó. Se arrodilló junto a su catre y le tomó la mano. Al tocarlo, el hombre echó la cabeza atrás, con los ojos abiertos al cielo, y su torturado cuerpo quedó inmóvil.

La mujer se levantó, y la Parca vio lo que el soldado había visto: no un rostro, sino una calavera, con los ojos vacíos como pozos negros y la boca abierta en una amplia sonrisa sin alegría. Saludó con la cabeza a la Parca y pasó al siguiente soldado, un muchacho de dieciséis años que llamaba a su madre a gritos.

—La muerte está muy ocupada esta noche —comentó la anciana en tono lúgubre—. No tiene tiempo para convenciones sociales.

La Parca ya había visto suficiente; dio media vuelta y regresó a la acogedora oscuridad del bosque silvestre. Cuando llegó a los árboles, lanzó una última mirada al campamento y a la aldea dormida más allá de él.

—Volkmar está ahí fuera, lo presiento —dijo—. Oculto en las colinas y las hondonadas. Cada día más cerca. ¿Qué infierno desatará sobre esta pobre gente inocente?

El cuervo sacudió las plumas y movió el pico.

—¿Que quién es el responsable? Ah, Losca, ¿acaso es necesario que lo preguntes? —dijo la Parca, suspirando—. Es culpa suya, por supuesto. Todo. ¿Es que ese imprudente imbécil de ojos ambarinos no aprenderá nunca?

VEINTISIETE

Isabelle, todavía con los ojos medio cerrados y el pelo recogido en una torpe trenza, se puso un vestido limpio y se lo abotonó.

Había dormido mal, se había pasado toda la noche despierta, pensando en Tanaquill. Al salir el sol ya se había convencido de que había soñado con la reina de las hadas. Esas criaturas no existían.

Sin embargo, al recoger del suelo el vestido del día anterior para echarlo en la cesta de la ropa sucia, algo se le cayó del bolsillo. Isabelle se agachó para recuperarlo. Tenía unos cinco centímetros de largo, era negro y estaba cubierto de pequeñas espinas.

Un tegumento.

Metió la mano en el bolsillo y sacó dos objetos más: una cáscara de nuez y una quijada. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar de dónde habían salido: el oscuro ser que había conocido junto al tilo no era un sueño.

«Deseo ser guapa», le había dicho a la reina de las hadas. Y la reina le había respondido que debía encontrar los fragmentos perdidos de su corazón.

Isabelle examinó los tres regalos uno a uno. Tanaquill le había asegurado que la ayudarían, pero ¿cómo? No lo tenía ahora más claro que la noche anterior. «Puede que se conviertan en otra cosa», razonó. ¿Acaso no había transformado Tanaquill una calabaza y unos ratones para Ella?

Le dio vueltas en la mano a la cáscara de nuez. «Esto podría convertirse en un precioso sombrero», pensó. Al recorrer con el dedo los diminutos dientes de la quijada, se imaginó que se transformaba en un bonito peine. Después miró el tegumento, aunque no se le ocurría cómo aquella cosita nudosa y espinosa se podría convertir en algo bonito.

Frustrada, Isabelle se metió los tres objetos en el bolsillo y tiró el vestido sucio a la cesta. Después se puso las botas y bajó las escaleras. Ya había tenido bastante misterio sobrenatural por el momento. Le quedaba mucho trabajo por delante.

Mientras recorría el vestíbulo de camino a la cocina, le llegó un aroma penetrante y amargo. «Tavi está levantada y ha preparado una cafetera — pensó —. Espero que también haya cocinado huevos revueltos».

Atrás quedaron los días en los que, al bajar las escaleras, se encontraba con un desayuno completo servido por sus criados. Ahora, si Tavi y ella querían algo, tenían que preparárselo solas.

Encontrar comida en el verano no era difícil. Las gallinas ponían huevos, los árboles frutales estaban cargados y en el huerto crecían cosas ricas. Sin embargo, ¿qué pasaría al llegar el invierno? Unos días antes, Isabelle había decidido intentar hacer conservas de verduras, y Tavi le

había prometido ayudar. Hoy parecía un buen día para ponerse. El huerto estaba repleto de pepinos y habían comprado sal en su viaje al mercado. Si tenía éxito en su empresa, guardarían los botes en el sótano para los meses fríos. Abrió la puerta de la cocina, deseando ver lo que su hermana había preparado para el desayuno.

Al final resultó que nada.

Salvo un desastre impresionante.

VEINTIOCHO

Tavi estaba sentada a la larga mesa de madera, mirando a través de una lupa.

La superficie estaba cubierta de platos y cuencos con comida, aunque toda podrida. Una rebanada de pan cubierta de moho. Un cuenco de leche cortada.

Una ciruela seca arrugada.

—¿Qué estás haciendo, Tavi? ¡Esto es asqueroso! —exclamó Isabelle.

Era habitual que su hermana realizara experimentos, aunque solía usar palancas, rampas y poleas, no moho.

Tavi bajó la lupa.

—Estoy buscando organismos muy pequeños, puede que unicelulares —dijo, emocionada—. Dejé esto hace días en uno de los estantes altos de la despensa. He elegido uno alto porque el aire caliente sube, por supuesto, lo que acelera el crecimiento de los organismos. ¡Mira lo que han progresado!

Isabelle arrugó la nariz.

—Pero ¿por qué?

Tavi sonrió.

—Me alegro de que me lo preguntes —dijo—. La teoría predominante de la enfermedad postula que las dolencias ocurren cuando se respiran los efluvios o el mal aire de la materia podrida. Pero yo creo que se produce cuando un organismo, uno invisible para el ojo humano, pasa de una persona enferma a otra sana. —Señaló la pila de libros sobre la mesa—. En fin, no hay más que leer los escritos de Tucídides sobre la Plaga de Atenas. O a Girolamo Fracastoro en *De contagione et contagiosis morbis*.

—Te lo preguntaré de otra manera: ¿por qué te pones a buscar organismos ahora? Se supone que hoy íbamos a encurtir pepinos. Prometiste ayudarme.

—Justo por eso estoy investigando —contestó Tavi—. Cuando mencionaste lo de conservar comida, empecé a preguntarme por el proceso en sí: mecánico, químico, biológico.

—Por supuesto que sí —repuso Isabelle, que reprimía una sonrisa.

Su felicidad al ver de nuevo color en las mejillas de Tavi y fuego en sus

ojos superaba con creces la irritación que le producía aquel desbarajuste. Lo único capaz de apartar a Tavi de las matemáticas era la ciencia.

Al mirar a su hermana, Isabelle se preguntó cómo era posible que alguien la considerara fea. Deseaba decirle a Tavi que la intensidad de su mirada y la pasión de su voz le quitaban el aliento, igual que el vuelo de un halcón, que la quietud de un lago al alba o que una alta luna de invierno. Sin embargo, un nudo en la garganta le impidió decirlo.

—Por ejemplo, la mermelada —siguió explicando Tavi—. Se aplica calor a la fruta y se le añade azúcar, ¿correcto?

Isabelle tragó saliva y asintió.

—¿Por eso no se pudre la mermelada? ¿El calor mata a los organismos? ¿Tiene alguna función el azúcar? ¿Y qué pasa con el encurtido? ¿El vinagre inhibe el crecimiento de los organismos? ¡Según el tipo de organismo del que se trate y lo que colonice (leche, col, masa o un cuerpo humano), consigues queso, chucrut, pan o la peste! —exclamó la joven alegremente—. Pero ¿qué es ese organismo, Iz? Eso es lo que me muero por saber. ¿Tú no?

—No. Yo me muero por saber cuándo piensas dejar de teorizar sobre encurtidos para ayudarme a hacerlos.

—¡Pronto, pronto! —dijo Tavi mientras cogía de nuevo la lupa—. He preparado café. Sírvete.

—No, gracias. —Isabelle negó con la cabeza—. He perdido el apetito. Voy a dar de comer a Martin y a dejar salir a los pollos.

Isabelle se acercó a la puerta de la cocina, pero a medio camino se volvió y miró a su hermana, que seguía observando a través de su lupa, y pensó: «Tavi es muy inteligente. Tal vez me ayude a averiguar lo que tengo que buscar».

Isabelle se metió la mano en el bolsillo y empezó a cojear de vuelta a la mesa, pero se detuvo. Tavi era tan lógica, tan escéptica, que probablemente no se creyera lo de Tanaquill. Y si le contaba lo de la reina de las hadas, tendría que contarle cuál había sido su deseo, y le daba vergüenza reconocer que había pedido ser guapa. Su hermana se mofaría. Se burlaría.

Como si percibiera su presencia, Tavi levantó la mirada.

—De acuerdo, iré —resopló, impaciente.

—¿Adónde? —preguntó Isabelle, desconcertada.

—A los establos. Al corral. Es lo que me ibas a pedir, ¿no? Que abandonara mis investigaciones científicas para encargarme del importantísimo trabajo de recoger estiércol de caballo.

—No hay prisa —respondió su hermana, que ya había decidido no hablarle de Tanaquill.

«El sarcasmo es el arma de los heridos —pensó—. Y Tavi lo blande con precisión letal».

Mientras Tavi garabateaba números en un cuaderno, Isabelle recogió la cesta de los huevos de su gancho. Después agarró una navaja de un estante, se la metió en el bolsillo y salió de la cocina. Un minuto después estaba bajando por la colina camino del corral. Al acercarse al final de la pendiente, un zorro de ojos verdes y pelaje rojizo intenso salió corriendo delante de ella. La joven se detuvo para observar al animal que volaba entre la hierba.

En las historias que contaba Ella, Tanaquill a veces adoptaba la forma de un zorro. «¿Será ella? —se preguntó—. ¿Me está vigilando? ¿Espera a ver si llevo a cabo su tarea?».

No tuvo mucho tiempo para meditarlo porque, justo cuando el zorro desaparecía en un arbusto, un chillido agudo y espeluznante desgarró el aire.

Solo había una criatura capaz de emitir un sonido tan horroroso.

—El gallo Bertrand —susurró Isabelle antes de salir corriendo.

VEINTINUEVE

Otro chillido.

«Ese zorro no es la reina de las hadas —pensó Isabelle—, sino un ladrón de pollos. Y me parece que todavía queda uno dentro del corral».

Tavi, *maman* y ella dependían de las gallinas para tener huevos. Perder una era un desastre.

La joven siguió corriendo tan deprisa como pudo sin fijarse en lo mucho que le dolía el pie malo.

—¡Aguantate, Bertrand! —gritó—. ¡Ya voy!

El gallo era una criatura feroz con afiladas espuelas curvas en las patas. Había perseguido a Isabelle muchas veces. Sin embargo, no era rival

para un zorro.

«Ni para un lobo», pensó. Se le heló la sangre al pensarlo. Estaba tan asustada por Bertrand y las gallinas que había corrido al corral sin coger ni un palo con el que defender tanto el gallinero como a ella.

Al pasar junto a los establos, roja y jadeante, vio el gallinero: la puerta estaba abierta y colgaba de las bisagras.

También vio que lo que le robaba los pollos no era un zorro ni un lobo, sino un hombre. Un hombre sucio, delgado y desesperado.

TREINTA

El hombre llevaba un saco de tela que se movía y cloqueaba. En el suelo, cerca del corral, yacía Bertrand con el cuello roto. La rabia acabó con el miedo de Isabelle.

—¿Qué le has hecho a mi gallo? —gritó—. ¡Deja esas gallinas ahora mismo!

—¡Ah, perdonadme *mademoiselle*! —respondió el hombre con una sonrisa melosa—. La casa estaba cerrada a cal y canto. No tenía ni idea de que alguien viviese en ella.

—Pues ahora lo sabes. Vete —ordenó Isabelle mientras señalaba la carretera.

El hombre se rio entre dientes y salió del corral. Recorrió con la mirada a Isabelle, y se detuvo en sus caderas y sus pechos.

«La oportunidad de derrotar a un enemigo la ofrece el enemigo en sí».

Esta vez, las palabras que sonaron en la cabeza de la joven no eran de Alejandro Magno, como al enfrentarse a Cecile, sino de Sun Tzu, un general chino que había vivido hacía más de dos mil años.

Procuró darle buen uso a sus palabras. Mientras el hombre se la comía con los ojos, ella lo observó a su vez y concluyó que no iba armado. No le colgaba ninguna espada de la cintura ni le sobresalía ninguna daga de la bota. También vio que había dejado una horca apoyada en un árbol, unos cuantos metros detrás de él. Lo único que tenía que hacer era llegar hasta ella.

Él dejó de mirarla para mirar la casa.

—¿Por qué estáis aquí sola? ¿Dónde está vuestro padre? ¿Y vuestros hermanos?

Isabelle sabía que no debía contestar a esa pregunta.

—Esas gallinas son lo único que tiene mi familia. Si te las llevas, moriremos de hambre —dijo, en un intento de apelar a su humanidad.

—Y si no lo hago, seré yo el que muera de hambre. No he comido nada en condiciones desde hace semanas. Soy un soldado del ejército del rey y tengo hambre —repuso el hombre con justa indignación.

—¿Qué clase de soldado abandona los barracones para robar pollos?

—¿Me llamas mentiroso, muchacha? —preguntó el hombre mientras daba un paso amenazador hacia ella.

—Y desertor —añadió Isabelle, sin moverse del sitio.

El hombre entornó los ojos.

—Y, si lo soy, ¿qué pasa? Nos conducen a la batalla como cerdos al matadero. Volkmar conoce cada movimiento del rey antes de que el mismo rey lo conozca. Los demás pueden morir si así lo desean. Yo no.

—Puedes llevarte unos cuantos huevos, si tienes hambre —respondió Isabelle, inflexible—. Deja el saco.

El hombre se rio. Señaló con la cabeza la horca que tenía detrás.

—¿O qué? ¿Vas a perseguirme con esa herramienta oxidada que has estado mirando? ¿Acaso sabes manejar alguna herramienta? —Dio otro paso hacia ella y, esbozando una sonrisa lasciva, añadió—: ¿Quieres manejar la mía?

—Vete. Ya. O te arrepentirás —respondió la joven sin prestar atención a su chiste obsceno.

—Me voy a llevar cuatro pollos. Y no hay más que hablar.

La furia estalló dentro de Isabelle. Su madre y su hermana no iban a pasar hambre para que aquel ladrón se atiborrara. Pero ¿qué podía hacer? El soldado se había colocado justo delante de la horca, así que no podía llegar a ella.

«Necesito un arma —pensó, y miró a su alrededor, desesperada—. Un rastrillo, una pala, lo que sea».

Recordó la navaja y soltó la cesta de los huevos que todavía sujetaba para meter la mano en el bolsillo. Notó un dolor agudo e inesperado en los dedos. Dejó escapar un gritito, aunque el desertor, que había regresado al interior del gallinero, no lo oyó.

Se sacó la mano del bolsillo y vio que se había cortado las puntas del

índice y el corazón. Abrió bien el bolsillo y se asomó al interior pensando que se había abierto la navaja, pero no: un objeto blanco y fino, manchado de su sangre, sobresalía hacia ella. Se dio cuenta de que era la quijada que Tanaquill le había regalado. La sacó del bolsillo y vio que sus dientes diminutos eran lo que le había cortado los dedos. Con un crujido, la parte en ángulo de la quijada se enderezó de repente en su mano y le arrancó un grito ahogado. El extremo que antes estaba unido al cráneo del animal se había aplanado para formar una empuñadura. El otro se alargó hasta transformarse en una hoja serrada, con el borde repleto de dientes afilados como cuchillas.

Asombrada, Isabelle descubrió que blandía una espada, una bien equilibrada y mortífera. Mientras la contemplaba, sorprendida, el hombre salió del corral.

Avanzó hacia él sin perder ni un segundo.

—Vas a dejar ahí mis gallinas y te vas a marchar. Y no hay más que hablar.

Él levantó la vista, riéndose, pero la risa se le murió entre los labios al ver la temible espada que llevaba en la mano.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó.

Isabelle no estaba de humor para preguntas: atacó, y la espada le abrió un corte en el brazo. El hombre gritó y soltó el saco.

—Eso ha sido por Bertrand —dijo Isabelle. Ya no tenía la sangre helada, sino fuego en las venas.

El ladrón se llevó la mano a la herida. Cuando la retiró, estaba roja. Miró a la joven a los ojos.

—Vas a pagar por eso.

—¿Isabelle? ¿Qué está pasando? ¿Es ese...? ¿Es ese Bertrand? ¿Qué le ha pasado?

—No te acerques, Tavi —le advirtió Isabelle. Su hermana había elegido el peor momento para aparecer—. Sal de aquí. Vete —le ordenó al hombre sin dejar de amenazarlo con la espada.

Como no se movía, atacó otra vez, aunque él dio un paso atrás justo a tiempo.

—Vale —dijo, levantando las manos poco a poco—. Tú ganas.

«Se marcha —pensó Isabelle—. Gracias a Dios».

Y eso era justo lo que el ladrón quería que pensara.

La joven se había indignado tanto al descubrir al hombre saqueando el gallinero que no se había fijado en el saco que había en la hierba, a pocos metros, ni la espada tirada junto a él. El hombre se abalanzó a por el arma, la sacó de su funda y se volvió hacia ella, blandiéndola.

El miedo recorrió la columna vertebral de Isabelle como la lluvia fría que se cuela por la alcantarilla. Estuvo a punto de perder el valor. El ladrón había sido soldado en el ejército del rey y había aprendido a manejar una espada, mientras que ella había luchado contra Felix. Con el palo de una mopa.

—Voy a hacerte pedazos. Cuando termine contigo, los buitres se te llevarán trozo a trozo. ¿Qué me dices a eso, zorra estúpida?

Isabelle tragó saliva. En su interior, el lobo, dormido bajo su corazón durante tanto tiempo, abrió los ojos.

Alzó la espada y le devolvió la mirada al hombre.

—Te digo que *en garde*.

TREINTA Y UNO

Hay quienes piensan que el miedo es un enemigo, uno que debe evitarse a toda costa.

Huyen en cuanto se asoma. Buscan refugio de la tormenta dentro de casa y acaban aplastados cuando el tejado se les cae encima.

El miedo es la más incomprendida de las criaturas. Solo desea lo mejor para ti. Te ayudará si lo dejas entrar. Isabelle lo entendía. Escuchaba a su miedo y permitía que la guiara.

«¡Es más rápido que tú!», le gritó el miedo cuando el ladrón de pollos corrió hacia ella. Así que se retiró bajo las ramas bajas del árbol, que arañaron la cara del intruso y se le metieron en los ojos, lo que lo frenó.

«¡Es más fuerte que tú!», aulló su miedo. Así que lo condujo hacia las raíces nudosas del tilo para que tropezara.

Bloqueó todas las estocadas y arremetidas del desertor, y consiguió acertar de nuevo; le dejó una raja ensangrentada en el muslo. Entre maldiciones, el hombre retrocedió, se alejó del árbol y se presionó la herida. Por el rabillo del ojo, Isabelle vio que Tavi intentaba rodearlos para llegar a la horca.

«¡No, Tavi, no!», gritó en silencio.

Pero era demasiado tarde. El ladrón también la había visto y fue a por ella.

—¡Corre, Tavi! —gritó Isabelle, que salió del refugio del árbol para perseguirlo.

El otro la oyó y pivotó. Ahora la tenía en campo abierto. Con un rugido, corrió hacia ella, apuntando a la cabeza.

—¡No! —gritó Tavi.

Isabelle detuvo el golpe con su espada. El choque con el acero le vibró por los brazos.

Con todas sus fuerzas logró girar la hoja, alejarse de él dando tumbos y poner algunos metros de distancia entre ambos. El ladrón se limpió el sudor de la frente y cargó de nuevo. Fintó a la izquierda y atacó a la derecha. Isabelle se apartó de un salto, pero el talón le tropezó en una piedra y cayó. Al caer al suelo, rodó a la derecha por instinto. Las chispas saltaron cuando la espada del soldado dio en la piedra.

Mientras Isabelle se ponía en pie, el hombre alzó de nuevo la espada. Sin resuello, con los músculos de los brazos protestando de cansancio, la muchacha alzó su arma para volver a bloquearlo, pero él era más fuerte y de pie firme, y ella sabía que, esta vez, la fuerza del impacto haría que su espada saliera volando. Se quedaría indefensa cuando ocurriera, completamente a su merced. Se preparó para lo peor.

Sin embargo, cuando el hombre atacó, un disparo retumbó en el aire. Isabelle se agachó, con el corazón acelerado. La hoja le pasó por encima de la cabeza sin hierirla; la espada cayó al suelo.

«¿De dónde ha salido el disparo?», se preguntó, aturdida.

Levantó la mirada hacia su atacante, que había levantado las manos. Le chorreaba sangre de la palma de una de ellas: le faltaban dos dedos. No miraba a Isabelle, sino a algo, a alguien, que estaba detrás de ella. Tenía los ojos como platos.

—Me voy, lo... lo juro —tartamudeó—. Por favor, deja que recoja mis cosas.

Alzó la mano herida para rendirse y cogió su espada con la otra. Retrocedió paso a paso, cogió sus pertenencias y huyó.

Isabelle dejó el arma y levantó las manos. Una espada no era rival para una pistola. Con la respiración entrecortada, se puso de pie y se volvió, despacio, convencida de que otro desertor había aparecido por detrás y le apuntaba a la cabeza con su arma.

O puede que un ladrón. Un salteador de caminos. Un bandolero de sangre fría.

Ni por un segundo se le pasó por la cabeza que se tratara de un mono con un collar de perlas.

TREINTA Y DOS

Isabelle tardó un minuto entero en creerse lo que veía.

Un monito negro con un círculo de pelo blanco alrededor de la cara estaba sentado a un metro de ella. Con un collar de perlas al cuello. Y blandiendo una pistolita de plata.

Mientras lo miraba, golpeó la pistola contra el suelo, se asomó al cañón y salió disparado hacia el lateral de los establos, todavía con el arma en la mano.

Isabelle se llevó una mano al pecho para intentar calmar su corazón.

—Tavi —la llamó—, ¡ten cuidado! —Dio un vacilante paso adelante—. Hay un mono... con... una... una pistola...

—¡Lo veo! —gritó su hermana mientras corría a su lado. Se había hecho con la horca y la aferraba como si le fuera la vida en ello.

A Isabelle le palpitaba el pie, pero cojeó detrás del mono de todos modos, ya que le preocupaba que se disparase con la pistola o que les pegase un tiro a Tavi o a ella.

—¿Mono? Monito, ¿estás ahí? —lo llamó, siguiendo el rastro del animal.

El mono salió chillando de un bebedero, cruzó el camino a saltos y corrió a toda velocidad hacia un abedul. Una mujer con peinetas enjoradas en el pelo y el pecho rebosándole como un *brioche* del corsé del vestido estaba de pie junto a la base del árbol, mirando las ramas. Se volvió al oír el chillido del mono.

—¡Ahí estabas, Nelson! ¡Dame la pistola! ¡Vas a matar a alguien! —lo regañó.

El mono la esquivó a toda prisa y trepó por el tronco. Tres monos más ya estaban arriba. Los cuatro se dedicaron a jugar a tirarse la pistola mientras la mujer seguía abajo, sacudiendo el puño en su dirección.

Isabelle parpadeó. «Esto es una alucinación. Tiene que serlo», se dijo. Apretó los ojos con fuerza y los abrió de nuevo. La mujer seguía allí.

—¿Tú también ves esto? —le preguntó a su hermana.

Tavi asintió, sin habla.

Isabelle se acercó a la mujer con precaución y la esperanza de que no hubiera acudido también a robar pollos. Estaba bastante segura de que no le quedaba energía para otro combate de espada.

—*Madame*, perdonadme, pero ¿qué estáis haciendo en nuestra propiedad? ¿Y con un mono? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—¿Cómo creéis? —le respondió ella volviendo la vista atrás mientras señalaba algo con el pulgar—. ¿Cómo acaba una en un pueblucho dejado de la mano de Dios en medio de ninguna parte?

Los ojos de Isabelle siguieron la dirección del gesto. Se le abrió la boca. Allí, en el camino, un poco más adelante pero visible desde el corral, se encontraba el carruaje más espléndido que había visto en su vida.

TREINTA Y TRES

Delante del enorme carruaje pintado había cuatro caballos grises moteados que agitaban las cabezas y piafaban.

En el asiento del conductor se sentaba un hombre vestido con chaqueta de color verde jade y pantalones rosa. Una perla con forma de lágrima le colgaba de una oreja. Saludó a Isabelle y a Tavi con un gesto de cabeza.

Con ojos como platos, le devolvieron el saludo. Detrás del conductor, una docena de baúles estaban atados al techo del vehículo. Encima se sentaba una compañía de acróbatas; uno de ellos llevaba los ojos vendados y hacía malabares con cuchillos. A su lado, un tragafuegos soplabá perezosos anillos de humo; una maga los atrapaba y los convertía en monedas. Los músicos sostenían sus instrumentos como si estuvieran en un auditorio, a la espera de su director. Isabelle estaba fascinada.

Entonces se abrió la puerta del carruaje y salió un hombre. Isabelle vio unos hipnóticos ojos color ámbar, una nube de trenzas negras y el destello de un pendiente de oro. El hombre empezó a aplaudir. Los demás se le unieron. El aplauso fue estruendoso, hasta que el desconocido agitó la mano y lo cortó en seco.

—¡Ha sido todo un duelo, *mademoiselle*! —le dijo a Isabelle—. Os vimos desde la carretera y nos acercamos a ayudar, pero antes de poder abrir la puerta Nelson decidió encargarse del asunto en persona. En animal, mejor dicho. Aunque no debería haber dejado mi pistola en el asiento. ¿Alguna vez habéis conocido a un mono capaz de resistirse a una pistola de plata? —De repente, chascó los dedos—. Perdonadme, no me he presentado.

Se quitó el sombrero, hizo una reverencia, se enderezó de nuevo y, con una sonrisa (una tan seductora que, tras pasar un solo día en Marsella, inspiró a tres capitanes para viajar al cabo de Hornos, a una duquesa para huir con su jardinero y a dos hermanos llamados Montgolfier para inventar el globo aerostático), dijo: —Soy el marqués del Azar, a vuestro servicio.

En cuanto las palabras brotaron de sus labios, los músicos se pusieron en pie encima del carruaje y tocaron una entusiasta fanfarria.

—Un poco excesivo para la Francia rural, ¿no os parece? —les dijo tras poner una mueca.

La música paró. Los de las trompas se miraron los zapatos. El trompetista limpió una mota imaginaria de su instrumento.

Isabelle, que había hecho una reverencia y había tirado de Tavi para que la imitara, se enderezó.

—Isabelle de la Paumé, excelencia. Y esta es mi hermana, Octavia. Estamos... —«¿Qué? ¿Sorprendidas? ¿Pasmadas? ¿Completamente atónitas?», se preguntó—... encantadas de conoceros.

—Me pregunto si podríais decirnos cómo llegar al *Château* Rigolade —dijo el marqués—. Me da la impresión de que se encuentra por aquí, en alguna parte, pero estamos un poco perdidos. Lo he ganado.

—¿Lo habéis... ganado? —preguntó Tavi sin ocultar su perplejidad.

—Sí, en una partida de cartas. Necesitaba un sitio adonde ir. Y también mi familia. —Señaló el carruaje—. París es un caos ahora mismo, con esa bestia de Volkmar arrasándolo todo. Y yo necesito paz y tranquilidad. Estoy escribiendo una obra.

—¿Sois dramaturgo, señor? —preguntó Isabelle.

—Ni por asomo —respondió el marqués—. Nunca antes había tomado la pluma. Pero siempre estoy haciendo cosas que no puedo hacer. De lo contrario, jamás llegaría a hacerlas.

Mientras Isabelle trataba de comprender su lógica, el marqués añadió:

—En fin, en cuanto al *château*...

La joven le indicó rápidamente cómo llegar:

—No está lejos. Torced a la izquierda al final de nuestro camino. Seguid la carretera durante kilómetro y medio. Cuando lleguéis a una bifurcación en el camino...

Al marqués se le iluminó la mirada.

—¡Una bifurcación en el camino! ¡Qué maravilla! ¡Me encantan las bifurcaciones! ¡Siempre conducen a una oportunidad!

—¡Cambio! —gritó un acróbata.

—¡Aventura! —trinó un músico.

—¡Emoción! —añadió el tragafuegos.

Isabelle miró primero al marqués y luego a sus amigos, vacilante.

—Sí, bueno... Cuando lleguéis a esta bifurcación en concreto, torced a

la derecha. Seguid por esa carretera poco menos de un kilómetro y veréis el camino de entrada. El *château* está sobre una elevación del terreno. No tiene pérdida.

—Os estamos muy agradecidos. Pero, antes de marchar, me gustaría ofreceros un consejo...

El marqués se acercó a Isabelle y le tomó las manos. Ella contuvo el aliento. Su contacto era como si un relámpago acabara de atravesar el cielo; como si hubiera robado una bolsa de diamantes; como si hubiera encontrado un baúl lleno de oro.

No obstante, de cerca vio que la alegría que le iluminaba los ojos, el entusiasmo que animaba cada uno de sus movimientos, el chispeante desafío que se desprendía de su voz..., todo desaparecía para dejar paso a una intensidad repentina e inquietante.

—Sois buena con la espada, pero no lo bastante —le dijo—. Practicad. Sed más rápida. Mejor. Campan por Francia criaturas peores que los ladrones de pollos. Mucho peores. Prometédmelo, joven Isabelle. Prometédmelo.

Parecía muy importante para él que aprendiera a protegerse. Isabelle no tenía ni idea de por qué, pero estaba claro que el desconocido no pensaba soltarla hasta que accediera a su petición.

—Os... os lo prometo, excelencia.

—Bien —respondió él, y la soltó—. Ahora, damas, si me disculpáis...

¡Pum!

Otra bala rasgó el aire, acertó en la veleta de lo alto del granero y la hizo girar. Tavi corrió a buscar refugio.

También se asustaron los caballos.

Entre relinchos y con los ojos saltones, salieron disparados y tiraron del carruaje por el sendero circular con tal violencia que se puso a dos ruedas y titubeó de ese modo durante unos terribles segundos. El conductor se lanzó sobre el asiento. Los del techo se inclinaron. El marqués corrió tras el vehículo, atrapó la puerta abierta y colgó de ella todo su peso. Al final, las ruedas volvieron a bajar. El carruaje se escoró bajo el abedul y, al hacerlo, los monos saltaron de las ramas y cayeron encima. El marqués, ya a salvo en el interior, se estiró por encima de la maga y el cocinero, y se asomó por la ventana. —¡Gracias! —gritó—.

¡Adiós!

—¡Adiós, excelencia! —respondieron las dos hermanas.

Se quedaron junto a los establos, saludando con la mano, hasta que el vehículo bajó por el camino, se metió en la carretera y desapareció.

Con toda la conmoción, no vieron que el mono se había quitado las perlas del cuello, había sacado su peludo brazo por encima del techo del carruaje y las había lanzado a la hierba.

TREINTA Y CUATRO

Tras las emociones de la mañana, el resto del día transcurrió despacio para Isabelle, repleto de tareas en el exterior de la mansión y también dentro.

Al caer la noche se encontraba sentada a la mesa de la cocina. Tavi había preparado una deliciosa tortilla con estragón. Isabelle había acabado con su plato y estaba observando la espada que le había regalado la reina de las hadas, sumida en sus pensamientos.

La había dejado colgada en un gancho junto a la puerta. Tavi le había preguntado por su procedencia, pero Isabelle le había contado una mentirijilla: que la había encontrado en un baúl de los establos hacía tiempo y que había ido a buscarla en cuanto vio al ladrón de pollos.

La voz de Tanaquill sonó en su cabeza: «Te lo han sacado pedazo a pedazo a pedazo...». Había dicho la palabra *pedazo* tres veces. «¿Será una pista? —pensó—. ¿Se supone que debo buscar tres pedazos?».

—Deberíamos lavar los platos, Iz —dijo Tavi.

—Sí —coincidió ella, aunque no se movió.

Tavi siguió su mirada.

—Llevas toda la cena mirando con el ceño fruncido esa espada. ¿Por qué?

—He estado dándole vueltas a algo, Tav —respondió ella, con la frente más fruncida todavía—. ¿Qué es un corazón, exactamente?

—Qué pregunta más extraña. ¿Por qué quieres saberlo?

—Pues... porque sí.

—Un corazón es un órgano de cuatro cámaras que funciona como una bomba para que la sangre circule por el cuerpo a través de contracciones rítmicas.

—No me refiero a eso. En los poemas y las canciones, el corazón es el lugar del que procede la bondad.

—¿Es que ahora escribes poesía? —le preguntó Tavi, estudiándola con atención.

—¡Sí! Ja, pues sí. ¿Cómo lo has adivinado? —exclamó Isabelle alegremente. Era otra mentira piadosa y se sintió mal al contarla, pero era la tapadera perfecta para averiguar lo que deseaba saber sin mencionar

por qué quería saberlo—. En mi poema, la protagonista...

—¿Los poemas tienen protagonistas?

—Este sí, y es una joven que ha perdido el corazón. O, mejor dicho, algunos pedazos del corazón. Necesito encontrarlos. En el poema, me refiero. Para mi protagonista. ¿Tú cuáles crees que son los fragmentos que componen un corazón?

Tavi se acomodó en la silla con cara de profunda preocupación. Después tomó el candelero que había sobre la mesa y acercó la llama de la vela a los ojos de Isabelle.

—¿Qué diantres haces? —preguntó su hermana, alejándose.

—Ver si las pupilas se te contraen y dilatan como es debido. Me preocupa que te hayas caído demasiadas veces de Martín. Que te hayas golpeado la cabeza más de la cuenta.

Isabelle alzó la mirada al techo, exasperada.

—No he perdido el juicio, si es lo que insinúas. Responde a mi pregunta, Tavi. Teóricamente.

—Bueno, digamos que, teóricamente, estamos hablando de ti. Diría que esa espada que has estado mirando es un pedazo de tu corazón.

Isabelle negó con la cabeza, tozuda.

—No lo creo. No.

—¿Por qué no? Antes te encantaban las espadas. Te encantaba la esgrima y... y Félix. En fin, vosotros dos...

—Sí, es verdad —la cortó enseguida Isabelle, ya que las palabras de Tavi echaban sal en una herida que nunca se había cerrado—. Y ¿qué conseguí? Félix me hizo una promesa y la rompió. Y me rompió a mí, de paso.

—Ya no estamos hablando teóricamente, ¿no?

—No —reconoció Isabelle, mirándose las manos.

—Lo siento. No debería haberlo mencionado.

Su hermana agitó una mano para indicarle que no era necesaria la disculpa.

—Sean cuales sean los pedazos de mi corazón, no lo incluyen a él. Ni a las espadas.

—Entonces, ¿qué incluyen? Y ¿cómo vas a encontrarlos?

—No lo sé —respondió Isabelle; se concentró un momento y añadió

—:

Como el corazón es de donde nace la bondad, quizá deba hacer buenas obras.

—¿Buenas obras? —preguntó Tavi, que se echó a reír—. ¿Tú?

—Sí, yo —dijo su hermana, ofendida—. ¿Qué tiene de gracioso?

—¡Que nunca has hecho ninguna!

—¡Claro que sí! —insistió Isabelle—. El otro día llevé a Tantine a casa de los LeBenêt. Es un comienzo.

—Ay, Izzy —dijo Tavi en voz baja. Después alargó el brazo sobre la mesa, le cogió la mano y se la apretó—. Es demasiado tarde para buenas acciones. La gente nos grita. Lanza piedras a nuestras ventanas. Solo nos queda ser malas y procurar que cada vez se nos dé mejor. Las buenas obras no cambiarán nada.

—Puede que me cambien a mí, Tavi —repuso su hermana, devolviéndole el apretón.

Tavi se levantó para fregar los platos, e Isabelle, viendo que oscurecía, le dijo que la ayudaría después de encerrar a los animales.

—Llévate la espada —le aconsejó Tavi—. Por si acaso.

Isabelle lo hizo. Al bajarla del gancho, se preguntó de nuevo cómo podría ayudarla el regalo de la reina de las hadas a conseguir lo que su corazón anhelaba. Se alegraba de tenerla, ya que gracias a ella había salvado la vida, pero las chicas guapas llevaban parasoles y se daban aire con abanicos, no blandían espadas.

No obstante, cuando Isabelle salió y sintió que la empuñadura de la espada le encajaba a la perfección en la mano y que la hoja estaba equilibrada al milímetro, no pudo evitar darle un mandoble al rosal y sonreír cuando varias flores de color rosa cayeron al suelo. Decapitó dos lilas mientras caminaba y después separó una descuidada hortensia azul de su tallo.

—El marqués me dijo que practicara —dijo en voz alta, algo culpable, como si una persona invisible la hubiera acusado de divertirse.

Peligrosos personajes campaban por sus respetos; debía asegurarse de saber defenderse, nada más.

Era mágica, aquella espada. Increíble. Arrebatadora. No lo negaba.

Pero no era su corazón.

Y nunca lo sería.
No lo permitiría.

TREINTA Y CINCO

Mientras Isabelle practicaba en la oscuridad, Azar estaba cómodamente instalado en el *Château* Rigolade, observando el matraz de líquido argénteo que había elaborado.

A su alrededor, su séquito se ocupaba en sus menesteres. La única que no se veía por ninguna parte era la maga.

Concentrado en la botella, Azar apenas se fijaba en la gente de su alrededor. El líquido plateado hervía sobre un quemador en el centro de un sistema de destilado de diabólica complejidad. Brillaba con un color intenso, pero Azar no se sentía satisfecho.

Su científico había colocado el aparato en la enorme mesa del centro del comedor justo después de llegar. Estaba rodeado de balanzas de latón, prensas de distintas formas, un mortero y tarros de botica con todo tipo de ingredientes.

Azar cogió uno de los tarros, le quitó la tapa, sacó un trozo de encaje amarillento y lo echó en el matraz. Después añadió una cucharada de violetas secas, seguida de una telaraña, un pedazo de partitura, una magdalena desmigada y unos números arrancados de la esfera de un reloj.

El líquido burbujeaba y se arremolinaba después de cada incorporación, pero Azar seguía sin estar contento. Rebuscó entre los tarros para dar con el último ingrediente. Con un grito triunfal lo encontró: un par de relucientes alas de polilla. Al soltarlas en el matraz, el líquido adquirió un bello tono malva desvaído.

—¡Perfecto! —exclamó. Con unas pinzas y mucho cuidado, apartó el matraz de las llamas y lo depositó sobre una tabla de mármol para que se enfriara.

—Necesito un nombre para esta tinta —le dijo al científico, que estaba trabajando frente a él—. Un nombre para lo que se siente al volver a ver a alguien. Después de muchos años. Una persona a la que habías perdido. O eso pensabas. Y la recuerdas de un modo concreto. En tu cabeza, nunca envejece.

Pero, de repente, ahí está. Mayor. Cambiada por el tiempo. Diferente pero la misma.

El científico levantó la mirada de su trabajo. Miró a Azar por encima de sus gafas.

—¿Esa persona significaba algo para ti? —preguntó.

—Podría haberlo significado. Quizá. Casi. Lo habría significado —respondió Azar—. De haber sido el momento correcto. De haber sido tú más sabio. Más valiente. Mejor.

El científico, austero y riguroso, poco dado a castillos en el aire, se llevó una mano al corazón. Cerró los ojos. Una sonrisa nostálgica le asomó a los labios.

—Maravilla —dijo—. Ese es el nombre.

Azar sonrió. Escribió «Maravilla» en una etiqueta de papel, la pegó a la botella y la llevó al otro lado de la mesa. El mapa de la vida de Isabelle de la Paumé estaba allí, enrollado. A saber cuándo podría producirse un reencuentro. Era importante estar preparado para cualquier contingencia.

Las otras tintas que había creado estaban repartidas alrededor del mapa. Estaba «Desafío», una turbulenta tinta de color naranja rojizo que había preparado con dientes de león molidos y sangre de toro. «Inspiración», que era de un dorado pálido, obtenida a partir de té negro mezclado con cacao, una pizca de tierra de la tumba de un poeta y cuatro gotas de las lágrimas de un lunático, que después había dejado fermentar a la luz de la luna llena. Y «Sigilo», del color de la medianoche, hecha de aliento de búho, plumas de halcón y los huesos pulverizados de los dedos de un carterista.

«¿Son los pigmentos lo bastante audaces y las fórmulas lo bastante fuertes para dibujar nuevos caminos?», se preguntó Azar mientras dejaba la botella de «Maravilla». Había intentado fabricar tinta en otras ocasiones, muchas veces, pero nunca había sido capaz de crear una tan potente como para deshacer el trabajo de la vieja.

El miedo le picoteaba la cabeza. Se sirvió una generosa copa de coñac de un decantador de cristal para silenciarlo. Tras bebérselo de un trago, se sentó frente al mapa. Mientras lo desenrollaba y aplanaba, no pudo evitar asombrarse ante la belleza del trabajo de las Parcas. Nunca había visto un pergamino mejor ni unas tintas más exquisitas, y la calidad de sus dibujos no tenía parangón.

El nombre completo de Isabelle estaba escrito en la parte de arriba, a

mano,

en griego, el idioma nativo de las Parcas. Por el resto del pergamino se desplegaba el colorido paisaje de su vida. Azar vio su lugar de nacimiento, otros lugares en los que había vivido y Saint-Michel. Vio picos y valles, las soleadas planicies y los bosques oscuros que había cruzado. Vio su camino, una gruesa línea negra, y los puntos, rayas y nacimientos de las líneas de otras vidas que se cruzaban con la suya.

Pero lo que lo ponía nervioso era lo que no veía.

TREINTA Y SEIS

—¿Están listas? —preguntó, impaciente.

El científico, que usaba un paño para limpiar unas gafas de montura metálica, asintió. Se las entregó a Azar.

—¿Son potentes? —preguntó al coger las gafas.

—Mucho. Las he preparado yo mismo. La izquierda te ofrece retrospectiva.

La derecha, perspectiva.

Azar las acercó a la luz.

—¿Rosa? —preguntó al mirar a través de los cristales. No era su color preferido.

—Rosáceo —lo corrigió William—. Es difícil observar una vida mortal de cualquier otro modo. Si la miras a través de lentes transparentes, te rompe el corazón.

Azar se puso las gafas, enganchando los extremos curvos detrás de las orejas. Al examinar el mapa a través de ellas contuvo el aliento: el pergamino entero era como las páginas de esos ingeniosos libros infantiles troquelados en los que todo se convierte en una maqueta.

Nadie, sin duda ningún mortal y ni siquiera el mismo Azar, poseía la agudeza visual de las Parcas. Dibujaban cada detalle de un modo tan exhaustivo que era casi imposible ver todo su arte a simple vista. Azar les había robado muchos mapas a las hermanas, pero nunca antes había sido capaz de contemplar su obra con tanta claridad.

A lo largo del camino de Isabelle, los momentos de su vida se resaltaban a través de vibrantes escenas en tres dimensiones. La vio de niña, practicando esgrima con un niño. La vio de pie frente al espejo, ataviada con un elegante vestido, con lágrimas en los ojos. Y la vio en el mercado del pueblo, unos días antes, discutiendo con la mujer del panadero.

—Eres un genio —susurró.

El científico sonrió, complacido.

Sin embargo, Azar no le devolvió la sonrisa. Su placer ante la eficacia de sus nuevas gafas para ver con tanta claridad el pasado de la joven se mitigaba con la certeza de que también le revelarían los detalles de su

futuro. Ya sabía lo que la esperaba al final del camino, puesto que lo había visto en el palacete de las Parcas, pero no lo que sucedería con exactitud.

Quizá tuviera semanas para evitarlo, puede que meses. O puede que unos cuantos días.

Sus ojos volaron al pie del mapa en busca de la respuesta a su pregunta. La leyenda estaba allí. Explicaba que una pulgada equivalía a un año e indicaba el año de nacimiento de Isabelle.

El sello de las Parcas también estaba allí. La vieja lo ponía en los mapas de todos los mortales después de terminarlos: dejaba caer cera roja fundida al pie del pergamino y apretaba su anillo de calavera contra ella. La impresión resultante era una fecha de fallecimiento, puesto que, cuanto más se acercaba un mortal al final de su camino, más oscura salía la calavera, que pasaba del rojo sangre al negro.

La calavera del mapa de Isabelle era de un sombrío bermellón, vetado de gris.

—Le quedan semanas. Semanas —dijo Azar, y se llevó una mano temblorosa a la cabeza—. ¿Cómo demonios voy a deshacer esto? —masculló.

Cogió su pluma de la mesa, la mojó en «Desafío» y empezó a dibujar un nuevo camino para Isabelle, uno que la alejara de su horrible destino. La tinta brillaba con fuerza en el pergamino.

—¡Ja! ¡«Desafío», por supuesto! —exclamó, animado.

Sin embargo, un instante después, la tinta empezó a desvanecerse hasta desaparecer por completo; el pergamino la había absorbido como las arenas del desierto absorben la lluvia.

Azar cambió de táctica. Mojó de nuevo la pluma en «Desafío» e intentó tachar lo que esperaba al final del camino de Isabelle, pero, por mucho que lo emborronaba, el destino de Isabelle se seguía viendo, como un cadáver que sube a la superficie de un lago.

Entre juramentos, Azar dejó la pluma. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa. Aquello era un desastre. Sus tintas no eran lo bastante fuertes para dibujar nada, ni siquiera un mísero desvío, así que mejor ni hablar de contrarrestar los violentos rojos y los cortantes negros que habían sido colocados allí no por las Parcas, sino por uno cuyo poder para

cambiar los caminos crecía con cada día que pasaba.

El científico levantó la vista de su trabajo.

—¿Qué ocurre?

Azar estaba a punto de responder cuando se oyó un golpeteo fuerte e insistente en la puerta. El ruido retumbó por el *château* e hizo temblar los muebles y tintinear las ventanas.

El cocinero, que acababa de entrar en el comedor salido de la cocina, dejó en la mesa la bandeja de plata cargada de bonitos pasteles y salió corriendo al majestuoso vestíbulo para acercarse a la ventana que había junto a la puerta.

—El destino nos llama —les gritó a los demás tras echar un vistazo fuera.

El tragasables alzó las manos.

—¡Que todo el mundo deje de hablar! —susurró con urgencia—. ¡Puede que se marche!

—No seas ridículo. Sabe que estamos aquí —respondió la diva—. Toda la aldea lo sabe. No es que nos mimeticemos con el paisaje, precisamente.

Llamaron de nuevo. Azar gruñó de frustración. Una visita de la vieja era lo que menos necesitaba en aquel momento.

—Abrid la puerta —dijo al fin—. Dejad que entre. Pero no le quitéis la vista de encima al mapa.

TREINTA Y SIETE

—Mi querido marqués —dijo la Parca en cuanto entró en el salón, con un cuervo al hombro—. Qué hogar tan bonito. Y qué... —Hizo una pausa, se acercó a la mesa y examinó el aparato para destilar— muebles tan interesantes. ¿Preparas ginebra, quizá? ¿Perfume? —Se dio un toquecito en la barbilla—. ¿O puede que tinta?

Azar la saludó con una seca inclinación de cabeza.

—Mi querida señora —le dijo—. ¿A qué debo el placer de tu visita?

—Bueno, es lo que se espera de los buenos vecinos, por supuesto —contestó la Parca—. Residimos en el mismo pueblo, ¿no es así? Debemos mantener una relación cordial.

Se paseó despacio por el enorme salón para examinarlo todo. Mientras lo hacía, los miembros del séquito de Azar dejaron sus

quehaceres para mirarla, intrigados.

—Se trata de un *château* magnífico —comentó con envidia—. Ojalá mi residencia fuera la mitad de bonita.

—¿No te alojas en la posada del pueblo? —preguntó Azar.

—Así era, pero ahora estoy con... —Sonrió e inclinó la cabeza—. Con unos parientes lejanos.

Siguió con su paseo, y sus ojos dieron con el mapa de Isabelle.

—Ni se te ocurra —dijo Azar—. No llegarías a la puerta.

La Parca chascó la lengua.

—Espero que no hayas destrozado mi trabajo —repuso mientras recorría el camino de Isabelle con sus dedos torcidos.

Cuando su mano llegó al final, se detuvo en seco, como si hubiera dado con un obstáculo. A la Parca le tembló un poco el labio, aguzó la vista, y entonces, como si recordara que la estaban observando, recompuso el gesto a toda prisa para volver a demostrar fría sorna.

«¿Me lo he imaginado? —se preguntó Azar. El cocinero estaba al otro lado de la Parca y asintió de manera casi imperceptible—. Él también lo ha visto — pensó Azar—. ¿Qué significa?».

—¿Por qué te molestas? —le preguntó la Parca, despreocupada—. Has preparado un nuevo lote de tintas, pero dudo que sean rivales para las mías. Lo que dibujo no puede cambiarse. Tú no puedes cambiarlo.

—Pero ellos sí —repuso Azar—. Con un poco de suerte, los mortales son capaces de hazañas increíbles.

La Parca lo miró, condescendiente.

—Y así es en algunos casos, pero hace falta mucha voluntad para cambiar tu propio destino. Valor. Fuerza. Características de las que adolece la mayoría de los mortales. Es necesario ser excepcional, y esa chica, Isabelle, te aseguro que no lo es.

—Tiene valor y entereza. Y también una tremenda fuerza de voluntad — contestó Azar—. Solo necesita volver a encontrarlos.

La sonrisa de la Parca se tornó frágil.

—Como siempre, estás metiéndote donde no debes. Deja que la muchacha disfrute del tiempo que le queda. Si la animas a querer cosas que no le corresponde querer acabarás por romperle el corazón. Y un corazón roto mata a cualquier muchacha.

—Mira, te diré qué mata a las muchachas —respondió Azar, resoplando—: el hambre, la enfermedad, los accidentes, el parto y la violencia. Se necesita algo más que un corazón herido para matar a una mujer. Las mujeres son fuertes como rocas.

La Parca se detuvo, como un gato antes de clavarle los dientes a un ratón, y dijo:

—Pero Volkmar es más fuerte.

La culpa asomó a los ojos de Azar. Se volvió para intentar ocultarlo, pero la Parca lo había visto y se acercó para rematarlo.

—Está claro que Volkmar ha cambiado su destino, ¿verdad? —dijo—. Aunque es un mortal excepcional. Excepcionalmente despiadado. — Señaló el mapa con la cabeza—. Ese feo garabato al final del camino de Isabelle es obra suya, como bien sabes.

El científico entornó los ojos, desconcertado.

—No lo entiendo... ¿Volkmar reescribió el mapa de la muchacha?

—No con plumas y tintas, como yo, sino a través de su fuerza de voluntad — contestó la Parca—. Y es tan audaz y tan fuerte que es capaz de cambiar su destino. Y, al hacerlo, cambia los de miles de personas más.

—Entonces, sus actos han forzado a tus tintas a redibujar su mapa — razonó el científico—. Y los mapas de todas aquellas vidas que toca.

—Exacto. Volkmar desea gobernar el mundo y ha empezado su cruel campaña en Francia. Pueblos y ciudades caerán uno a uno mientras aprieta el nudo en torno a París. Saint-Michel también caerá, y con una brutalidad tal que al joven rey no le quedará más remedio que rendirse. Volkmar asesinará a Isabelle a sangre fría. A su hermana. A su madre. A sus vecinos. A todas y cada una de las personas de este pobre lugar desamparado.

Varios de los presentes dejaron escapar un grito ahogado. La diva chilló.

La Parca se volvió hacia ella y fingió cara de inocencia.

—¿No lo sabíais? ¿No os lo contó?

La diva, con los ojos anegados de lágrimas, negó con la cabeza.

—Ya basta, vieja —gruñó Azar.

Pero la Parca, todavía con la vista fija en la diva, no le prestó atención.

—Pero, querida, ¿es que no lo ves?

—Te he dicho que pares.

Sin embargo, no lo hizo. Con los ojos relucientes de rencor, se acercó a la diva y le tomó las manos.

—Por eso vuestro marqués está tan desesperado por cambiar el destino de Isabelle. Porque es culpa suya.

TREINTA Y OCHO

Se hizo el silencio en el gran salón.

Azar se quedó inmóvil, con los puños apretados, y el corazón desgarrado por la vergüenza y el arrepentimiento. Los demás tampoco se movieron. Nadie habló.

Hasta que la Parca volvió de nuevo con él.

—He venido, aunque en contra de mi voluntad. Acepto tu apuesta. Jugaremos a nuestro viejo juego. Ya conoces las reglas: ninguno de los dos puede forzar la decisión de la chica. Ni comprarla. Aceptará lo que se le ofrezca o no lo aceptará.

Azar asintió, rígido. Mientras lo miraba, a la Parca se le ensombrecieron los ojos con algo muy similar a la tristeza.

—Si amaras a estos mortales, los dejarías...

—¿A merced de tus tiernos cuidados? —le escupió él.

—En paz.

—Precisamente porque los amo no lo hago. Se merecen una oportunidad.

Algunos nunca la consiguen. Esta muchacha la tendrá.

—Pero ¿la aceptará?

—Gracias por tu visita. Ahora debo volver al trabajo —respondió Azar, brusco.

La Parca se rio y sacudió la cabeza.

—No la aceptará. Los humanos son lo que son: soñadores, locos, pero, sobre todo, idiotas.

La acompañó a la puerta del *Château Rigolade*, y ella se perdió en la noche, aunque su risa, dura y burlona, permaneció en los oídos de Azar. Cerró de un portazo y apoyó la frente en la madera. Al cabo de un momento, se enfrentó a sus amigos e intentó explicárselo.

—Hubo una fiesta...

—Siempre la hay —comentó el cocinero, meneando la cabeza.

—... en un castillo de la Selva Negra. Sirvieron una suntuosa cena. Bebí mucho champán. Después de la cena, jugamos a las cartas. Las apuestas eran altas.

—¿Hasta qué punto? —preguntó el cocinero.

—Un millón de ducados de oro —respondió Azar con una mueca.

—Nunca aprenderás, ¿verdad? —repuso el cocinero tras soltar una palabrota. —Entonces no sabía quién era... ni lo que era. No sabía lo que planeaba. Jamás imaginé... —Cerró los ojos de nuevo para protegerse del atroz dolor que sentía—. Cuando tuvo el dinero en sus manos, lo usó en su oscuro beneficio. Reunió su ejército, marchó sobre Francia. Todo lo que ha hecho es culpa mía. Yo lo creé.

Azar bajó la cabeza para mirarse las manos. La diva corrió a su lado y le apretó el brazo.

—Volkmar se creó solo —le dijo a su amigo—. Tenía elección. Podría haber usado su fortuna para el bien y no para el mal.

Azar gruñó, desesperado. Se sentía muy cansado. Le dolían los huesos. Le dolía el corazón. Nada parecía tener sentido. Le habían drenado la energía.

—La vieja está en lo cierto —dijo mientras se dejaba caer en una silla—. Los mortales son idiotas. Debería alejarme. Dejar que se las apañen solos. Quiero ayudar, pero a menudo no hago más que empeorar las cosas. Y destruir personas.

—Pero siempre nos dices que una sola persona puede marcar la diferencia — contestó la diva—. Isabelle podría ser esa persona. Si Volkmar es capaz de cambiar su destino y los de miles de mortales más, ¿por qué no va a poder ella?

Azar dejó escapar una risa sin alegría.

—Isabelle apenas puede caminar.

La diva se dejó caer en un asiento. Todos parecían cansados y hundidos. Nadie hablaba.

Hasta que la maga entró por unas puertas de cristal que daban a la terraza. Calzaba botas de montar, y vestía bombachos y una chaqueta ajustada, todo negro. Tenía los labios pintados y las mejillas sonrojadas, y

sujetaba una flor oscura en la mano.

—He tardado bastante, pero por fin encontré la orquídea nocturna que querías. Para «Valor».

Azar negó con la cabeza.

—Ya no la necesito. Mis tintas no funcionan.

La maga miró a los demás.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto alguien? ¿Por qué estáis todos ahí sentados como champiñones? —Puso una mueca—. Aquí dentro apesta. A rendición. A fracaso. Y a podredumbre. —Entornó los ojos—. Es la vieja. Ha estado aquí, ¿verdad? ¿Quién la ha dejado entrar?

El cocinero levantó la mano tímidamente.

—Nunca jamás vuelvas a hacerlo —lo regañó la maga mientras abría el resto de las puertas de la terraza—. Es como el gas sulfúrico de una fumarola. Como el aire enrarecido de una viejamina. Os ha envenenado. Os ha convencido para que aceptéis las cosas tal como están en vez de luchar por cambiarlas.

Tiró los pasteles de la bandeja de plata, abrió el cuello de la camisa de Azar y lo abanicó con ella. Después se acercó al cocinero y le abofeteó las mejillas.

—¡Espabilad! —ordenó—. Si las tintas no funcionan, encontraremos otra alternativa.

Una brisa entró por las puertas abiertas y refrescó la habitación. Azar parpadeó y miró a su alrededor como si despertara de un sueño profundo.

Recuperó parte del ánimo perdido.

—Había algo en el mapa. Algo... —empezó a decir.

—Algo que inquietó a la vieja —dijo el cocinero, chascando los dedos—. Yo también me di cuenta. Si no es bueno para ella, es muy bueno para nosotros.

Azar tardó un segundo en volver a la mesa, con el cocinero detrás. Se puso de nuevo las gafas y recorrió el camino de Isabelle con el dedo en busca de lo que había preocupado a la Parca.

Dejó atrás el día en que Isabelle se cortó los dedos, la partida de Ella, llegó al inicio de la brutal línea de Volkmar y siguió hasta donde acababa, y después recorrió de nuevo el sendero en dirección contraria, pero no vio

nada que no hubiera visto antes. Ni siquiera con las gafas veía con tanta claridad como las Parcas.

Entonces, distinguió algo.

Era una línea tenue, pero allí estaba. Un desvío. Nuevo.

—¡Sí! —gritó, dando una palmada.

—¿Qué es? ¡Habla, hombre! —lo instó el cocinero.

Azar se quitó las gafas y se las dio. El cocinero se las puso, observó el mapa entornando los ojos y sonrió.

—¡Ja! —exclamó—. Con razón la cara de la vieja parecía un cubo de leche cortada. Ese camino...

—No es obra ni de la vieja ni de Volkmar... Es de ella. De Isabelle. Sus acciones han redibujado su camino —concluyó Azar con ojos danzarines—. Yo tenía razón. Isabelle puede cambiar. Cambiará. Vamos a ganar este juego. Vamos a derrotar a las Parcas.

—Tranquilo, no es más que un comienzo. No nos pongamos bravucones —le advirtió el cocinero.

—Es más que un comienzo. ¿Has visto adónde conduce?

—Parece un árbol... —dijo el cocinero, mirando de nuevo el mapa—. Un viejo tilo... —Se quitó las gafas—. Por todos los demonios —exclamó—. ¿Sabes quién es?

—Tanaquill —respondió Azar.

—¿La reina de las hadas? —preguntó la maga, que se había unido a los dos hombres—. Azar, es...

—Muy muy poderosa —la interrumpió él.

—En realidad, iba a decir que es una asesina.

—¿La convocó Isabelle? —se preguntó el cocinero en voz alta—. ¿Con qué propósito?

—Dudo que fuera para invitarla a un té —contestó la maga, y se estremeció.

—No lo distingo del todo. Las gafas no son lo bastante potentes, aunque creo que Isabelle le pidió ayuda —dijo Azar. Se acarició las trenzas y señaló al cocinero—. Necesito un regalo. No puedo ir con las manos vacías. ¿Quedan conejos en la despensa?

—Usé los últimos para el estofado que hemos cenado. Tengo faisanes, eso sí —contestó, dirigiéndose a la cocina.

—Me los llevo —dijo Azar.

—¿Vas a ir a buscar a Tanaquill ahora? —preguntó la maga—. ¡Si es casi medianoche!

—No tengo elección —dijo Azar—. La vieja también ha visto ese desvío. Está a la caza de la reina de las hadas mientras hablamos, seguro. Debo encontrarla primero.

Salió corriendo detrás de su cocinero.

El científico, con el rostro surcado de arrugas de preocupación, recogió las gafas de cristales rosados y las limpió.

—Se lo va a comer vivo —dijo.

La maga miró a Azar, también preocupada.

—Tienes razón —respondió, y se dio una palmada en la cadera para asegurarse de que la daga seguía allí antes de añadir—: Voy con él.

TREINTA Y NUEVE

La reina de las hadas estaba en un claro del bosque silvestre con un enorme búho de ojos amarillos posado en el antebrazo.

Era bien pasada la medianoche, pero la oscuridad no hacía más que resaltar su nítida presencia. Llevaba el pelo rojizo trenzado y recogido. Una diadema de astas le adornaba la cabeza. Lucía un vestido que brillaba como escamas de pez y, encima, una capa de plumas grises sujeta al cuello mediante un par de enormes escarabajos iridiscentes con las fuertes pinzas cerradas.

Azar la había encontrado siguiendo su magia. Dejaba rastro, unas gotas plateadas que destacaban en el suelo del bosque y después se desvanecían. Mientras la maga y él la observaban, ocultos en una arboleda de abedules, Tanaquill acarició el búho y le susurró, sin temer el afilado pico curvo capaz de romper huesos y arrancar corazones, ni las garras que podían desollar animales.

—¿Lista? —susurró Azar. La maga asintió y los dos salieron al claro.

—¡Saludos, poderosa Tanaquill! —la llamó Azar—. Mi búsqueda se ve por fin recompensada. Es un honor encontrarme en vuestra presencia.

Tanaquill se rio. Era el sonido del viento otoñal moviendo las hojas en un remolino.

—Llevas más de media hora en mi presencia, oculto detrás de los abedules.

Te he olido. Y a tus faisanes.

Azar se le acercó, con la maga pegada a sus talones.

—Aceptadlos, por favor, majestad, como una pequeña muestra de la estima que os profeso —dijo inclinándose mientras le ofrecía las aves.

—Déjaselos a los buitres —Tanaquill resopló y los rechazó—. Les gustan las cosas muertas. Yo prefiero vivos a mis tributos. El corazón palpitante, la sangre en circulación.

Puso una mano sobre el pecho de Azar, se acercó a su cuello, inhaló su aroma y se humedeció los labios. Azar estaba hechizado por sus seductores ojos verdes, como un ratón embelesado por una serpiente. Había permitido que se le aproximara demasiado.

La maga lo salvó. Tiró de él y se interpuso entre ambos, con la mano

en la empuñadura de la daga. Tanaquill rugió como un zorro que ha perdido a una ardilla bien gorda.

—¿Por qué has venido? ¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Vuestra ayuda. Quiero salvar a una muchacha. Se llama Isabelle. La conocéis. Tengo su mapa. Dibujado por las Parcas. Muestra que hablasteis con ella.

—¿Y cómo es que el mapa se encuentra en tus manos? —preguntó Tanaquill—. Las Parcas guardan su obra con celo.

Azar se lo explicó. Al terminar, la reina dejó escapar un ruidito de disgusto.

—No quiero saber nada de vuestros juegos absurdos —dijo mientras se alejaba—. No te sirvo ni a ti ni a la Parca. Sirvo solo al corazón.

Azar dio un paso hacia ella, desesperado. No podía permitir que se le escapara. Estaba seguro de que algo importante había sucedido entre Isabelle y ella. Algo que podría usar para ayudar a la muchacha.

—Volkmar se acerca más a Saint-Michel con cada día que pasa.

—¿Y qué? —respondió Tanaquill con un gesto del dorso de la mano.

—Que ha reescrito el destino de Isabelle. Con sangre. Pero ella puede cambiarlo. Si es que ella misma es capaz de cambiar.

La risa de Tanaquill resonó en el bosque silvestre.

—¿Esa chiquilla egoísta y rencorosa? ¿Crees que es capaz de vencer a un señor de la guerra?

—No caerán tan solo la aldea y los mortales que viven en ella. Volkmar saquea y quema todo lo que encuentra a su paso. El bosque silvestre y los que moran en él... tampoco sobrevivirán.

Tanaquill se detuvo. Se volvió. La tristeza y la rabia competían en el fondo de su feroz mirada. Azar vio su preocupación. Y aprovechó la ventaja.

—Por favor, os lo suplico. ¿Qué os dijo Isabelle?

—Pidió mi ayuda —respondió la reina al fin—. Desea ser guapa —añadió, escupiendo la palabra.

—¿Y le concedisteis el deseo?

—Le dije que la ayudaría —contestó Tanaquill de tal modo que Azar tuvo la sensación de que esquivaba la pregunta—. También le dije que tendría que ganarse mi ayuda encontrando los fragmentos perdidos

de su corazón.

—Esos fragmentos... ¿Qué son? —preguntó Azar.

—¿Por qué te lo iba a decir? ¿Para que los encuentres y se los sueltes en el regazo?

—Para darle una oportunidad. Es lo único que pido. La oportunidad de redimirse.

—¿Redimirse? —repitió Tanaquill, burlona—. ¿Te refieres a la chica? ¿O a ti?

Las palabras hirieron a Azar, que dio un respingo, aunque su mirada no vaciló. Su sonrisa ya no era dorada, sino sincera y vulnerable.

—A ambos, si tengo suerte.

Tanaquill le sostuvo la mirada. Los ojos de la reina eran penetrantes.

—Nero, un caballo —dijo después—. Felix, un muchacho. Ella, una hermanastra.

En cuanto las palabras brotaron de los labios de la reina de las hadas, Azar lanzó una mirada a la maga. Ella asintió y desapareció en el bosque.

—Gracias, majestad —respondió Azar con fervor; tomó la mano, pálida y fría, de la reina entre las suyas, se la llevó a los labios y la besó.

Tanaquill gruñó, aunque ya no era un rugido amenazante.

—Lo que suceda ahora depende de la muchacha. Ni de ti ni de la Parca —le advirtió cuando Azar le soltó la mano.

Como si fuera una señal, la vieja entró en el claro.

—¡Ah, Tanaquill! ¡Qué alegría encontrarte a la luz de la luna! —exclamó, y lanzó una sonrisa petulante a Azar—. ¿Disfrutando del fresco aire nocturno, marqués? ¿El del *château* estaba demasiado cargado?

A Azar se le cayó el alma a los pies. «¿Cuánto habrá escuchado?», se preguntó, ansioso.

La Parca llevaba una cesta en el brazo y un cuervo al hombro.

—¿Tú también buscas setas? —preguntó a la reina de las hadas.

—Sé por qué has venido —respondió Tanaquill sin prestar atención a su pregunta—. Sin embargo, me temo que tu adversario, aquí presente, te ha ganado por la mano.

A la Parca se le agrió la sonrisa. Azar dejó escapar un suspiro de alivio: quizá no los había escuchado.

—Deja en paz a la chica, Tanaquill —dijo la Parca—. No es tu lucha, y ella no se merece tus esfuerzos. Límitate a tu bosque. Ve de caza.

La reina de las hadas se volvió hacia ella rugiendo, hecha una furia. La Parca trastabilló. Su cuervo graznó.

—No me subestimes, vieja. Me ha llamado un corazón humano, y no es tan fácil volver a meterme en mi caja —le advirtió Tanaquill—. Pretender contenerme es como pretender contener un huracán. Soy más vieja que tú. Más que Azar. Más que el propio tiempo.

Agitó la mano. Se oyó un chillido agudo, se vio un borrón en el aire. El cuervo no vio venir al cazador de ojos amarillos. El búho arrancó al pájaro del hombro de la Parca y lo lanzó al suelo. Después alzó las alas sobre su presa y chilló a la Parca, retándola a intentar recuperarlo.

La Parca no lo hizo. Permaneció inmóvil, con el cuerpo en tensión. Su mirada (de vuelta en Tanaquill) era calculadora, como la de una leona que desea atacar a un rival pero no está segura de ganar.

Tanaquill percibió su deseo.

—Yo no lo haría en tu lugar. ¿Se te ha olvidado lo que soy? Soy el primer y el último latido del corazón. Soy el cordero recién nacido y el lobo que le desgarró la garganta. Soy la canción de la sangre, vieja. —Lanzó una mirada al cuervo, que se revolvía bajo el búho, y sonrió—. Lo siento por tu caja.

Y desapareció, se desvaneció en la oscuridad, y su búho con ella. Y donde antes estuviera el cuervo apareció una muchacha sentada, con la respiración entrecortada y los dedos temblorosos sobre los cortes de su cuello.

—Arriba, Losca —le ordenó la Parca—. Vuelve a mi habitación. Espérame allí.

Losca se levantó y se alejó del claro dando tumbos, con pasos vacilantes.

—Ese búho podría haber matado a la pobre chica. ¿Por qué no te marchas antes de que alguien más resulte herido? —se regodeó Azar—. Esta apuesta ya está ganada.

La Parca lo miró, fría.

—Vuelve a tu *château*, marqués. Descansa. Lo vas a necesitar. Creo que tienes que buscar un caballo, a un muchacho y a una hermanastra, ¿no?

— comentó mientras se alejaba.

Azar, furioso, soltó un improperio. La vieja había escuchado su conversación con Tanaquill.

La Parca se detuvo al borde del claro, se volvió para mirarlo y, tras esbozar una sonrisa venenosa, añadió: —A no ser que yo los encuentre primero.

CUARENTA

Tavi estaba junto a la puerta de la cocina con un cuenco de ciruelas recién cogidas en las manos, mientras el delantal blanco y la falda de su vestido azul revoloteaban con la brisa matutina. Lanzó una mirada escéptica al contenido de la gran cesta que Isabelle había colocado en la parte de atrás de su carro de madera.

—Pero ¿y si los huérfanos no quieren huevos? —preguntó.

—Pues claro que querrán —respondió Isabelle mientras ajustaba una de las hebillas del arnés de Martin—. Los huérfanos no tienen gran cosa. Les alegrará recibirlos.

Tavi arqueó una ceja.

—¿Acaso sabes dónde está el orfanato?

Isabelle le lanzó una miradita a su hermana, pero no respondió.

—¿Llevas tu espada?

—No la necesito.

Lo cierto era que no la tenía. Al despertar aquella mañana, dos días después de haberla usado para defenderse del desertor, descubrió que volvía a ser un hueso, como si percibiera que el peligro había pasado. Se lo guardó de nuevo en el bolsillo, con los demás regalos de Tanaquill.

—Y ¿me puedes explicar por qué vas a regalar estos huevos que tanto necesitamos? —insistió Tavi.

—Porque es un gesto de bondad. Una buena acción.

—¿Todavía intentas encontrar los pedazos de tu corazón?

—Sí —respondió Isabelle mientras se subía al carro y se acomodaba en el asiento.

—¿Has averiguado cuáles son?

Isabelle asintió con la cabeza; había estado pensando en ello sin parar.

—La bondad, la amabilidad y la caridad —contestó, convencida—. Hoy estoy trabajando en la caridad.

Tanaquill le había dicho que Ella no había tenido que buscar los pedazos de su corazón. «Porque nunca los perdió —pensaba Isabelle mientras yacía en la cama la noche anterior—. Siempre fue buena, amable y caritativa. Puede que Tanaquill quiera que yo también lo sea».

—Izzy, cuando te dije que no montarás más iba en serio. ¿Lo has hecho?

Isabelle, que se inclinaba sobre las riendas de Martin, se enderezó y miró a su hermana.

—Todavía crees que todo esto es porque me di un golpe en la cabeza, ¿verdad?

—Creo que es muy extraño —respondió Tavi, que se metió en la cocina para dejar las ciruelas.

Isabelle la observó marcharse.

—No he perdido la cabeza. Las cosas se pondrán peor, ya lo verás —dijo en voz baja—. Las chicas guapas lo tienen todo más fácil. La gente les sostiene la puerta para que pasen. Los niños les recogen flores. Los carniceros les dan una rodaja de salami gratis, tan solo por el placer de vérsela comer.

Después sacudió las riendas de Martin y se marchó.

CUARENTA Y UNO

Isabelle encontró el orfanato sin dificultad; estaba escondido en una calle estrecha detrás de la iglesia.

Lo dirigían unas monjas y estaba instalado en su convento. Una verja de hierro rodeaba el edificio y sus terrenos, aunque la puerta no estaba cerrada con llave. Isabelle la abrió y entró cargada con su cesta de huevos. Los niños, vestidos con bastas ropas grises, jugaban en el césped del patio.

Un chico de rostro dulce se le acercó, seguido de algunos de sus amigos.

—Toma, pequeño —dijo Isabelle—. Os he traído unos huevos.

El niño dio unos pasos vacilantes hacia ella.

—Me llamo Henri —dijo, mirándola con atención—. Y tú eres Isabelle.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó ella mientras se arrodillaba y le sonreía.

—No lo he adivinado. La hermana Bernadette te señaló cuando nos llevó al mercado. Dijo que no debíamos ser como tú. Que eres una de las hermanastras feas de la reina, una persona horrible y mala.

A Isabelle se le agrió la sonrisa. Dos de las niñas que seguían al niño dieron un paso adelante y empezaron a cantar:

«¡Hermanastra, hermanastra!
¡Fea hasta decir basta!
¡Dale un trago de aguarrás!
¡Y cuélgala en el patio de atrás!».

Antes de que Isabelle se diera cuenta de lo que sucedía, los niños se habían dado las manos y bailaban a su alrededor como diablillos mientras cantaban:

«¡Hermanastra, hermanastra,
ante el diablo se arrastra!
¡Dale huesos de cereza y
no las dejes de una
pieza!».

Se soltaron las manos al terminar la canción y retrocedieron entre risitas.

Isabelle decidió marcharse antes de que decidieran cantar otra estrofa.

—Toma, llévatelos —empujó la cesta contra Henri—. Son huevos frescos, muy buenos.

—No los queremos. No de ti —respondió Henri.

Isabelle sintió que la ira le corría por las venas, pero la reprimió.

—Voy a dejar la cesta aquí —insistió—. Quizás alguno de vosotros pueda llevarla dentro.

Henri se encogió de hombros, hosco. Miró hacia la cesta y se volvió hacia su amigo.

—Hazlo, Sébastien —dijo.

—Hazlo tú, Henri —repuso Sébastien. Henri se volvió hacia una niña—. Émilie, hazlo tú.

Isabelle se rindió. Bien podían seguir discutiendo quién se llevaba la cesta sin estar ella presente.

Pero no era eso de lo que estaban hablando los niños.

Después de alejarse unos cuantos pasos, notó un dolor, repentino e inesperado, justo entre los omóplatos. La fuerza del impacto la hizo trastabillar. Consiguió mantener el equilibrio y se volvió.

Los niños se reían, encantados. Isabelle se llevó la mano al hombro y se tocó la espalda del vestido: la palma se le manchó de limo amarillo.

—¿Quién de vosotros me ha tirado el huevo? —exigió saber.

Nadie respondió, pero Henri se acercó tranquilamente a la cesta, sacó otro huevo y, antes de que Isabelle pudiera detenerlo, se lo lanzó a la cabeza. Tenía una puntería excelente: le acertó justo entre los ojos.

Isabelle jadeó.

—¿Por qué...? ¡Pequeño... trol! —gritó mientras le caía huevo por la cara.

Los otros no necesitaron oír más: corrieron a la cesta, agarraron los huevos y se los tiraron con todas sus fuerzas.

Isabelle tendría que haber salido corriendo del patio y regresar al carro, pero no era de las que huyen con el rabo entre las piernas. Así que se abalanzó sobre la cesta, cogió un huevo y se lo lanzó a Henri. Su puntería no era tan buena como la del niño, puesto que todavía tenía metido huevo en los ojos. En vez de darle a Henri, acertó en el pequeño Sébastien, justo en la nuca. El niño tropezó, cayó en la hierba y comenzó a aullar.

Isabelle lanzó otro huevo y le dio a Henri en el hombro. Mientras cogía un tercero de la cesta, tres más le dieron a ella, uno en la cara. Lanzó el que tenía en la mano en ese momento para limpiarse de nuevo los ojos. Aunque no vio dónde aterrizaba, sí que oyó el ruido húmedo que produjo al estrellarse en alguien.

—Por Dios bendito, ¿qué está pasando aquí? —chilló una voz.

Isabelle parpadeó; abrió los ojos y descubrió que no había acertado en un niño, sino en una anciana vestida de blanco con un rosario al cuello.

La muchacha observó, horrorizada, como la cáscara de huevo se le deslizaba por la parte delantera del immaculado hábito y caía al suelo. Goterones de yema le salpicaban las puntas de los zapatos. La anciana contempló el desastre de su ropa. Después miró a los niños que la rodeaban: a Henri, que se restregaba el hombro; a Émilie, que se observaba el mandil manchado y lanzaba lastimeros sollozos; al pequeño Sébastien, que estaba sentado en la hierba y gemía:

—¡Isabelle, la hermanastra fea..., nos ha a... atacado!

Entonces, la anciana miró a Isabelle. Sus ojos, hundidos en su rostro arrugado, ardían. Se le dilataban las fosas nasales.

—Ay, Dios mío —susurró la muchacha, llevándose las manos a las mejillas—. Oh, no.

Era la hermana Claire, la que supervisaba el convento, la anciana y venerable madre superiora, y estaba furiosa.

CUARENTA Y DOS

La puerta de hierro se cerró detrás de Isabelle con un estruendo metálico.

Avergonzada, la muchacha volvió la vista atrás a través de los barrotes.

—Lo siento muchísimo —dijo con tristeza.

—¡No quiero volver a verte nunca jamás cerca de este orfanato! — chilló la hermana Bernadette mientras agitaba un dedo desde el otro lado de la puerta—. ¡El voto de silencio de la madre superiora, roto después de... cincuenta años! ¡Por tu culpa!

La monja le dio la espalda y se alejó hecha una furia, dejando a Isabelle sola. Todavía encogida, regresó cojeando al carro y se subió al asiento. Martin la miró.

—No preguntes —le dijo Isabelle.

Estaba desesperada por volver a casa, pero era tanto su arrepentimiento por lo que había hecho que se inclinó hacia delante, se puso la cabeza entre las manos y gruñó. En su mente se repetía cada segundo de lo sucedido después de acertar en el pecho de la madre superiora con un huevo.

—¡Debería darte vergüenza! —había gritado la anciana—. ¡Lanzarles huevos a los niños! ¡Hacer llorar a unos pobres huérfanos! ¡Malgastar la comida que tanto necesitamos en tiempos de guerra! No había visto un comportamiento tan indignante en toda mi vida. No quería creer lo que contaban, hice oídos sordos a los cotilleos, pero tú, Isabelle de la Paumé, ¡eres tan horrible como todos dicen!

Mientras gritaba a Isabelle, las dos monjas que la habían acompañado al patio le hacían gestos frenéticos. Una se había llevado un dedo tembloroso a los labios. La otra sacudía la cabeza, con los ojos como platos.

—¡Hermana, tu voto! —había dicho.

Para demostrar su piedad y devoción, la hermana Claire había hecho solemne voto de silencio cinco décadas antes. Gracias a un esfuerzo sobrehumano, había cumplido su voto y jamás había pronunciado ni una

palabra; se comunicaba con las otras monjas por escrito. Al darse cuenta de lo que había hecho, la anciana se llevó una mano a la boca y se desmayó allí mismo.

—¡Cre... creo que está muerta! —gritó la hermana Bernadette.

En cuanto oyeron aquello, los niños, todos y cada uno de ellos, empezaron a llorar con ganas. Alarmadas por el ruido, una docena de monjas había acudido a toda prisa. Una había tenido la presencia de ánimo suficiente para sentar a la hermana Claire y frotarle las muñecas. Un instante después, la anciana recuperó el conocimiento. Fue entonces cuando la hermana Bernadette echó a Isabelle.

—Ay, Martin —se quejó Isabelle tras enderezarse de nuevo—. Les he lanzado huevos a unos niños. De diez años. De ocho. Creo que incluso había uno de cinco.

Se metió la mano en el bolsillo de la falda y palpó el hueso, la nuez y el tegumento. Seguían allí, aunque ahora le parecían más maldiciones que regalos. No iba a ganarse el favor de la reina de las hadas lanzándoles huevos a los huérfanos. Esperaba de corazón que Tanaquill no lo descubriera.

Isabelle regresó a casa lo más deprisa que pudo. Por suerte, no se cruzó con nadie en la carretera. En cuanto entró en el establo, le quitó los arreos a Martin, lo cepilló y lo soltó fuera para que pastara. Después metió la cabeza debajo de la bomba de agua del abrevadero para limpiarse los restos de huevo.

Unos minutos después entró en la cocina con el pelo empapado, la cara roja por culpa del agua fría y la ropa hecha un asco.

Tavi estaba removiendo una olla burbujeante de mermelada de ciruela.

Arqueó las cejas en cuanto vio a su hermana.

—Parece que las obras de caridad no están a la altura de su fama —comentó.

—Para —le dijo Isabelle, alzando una mano.

—¿Dónde está nuestra cesta? ¿Te la han robado?

—Te he dicho...

—Ahora tendré que buscar otra donde sea.

—¡... que pares! —chilló Isabelle mientras se tapaba las orejas. Salió

corriendo de la cocina y subió las escaleras para cambiarse de ropa.

Era un alivio quitarse el vestido, que se había quedado tieso como el merengue. Echó agua de la jarra de su cómoda en una palangana, mojó un paño y se quitó los últimos restos de huevo del cuello. Unos minutos más tarde estaba en el pasillo, abrochándose los botones de arriba de un vestido limpio. Mientras caminaba hacia las escaleras, una voz detrás de ella le preguntó:

—¿Dónde has estado, Isabelle?

A la muchacha se le cayó el alma a los pies. «Ahora no, *maman*», pensó. Todavía tenía que ocuparse de Martin y de la larga lista de tareas del día. No le quedaba tiempo para convencer a su madre de que no había ni baile ni cena ni fiesta de jardín para la que arreglarse.

Tavi acababa de subir las escaleras cargada con una bandeja con una taza de té para su *maman*.

—Se fue a dar un paseo —le dijo mientras la tomaba por el brazo para conducirla de vuelta a su dormitorio.

—¿En serio, Octavia? —insistió su madre, llevándose una mano al pecho—. ¿Con quién? ¿Con un caballero? ¿Con un vizconde?

—¡No, con el duque de Huev-minster! —respondió Tavi, y volvió la cabeza para guiñarle un ojo a su hermana.

Isabelle frunció el ceño, aunque le agradeció que distrajera a *maman*. Así ella podría bajar las escaleras con sigilo y salir de la casa sin responder a más preguntas.

Tenía que llevar a Martin al prado. Regresó a los establos, cogió su cabestro y se le acercó.

—Bueno, Martin, estoy limpia. Tú estás cepillado. Algo es algo —le dijo—. Quizás el resto del día transcurra en paz y armonía. —Esbozó una sonrisa irónica—. Después del desastre de esta mañana, ¿qué más puede salir mal?

El caballo estaba frente a los establos, a la sombra de un alto abedul, con la cabeza gacha. Al acercársele, la muchacha vio que estaba examinando algo en la hierba. Le daba con la nariz y después le pasaba el casco por encima.

—¿Qué tienes ahí, viejo amigo? ¿Una flor de manzanilla?

Sabía que al caballo le encantaba comerse las diminutas florecillas

amarillas y blancas que crecían alrededor de los establos, pero, cuando el caballo alzó la cabeza, Isabelle vio que lo que le había llamado la atención no era manzanilla.

Colgado de la boca de Martin había un collar de perlas de valor incalculable.

CUARENTA Y TRES

Isabelle y Martin subieron a medio galope por el serpenteante camino bordeado de árboles que llevaba al *Château* Rigolade.

Después de recuperarse de la conmoción de ver al caballo a punto de tragarse las valiosas perlas, le había quitado el collar de la boca, lo había limpiado de saliva y se lo había metido en el bolsillo. El collar pertenecía al marqués o a una de sus amigas, estaba segura. El monito, Nelson, lo llevaba encima al disparar al ladrón de pollos.

«Sea quien sea el propietario, estará muerto de preocupación», pensó Isabelle. Cada una de aquellas perlas tenía el tamaño de una avellana.

Al llegar a lo alto del camino, miró hacia los establos pensando que podría dejar a Martin con un mozo de cuadra y pedirle ver al marqués, pero el camino conducía directamente al *château*, con sus fuentes borboteantes, sus rosales, sus robles y su cuidado césped.

Isabelle no veía a nadie, ni a una doncella ni a un criado ni a un jardinero, ni tampoco al marqués y a sus amigos. Se sentía incómoda montada en su caballo en medio del camino de la casa de un noble, así que decidió llamar a la puerta principal. Sin embargo, mientras se bajaba del caballo, oyó música que procedía de la parte de atrás. De repente, sin orden ni concierto, la música cesó, como si uno de los intérpretes hubiera cometido un error, y a continuación siguió de nuevo.

Isabelle siguió el sonido y rodeó el edificio con Martin de las riendas hasta llegar al patio de atrás. El césped bajaba hasta un claro rodeado de enormes robles. Al otro extremo del claro, bastante lejos de la casa, había un escenario a medio construir. La muchacha distinguió a duras penas a un hombre en una escalera, de espaldas a ella, clavando tablas con un martillo.

Más cerca, en la terraza en sombra del *château*, los miembros del séquito del marqués parecían ensayar una obra. Los músicos estaban

sentados en sillas a un lado de la terraza y hacían muecas cuando su director los reprendía con enfado. Los actores daban vueltas por el otro lado. Algunos sostenían libretos, otros blandían espadas y escudos falsos. A un lado se veían baúles abiertos rebosantes de vestuario. Cuatro monos se perseguían unos a otros entre ellos, peleándose por las cuentas de cristal y las coronas de oropel.

Isabelle cojeó camino de la terraza mientras retorció las riendas de Martin. Varias mujeres levantaron la vista para mirarla. Eran mayores que ella y llevaban fastuosos vestidos, así que se sintió gris y sosa en comparación. Reconoció a la diva, elegante e imperiosa; a la maga, que mordía un melocotón y, de algún modo, lograba convertirlo en un acto misterioso; a una acróbata que hacía girar un plato sobre su dedo; y a una actriz que lucía una peluca roja y sostenía un cetro.

La maga fue la primera en hablarle.

—Isabelle, ¿verdad? Fuisteis la que nos indicó el camino, ¿no? —Una chispa traviesa le bailó en los ojos—. He estado preguntando por ahí por vos. Me han contado que sois una de las hermanastras feas de la reina.

Isabelle se encogió al oírlo. Aquellas espléndidas mujeres sabían quién era; no querrían tener nada que ver con ella.

La maga notó su incomodidad.

—Tranquila, niña. Que te llamen fea no es tan malo. ¡En absoluto! —exclamó mientras tiraba el hueso de melocotón—. A todas nos lo han llamado alguna vez, y no nos ha matado —añadió, limpiándose el jugo de la barbilla con la palma de la mano.

—De hecho, nos han llamado cosas mucho peores —dijo la actriz.

Las demás aportaron su granito de arena: «Difíciles. Obstinadas. Cabezotas. Gruñonas. Tozudas. Tercas. Desnaturalizadas. Abominables. Intratables.

Inmorales. Ambiciosas. Escandalosas. Rebeldes».

—*Fea* no es nada —dijo la diva—. *Guapa*... Esa palabra sí que es peligrosa.

—*Guapa* te engancha deprisa y te mata despacio —dijo la acróbata.

—Si llamas *guapa* a una chica una vez, lo único que querrá a partir de entonces y por siempre jamás es volver a oírlo —añadió la maga.

Se sacó una larga cuerda de seda del interior de la chaqueta, echó un

extremo por encima de una rama alta que colgaba sobre la terraza y la amarró a otra más baja. Después se puso de pie sobre una silla bajo el árbol y ató el otro extremo para formar un nudo corredizo.

—*Guapa* es un lazo que te echas al cuello —dijo, e hizo justo eso—. Cualquier idiota puede apretártelo y darle una patada a tu punto de apoyo. Y entonces...

Perdió el equilibrio y se tambaleó sobre la silla. Con los brazos moviéndose en molinillo, cayó. La cuerda se tensó con un horrendo chasquido. Su cuerpo rotó en círculos mientras agitaba las piernas sin parar.

Isabelle gritó, segura de que la mujer acababa de matarse, pero la maga se libró del lazo, aterrizó de pie y se echó a reír.

—Es un truco horroroso —la regañó la diva, e Isabelle se llevó una mano al pecho—. Has matado de miedo a la pobre muchacha.

—Qué bienvenida más desagradable —intervino la actriz, que miraba con el ceño fruncido a la maga—. ¿Os puedo servir una taza de té, querida? —preguntó a Isabelle—. ¿Una porción de tarta?

—N-no. No, gracias —respondió ella mientras intentaba calmar los latidos de su corazón—. Tengo que regresar. Solo venía porque he encontrado algo o, mejor dicho, mi caballo lo ha encontrado, y creo que os pertenece. —Se sacó el collar del bolsillo y se lo entregó a la diva—. Estaba tirado en la hierba, cerca de nuestros establos.

—¡Creía que lo había perdido para siempre! —exclamó la mujer, y acto seguido abrazó a Isabelle—. ¡Gracias! —Se puso las perlas al cuello y les dio unas palmaditas—. Me las regaló el marqués. Seguro que él también querrá daros las gracias. Id a verlo, ¿lo haréis? Creo que está en el claro, con el carpintero.

Isabelle miró hacia el césped, colina abajo, donde estaba el escenario. Parecía un camino muy largo, y le dolía el pie.

—¿Sería posible ir hasta allí a caballo? —preguntó, y señaló a Martin con la cabeza.

—¡Por supuesto! —dijo la diva—. Ah, Isabelle, otra cosa.

La muchacha se subió a su montura y se volvió.

—¿Sí?

—Volveréis, ¿verdad? ¿Para asistir a nuestra obra cuando esté lista?

—Me encantaría —respondió ella con timidez.

—¡Espléndido! Os enviaremos una invitación. ¡Adiós! —se despidió la diva, agitando la mano.

—Adiós —dijo Isabelle. Chascó la lengua para que Martin se pusiera en marcha y se dirigió al claro.

La diva la vio alejarse y perdió la sonrisa. La maga y la actriz se unieron a ella. Las tres guardaron silencio, con los ceños fruncidos. Nelson bajó de una rama y se acomodó en el hombro de la diva.

—¿Seguro que encontraste al correcto? —preguntó al fin la diva.

—Seguro —respondió la maga—. Tardé tres días en localizarlo, removí cielo y tierra. Busqué en otras cuatro aldeas. Al final resultó que lo tenía delante de las narices desde el principio.

—Caza de muchachos. Tu deporte favorito —comentó la actriz, algo brusca.

Los carnosos labios de la maga se curvaron en una sonrisa.

—Es que huelen que alimentan.

—La Parca sabe que lo sabemos —dijo la diva—. Azar tiene que ir un paso por delante de ella. Será mejor que esto funcione.

—Sí. Será mejor —dijo Azar, que apareció detrás de ellas—. Acabo de mirar su mapa...

La maga se volvió hacia él, preocupada.

—La fecha de su muerte... —dijo.

—La calavera... —añadió la diva a la vez.

Azar asintió con gesto lúgubre.

—Se ha vuelto dos tonos más oscura.

CUARENTA Y CUATRO

Martin avanzaba despacio hacia el claro, con alguna que otra pausa para arrancar un bocado de hierba o darle un mordisco a un arbusto.

—¿Es que no eres capaz de comportarte? —le regañó Isabelle mientras tiraba de sus riendas—. ¿Aunque solo sea por esta vez?

Al acercarse al teatro, la muchacha observó la estructura. Veía que iba a ser un escenario de madera pequeño pero construido con elegancia y muy completo, con proscenio, bastidores y un arco.

Se fijó en que el carpintero todavía seguía subido a la escalera, dándole al martillo. Era esbelto y alto, y llevaba la abundante melena castaña recogida en una coleta baja. Tenía la camisa blanca empapada de sudor; los pantalones azules, salpicados de virutas. Ansiosa por encontrar al marqués, examinó el teatro, las pilas de maderas que había delante, la mesa de trabajo cargada de sierras y taladros..., pero no lo vio.

«No está aquí, imposible —razonó—. Es demasiado llamativo, demasiado escandaloso para pasarlo por alto».

Entonces miró al carpintero. Había algo familiar en la curva de sus hombros y en la forma relajada en que se manejaba sobre la escalera, absorto en su trabajo, sin importarle el peligro. Por un momento creyó conocerlo, pero entonces sacudió la cabeza para descartar la idea: *maman* nunca le había permitido hablar con los obreros.

Sin embargo, decidió hablar con este, por si sabía dónde se encontraba el marqués.

Acababa de inclinarse hacia delante para llamarlo cuando ocurrió el desastre:

un enorme cuervo bajó volando de un árbol hacia Martin, le aleteó en la cara y le arañó la nariz con las afiladas garras.

Martin chilló, aterrado, lo que no detuvo al pájaro. El caballo dejó escapar un relincho agudo, se volvió y corcoveó para intentar librarse del cuervo. Isabelle perdió el equilibrio y salió volando de cabeza. La bota se le enganchó en el estribo al caer y, con el tirón, se le desprendió, le desgarró la media y le abrió la herida. Aterrizó boca abajo en el suelo con un gran estruendo. Martin se alejó trotando hacia los árboles, todavía intentando patear al pájaro.

Todo se volvió blanco durante unos segundos. Sin embargo, después recuperó los sentidos y, con ellos, un dolor atroz. Se alegró de todos modos, ya que sabía que, cuando no sentías nada (como, por ejemplo, las piernas), era cuando estabas metida en un lío.

Entre gruñidos, rodó para ponerse boca arriba. Un segundo después abrió los ojos y se sorprendió al encontrarse con un rostro que la observaba. Aunque estaba borroso y distorsionado, parecía la cara de un chico.

«O puede que esté muerta y sea la cara de un santo —pensó—. Como

los de la iglesia del pueblo, con sus pómulos altos y sus tristes ojos pintados. O puede que sea la cara de un ángel. Sí, eso es, una cara de ángel, trágica y amable».

—¿Estoy muerta, ángel? —preguntó, y volvió a cerrar los ojos.

—No. Y no soy un ángel.

—¿Santo? —

No.

—¿Chico?

—Sí.

Tras una pausa, el muchacho añadió:

—La gente pierde dedos de los pies continuamente, ¿sabes? Brazos y piernas. Ojos y orejas. No es razón para suicidarse. Porque eso es lo que estás haciendo, ¿no? ¿Intentando matarte?

«¿Quién eres, chico?», se preguntó Isabelle. Él no le dio la oportunidad de preguntar.

—Tienes suerte de que se te soltara el pie del estribo —siguió diciendo—. Podría haberte arrastrado y roto una pierna. O el cuello. Martin es un animal horrible. ¿Por qué no montas a Nero? Habría partido a ese pájaro por la mitad.

¿Cómo conocía a Martin? ¿Y a Nero?

Isabelle se obligó a levantar los párpados. Despacio, enfocó la vista en el rostro del muchacho. Ahora sabía por qué sus ojos le habían resultado familiares. Por qué se había preguntado si los había visto antes. Los había visto. Todos los días de su infancia. Trepano árboles. Peleando con palos de mopa. Jugando a piratas.

Todavía los veía en sueños.

—Barbanegra —susurró.

—Anne Bonny —respondió él con una reverencia. Y también con la más triste y amable de las sonrisas.

CUARENTA Y CINCO

—Ha pasado mucho tiempo, reina de los piratas.

Isabelle no se atrevía a hablar. No estaba segura de lo que saldría por su boca. Así que se limitó a asentir lo mejor que pudo, dado que estaba tirada en el suelo.

«Está mayor —pensó—. Más alto. Ahora tiene pómulos y barba de tres días en la mandíbula. Su voz es más grave, aunque sus ojos son exactamente iguales, de ese azul índigo desvaído. Ojos de artista. De soñador».

Deseaba levantar una mano y tocar aquella cara que tan bien conocía, recorrerle con los dedos el borde de la mandíbula, los labios. Preguntarle cómo se había hecho la diminuta cicatriz encima del pómulo derecho.

—Felix —dijo mientras se sentaba.

—Isabelle.

—Es... um... —tartamudeó, en busca de la palabra adecuada—... maravilloso volver a verte.

Felix la miró, preocupado.

—Lo mejor será que no te levantes. Te he visto caer. Te has golpeado la cabeza. ¿Ves bien?

—Estoy bien —respondió ella, y se levantó. Entonces chilló: un dolor agudo y caliente le subió disparado por la pierna al apoyar el peso en el pie herido.

—Creo que deberías sentarte —dijo Felix, mirándole el pie.

Isabelle siguió su mirada. Su media blanca tenía una flor roja. El dolor de la caída había sido tan intenso que ni siquiera había notado que sangraba. El muchacho la tomó de la mano, y el calor de su contacto, la sensación de su piel contra la de ella, la volvieron a marear.

La condujo hasta un banco de piedra bajo un árbol. Isabelle se sentó y miró a su alrededor en busca de Martin. El animal estaba masticando hierba a la sombra, con las riendas enrolladas alrededor del cuello.

—Tiene unos cuantos arañazos en la nariz, pero nada exagerado —dijo Felix.

—Gracias. Ya estoy bien. No te entretendré más —repuso Isabelle, que esbozó una sonrisa forzada—. Tienes que construir ese escenario.

—Así es. Y el marqués lo quiere de prisa. Nos paga muy bien, a mi maestro y a mí.

—¿Tu maestro?

—Maese Jourdan. Es el carpintero de Saint-Michel. Me contrató hace un mes.

Isabelle digirió la información. Felix estaba de vuelta en Saint-Michel. No sabía si alegrarse, emocionarse, enfadarse o todo junto.

—Así que ahora eres carpintero —respondió, intentando sonar despreocupada, aunque sonaba ridícula. «Está aserrando tablas y uniéndolas con clavos, ¡por amor de Dios! —se regañó—. ¿Qué otra cosa iba a ser?».

—Aprendí el oficio trabajando para otros carpinteros. En otros pueblos.

—Siempre estabas tallando, lo recuerdo. Querías ser escultor. Como Miguel Ángel.

—Quería muchas cosas —repuso él en voz baja mientras se miraba las manos, bastas y llenas de cicatrices.

Un silencio incómodo cayó sobre ellos. Isabelle deseaba romperlo. Deseaba gritarle, decirle que ella también quería cosas. Preguntarle por qué le había mentado. Sin embargo, el orgullo se lo impedía.

Felix levantó la vista y la miró a los ojos. Después volvió a examinar la media manchada de sangre.

—Oí lo que pasó —dijo—. Todo. El príncipe. Ella. El zapato de cristal.

Isabelle levantó la vista: el pájaro que había asustado a Martin estaba posado en una rama, sobre ellos.

—Nunca había visto un cuervo tan grande —comentó para intentar cambiar de tema.

Felix miró el pájaro; después volvió a mirarla a ella.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te cortaste medio pie?

—¿Es que nunca has oído hablar de la charla insustancial, Felix? —preguntó ella, pálida.

—Nosotros no hablábamos por hablar, así que no voy a empezar ahora. ¿Por qué lo hiciste?

Isabelle no quería hablar de ello, no con él, pero Felix no pensaba dejarlo estar.

—Isabelle, te he preguntado...

—Te he oído —le soltó ella, acorralada.

—Entonces, ¿por qué?

«Porque te fuiste y te lo llevaste todo contigo —pensó—. Mis sueños. Mis esperanzas. Mi felicidad».

Pero no lo podía reconocer delante de él; apenas era capaz de reconocerlo ella.

—Para conseguir lo que se suponía que debía querer..., a la persona que se suponía que debía querer —dijo al fin.

Felix hizo una mueca.

—¿Te mutilaste de ese modo por alguien que se suponía que debías querer?

—Ya sabes cómo es mi madre. No podía seguir luchando. No después de haber perdido todo lo que ama... —Se tragó la palabra—. No después de haber perdido todo lo que me importaba. No después de convertirme en la hermanastra fea.

—¿Fea? ¿De dónde ha salido eso? Yo nunca he pensado que fueras fea. Me gustaba tu risa. Y tus ojos. Y también tu pelo. Todavía me gusta. Es cobrizo, como el pelaje de una ardilla roja.

—¿Tengo pelo de ardilla? —preguntó Isabelle, incrédula—. ¿Y eso es un cumplido?

—Me encantan las ardillas —respondió Felix, encogiéndose de hombros—. Son luchadoras. Y listas. Y bellas.

Tras decir lo cual, dejó de nuevo la bolsa en el suelo y se arrodilló junto a Isabelle. Después le levantó la falda y le quitó la media.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?

—Dios mío —dijo con voz entrecortada el muchacho mientras le sostenía el talón en la mano.

Isabelle estaba horrorizada. La cicatriz estaba roja y en carne viva; parte de ella se había abierto y goteaba sangre. Intentó zafarse de él, pero era demasiado fuerte.

—¡Suelta! —gritó, e intentó taparse el pie con la falda.

—Está sangrando. Tengo vendas y medicamentos. Siempre me estoy cortando.

—¡Me da igual!

—Deja que te lo cure.

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Porque... porque me da vergüenza!

Felix se puso en cuclillas.

—Ya te he visto los pies otras veces, Isabelle —le recordó con cariño—. Antes nos bañábamos juntos en el arroyo, ¿te acuerdas?

Isabelle apretó los puños. Ya no era la vergüenza de su pie desnudo lo que le molestaba, sino que Felix veía algo más que sus pies: veía en su interior. Siempre había sido capaz de hacerlo. Y, bajo su mirada, Isabelle se sentía demasiado vulnerable.

—¡Que me sueltes!

—No. Tienes tierra en la herida —repuso él, dejando el talón en el suelo—. Si no hacemos algo, se te infectará. Y entonces tendrás que cortarte toda la pierna. Ni siquiera tú serías capaz de superar eso.

Isabelle se dejó caer, vencida. Se le había olvidado lo tozudo que era. Felix se acercó a un árbol cercano, recogió la bolsa de cuero y la cantimplora de agua que estaban junto a él, y volvió con la muchacha.

Abrió la cantimplora y lavó la herida. Después abrió las hebillas de la bolsa y volcó sus contenidos en el suelo: escoplos, lápices, cuchillos de tallar, una escofina, reglas.

Y un soldado diminuto, de unos cinco centímetros de alto.

Isabelle lo recogió.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó, contenta de hablar de algo que no fuera el destrozo de su pie. Y de su vida.

—Los tallo en mi dormitorio, por las noches. He fabricado un ejército completo con compañías de fusileros, granaderos, sus comandantes... Está casi terminado. Solo me quedan unos cuantos oficiales.

—¿Qué vas a hacer con él cuando acabes?

—Venderlo. A un noble, para que sus hijos jueguen con él. A alguien rico, como un banquero o un comerciante. A quien pueda pagar mi precio.

Isabelle examinó de cerca el soldadito.

—Es increíble, Felix —se maravilló. La talla era preciosa y estaba pintado con mucha minuciosidad; era tan realista que se le veían los botones del abrigo, el gatillo del fusil y la determinación en la mirada.

—Es mejor que fabricar ataúdes —respondió él, triste—. A veces creo que tendremos que talar todos los árboles de Francia para poder enterrar a nuestros muertos.

—¿Tan mal va? —preguntó ella en voz baja tras dejar el soldado.

Felix asintió.

—¿Qué nos va a pasar?

—No lo sé, Isabelle.

Algunos muchachos le habrían contado una historia feliz sobre la futura victoria de los hombres del rey, claro que sí, para no herir su sensibilidad femenina. Pero Felix no. Él jamás se andaba con remilgos. Y a ella le encantaba que así fuera.

«Al menos, eso no ha cambiado entre nosotros —pensó, melancólica—. Aunque todo lo demás sí».

El chico siguió rebuscando entre sus cosas hasta que por fin encontró lo que necesitaba: un fajo bien doblado de tiras de lino limpias y un frasquito de cristal. Echó unas gotitas del contenido del frasco en la herida de Isabelle; ardía. La muchacha aulló de dolor; él no le prestó atención y le vendó con cuidado la herida.

—De nada —dijo al terminar. Después le quitó la media y la bota del otro pie.

—Felix, no puedes ir por ahí quitándoles las medias a las chicas. Es muy poco apropiado.

—Los pies no me dicen gran cosa —repuso él, resoplando—. Y menos los sudados. De todos modos, no voy por ahí quitándoles las medias a las chicas.

Solo a ti.

Le estiró las piernas y le puso los pies juntos, con los talones en el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

—Puede que algo, puede que nada —respondió él mientras tomaba medidas y las garabateaba en un trozo de papel con un lápiz casi gastado.

Cuando terminó, le volvió a poner las medias y las botas. Después se levantó y le dijo que el marqués era un buen jefe, aunque impaciente, y que lo mejor era que volviera al trabajo. Isabelle también se levantó y lo convenció de que podría volver a casa a caballo. Juntos se acercaron a

Martin.

—Hola, viejo cabrón, ¿me has echado de menos? —saludó Felix al caballo.

Martin alzó la cabeza, alargó las orejas y le mordió. Felix se echó a reír.

—Lo tomaré como un sí —dijo mientras le daba unas palmadas en el cuello.

Isabelle se percató de que al chico le brillaban los ojos. «Los caballos viejos todavía le hacen llorar. Eso tampoco ha cambiado —pensó—. Ni tampoco me ayuda a odiarlo».

Se subió a su montura de nuevo y tomó las riendas de Martin.

—Gracias, Felix. Por curarme.

Felix, que estaba rascándole las orejas al caballo, no respondió enseguida.

—Amaba —dijo al fin.

—¿Qué? —preguntó Isabelle mientras metía los pies en los estribos.

—Antes has dicho: «No después de haber perdido todo lo que me importaba». Pero ibas a decir: «No después de haber perdido todo lo que amaba».

—¿Y qué? —preguntó ella con cautela—. ¿Qué importa?

—Importa porque hubo un tiempo en que creía... —La miró a los ojos—. Creía que yo era una de esas cosas.

Y, de repente, Isabelle perdió la poca compostura que había estado esforzándose tanto por conservar. «Cómo se atreve, después de lo que hizo...».

—Y la gente dice que yo soy cruel. ¡Tú eres el insensible, Felix! —le gritó, con la voz rota de rabia.

—¿Yo? Pero si no hice...

—No, no hiciste, y ahí empezaron los problemas. Adiós, Felix. De nuevo.

La muchacha se dio media vuelta con el caballo y lo azuzó con los talones. Martin tuvo que darse cuenta de que estaba molesta, porque obedeció la orden de inmediato y salió a medio galope. Atravesaron el claro en un instante.

Isabelle se alejó sin mirar atrás.

Como había hecho Felix.

CUARENTA Y SEIS

En el bosque silvestre, la Parca se agachó al lado de unas setas de tallos esbeltos y fantasmales a la pálida luz de la luna en cuarto creciente.

Arrancó una bien rechoncha.

—*Amanita virosa*, el ángel destructor. Es muy pero que muy venenosa, Losca —dijo mientras se la entregaba a su criada—. Y esencial cuando se prepara cualquier tinta de tono verdoso, como «Celos», «Envidia» o «Resentimiento».

La Parca se había llevado consigo algunas de las tintas de su *palazzo* y había estado preparando más, pero para usarlas necesitaba ponerle las zarpas encima al mapa de Isabelle. «Tampoco me vendría mal ponerle las zarpas encima a Isabelle —pensó—. ¿Cómo voy a convencerla de que es una estupidez luchar contra su destino si ni siquiera la veo?». Azar ya se las había ingeniado para encontrarse dos veces con la chica. La Parca sabía que tenía que atraer a Isabelle a su órbita, pero ¿cómo?

—¿Vas a preparar tinta esta noche? ¿A pesar de no tener el mapa? —preguntó una voz desde la oscuridad.

Losca graznó de miedo. La Parca, que no se asustaba con tanta facilidad, se volvió hacia el sonido.

—¿Azar? —repuso, mientras escudriñaba las sombras.

Se oyó un zumbido y después brotó una luz cegadora. Tres antorchas encendidas iluminaron a Azar, a su maga y a su cocinero.

—Cuánto optimismo, qué poco propio de ti —dijo Azar para picarla.

—¿Qué aspecto tiene la calavera? —preguntó ella tras reírse con desprecio—. La del mapa de Isabelle, me refiero. ¿Está más clara? —Azar le lanzó una mirada asesina—. Eso me parecía.

—Voy ganando —le aseguró el marqués, levantando la barbilla—. Le he devuelto un pedazo de su corazón. El muchacho la ama, y ella lo ama. El amor ha alterado el rumbo de muchas vidas.

—He oído que el encuentro no transcurrió según lo previsto —dijo la Parca, que esbozó una sonrisa taimada—. He oído que no cayeron el uno en brazos del otro, precisamente.

—La próxima vez que vea a ese cuervo, pienso dispararle —gruñó Azar mientras lanzaba una mirada amenazadora a Losca.

—Has ganado una batalla, no la guerra —repuso la Parca con desdén—. Es fácil amar lo bonito. ¿Será Isabelle capaz de amar cuando duela? ¿Cuando tenga un precio? ¿Cuando el amor pueda costarle la vida?

—Los mortales no nacen fuertes, sino que se hacen fuertes. Isabelle también lo conseguirá.

—Eres muchas cosas —dijo la Parca, sacudiendo la cabeza—. Pero, sobre todo, eres implacable.

—Y vos sois aburrida, *madame* —respondió él, acalorado—. Tan aburrida que meterías a todo el mundo en la cama a las ocho con una taza de leche caliente y un plato de magdalenas. ¿Es que nos ves que el valor de arriesgarse, de atreverse, de lanzar una moneda de oro al aire una y otra vez, ganas o pierdas, es lo que hace humanos a los humanos? Son seres frágiles y condenados, más ciegos que gusanos y, sin embargo, más valientes que los dioses.

—Retar a las Parcas es difícil. Comer magdalenas es fácil. La mayoría de los mortales eligen las magdalenas. Y eso hará Isabelle. —Mientras hablaba, la luna desapareció detrás de una nube—. Se hace tarde. Ya son más de las doce —dijo la Parca—. A estas horas acechan criaturas peligrosas en el bosque, y mi doncella y yo debemos regresar a la seguridad de la granja de *madame* LeBenêt.

La anciana volvió a echarse sobre los hombros el chal, que le había caído hasta los codos. Sus ojos grises se posaron sobre las tres llamas ardientes que sostenían Azar y sus amigos. De repente, sonrió.

—Está muy oscuro sin la luna. Cuesta encontrar el camino. ¿Podrías prestarme una antorcha?

Azar vaciló.

—Vamos —rezongó la Parca—. ¿De verdad pensáis negarle a una anciana el único medio de iluminar su regreso a casa?

Azar asintió, y la maga le entregó su antorcha a la vieja.

—Buenas noches, marqués. Y gracias.

El marqués la observó alejarse con la antorcha en alto delante de ella y su doncella correteando detrás. No le veía la cara ni oyó su voz; de haberlo hecho, se habría percatado de lo estúpido que había sido.

—Sí, esta noche acechan criaturas peligrosas, Losca —le dijo la mujer a su sirvienta—. Y ninguna es tan peligrosa como yo.

CUARENTA Y SIETE

El borracho se tambaleaba tanto como si estuviera a bordo de una barquita en un mar turbulento.

La botella de vino que se había bebido entera, la que le había regalado tanta felicidad media hora atrás, ahora se agitaba como agua de sentina en su interior.

Lo que le había sucedido era culpa de alguien. Tenía que serlo. No estaba seguro de quién era el culpable, pero lo encontraría y se lo haría pagar.

Aquel día había perdido su trabajo por robarle a su empleador. Y después se había emborrachado con monedas prestadas y había regresado a casa dando tumbos. Su mujer lo había echado de allí al enterarse de que no quedaba dinero para alimentar a sus hijos. «¡Vete al infierno!», le había gritado. Y allí estaba, tambaleándose por una carretera solitaria en plena noche, a medio camino del lugar al que lo había mandado su esposa.

Pero, un momento... ¿Qué era eso? ¿Gente? Estaban abucheando, chillando. Lanzaban puñados de barro. ¿A qué?

El borracho corrió a acercarse sobre sus inestables piernas y vio que era una casa... No, una mansión. La luna había salido de detrás de una nube, y el borracho vio que la casa estaba cerrada y a oscuras.

—¿Qué hacéis? —le preguntó a un chaval, bajo y grosero, de ojos pequeños y dientes podridos.

—Aquí viven las hermanastras feas —respondió, como si holgara cualquier otra explicación. Después cogió una piedra y la lanzó a la puerta principal.

¡Las hermanastras feas! El borracho había oído hablar de ellas. Conocía su historia. «Qué vergüenza, ser tan crueles cuando las muchachas deben ser amables. Ser feas cuando deben ser bonitas», pensó. Era un insulto. ¡Lo insultaban a él! ¡Al pueblo! ¡A toda Francia!

—Véngate —le susurró una voz detrás de él.

Se volvió sobre los talones, perdió el equilibrio y cayó de boca. Tras unos cuantos intentos consiguió levantarse y, cuando por fin se puso en pie, vio quién le había hablado: una afable anciana vestida de negro con una

cesta al brazo y un cuervo al hombro. Sostenía una antorcha.

—¿Qué has dicho, abuela?

—Tú estás en la calle, sin un penique y solo. Y ellas están ahí, en una mansión grande y cómoda. Y las tres son unas arpías, como tu mujer. Cómo te avergüenzan, estas mujeres. Deberías vengarte por su insolencia.

El borracho meditó sobre las palabras de la anciana. Una luz, mate pero peligrosa, le iluminó los ojos inyectados en sangre.

—Sí. Sí, ¡lo haré ahora mismo! —exclamó mientras alzaba un dedo. Después lo dejó caer poco a poco hasta que colgó sin fuerzas, junto a su costado—. Pero ¿cómo?

—Pareces un tipo listo —dijo la anciana.

—Lo soy, se lo aseguro, abuela. No encontrará a otro más listo que yo. La mujer sonrió.

—Sé que encontrarás el modo —le dijo.

Y le entregó la antorcha.

CUARENTA Y OCHO

Isabelle, con las piernas recogidas bajo el cuerpo, estaba sentada en el asiento del hueco de la ventana y contemplaba la luna plateada en cuarto creciente jugar al escondite con las vaporosas nubes, que no dejaban de moverse.

Estaba muy cansada, pero no podía acostarse. Ni siquiera se había desvestido.

Aquella noche había vuelto la gente a gritarles, abuchearlas y lanzar cosas a la casa. Pararían al cabo de un rato, en cuanto vieran que nadie acudía a la puerta, cuando por fin se aburrieran. No podría dormir hasta entonces; permanecería despierta y vigilante, asomándose de vez en cuando entre las tablillas de las contraventanas para asegurarse de que la multitud no se metiera demasiado en el patio ni bajara la colina, hacia los animales.

Esperaba que el ruido no despertara a su madre y la alterara. Tavi estaría bien. A diferencia de la ventana de Isabelle, que daba al patio delantero y al camino, la de su hermana daba a los huertos de atrás. No oiría nada.

La joven bostezó. Su cuerpo deseaba dormir. Había estado trabajando desde el mismo instante en que había regresado a casa de su visita al *Château Rigolade* hasta que se había puesto el sol, con una breve parada para comer a mediodía.

Había fregado el suelo de la cocina. Había sacudido el polvo de las alfombras. Había lavado las ventanas. Barrido escaleras. Desherbado el huerto. Podado las rosas. Cualquiera cosa con tal de no pensar en Felix, de no recordar su mirada amable y su sonrisa torcida. Sus delicadas manos. El modo en que se le soltaban los rizos de la coleta y le caían por la nuca. La línea de la mandíbula, cubierta de barba de tres días. La peca sobre el labio superior.

«Para ya —se dijo—. Ahora mismo».

Era traición, aquel deseo. ¿Cómo era que anhelaba estar con la persona que le había hecho más daño que nadie en toda su vida? Era como anhelar beber un vaso de veneno, coger una cobra o llevarse una pistola cargada a la sien.

Se obligó a pensar en otra cosa, aunque no tardó en arrepentirse, puesto que solo lograba recordar el otro desastre del día. Las burlas de los niños del orfanato resonaban en sus oídos, igual que el chillido de indignación de la madre superiora.

No estaba más cerca que antes de encontrar uno de los fragmentos perdidos de su corazón, y los regalos de Tanaquill le pesaban en el bolsillo y le recordaban su fracaso.

Todavía albergaba alguna esperanza, por débil que fuera, de ser guapa. Solo tenía que encontrar otro modo de ganarse la ayuda de la reina de las hadas.

«Tavi preparó mermelada —pensó—. Podría llevar un poco a un anciano recluso en su casa..., si conociera a alguno. Podría tejer calcetines y llevárselos a los soldados del coronel Cafard... Pero no sé tejer. Podría hacer sopa para una persona enferma, un refugiado o una familia pobre con muchos niños... Pero no se me da demasiado bien cocinar».

Sin dejar de mirar por la ventana, Isabelle dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Cómo lo hacías, Ella? ¿Cómo conseguías ser siempre tan buena? ¿Incluso conmigo?

Apoyó la cansada cabeza en la pared. Le llegaban los gritos, las risas y los improperios del exterior. Sabía que no debía dormir, aunque no creía hacer mal alguno si cerraba los ojos. Un minutito.

Se quedó dormida al instante y soñó muchas cosas. Con Tanaquill. Con el marqués. Con la maga que colgaba de su soga de seda. Con un mono que lucía un collar de perlas. Con Felix.

Y con Ella.

Estaba de nuevo allí, en la *Maison Douleur*, de pie junto a la chimenea, con un vestido andrajoso. Tenía el rostro y las manos manchados de ceniza. Isabelle se alegraba mucho de verla, pero su hermanastra no estaba contenta. Daba vueltas de un lado a otro, temerosa.

—Despierta, Isabelle —le decía con urgencia—. Tienes que marcharte.

Un fuego ardía en la chimenea y, mientras la muchacha hablaba, el fuego aumentaba de tamaño. Sus llamas subían por las paredes del hogar y llegaban hasta la repisa. Isabelle tosió. Le dolía respirar. Le picaban los

ojos. El humo, denso y asfixiante, flotaba por el salón. Lenguas de fuego lamían las paredes y el techo. La habitación empezó a ennegrecerse y rizarse por los bordes, como si no fuera real, sino un cuadro.

—¡Isabelle, despierta!

—¡Estoy despierta, Ella! —gritó, girando en círculos frenéticos. Las llamas lo devoraban todo a su paso. Una lámpara de aceite estalló. Los cristales de las ventanas se hicieron pedazos. Las cortinas prendieron con un ruido estruendoso.

—¡Corre, Isabelle, date prisa! —gritó Ella—. ¡Sálvalas!

Y, entonces, la joven observó con horror que las llamas engullían también a su hermanastra.

—¡No, Ella! —gritó tan fuerte que despertó.

El corazón le latía contra las costillas. Todavía notaba el calor del fuego, oía el crepitar de las mesas y las sillas de maderas entre las llamas. Le costaba ver; tenía los ojos empañados por el sueño. Se los restregó con el pulpejo de las manos para intentar enfocar la vista.

—Era tan real... —susurró.

Se levantó. El suelo le quemaba bajo los pies descalzos. Le picaban los ojos. Con un escalofrío de terror se dio cuenta de que no era el sueño lo que le emborronaba la vista, sino el humo.

El fuego... no era un sueño. Era real. Dios mío, era real.

El terror la impulsó a salir corriendo de la habitación.

—¡Maman! ¡Tavi! —gritó al tirar de la puerta—. ¡Despertad!
¡Corred!

¡Corred! ¡La casa está ardiendo!

CUARENTA Y NUEVE

—¿Isabelle? —murmuró Tavi—. ¿Qué pasa? ¿Qué...? —No llegó a terminar la frase.

—¡Fuego! —gritó Isabelle, tirando de ella para sacarla de la cama—. ¡Sal! ¡Corre!

Salió corriendo del dormitorio de Tavi y recorrió el pasillo que conducía a la habitación de su madre.

—¡Maman! ¡Maman!! —la llamó al entrar por la puerta.

No estaba dormida, sino sentada a su tocador, probándose un collar.

—Deja de gritar, Isabelle, no es propio de una dama —la regañó.

—La casa está ardiendo. Tenemos que irnos —respondió ella mientras la agarraba por la mano.

—No puedo salir así —dijo su madre, zafándose de ella—. No estoy vestida correctamente.

Isabelle la agarró por la muñeca y, medio engatusándola, medio a rastras, la sacó al pasillo. En lo alto de las escaleras se reunieron con Tavi, que tenía los brazos llenos de libros y miraba las llamas de abajo, paralizada de miedo.

—No pasa nada, podemos conseguirlo —le aseguró su hermana—. Mira la puerta, Tavi. No las llamas.

La muchacha asintió, rígida, y siguió a Isabelle cuando empezó a bajar los escalones. Las ventanas estallaron por el calor. El aire entró en la casa a través de las ventanas rotas y alimentó el fuego, de modo que las llamas del vestíbulo crecieron. Las tres mujeres tenían que cruzarlo para llegar a la puerta delantera y a la seguridad.

—Podemos hacerlo. Pegaos a mí —dijo Isabelle.

—¡No quiero salir! —protestó su madre—. ¡Mi pelo está hecho un desastre!

—¡Peor aspecto tendrá si se te carboniza! —contestó Isabelle, y la sujetó con más fuerza.

Siguió bajando las escaleras en curva, tirando de su madre y obligando a Tavi a seguirle el ritmo. Cuando llegaron al vestíbulo, las llamas ya ocupaban la mitad del espacio.

—¿Qué hacemos? —gritó Tavi.

—Corremos —contestó su hermana—. Ve, Tavi, tú primero.

La joven agachó la cabeza y salió disparada. Isabelle suspiró de alivio al verla desaparecer al otro lado de la puerta. Ahora le tocaba a ella. Sujetó tan fuerte como pudo la muñeca de su madre y dio unos pasos por la entrada.

Al hacerlo, una ráfaga de viento entró por una de las ventanas rotas y les lanzó una cortina en llamas. La joven alzó las manos por instinto para protegerse y soltó a su madre.

Maman vio su oportunidad y, con un grito animal, salió corriendo escaleras arriba.

—¡No, *maman*! —gritó su hija, tras ella.

Se la encontró de nuevo en su dormitorio, cepillándose el pelo como loca. Isabelle le arrebató el cepillo.

—¡Mírame! —le gritó mientras le cogía las manos y la obligaba a mirarla a los ojos—. El fuego está destruyendo la mansión. Tienes que venir conmigo.

Su madre se levantó. Se pasó las manos por el pelo.

—¿Qué me voy a poner? ¿Qué, Isabelle? ¡Dímelo!

Recogió un vestido del suelo y un par de zapatos, y se los llevó al pecho. Después descolgó el pesado espejo de su gancho de la pared. El vestido y los zapatos cayeron al suelo al hacerlo.

—¡No! —gritó, y fue a cogerlos, con lo que se le escapó el espejo, que cayó hacia delante y la dejó atrapada contra el suelo.

—¡Para ya! —le suplicó su hija mientras le quitaba de encima el espejo.

Sin embargo, no lo hizo. Abandonó sus galas, pero agarró de nuevo el espejo y lo sacó de la habitación con ella. Llegó hasta el rellano antes de que se le cayera otra vez con un gran estrépito que resonó por la casa. Entre sollozos, se sentó a su lado.

Isabelle miró hacia la barandilla. El miedo le formó un nudo en el estómago al ver que las llamas ya subían por las paredes hacia la planta de arriba. También lamían la escalera.

—*Maman*, no nos podemos llevar el espejo —dijo Isabelle, cada vez más aterrada.

—No puedo dejarlo aquí —respondió su madre, mirándolo con tristeza—. No soy nada sin él. Me dice quién soy.

A Isabelle, el corazón le martilleaba en el pecho. El cuerpo entero le pedía huir. Sin embargo, no lo hizo, sino que se sentó junto a su madre.

—*Maman*, si no dejas el espejo, morirás.

Su madre negó con la cabeza, tozuda.

—*Maman* —insistió su hija, con la voz rota—, si no dejas el espejo, moriré.

¿Le importaría a su madre que así fuera? No lo sabía. Para ella no era más que una decepción. ¿Alguna vez había agradado a *maman* en vez de irritarla?

La mujer miró a Isabelle. Algo cambiaba y se resquebrajaba en las profundidades heladas de sus ojos. La joven lo vio y también vio que su madre era incapaz de detener el proceso.

—Eres fuerte. Muy fuerte —dijo *maman*—. Lo noté cuando no eras más que un bebé pequeñito. Siempre me ha asustado tu fuerza. Te mecía en mis brazos y pensaba: «¿Existe un lugar en el mundo para una niña tan fuerte?».

Bajo ellas cedió una gigantesca viga de madera del techo, que se estrelló contra el vestíbulo y se llevó consigo buena parte de la planta de arriba. El ruido era ensordecedor. El polvo y el humo que levantó las cegaban. Isabelle se tapó la cabeza con los brazos y gritó. Cuando el polvo se asentó, se asomó de nuevo por la barandilla y vio un enorme agujero irregular en el suelo de la entrada, junto a las escaleras. En la oscuridad, con el fuego ardiendo a su alrededor, parecía la boca del infierno.

—*Maman*, por favor —le suplicó.

Pero su madre, todavía mirando el espejo, no parecía oírla.

A la joven se le retorció de terror el estómago. Sin embargo, otra emoción surgió dentro de ella y reprimió el terror: el odio.

¿Cuántas veces la había llamado su madre a su cuarto, la había colocado frente a aquel mismo espejo y la había mirado desde atrás con el ceño fruncido, molesta por la forma en que el vestido le abultaba por aquí o se le arrugaba por allá, o disgustada por sus pecas, su sonrisa torcida o su pelo indomable?

¿Cuántas veces había mirado Isabelle su propio reflejo y no había visto más que a una muchacha triste y torpe que le devolvía la mirada?

Aquel espejo y todos los demás de la casa le habían robado la confianza, la felicidad, la fuerza y el valor una y otra vez. Le había robado el alma; y ahora quería su vida.

Otra ventana estalló en el interior de la casa. El ruido de los cristales rotos le dijo a Isabelle lo que debía hacer. Se levantó, arrebató el espejo a su madre y, con un grito salvaje, lo tiró por la barandilla. Golpeó el suelo de abajo y se hizo un millón de añicos relucientes.

—¡No! —chilló *maman* mientras metía las manos entre los barrotes. Se quedó contemplando las llamas unos largos segundos y después miró a Isabelle, perdida.

—Levanta, *maman* —le ordenó ella, dándole la mano—. Nos vamos.

Juntas bajaron de nuevo las escaleras. Cuando llegaron abajo, vieron que el suelo del vestíbulo ya no estaba; solo quedaba una estrecha pasarela pegada a una de las paredes y apoyada en vigas ardientes. Un paso en falso y morirían envueltas en llamas.

La joven condujo a su madre por lo que quedaba del suelo, sin separarse de la pared. Cuando estaban cerca de la puerta tuvieron que saltar por encima del agujero de medio metro y por fin llegaron al exterior, donde una llorosa Tavi corrió hacia ellas.

Isabelle apartó a toda prisa a su madre y a su hermana del infierno hasta alcanzar la seguridad del tilo. Bajo sus ramas, con la ropa achicharrada, las caras manchadas de hollín y abrazadas, las tres mujeres contemplaron el avance del fuego y el derrumbe de las paredes de la *Maison Douleur*, que arrastraron con ellas el pesado tejado de pizarra y destruyeron todo lo que poseían, su pasado y su presente.

—Y, con suerte —susurró una anciana vestida de negro que observaba desde las sombras—, su futuro.

CiNCUENTA

Cuando salió el sol a la mañana siguiente, Isabelle estaba bajo el tilo, contemplando el montón de escombros humeantes en que se había convertido su hogar.

Tenía el vestido empapado. Los mechones de pelo húmedo se le pegaban a la piel. Una intensa lluvia matutina había apagado el incendio, aunque no antes de que un fuerte viento hubiera empujado las ascuas al otro lado del patio, al gallinero y a la ventana abierta del pajar.

Tavi había abierto la puerta del corral y había ahuyentado a las aves para que se alejaran del peligro. Habían desaparecido en el bosque. Isabelle había sacado a Martin antes de que el incendio se propagara a los establos. El caballo también estaba bajo el tilo, con ellas, sacudiéndose gotas de lluvia de las crines. Tavi y *maman* estaban acurrucadas contra el tronco del árbol, dormidas bajo algunas mantas para caballos que Isabelle había conseguido salvar de los establos.

Habían perdido todo lo que había en la mansión. Ropa. Muebles. Comida. El dinero que su madre guardara en billetes era ahora cenizas; las

monedas y las joyas se habrían fundido o estarían enterradas sin remedio bajo pilas de piedras calientes y vigas humeantes.

Ningún vecino había acudido a ayudarlas, ni a ver si estaban heridas o si necesitan comida o refugio. Estaban completamente solas. Desahuciadas. Sin amigos. Eso aterrizzaba a Isabelle más que el fuego.

Helada por la lluvia, entumecida por dentro, la joven no sabía cómo iban a comer aquel día ni cómo encontrarían cobijo para la noche. No sabía cómo dar el siguiente paso. No veía un camino adelante.

Se levantó, sujetándose los codos, y se pasó más de una hora observando en silencio las volutas de humo que brotaban de la casa. Hasta que oyó el ruido de unos cascos y el crujido de las ruedas de un carro, y salió de debajo del árbol para ver de quién se trataba.

—Isabelle, ¿eres tú? —la llamó una voz—. ¡Dios bendito, niña! ¿Qué ha pasado aquí?

Isabelle vio que se le acercaba un caballo viejo y un carro de granja aún más viejo cargado hasta arriba de coles. A las riendas iba Avara LeBenêt. Sentada a su lado, con la cara arrugada por la preocupación, y los ojos tan brillantes y ajetreados como los de un buitre, estaba Tantine.

CINCUENTA Y UNO

—Ha sido un incendio —dijo Isabelle sin inflexión en la voz—. Nos lo ha quitado todo.

Tantine se llevó una arrugada mano al pecho.

—Eso es horrible. ¡Horrible, mi niña!

—Se recoge lo que se siembra —resopló *madame* LeBenêt.

—¿Cómo empezó? —preguntó Tantine.

—No lo sé —respondió la muchacha, que se apretaba la frente con una mano—. Me desperté, y la planta de abajo estaba ardiendo.

—Debió de ser una chispa de la chimenea. O una brasa que salió rodando.

¿Dónde está tu madre? ¿Y tu hermana?

—Ahí abajo, dormidas —contestó Isabelle, señalando el tilo.

—Esto es un horror. Estás empapada. Y muerta de frío, por lo que veo.

¿No tenéis adonde ir?

Isabelle negó con la cabeza, aunque, entonces, se le ocurrió algo.

—Quizá el marqués pueda ayudarnos. Su *château* es muy grande, y nosotras solo necesitamos una habitación en el desván. Podríamos...

Tantine palideció. Se puso en pie de un salto, lo que sobresaltó tanto a *madame* LeBenêt como a Isabelle.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. No quiero oír otra palabra al respecto. El marqués es un hombre de moral relajada, querida. Vive con varias mujeres, y ni una de ellas es su esposa. ¡No permaneceré de brazos cruzados mientras ese canalla corrompe a dos jóvenes!

—Pero si parece muy...

Isabelle iba a decir «agradable», pero Tantine la silenció levantando la mano. Después se volvió hacia *madame* LeBenêt.

—Tienen que quedarse con nosotras, Avara. Somos sus vecinas más cercanas.

La otra mujer casi se atraganta.

—¿Tres bocas más que alimentar, Tantine? ¿En plena guerra y con tan poca comida?

Isabelle pensó en las hileras de coles de los campos de los LeBenêt. En

los gordos pollos de su corral. En las ramas de sus ciruelos, dobladas por el peso de tanta fruta. No le entusiasmaba la idea de aceptar caridad de aquella mujer tan severa y tacaña, pero sabía que no le quedaba elección.

«Por favor, Tantine —le suplicó en silencio—. Convencedla, por favor».

—Es una carga, sí —reconoció la anciana—, pero eres una mujer generosa, Avara. Una mujer que siempre piensa primero en los demás.

Madame LeBenêt asintió con energía, como se hace cuando se acepta un halago o cualquier otra cosa que no te pertenece.

—Tienes razón. Es cierto que soy demasiado buena. Será mi perdición.

—Ten en cuenta lo que ganarás con este arreglo: tres personas más para trabajar en el campo. Con lo mucho que las necesitas, después de que todos tus peones se unieran al ejército. Solo queda Hugo porque ve mal. Tus coles se pudrirán en los campos si no las llevas al mercado.

Avara examinó a Isabelle de arriba abajo. Entornó los ojos. Se sacó un pedacito de comida de los dientes con la uña.

—De acuerdo —dijo al fin—. Tu familia y tú podéis venir a la granja, y yo os alimentaré si... —levantó un dedo— si prometéis trabajar duro.

Isabelle estuvo a punto de llorar de alivio. Podrían secarse, calentarse junto a la chimenea de la granja. Puede que incluso hubiera un cuenco de sopa caliente para ellas.

—Trabajaremos muy duro, *madame*, os lo prometo —dijo—. Tavi, *maman*, Martin, yo... Todos.

—No, de ningún modo. La oferta no incluye al caballo.

Isabelle la miró primero a ella y después a Tantine, suplicante.

—Pero no puedo dejarlo aquí. Es viejo. Necesita su avena y un establo seco en el que dormir.

—¿Ves, Tantine? Ya se están aprovechando de mí —dijo *madame* LeBenêt mientras señalaba a Isabelle.

—Dudo que el animal coma mucho —le aseguró la anciana—. Y también puedes usarlo.

La mujer transigió.

—Supongo que es cierto. —Señaló el caballo que tiraba de su carro—. Louis está en las últimas.

«Porque lo has matado a trabajar —pensó la joven mientras observaba al pobre animal, que estaba en los huesos—. Y harás lo mismo

con nosotras». Al comprenderlo, se quedó hundida.

—Pues arreglado —declaró Tantine, que esbozaba una sonrisa de satisfacción.

—Id a la granja —dijo su acompañante—. Buscad a Hugo. Está cortando coles. Os enseñará qué tenéis que hacer. —Sacudió las riendas del caballo—. Tantine y yo vamos a llevar esta carga al mercado.

—Gracias, *madame* —respondió Isabelle mientras el carro se alejaba—. Gracias por hacernos un hueco en su casa.

—¿Casa? —gritó la mujer, volviendo la vista atrás—. ¿Quién ha dicho nada de casa? ¡Las tres dormiréis en el pajar, y mucho es!

CINCUENTA Y DOS

La Parca se quedó mirando la rúcana ración de café aguado de la taza desportillada que tenía delante y el duro cuscurro de pan para mojar en ella. Al lado había una jarrita de leche. Ni azúcar, ni galletas, ni un *brioche* blando y calentito.

—Puede que me excediera usando «Desalmado» en el mapa de Avara LeBenêt —se dijo mientras tamborileaba con los dedos en la mesa.

«Desalmado» era una tinta negra seca y polvorienta muy versátil. Lo mismo propiciaba la mezquindad que, aplicada correctamente, encogía el alma. También resultaba útil para frenar el impulso creativo, aunque había que tener cuidado: con un poquito bastaba.

La Parca cerró los ojos y se imaginó una delicada taza de porcelana con un humeante expreso elaborado con granos de café oscuros y untuosos, una bandeja de sabrosas galletas de anís y una silla tapizada de terciopelo para sus viejos huesos.

En fin, no tardaría mucho en abandonar Saint-Michel para siempre. Estaba haciendo progresos. Un idiota borracho había quemado la *Maison Douleur* para ella, e Isabelle y su familia estaban ahora desahuciadas y atrapadas en la granja de los LeBenêt, lo que significaba que ella podía controlar a la chica. Azar ya no le llevaba ventaja.

Se levantó, se acercó al viejo fregadero de piedra y tiró el café por el desagüe. Después lavó la taza, la secó y salió. Avara y Hugo ya estaban en el campo; Isabelle, Tavi y su madre, también.

Mientras la Parca admiraba las flores de final del verano en un raquítico rosal que intentaba subir por el muro de la casa, Losca le aterrizó en el hombro.

La vieja sonrió, encantada de ver a la astuta criatura.

—¿Dónde has estado? ¿Empalando ratones de campo con ese afilado pico tuyo? ¿Robando polluelos de sus nidos? ¿Sacándoles los ojos a los muertos?

Losca sacudió las alas. Con emoción apenas contenida, empezó a parlotear. La vieja escuchó, extasiada.

—¿A trescientos kilómetros al oeste de aquí? Volkmar avanza deprisa; eso es bueno. Cuanto antes dejemos esto atrás, mejor.

Losca inclinó la cabeza y siguió hablando.

La Parca se rio.

—¡Eso son dos buenas noticias! Que el caballo está con una viuda, ¿dices? ¿Y los establos se caen a pedazos? —La vieja asintió—. Es probable que no tenga mucho dinero. Con unas cuantas monedas bastará. No puedo hacerlo yo misma, demasiada sangre, pero conozco a un hombre que sí. ¡Bien hecho, mi niña! Azar encontró el primer pedazo del corazón de Isabelle y puso al muchacho en su camino, pero el caballo es el fragmento que no encontrará. Y, sin los tres, no conseguirá la ayuda de Tanaquill.

Se metió la mano en el bolsillo de la falda.

—¡Toma! —dijo mientras sacaba una araña de patas largas. Se la lanzó a Losca, que la atrapó en el aire, glotona.

La Parca se dirigió al granero. Le preguntaría a Hugo si podía engancharle un carro para acercarse a la aldea y poner en marcha su plan para el caballo. Estaba encantada, segura de que estaría lista para marcharse en cuestión de días, de una quincena, a lo sumo.

Volkmar se acercaba.

Y ella quería estar bien lejos cuando llegara al pueblo.

CINCUENTA Y TRES

Isabelle se enderezó con el rostro hacia el sol y se estiró para intentar aliviar el dolor de espalda.

Sus manos callosas estaban tan sucias como sus botas. El sol le había bronceado los brazos y añadido pecas a la nariz y a las mejillas, a pesar del viejo sombrero de paja. Tenía la falda recogida y anudada sobre las rodillas para no arrastrarla por la tierra.

—Isabelle, Octavia, ¿tengo bien el pelo? ¿Y si una condesa o una duquesa viene a visitarnos? —preguntó *maman*, nerviosa.

—Seguro que viene alguna, *maman*. Al fin y al cabo, los campos de coles son uno de los destinos preferidos por la nobleza —respondió Tavi.

—Tienes el pelo perfecto, *maman*. Ahora coge tu cuchillo y corta algunas coles —dijo Isabelle mientras regañaba a su hermana con la mirada.

Al hacerlo, se fijó en que Tavi, que se encontraba una hilera más allá

pero bastante detrás de ella, estaba inclinada sobre una col y la examinaba con atención.

«Los vegetales no son tan interesantes», pensó.

—Tavi, ¿qué estás haciendo ahí? —preguntó tras saltar de su hilera a la de su hermana.

—¡Nada! —contestó la otra a toda prisa—. ¡Cortar un tallo!

Pero no era así: había aplastado una de las grandes hojas exteriores y usaba una piedra afilada para garabatear ecuaciones encima.

—¡Con razón te estás quedando atrás! —la regañó Isabelle.

—Lo siento, Iz —contestó Tavi, y agachó la cabeza—. No puedo evitarlo. Estoy tan aburrida que tengo ganas de llorar.

—Aburrida es mejor que muerta, que es lo que estarías si nos quedamos sin comer otra vez porque no hemos llenado el carro —dijo su hermana.

Madame LeBenêt había decretado que las tres mujeres debían llenar de coles

el carro de madera más grande de la granja todos los días si querían comer algo.

—Lo siento —repitió Tavi.

Parecía tan abatida que Isabelle se ablandó.

—Nosotras nos podemos saltar un par de comidas, pero *maman* no. Está empeorando.

Ambas muchachas miraron a su madre, que estaba sentada en el suelo ahuecándose el cabello y alisándose el andrajoso vestido (el mismo vestido de seda que llevaba la noche del incendio) mientras hablaba animadamente con las coles. Estaba demacrada, con las mejillas hundidas. Tenía los ojos apagados. Las canas parecían aumentar de un día para otro.

Desde su llegada a la granja se había refugiado aún más en el pasado. Los pocos momentos de lucidez que había tenido en las escaleras de la *Maison Douleur* en llamas no se habían repetido. Isabelle lo achacaba al trauma de perder su hogar y todas sus posesiones, y a las dificultades a las que ahora se enfrentaban. No obstante, sabía que había más; que *maman* creía haber fallado en su principal deber como madre (asegurarse de casar bien a sus hijas) y que ese fracaso la había trastornado.

Isabelle se había despertado con un sobresalto la primera noche en el pajar, convencida de que un ratón le había correteado por la mejilla, pero era su madre. Estaba sentada en el heno, apartándole el pelo de la cara.

—¿Qué será de vosotras? —susurraba—. Mis pobres, pobres hijas. Vuestras vidas han acabado antes de empezar. Sois peones con rostros sucios y vestidos harapientos. ¿Quién os querrá ahora?

—Vete a dormir, *maman* —le había dicho Isabelle, asustada.

Su madre, antes una persona temible, se debilitaba ante sus ojos. Vivir con ella había sido difícil; enfrentarse a su desagrado constante; a su rabia; a sus rígidas reglas. Sin embargo, pasara lo que pasara, siempre había conseguido pagar los recibos. A pesar de enviudar dos veces, había logrado darles un techo y ponerles comida en la mesa. Ahora, por primera vez, Isabelle era la encargada de eso, a veces con la ayuda de Tavi, a menudo sola. Y eso también era difícil.

Llevaban una semana en la propiedad de los LeBenêt, después de rescatar todo lo que pudieron de la granja: mantas para los caballos, dos sillas de madera, dos monturas y bridas. Milagrosamente, su carro de madera no había ardido, aunque habían tardado varias horas en sacarlo porque se le había caído encima parte del tejado. Después de cargarlo con sus cosas, engancharon a Martin y se dirigieron a la casa de los LeBenêt. Cuando llegaron, *madame* y Tantine ya habían regresado del mercado, y la señora de la casa las había puesto a trabajar de inmediato.

Habían aprendido a cortar coles, desenterrar patatas y zanahorias, dar de comer a los cerdos y ordeñar a las vacas.

Tavi había demostrado incluso más torpeza con los animales que con las coles, así que *madame* le había encargado las tareas relacionadas con la fabricación del queso. Era la responsable de vigilar la leche en las cubas de madera de la vaquería mientras se agriaba y cuajaba, después tenía que remover con cuidado la cuajada con una gran pala de madera y meterla en moldes para que madurara y se convirtiera en queso. Era el único trabajo al que Tavi se dedicaba con entusiasmo, puesto que la transformación que sufría la leche hasta llegar a ser queso la fascinaba.

Sus días eran largos y duros. Las comidas eran escasas y no había comodidades. Las camas eran mantas para caballos extendidas sobre el heno. Se bañaban una vez a la semana.

Con una sonrisa irónica, Isabelle recordó el momento en que le había preguntado a *madame* si podían bañarse al final de cada día de trabajo.

—Por supuesto, el estanque de los patos es todo vuestro.

—¿El estanque de los patos? —repitió Isabelle pensando que se trataba de una broma.

—¿Esperas una bañera de cobre y una toalla turca? —le preguntó la señora con una sonrisa de desdén.

Isabelle se había acercado al estanque. Tenía las manos llenas de ampollas. Se le había incrustado la tierra bajo las uñas. Le dolían los músculos. Apestaba a humo, sudor y leche pasada. Su vestido estaba tan sucio que se había quedado tieso.

Las orillas del estanque no ofrecían ninguna intimidad, y ella era demasiado recatada para desnudarse a la vista de los demás, así que se limitó a quitarse las botas y las medias, guardó el hueso, la nuez y el tegumento en una de las botas, y se metió vestida en el agua. Ya se le secaría la camisola mientras dormía. Solo tenía ese vestido. Los del armario, las sedas y satenes que su madre había elegido con esmero para impresionar a sus pretendientes..., ahora no eran más que cenizas.

El estanque recibía sus aguas de un manantial, de modo que el agua estaba tan fría que Isabelle se quedó sin aliento, aunque también le entumeció las manos destrozadas y el cuerpo dolorido. Se había soltado la sucia cinta que le sujetaba el cabello, se había metido bajo el agua y se había restregado el cuero cabelludo. Al salir a la superficie vio que *madame* pasaba junto al estanque.

—Se han vuelto las tornas, ¿eh? —se burló la mujer mientras observaba a la empapada Isabelle de arriba abajo—. Ojalá tu hermanastra pudiera verte. Se iba a reír con ganas.

—No, no lo creo —respondió Isabelle mientras se escurría el agua del pelo.

—¡Pues claro que sí!

—Yo lo habría hecho —le aseguró—. Pero ¿Ella? Jamás. Esa era su fortaleza. Y mi debilidad.

Se metió de nuevo bajo el agua. Cuando salió, *madame* ya no estaba.

Observó el vuelo de las golondrinas, y escuchó a las ranas y a los grillos. Pensó en Tanaquill y en la ayuda que le había ofrecido, y le pareció

tan lejana como las estrellas. ¿Cómo iba a encontrar los pedazos de su corazón cuando lo único que hacía, día tras día, era recoger coles? Pensó en todas las personas que habían quemado su casa, que jamás le permitirían olvidar que no era más que la hermanastra fea.

«Quizá no exista ayuda para mí —pensó—. Quizá deba encontrar el modo de vivir con eso».

Sin duda, era lo que le aconsejaba Tantine: «Ay, niña —le había dicho la noche después del incendio—. A menudo nuestros destinos son crueles, pero debemos aprender a aceptarlos. No nos queda otra».

Puede que la anciana estuviera en lo cierto. El desespero se había abatido sobre ella desde su llegada a la granja de los LeBenêt. Ahora su vida eran las vacas y las coles, y parecía que no habría nada más.

—Ya es mediodía y ni siquiera habéis llenado medio carro —dijo una voz unas cuantas hileras más allá, lo que devolvió a la joven al presente.

El ánimo de Isabelle, ya de por sí bajo, quedó por los suelos. Allí estaba la persona que hacía que Tantine pareciera una optimista sin remedio.

Era Hugo, el hijo de *madame* LeBenêt.

CINCUENTA Y CUATRO

Isabelle alzó los hombros a la altura de las orejas.

—Sé que no hemos llenado el carro, Hugo. Gracias por avisar —le dijo, brusca.

Hugo parpadeó y la miró a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Solo lo comentaba.

—Pues ya lo has hecho.

Había muchas cosas desagradables en sus nuevas vidas: hambre, agotamiento, dormir en el caluroso pajar, limpiar los puestos de las vacas, tener las manos en carne viva y con ampollas que se reventaban y supuraban... Sin embargo, nada era más desagradable que Hugo, tan enorme y hosco. No le gustaban ni Isabelle ni Tavi, y aprovechaba cualquier oportunidad para dejárselo claro.

—Si no llenáis ese carro, no cenaréis esta noche.

—Podrías ayudarnos. Iríamos más deprisa. Así lo llenaríamos —sugirió Tavi.

—No puedo —respondió él—. Tengo que afilar el arado. Y después...

—¡Hugo! ¡Eh, Hugo! —lo interrumpió una voz.

Hugo, Isabelle y Tavi se volvieron y vieron un carro que avanzaba pesadamente por el camino. Dos hombres jóvenes lo conducían. Isabelle sabía quiénes eran: soldados a las órdenes del coronel Cafard. Trabajaban en la cocina del campamento y acudían todos los días para recoger verduras.

—Ahora tenéis que ayudar a Claude y Remy —dijo Hugo—. Las dos. Lo ha dicho mi madre. Tardaréis una hora, como mínimo. Esta noche vais a volver a pasar hambre.

No lo dijo con malicia o alegría, sino con apagada resignación. Como un viejo que pronostica lluvia.

—Podrías darnos parte de tu cena —le dijo Tavi—. Podrías llevárnosla a hurtadillas cuando oscurezca.

—Es sopa. ¿Cómo voy a llevaros sopa?

—Pues pan. Llévanos pan. Lo envuelves en tu servilleta cuando no mire nadie y te lo metes en el bolsillo.

—Ojalá no hubierais venido nunca —dijo Hugo, turbado—. Siempre estáis pensando en... en cosas. No deberíais hacerlo. Las chicas no deben hacerlo. Son los hombres los que piensan. Soy yo el que tiene que pensar en llevaros pan.

—¡Pues piénsalo! Piensa en llevarnos queso. Un poco de jamón. ¡Piensa en algo antes de que nos muramos de hambre! —le espetó Tavi.

—¡Eh, Hugo! ¿Dónde están las patatas? —le preguntó Claude—. El cocinero dice que hoy tenemos que recoger patatas y zanahorias. Hola, Isabelle. Hola, Tavi. Hola, *madame* de la Paumé.

Maman, que todavía estaba hablando con las coles, se levantó.

—Excelencias —saludó con una reverencia—. ¿Veis, niñas? —añadió en tono pomposo—. Guardar las apariencias siempre compensa. El papa ha venido a visitarnos. Y el rey de España.

Claude y Remy se miraron, desconcertados.

—No le prestéis atención —les dijo Isabelle.

Hugo señaló con la cabeza el camino por el que habían llegado los soldados.

—Habéis levantado una buena nube de polvo —les dijo.

La carretera estaba a casi un kilómetro de la granja, y un seto vivo muy alto se la tapaba, pero, por encima, todos veían una enorme masa de polvo que se elevaba por el aire.

—No hemos sido nosotros. Son más heridos —respondió Remy.

Hugo se quitó las gafas y se las limpió en la camisa. Después se las puso de nuevo y contempló la nube de polvo, cada vez más alta en el cielo y girando como una tormenta al acecho.

—Tiene que haber muchos.

—Carros y más carros a lo largo de varios kilómetros, hasta donde alcanza la vista —respondió Remy. Después miró las riendas que sujetaba—. Estamos perdiendo.

—Vamos, Rem. ¡Eso es porque todavía no hemos ido nosotros! —se jactó Claude, dándole un codazo—. ¡Le meteré la espada por el culo a Volkmar y lo enviaré corriendo de vuelta a la frontera!

Remy logró esbozar una sonrisa, aunque desganada.

Isabelle sabía que los enviarían pronto al frente. Se preguntó si volvería a verlos. ¿También a ellos los traerían de regreso mutilados, en aquellos carros que botaban por las maltrechas carreteras? ¿O acabarían en una tumba excavada a toda prisa y jamás verían de nuevo su hogar?

Remy, Claude y ella habían hablado un poco durante los últimos días, mientras los ayudaba a cargar los carros. Había averiguado que Claude, de piel aceitunada y ojos oscuros, venía del sur, de una familia de pescadores. Remy, de piel clara y pelo rubio, era del oeste, hijo de un impresor que esperaba escribir sus propios libros algún día, en vez de limitarse a imprimirlos. Tenían tantas ganas de ser soldados como ella de casarse con el príncipe. Pero la decisión de combatir o no no era suya, igual que la decisión de cortarse los dedos no había sido de ella.

Isabelle y Tavi dejaron a su madre con las coles y ayudaron a los muchachos. Hugo decidió colaborar. Después de subir al carro el último saco de patatas, Remy y Claude volvieron a sus asientos.

—Nos vemos mañana —se despidió Hugo, entornando los ojos para protegerlos del sol.

Claude negó con la cabeza.

—Vendrá alguien nuevo. Rem y yo nos marchamos.

Tras un instante de silencio, Hugo respondió:

—Entonces nos veremos a vuestro regreso.

Remy tragó saliva. Después se metió la mano bajo la camisa y se sacó una cadena de plata. De ella colgaba una cruz.

—Si no... si no regreso, ¿podrías hacerle llegar esto a mi madre? —le pidió a Isabelle. Le dijo su apellido y el lugar del que procedía. Parecía muy asustado y muy joven, y la muchacha le aseguró que no sería necesario e intentó devolverle la cruz, pero él no la aceptaba. Lo que sí hizo fue darle las gracias.

—No es nada. O... ojalá pudiera hacer algo más para ayudaros, para ayudar a todos los soldados.

—¿Qué ibas a hacer? —repuso Remy, sonriendo—. Eres una chica —bromeó.

—Se me da bien la espada. Tan bien como a ti. Quizá mejor. He estado practicando.

—Las chicas no luchan. Quédate aquí y recoge coles para nosotros, ¿de acuerdo? Los soldados tienen que comer.

Isabelle se obligó a sonreír y se despidió de ellos con la mano. El carro se alejó traqueteando por el camino. Y ella estaba de vuelta entre las coles para cuando llegaron a la carretera.

Durante varios largos minutos los observó con el cuchillo en alto, como si sujetara la empuñadura de la espada de Tanaquill. Al hacerlo, una terrible añoranza se apoderó de ella, un anhelo tan profundo que ni siquiera sabía darle nombre. Era un hambre más intensa y más feroz que la necesidad de comida, un hambre que le cantaba en la sangre y le resonaba en los huesos.

Les dio la espalda y, con un suspiro, se agachó sobre las coles. Tavi, *maman* y ella tendrían que recoger muchas más si querían comer esa noche.

Y, mientras trabajaba, se preocupaba por los carros y los estómagos vacíos.

Aunque no tenía por qué. El estómago es fácil de satisfacer.

Es el hambre del corazón lo que nos mata.

CiNCUENTA Y CiNCO

Había llegado el crepúsculo, la hora favorita del día de Isabelle.

Y la estaba pasando en su lugar favorito: el bosque silvestre.

Había cabalgado con Martin por la propiedad de los LeBenêt y había desmontado en cuanto llegaron al bosque para que el viejo caballo descansara. Mientras paseaban entre los árboles, la joven respiró hondo el limpio aire de aquel lugar. Hacía años que no lo pisaba. Se le había olvidado lo embriagador que resultaba el aroma de la naturaleza: una mezcla de humedad, hojas podridas, resinosas agujas de pino y las oscuras aguas minerales de los arroyos rocosos que lo recorrían. Tomó nota de todos los indicadores conocidos: la gigantesca roca blanca, el árbol derribado por un rayo, una arboleda de abedules de plata... Aunque era capaz de encontrar el camino con los ojos cerrados.

Por fin llegó a su destino: un emparrado oculto en el interior del bosque. Todo estaba como lo recordaba: el dosel de hojas, los descuidados arbustos de bayas e incluso el diminuto corazón. Seguía allí, en un banco cubierto de musgo, construido con piedras y cáscaras de nuez. Faltaban algunas, pero la mayoría resistía, blanqueadas por la lluvia y la nieve.

Isabelle se sentó en el suave musgo y tocó una de las piedras. Había intentado con todas sus fuerzas no pensar en Felix desde su visita al marqués, pero, de repente, todo volvió a ella. Lo veía a él y se veía ella, igual que el día que habían hecho el corazón.

Eran los mejores amigos del mundo. Almas gemelas. Desde el día en que su madre se había casado con el padre de Ella y las había llevado a Tavi y a ella a vivir a la *Maison Douleur*. Era el hijo del mozo de cuadra y le gustaban los caballos tanto como a ella. Cabalgaban juntos por valles y colinas, por arroyos y prados, hasta lo más profundo del bosque silvestre.

Desde el principio, su madre no lo aprobaba. Dos años atrás, cuando Isabelle cumplió los catorce y Felix los dieciséis, había declarado que la joven era demasiado mayor para comportarse como una marimacho. Había llegado el momento de dejar de montar, de aprender a cantar y a bailar, y a hacer las cosas que hacían las damas como Dios manda, pero Isabelle no quería ni oír hablar del tema. Se escapaba con Felix siempre

que podía. Lo adoraba. Lo quería. Y, entonces, un día se dio cuenta de que estaba enamorada de él.

Habían cabalgado al interior del bosque silvestre y se habían detenido en lo alto de la Hondonada del Diablo, un desfiladero arbolado. Por mucho que les gustara explorar, sabían que no debían aventurarse en el desfiladero porque estaba encantado. Así que se tiraron en el banco de musgo, y se comieron las cerezas y la tarta de chocolate que Isabelle había birlado de la cocina.

Cuando estaban terminando y Felix le limpiaba a Isabelle el jugo de cereza de la barbilla con la manga, oyeron que una ramita se partía detrás de ellos.

Se volvieron, despacio. Una cierva se había atrevido a acercarse. Estaba a pocos metros y, con ella, sus cervatillos gemelos, todavía tambaleantes sobre sus patas larguiruchas. Tenían los negros hocicos relucientes y húmedos, el suave pelaje salpicado de blanco, y unos ojos oscuros enormes y confiados. Mientras la cierva pastaba y los cervatillos contemplaban al par de extraños animales sentados en el banco, Isabelle sintió que el corazón le estallaba de alegría. Jamás había visto nada tan bello. Por instinto, alargó la mano para tomar la de Felix. Él la aceptó y no se la soltó hasta que los ciervos se fueron.

Isabelle miró sus manos y después a él, con una pregunta en el rostro, y él se la respondió. Con un beso. Ella contuvo el aliento y se rio; después le devolvió el beso.

Felix olía a todas las cosas que ella amaba: a caballos, cuero, lavanda y heno.

Sabía a cerezas, chocolate y chico.

Era la seguridad conocida y el peligro nuevo.

Antes de marcharse, habían hecho juntos aquel corazón. Isabelle todavía lo recordaba, los dos juntos, colocando las piedras y las nueces...

—Qué bonita imagen —dijo una voz a su lado.

La joven dio un respingo; ahogó un grito. Las imágenes volaron como pétalos de rosa con el viento.

Tanaquill se rio.

—Ah, la felicidad mortal —dijo—. Tan efímera como el alba, tan frágil como el ala de una libélula. Vosotros, pobres criaturas, la tenéis, la

perdéis y después os pasáis el resto de vuestras vidas torturándoos con recuerdos hasta que la vejez os lleva a una muerte lenta e incruenta. —Se limpió una mancha color carmesí de la comisura de los labios con el pulgar y se lo lamió—. Mejor una muerte rápida y sangrienta, en mi opinión.

—¿Habéis... habéis visto lo que yo veía? —preguntó Isabelle, con el corazón todavía acelerado por el susto.

—Por supuesto. El corazón deja ecos que merodean como fantasmas.

Tanaquill llevaba puesto un vestido de relucientes alas de mariposas azules con los bordes negros. Una corona de rosas negras le adornaba la cabeza; varias mariposas se habían posado en ella, y sus alas de gasa se abrían y cerraban lentamente.

—¿Has encontrado ya los fragmentos de tu corazón, Isabelle? —preguntó la reina de las hadas.

—Ne... necesito algo más de tiempo —contestó ella, con la esperanza de que Tanaquill no le preguntara por qué. No quería decirle lo mal que había salido su visita al orfanato—. Al menos, ahora creo saber cuáles son: la bondad, la amabilidad y la caridad.

Isabelle pensaba que la reina estaría encantada al saber que había averiguado cuáles eran los fragmentos, aunque todavía no los hubiera encontrado, pero no fue así.

—Te pedí que encontraras los pedazos de tu corazón, no del de otra persona —respondió en tono glacial.

—Lo intento. ¡De verdad! Pero...

—¿Tirándoles huevos a los huérfanos?

Isabelle se miró las botas, con las mejillas encendidas.

—Os habéis enterado...

—Y tu deseo... ¿todavía es ser guapa?

—Sí —contestó ella, decidida, levantando de nuevo la mirada.

Tanaquill le dio la espalda con un gruñido y después se volvió de nuevo hacia ella.

—Te observaba cuando eras pequeña, ¿lo sabías? —le preguntó, y la señaló con una de sus largas uñas—. Te observé pelear, columpiarte en los árboles, jugar a generales... Escipión, Aníbal, Alejandro Magno. Ninguno de ellos deseaba ser guapo.

—Alejandro no necesitaba ser guapo —estalló Isabelle, frustrada—. Su madre no lo obligaba a lucir vestidos ridículos ni a bailar minuetos. Alejandro era un emperador con vastos ejércitos a su mando y un caballo de guerra magnífico llamado Bucéfalo. Yo soy una muchacha que apenas puede andar. Y este es mi magnífico caballo —añadió, señalando con la cabeza a Martin, que en pleno ataque de glotonería se había metido tanto en las zarzas que lo único que se le veía era el huesudo trasero—. Ni él ni yo vamos a invadir Polonia en el futuro próximo.

Tanaquill parecía a punto de volver a hablar, pero se calló. Olisqueó el aire y prestó atención como hacen los animales, no solo con los oídos, sino también con la carne, con los huesos.

Isabelle también lo oyó: una rama rota; pasos a través de las hojas.

La reina de las hadas se volvió hacia ella.

—Pues inténtalo con más ganas, muchacha —le dijo—. El tiempo no está de tu parte.

Y desapareció, y la joven se quedó sola con quienquiera que se acercara. Pocas personas se aventuraban a entrar en el bosque silvestre al anochecer. Isabelle recordaba al desertor que había intentado robarle las gallinas. Había intentado matarla. Estaba segura de que volvería a intentarlo.

Tras maldecirse por haber sido lo bastante estúpida como para alejarse tanto de la seguridad de la casa sin espada ni daga, ni tan siquiera una navaja, miró a su alrededor en desesperada búsqueda de un arma: una rama, una piedra grande, cualquier cosa. Entonces recordó los regalos de Tanaquill. Se metió la mano en el bolsillo con la esperanza de que uno de ellos se transformara en algo con lo que defenderse, pero siguieron siendo un hueso, una cáscara y un tegumento.

Sabía que estaba metida en un lío. Estaba a punto de salir corriendo hacia Martin, de abandonar el bosque al galope, cuando una figura salió de la penumbra, y su corazón traidor le dio un vuelco.

No era un ladrón de pollos el que se le acercaba, aunque no dejaba de ser un desertor.

—De los peores —susurró Isabelle.

CINCUENTA Y SEIS

Al principio, Felix no la vio.

Estaba demasiado ocupado mirando arriba, escudriñando el crepúsculo, aunque Isabelle no sabía qué le llamaba tanto la atención.

Tropezó con una raíz, se enderezó y tuvo que mirarla dos veces para convencerse de que estaba allí. Cuando se le pasó la sorpresa inicial, esbozó una amplia sonrisa. Sus preciosos ojos azules se iluminaron.

«No te alegres de verme. No sonrías. No tienes derecho», dijo Isabelle en silencio.

—Isabelle, ¿eres tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Hablando con las hadas —respondió ella, seca—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Buscando un nogal caído o, al menos, una buena rama.

—¿Para qué?

—Necesito madera de nogal para tallar mis comandantes. Para mi ejército de soldados de madera. Suelo usar los restos de los muebles que fabricamos en el taller. —La luz de sus ojos se apagó un poco—. Pero ahora mismo no tenemos ningún pedido de escritorios o armarios. Solo de ataúdes. Y para esos usamos pino.

Se quitó la bolsa del hombro y la dejó sobre el banco de musgo. Después se sentó al lado de Isabelle.

—Oí lo de tu casa. Lo siento.

Isabelle le dio las gracias. Felix le preguntó cómo le iba en la granja de los LeBenêt. Isabelle respondió que era mejor que morir de hambre. Su conversación podría haber seguido con aquella sucesión de preguntas y respuestas tensas si los arbustos cercanos no se hubieran sacudido con violencia.

Felix miró hacia el ruido.

—Es Martin —dijo la muchacha.

—Deja que lo adivine: moras —repuso él entre risas—. ¿Recuerdas cuando se comió el cubo entero que habíamos recogido para Adélie?

Mientras hablaba se echó hacia atrás, y su mano se apoyó en una de las piedras del corazón.

Se volvió y movió la mano.

—Todavía está aquí... —dijo, mirándolo.

Sus ojos buscaron los de Isabelle un instante, y lo que la joven vio en

sus profundidades la dejó sin aliento: dolor, un dolor tan profundo como el suyo.

No se lo esperaba. No esperaba que recordara el corazón, y se preguntó si también habría recordado lo demás. De ser así, no lo compartía. Ahora sus ojos estaban en otra parte, y sus profundidades, ocultas. Había abierto el saco y buscaba algo en él.

—Tengo una cosa para ti —dijo a toda prisa, como si intentara evitar aquel tema que nadie había sacado.

De la bolsa extrajo las mismas herramientas de su oficio que Isabelle había visto cuando vació el morral en la casa del marqués, pero también otras cosas.

Objetos extraños. Una mano humana. Medio rostro. Unos dientes. Dos ojos.

Isabelle abrió los ojos como platos, horrorizada.

Felix se dio cuenta y se rio.

—No son de verdad —dijo mientras cogía la mano y se la ofrecía.

La joven la aceptó, esperando encontrarla caliente. La piel pintada era muy realista.

—¿Por qué los tienes?

—Los fabrico. Ahora hago muchas partes del cuerpo, con tantos hombres heridos en el campamento militar. Hay tal demanda que el coronel Cafard no permite que me aliste. Lo intenté, pero me dijo que era más valioso para el ejército trabajando para maese Jourdan que para él.

«Además, tu puntería es horrenda», pensó Isabelle al recordar aquella vez que les habían permitido disparar las pistolas de su padrastro. Él le había dado a todo menos al blanco.

Felix siguió rebuscando en su bolsa hasta que por fin sacó un objeto y lo dejó en el regazo de Isabelle.

—Aquí está. Este es para ti.

La joven bajó la mano y miró lo que le había dado: era una zapatilla de cuero, fina y bien cosida, con un refuerzo y cintas por encima del empeine. La levantó. Pesaba.

—¿Qué es?

Felix no contestó, sino que se la quitó, soltó un poco las cintas y sacó lo que lastraba la zapatilla. Cuando dejó el objeto en las manos de

Isabelle, la joven vio que se trataba de un bloque de madera tallado con la forma de los dedos del pie. Cada uno de ellos estaba bien delineado, separado de sus compañeros y lijado hasta quedar muy suave.

—Dedos... —comentó, desconcertada.

—Tus dedos —la corrigió él mientras los recuperaba.

—Es un regalo muy poco común. A la mayoría de las chicas les regalan bombones. O flores.

—Tú nunca fuiste como la mayoría. ¿Lo eres ahora? —preguntó Felix, algo crispado. Después metió de nuevo los dedos en la zapatilla y añadió un poco de la lana de cordero que guardaba en la bolsa—. Pruébatela —le dijo.

Isabelle se subió la falda y se quitó la bota. Después se puso la zapatilla y empezó a atar las cintas.

—No las estás apretando lo suficiente —dijo el joven—. Tiene que quedarte como un guante. —Se inclinó sobre ella, tiró más de los lazos y los ató—. Ponte de pie —le pidió al acabar.

Isabelle lo hizo. La zapatilla le encajaba mejor que un guante, era como parte de su propia piel. Se metió de nuevo la bota.

—Da un paso. Pero ten cuidado, no olvides que te abriste de nuevo la cicatriz cuando te caíste de Martin —le recordó Felix mientras guardaba las distintas partes del cuerpo en su bolsa.

La muchacha apretó los puños. Felix la estaba obligando a desear algo con muchas fuerzas. De nuevo. ¿Y si no funcionaba la zapatilla? ¿Y si le dolía? ¿Y si no hacía más que empeorar las cosas? El chico tenía talento para empeorar las cosas.

—Venga, Isabelle. Eres demasiado valiente para dudar. Da un paso.

La retaba con su voz, la pinchaba, y eso la ofendía. Felix veía miedo en ella, y la muchacha no quería que lo viera. Apoyó el pie con cautela, conteniendo el aliento. No dolía. Dejó escapar el aire. Dio un paso. Y otro. El peso de los dedos tallados estaba equilibrado a la perfección. Al estar tan ajustado, los dedos se quedaban bien pegados al resto del pie. Nada se deslizaba ni restregaba. Jamás había esperado volver a caminar sin cojear y, sin embargo, allí estaba: sus pasos eran relajados y tranquilos.

La embargó la felicidad. Se puso a caminar de un lado a otro.

—Tómatelo con calma —le advirtió Felix.

Ella corrió de un lado a otro.

—Isabelle.

La joven se subió de un salto al banco de musgo y se puso a brincar. Apoyó el peso en el pie nuevo. Giró, dio zancadas, se rio con ganas. Alegre y emocionada, se olvidó de la compostura. Se olvidó de sentirse incómoda. Se olvidó de su enfado.

—Gracias, Felix. ¡Gracias! —exclamó, y, siguiendo un impulso, le rodeó el cuello con sus brazos.

No vio que los ojos de Felix rebosaban anhelo cuando lo abrazó. No supo que, por un instante, el joven apretó la mejilla contra su cabeza. Lo que sí notó fue que sus brazos se quedaban rígidos a los lados y que después se apartaba de ella.

Dolida, dio un paso atrás.

—Isabelle, no puedo... —empezó a decir.

—¿Que no puedes qué? ¿Acercarte demasiado? —le preguntó ella, ronca—.

No, no deberías. Estoy rota. Y las cosas rotas cortan.

—O me aparto o te abrazo. ¿Y después qué?

Isabelle no se creía lo que acababa de oír.

—¿Es una broma pesada, Felix? —le preguntó, enfadada—. Deberías irte.

Vete. Lo más lejos que puedas.

—Eso ya lo he intentado.

Entonces alargó una mano y le cogió la mejilla. Isabelle le agarró la muñeca con la intención de empujarlo, pero sus dedos se aferraron a ella. Se apoyó en su palma, en su cercanía, en su calor, y se le derritieron las defensas.

—No lo hagas, no es justo —dijo.

—No, no lo es —coincidió él.

—Dijiste que me amabas, pero no era cierto. Mentías. ¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo pudiste mentirme, Felix?

Entonces, Felix la besó, y sus labios eran dulces, tristes y amargos, e Isabelle

le devolvió el beso agarrándose a su camisa, tirando de él hacia ella. Al final, el joven rompió el beso, y ella lo miró, desconcertada, buscando sus

ojos.

—Ya ves lo poco que te quería —dijo el muchacho con voz ronca—. Y lo poco que te sigo queriendo.

Entonces recogió su bolsa y se alejó dejando a Isabelle sola en la creciente penumbra.

—¿Te vas? —le gritó—. ¿Otra vez?

—¿Qué voy a hacer si no? ¿Dejar que me rompas el corazón por segunda vez?

—¿Yo? —balbuceó ella—. ¡¿Yo?!

Isabelle se puso a dar vueltas, furiosa. Después cogió una nuez caída del árbol, dentro de su cáscara verde y redonda, y se la lanzó a la espalda.

Falló por un kilómetro.

CINCUENTA Y SIETE

—Me gustaría reservar pasajes —le dijo la Parca a la joven que estaba detrás del mostrador—. A Marsella. Para dentro de una semana. Me han dicho que aquí me ayudarían con los preparativos.

Estaba en el bullicioso vestíbulo de la posada de la aldea. Los viajeros entraban y salían. Un gato maullaba dentro de su jaula de mimbre. La niña que sostenía la jaula lloraba. Su madre, agobiada, intentaba silenciarlos a los dos.

—Sí, *madame*. ¿Cuántos pasajeros?

—Solo yo, mi criada y nuestro baúl. Me llamo *madame Sévèrine*. Me alojo en la residencia de los LeBenêt.

—Muy bien, *madame* —asintió la muchacha—. Yo me encargo de la reserva y de enviar a un mozo a la granja para confirmarla —le informó sin despegar las manos del mostrador.

La Parca frunció el ceño. No quería que se olvidara de su solicitud ni que se equivocara.

—¿Eso es todo? ¿No debería escribirlo en un libro de contabilidad?

La joven sonrió y se tocó la sien.

—Este es mi libro de contabilidad. No sé escribir. No se preocupe, *madame*, yo me encargo del carruaje.

La Parca estaba tan distraída por el ruido que no se había fijado en que los ojos azul pálido de la chica miraban al frente, ciegos.

«Ah, sí, la hija del posadero... Odette», meditó. Intentó ver los detalles de su mapa y recordó vagamente una vida infeliz. «Se le negó su amor verdadero, ¿era eso?», se preguntó. Bueno, fuera cual fuera el destino que le hubiera dibujado, estaba claro que Volkmar lo alteraría. La muchacha acabaría siendo víctima de la guerra, como el resto de los aldeanos.

La Parca le dio las gracias y se volvió para marcharse, deseando salir del barullo de la posada. Qué bien sentaba saber que pronto se despediría de SaintMichel y del desagradable asunto que la había llevado hasta allí. Porque dicho asunto estaba a punto de volverse muchísimo más desagradable.

—¿Te vas tan pronto? —preguntó una voz junto a su codo—. Debes de

sentirte muy segura. Aunque no sé por qué.

A la Parca se le agrió el buen humor.

—Marqués —le dijo, mirándolo—. Siempre es un placer saludarte.

Azar estaba muy elegante con su sombrero negro, su chaqueta de color amarillo pálido y sus bombachos beis. Le ofreció el brazo a la Parca, y juntos salieron del establecimiento.

—¿Dónde está tu carruaje? Te acompañaré hasta él —le dijo Azar.

La Parca señaló a Losca, que estaba calle abajo, sentada en el asiento del conductor de un carro de madera, con las riendas de Martin en las manos.

—Ahí está. Es tan cómodo como elegante.

Azar se rio, y los dos echaron a andar. El hombre inclinó la cabeza hacia ella mientras caminaban.

—Solo porque hayas incendiado la casa de Isabelle no creas que has ganado la apuesta —le dijo en voz baja—. Establecimos unas reglas, ¿recuerdas?

Ninguno de los dos puede forzarla a elegir.

La Parca adoptó una expresión inocente.

—No pensarás que he tenido algo que ver, ¿verdad?

—Más que algo, en realidad. Invitarlas a la granja de los LeBenêt fue una jugada muy inteligente. Pero yo también puedo invitarlas a vivir conmigo. Y lo haré.

—Puedes, pero no irán. Les he dicho que eres un hombre de moral dudosa.

—Entonces, iré yo a ellas.

—No, no lo creo —respondió la Parca, que esbozó una sonrisa petulante—. He oído que hay una joven baronesa encantadora que vive en el pueblo de al lado...

—¿La hay? —preguntó Azar como si nada mientras se limpiaba una pelusilla invisible de la chaqueta.

—Le gustan mucho las cartas. Y apostar besos en vez de monedas..., una propensión que su marido no aprueba en absoluto.

—No puedes culparme por lo sucedido —repuso Azar, dolido—. ¡No mencionó que estuviera casada!

—El barón tiene buena puntería, según me cuentan.

—Muy buena —respondió el marqués, apenado—. Le abrió un agujero a mi sombrero favorito.

—El rumor ha llegado a oídos de *madame* LeBenêt. Y de la madre de las muchachas. Me he asegurado de ello. Están escandalizadas. Yo en tu lugar no pondría un pie en la granja —dijo la Parca, y cambió de tema—. En cualquier caso, ¿qué hacías en la posada?

—Enviar a un hombre a París a comprarme un champán decente —contestó Azar—. Y una cuña de Stilton. Té fuerte de calidad. Y la prensa. —Sus cálidos ojos se enfrentaron a los helados de la Parca—. Las zonas rurales son horrendas. Al menos estamos de acuerdo en eso, ¿no?

—Sin duda —respondió la Parca con pesar—. Yo también envié a alguien a París hace poco para que me trajera algunos lujos con los que iluminar mi aburrida vida con *madame* LeBenêt.

—¿Tan malo es?

—Esa mujer es tan tacaña que usa el mismo café molido diez veces. Vendería mi alma por una buena cafetera humeante. —Se rio entre dientes—. Si tuviera alma, claro. Ay, marqués, si estos mortales supieran, si comprendieran aunque fuera una pizca lo que supone irse a la tumba y lo que supone pasarse la eternidad tumbados en ella, comerían chocolate para desayunar y caviar para comer, y cantarían arias mientras alimentan a los cerdos. El peor día sobre la tierra es mejor que cualquiera debajo de ella. En fin. Pronto nos marcharemos de este lugar. Al menos yo.

Llegaron al carro. Azar saludó a Losca llevándose la mano al sombrero.

—Yo no estaría tan seguro —dijo—. Mi maga estuvo anoche en el bosque silvestre y fue testigo de un interludio romántico. Ya ha encontrado un pedazo de su corazón. Faltan dos.

La Parca lo miró con una sonrisa mordaz y respondió:

—Encontrar los fragmentos de un corazón lleva su tiempo. ¿Cómo va la calavera? Ya sabes a cuál me refiero, ¿no? La que está al pie del mapa de la joven Isabelle. ¿Cuánto tiempo le queda? ¿Semanas? ¿Días? —Azar apretó los labios. Se le tensaron los músculos de la mandíbula—. Días, sí. Eso me parecía —ronroneó la Parca, y le dio una palmadita en el brazo—. Disfruta de tu champán.

CINCUENTA Y OCHO

Bette parpadeaba con sus pacientes ojos castaños mientras rumiaba.

—Buena chica, Bette —le dijo Isabelle, y dio unas palmaditas en los cuartos traseros de la vaca.

Se sentó en un banco de madera bajo, apoyó la mejilla en el cálido costado de la vaca y empezó a ordeñarla. La lenta respiración de Bette y el rítmico sonido de la leche al caer en el cubo de madera consiguieron que la cansada Isabelle tuviera aún más sueño. Apenas había pegado ojo aquella noche. Las imágenes de Felix le anegaban el cerebro. Sus palabras de enfado le resonaban en la cabeza.

¿Cómo podía acusarla de romperle el corazón, si había sido al revés?

Los recuerdos la arrastraron de vuelta en el tiempo a un lugar al que no deseaba ir. Después de su beso en el bosque silvestre, cuando se percataron de que estaban enamorados, Felix y ella decidieron huir. Los dos sabían que *maman* jamás les permitiría estar juntos, así que trazaron un plan: se llevarían a Nero y a Martin, y cabalgarían hasta Italia. Allí, Felix buscaría trabajo en Roma como aprendiz en el estudio de un escultor. Isabelle se dedicaría a impartir clases de equitación y, por las noches, ambos visitarían las antiguas ruinas de la ciudad, pasearían por donde antes habían paseado los césares, pisarían los mismos caminos por los que sus ejércitos habían marchado.

Y cuando Felix fuese un escultor famoso y rico, viajarían a Mongolia y retarían a los jefes tribales a carreras de caballos. Observarían cazar a las águilas en las estepas rusas. Cabalgarían en camello con los beduinos. Descubrirían las maravillas del mundo entero.

Pero *maman* descubrió sus planes. Furiosa, había despedido al padre de Felix y echado a toda su familia. No obstante, antes de marcharse, el joven subió por la enredadera hasta la ventana del dormitorio de Isabelle y le juró que regresaría a buscarla, que se reunirían en el bosque silvestre. Necesitaba unos cuantos días para ayudar a su familia a encontrar un sitio en el que vivir, le dijo, y después le dejaría una nota en el hueco del tilo para avisarla de la fecha del encuentro.

Isabelle preparó una bolsa de viaje y la escondió bajo la cama. Todas las noches, cuando su madre se acostaba, ella bajaba por la enredadera y corría por el patio hasta el tilo con la esperanza de encontrar la nota de Felix. Pero nunca apareció.

El verano dio paso al otoño y después al invierno. Los vientos helados y la profunda capa de nieve le impedían salir de su dormitorio por las noches, aunque para entonces ya no importaba: se había rendido. Felix era lo más importante del mundo para ella, pero ella no significaba nada para él.

¿Cuántas noches había llorado hasta dormirse, con Tavi meciéndola? También Ella lo había descubierto, de algún modo, y había sido más amable que nunca con Isabelle. Sin embargo, Isabelle, destrozada y con el corazón roto, se lo había pagado con crueldad.

Y ahora Felix estaba de vuelta. Le había fabricado una zapatilla. Le había hecho creer que todavía sentía algo por ella. La había abrazado y besado en el bosque silvestre, y, después, se había comportado como si Isabelle tuviera la culpa de lo sucedido. O de lo que no había sucedido, más bien.

Y allí estaba ella, consternada y falta de sueño por alguien que, hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijera, no había sentido por ella lo suficiente como para decirle por qué la había abandonado. Era una estupidez; era una estúpida. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Vivía en un pajar. Solo tenía un vestido. Su madre no paraba de confundir a una col con el duque de Burgundy.

Bette mugió, impaciente. Isabelle no se había dado cuenta, pero la había dejado seca. Con gran esfuerzo, se quitó de la cabeza a Felix y recogió el cubo de leche. Bette era la última vaca que tenía que ordeñar esa noche, de lo que la joven se alegraba; las tareas del día le resultaban interminables, así que estaba deseando acabar.

Con el cubo en la mano, corrió a la vaquería. Perdida en sus pensamientos, no oyó las voces enfadadas que discutían dentro hasta que entró por la puerta.

—¡Eres idiota!

—¡No, tú eres idiota!

Hugo y Tavi estaban a poca distancia el uno del otro, gritándose. Isabelle dejó el cubo en el suelo y se colocó entre ellos.

A través del aluvión de comentarios y gestos desagradables, fue capaz de averiguar que Tavi había añadido algo a uno de los quesos al meterlo en su molde la noche anterior. Miel de las colmenas de la granja.

Sedimento de un tonel de vino vacío. Un toque de vinagre.

—¡Pero no se hace así! —vociferaba Hugo—. ¿Lo has visto? Es feo. No tiene el mismo aspecto que los demás. Le han salido manchas. Y huele raro. ¡Es distinto!

—¿Tan malo es probar algo nuevo? —bramó Tavi a su vez—. Lo único que quiero es comprobar si las sustancias afectan al sabor y cómo lo hacen. Miel, posos de vino, vinagre... Todo contiene distintos microorganismos...

—¿De qué estás hablando?

—¿Microorganismos? —repitió Tavi—. ¿Formas de vida unicelulares? Ya sabes... ¿Leeuwenhoek? ¿El padre de la microbiología?

Hugo la miraba sin comprender nada.

—Los microorganismos acidifican la leche —explicó Tavi—. La cortan. El queso se convierte en queso a través del proceso de fermentación.

Hugo sacó pecho.

—El queso se convierte en queso a través de la *quesificación* —dijo en tono hostil.

Tavi parpadeó. Después alzó las manos.

—Vale, Hugo. Lo que quiero decir es que, si alteramos un solo factor del proceso de... *quesificación*, aunque sea solo un poquito, variamos el resultado.

—¿Y?

—Y podríamos fabricar algo que no fuera ese soso queso blanco tan aburrido. Sería emocionante, ¿no?

—Ojalá no hubierais venido nunca.

—Eso digo yo.

—Estáis cambiando las cosas. ¿Por qué tenéis que hacerlo?

—Me pregunto si alguien le diría eso a Da Vinci, Newton o Copérnico —repuso Tavi, que se llevó las manos a las caderas y fingió una voz irritada—. «Por Dios, Nicolás, ¿de verdad tenías que poner a la Tierra a dar vueltas alrededor del Sol? ¡Nos gustaba mucho más de la otra manera!».

—Eran hombres. Tú eres una chica —respondió Hugo, con el ceño fruncido

—. Las chicas no cambian las cosas, las cocinan. Y las cosen. Y las limpian.

Como las mesas. Y los mocos.

Tavi cogió un trapo y limpió con él la cara de Hugo.

—Y los culos —repuso antes de marcharse hecha una furia.

—Le gusta hacer experimentos —dijo Isabelle con la esperanza de ablandarlo.

—He visto el queso. Está estropeado. Mi madre se va a enfadar.

—Puede que Tavi tenga razón. Puede que se convierta en algo asombroso — contestó Isabelle. Después recogió el cubo y echó la leche en una tina—. Saldrá bien. Ya lo verás.

Pero Hugo ya no estaba pensando en quesos.

—No se casará nunca —dijo—. Ningún hombre quiere a una mujer que no hace lo que se le ordena.

—Tavi no quiere un hombre —respondió Isabelle, enfurecida—. Quiere matemáticas —dijo en defensa de su hermana.

—Las matemáticas no os sacarán de aquí. Pero un hombre sí. Y voy a ver si mi madre o Tantine os encuentran alguno —dijo Hugo, que también se marchó hecho una furia.

—Buena suerte —lo despidió Isabelle, poniendo los ojos en blanco—. Si mi madre no lo ha conseguido, dudo que ellas puedan.

Ya sola en la vaquería, Isabelle se acercó a la parte de atrás para ver el queso que había provocado tanto jaleo. Estaba en una rejilla, a la izquierda de la habitación. Supo cuál era al instante.

Aunque Hugo le había dicho que era feo, a Isabelle le resultó interesante. Sus raros puntos verdes, los laterales torcidos, el olor acre que desprendía... lo diferenciaban de los otros quesos, que le parecían tan sosos y presumidos en su uniformidad.

—Puede que llegues a ser alguien —le dijo al queso, a pesar de no albergar grandes esperanzas al respecto. Ser diferente no se toleraba entre los quesos.

Ni entre las chicas.

CINCUENTA Y NUEVE

La noche era clara y cálida. El sol, al ponerse, pintaba el cielo de relucientes tonos naranjas y rosas; el aroma de las flores flotaba en el aire.

Calma. Paz. Isabelle rezó para que durara.

Tavi y Hugo estaban sentados el uno junto al otro en un banco de madera, a la sombra del granero. Trabajaban en silencio. Llevaban sin hablarse desde su pelea en la vaquería, el día anterior.

«Al menos ya no se gritan», pensó Isabelle.

Maman y ella estaban sentadas en la hierba, frente a ellos. Todos desvainaban habas y las echaban en un cuenco grande para la sopa que *madame* pensaba preparar. Isabelle miraba a Tavi y a Hugo de vez en cuando. Deseaba mantener la paz. Sabía que su presencia allí era obra de Tantine, no de *madame*, y sin duda no de Hugo. Quedarse dependía de lo que trabajaran y de que no fueran groseras. Se lo recordaría a Tavi esa noche, cuando se acostaran.

Tavi y ella dormían juntas en el pajar. Hablaban antes de quedarse dormidas, mucho más de lo que lo hacían cuando cada una tenía su propio dormitorio en la *Maison Douleur*. Anoche, Isabelle le había contado a su hermana su encuentro con Felix en el bosque silvestre y le había enseñado la zapatilla.

«Ya decía yo que caminabas mejor —comentó Tavi—. ¿Y?», añadió, expectante.

«Y nada. No hay ningún “y”», contestó su hermana, que había decidido guardarse lo de la discusión y el beso.

«Qué pena. Siempre me ha gustado Felix. —Tras guardar silencio un rato, dijo—: Aunque me preguntaba...».

«¿El qué?».

«Si todavía estabas buscando los pedazos de tu corazón. Porque estoy bastante segura de que él es...».

«Él no es nadie», la interrumpió Isabelle con convicción, y se tumbó hacia el otro lado».

—El cuenco está lleno —dijo Hugo, y la sacó de su recuerdo.

—Se lo llevaré a *madame* y sacaré... —dijo Isabelle tras levantarse y estirarse.

Pensaba añadir «otro», pero un grito estremecedor cortó su frase.

Tavi y ella se miraron, alarmadas. *Maman* soltó la vaina que tenía en la mano.

Oyeron de nuevo el chillido, que procedía de la vaquería, seguido de

una única palabra: —¡¡Huuugo!!

Hugo apoyó la espalda en la pared del granero y gruñó.

—Antes esto era tranquilo. Agradable —dijo—. Bueno, puede que no agradable, pero sin duda tranquilo. Si mi madre está gritando, seguro que es por vosotras. Lo sé.

Oyeron otro chillido.

—¡Venga, Hugo! —lo apremió Isabelle, tirándole de la mano—. ¡Parece que está herida!

Fue hacia la vaquería, seguida de los demás. Cuando llegaron, vieron a Tantine.

—Estaba en la cocina... y oí gritos. ¿Hay algún herido? —preguntó, con una mano sobre el pecho.

Antes de que nadie pudiera responder, Hugo abrió la puerta de la vaquería y entró. Los demás lo siguieron. Al entrar Isabelle, la recibió un hedor tan fuerte que se le saltaron las lágrimas.

—¿Qué es esto? —gritó.

—¡Es un monstruo! —chilló *madame* LeBenêt—. ¡Una abominación!

Estaba de pie al fondo de la habitación, entre los quesos que se curaban, y señalaba uno de ellos. Isabelle se atrevió a acercarse más y ahogó un grito al ver al culpable. Sí que era un monstruo: arrugado, deforme y cubierto de moho peludo.

—¡Por Dios bendito, qué olor! —exclamó Tantine, que se llevó un pañuelo a la nariz.

—A pies sucios.

—A huevos podridos.

—A cloaca.

—A perro muerto —dijo Hugo.

—A perro muerto que lleva una semana pudriéndose al sol —añadió Isabelle. —Y sudando —dijo Hugo.

—Técnicamente, los perros no sudan —lo corrigió Tavi—. Al menos, no como los humanos. Y, sobre todo, los perros no sudan cuando están muertos.

—Este sí —afirmó Hugo—. ¡Míralo!

En el corto espacio de tiempo que habían pasado allí, unas perlas de fluido amarillo transparente habían brotado del queso y rodaban por sus

laterales hasta gotear en el suelo.

—Esto ya es el colmo. Os quiero fuera a las tres. ¡Esta noche! —gritó *madame*.

Una sonrisa iluminó el rostro de Hugo.

A Isabelle se le cayó el mundo encima.

—¡No, *madame*, por favor! —le suplicó la joven—. ¡No tenemos adonde ir!

—¡Tu hermana tendría que haber pensado en eso antes de destrozar mi queso!

—Bueno, Avara —la tranquilizó Tantine, tomándola del brazo—. No nos apesuremos. La muchacha ha cometido un error, nada más.

—En realidad era un experimento, no un error —la corrigió Tavi mientras examinaba el queso más de cerca—. Tengo que modificar mi hipótesis.

—¡Fuera! —farfulló la señora—. ¡Esta noche! —Se volvió hacia su hijo—. Hugo, saca ese... ese perro muerto sudoroso de aquí ahora mismo antes de que contamine los demás quesos. ¡Tíralo al bosque o a un pozo!

Tantine acompañó a *madame* a la puerta y, cuando esta salió, se volvió hacia Isabelle.

—Ayuda a Hugo a limpiar esa porquería, niña. Yo enmendaré la situación.

Le dio una palmadita en la mejilla y corrió detrás de Avara.

Isabelle se presionó la frente con las palmas de las manos para intentar pensar. Aquello era un desastre. ¿Y si Tantine no convencía a *madame*? ¿Y si la señora insistía en que se marcharan?

—¿Ya estás contento? —preguntó Tavi a un sonriente Hugo—. Te has librado de nosotras. Asegúrate de echar tierra sobre nuestros huesos cuando nos muramos de hambre tiradas en una cuneta.

—¿Mo... morir de hambre? —tartamudeó Hugo, perdiendo la sonrisa.

—¿Qué pensabas que nos pasaría? —preguntó Tavi.

—¡No me culpes a mí! No es culpa mía. ¡Vosotras sois las que complicáis las cosas!

—¿A quién se las complicamos?

—¿Es que no puedes ser más simpática? ¿Ni siquiera intentarlo?

Entonces, algo se rompió dentro de Tavi. Siempre hablaba con

frivolidad, dejando una estela de sarcasmo tras ella, como haría una duquesa con la cola de su vestido. No esta vez. Hugo había perforado su armadura y la sangre brotaba de la herida.

—¿Que lo intente para satisfacer a quién, Hugo? —repitió ella con la voz ronca—. ¿A los niños ricos que van a la Sorbona aunque sean demasiado estúpidos para resolver una simple ecuación de segundo grado? ¿Al vizconde que tenía sentado al lado en una cena y que intentó meterme la mano debajo de la falda durante todos y cada uno de los cinco platos que sirvieron? ¿A las presumidas damas de sociedad que me miran de arriba abajo y fruncen los labios antes de decirme que no, que no soy buena para sus hijos porque mi barbilla es demasiado prominente y mi nariz demasiado grande, y hablo demasiado de números?

—Tavi... —le susurró Isabelle. Se acercó a ella para intentar rodearla con un brazo, pero su hermana se la sacudió de encima.

—Quería libros. Quería matemáticas y ciencias. Quería una educación — siguió Tavi, con los ojos brillantes—. Pero me dieron corsés, vestidos y zapatos de tacón alto. Al principio me entristecía, Hugo. Y después me enfurecía. Así que no, no puedo ser más simpática. Lo he intentado. Una y otra vez. No funciona. Si a mí no me gusta cómo soy, ¿por qué iba a gustarte a ti?

Y desapareció. Y Hugo e Isabelle se quedaron en la vaquería, incómodos y en silencio. La joven fue a por el cubo y la mopa, que estaban cerca de la puerta, para limpiar la porquería que se acumulaba bajo el perro muerto sudoroso.

—Bien hecho, Galileo —masculló Hugo entre dientes, pero Isabelle lo oyó.

—Podría serlo. Podría ser Galileo, Da Vinci y Newton, todo en uno, de haber tenido la oportunidad, pero nunca la tendrá. Por eso es como es. — Dio un paso vacilante hacia él—. Hugo, no nos obliguéis a marcharnos. Por favor.

—No lo entiendes. Tengo mis motivos para... —Dejó escapar una palabrota—. Da igual.

—¿Qué motivos? ¿De qué estás hablando?

Hugo negó con la cabeza y se fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Isabelle.

—Hay una vieja caja de madera en el pajar. Está forrada de plomo. Con suerte, contendrá el olor. Voy a meter el perro muerto en la caja, subir la caja al carro y conducir hasta encontrar un pozo viejo en el que tirarlo. Quizá me tire yo detrás, ya que estoy.

La joven lo observó salir, temerosa. Aquello era horrible. Acudiría a Tantine. En cuanto Hugo y ella limpiaran aquel desastre. Si la anciana no conseguía que *madame* LeBenêt cambiara de idea, se quedarían sin hogar. Indefensas. Podían darse por muertas.

SESENTA

Justo antes del alba, en el bosque silvestre, una raposa perseguía a su comida.

El objeto de su atención, una ardilla roja, estaba en el suelo del bosque, muy ocupada recogiendo nueces caídas.

La depredadora avanzaba al amparo de las sombras, cada vez más cerca. Se tensó, enseñando los dientes, pero, justo cuando estaba lista para saltar sobre su presa, un enorme búho cornudo aterrizó por encima de ella, en una rama, y agitó las hojas armando alboroto.

La ardilla soltó sus nueces con un chillido de terror y corrió a su nido. Un segundo después, la raposa también desapareció. En su lugar había una mujer de pelo caoba con un vestido gris crepuscular. Se volvió, airada y con los ojos verdes echando chispas.

—¡Ese era mi desayuno! —le gritó al pájaro.

Las criaturas, tanto grandes como pequeñas, huyeron a sus madrigueras al oír su voz. Los ciervos se escondieron en la maleza. Los pájaros cantores protegieron con sus alas a sus polluelos.

No obstante, el búho no se inmutó y dejó que la reina de las hadas se desahogara. Había elegido una rama alta muy cómoda en la que posarse, y desde ella ululó a Tanaquill.

La reina entornó los ojos.

—¿Para eso me dejas sin comida?

El búho siguió hablando.

—¿Y qué más da? —gruñó Tanaquill—. La Parca y Azar, Azar y la Parca, una se mueve, el otro contraataca. Como si los seres vivos no fueran más que piezas de su juego de ajedrez. Sus tejemanejes no me conciernen.

Le dio la espalda y, con un remolino de tela, se alejó. Pero el búho la llamó varias veces con un fuerte ululato.

Tanaquill se paró en seco.

—¿Un semental? —preguntó, y se volvió lentamente—. ¿Eso hizo la Parca?

El búho asintió con su gran cabeza gris.

La reina empezó a pasearse sobre las hojas secas, que susurraban bajo sus pies. El búho entrechocó el pico.

—No, no se lo voy a contar a Azar —respondió ella—. Compraría el caballo y le pondría un lacito para regalárselo a la muchacha. Me encargaré en persona.

Tanaquill se humedeció los labios. Sus afilados dientes reflejaron la pálida luz de la mañana.

—Isabelle ha recuperado el primer pedazo de su corazón, aunque se niegue a reconocerlo. Necesitará valor para conseguir este, el segundo. —Chascó los dedos—. Vamos, búho, veamos si todavía le queda.

SESENTA Y UNO

El pueblo casi se había olvidado de Isabelle.

Saint-Michel estaba tan abarrotado de refugiados cansados y desorientados, locos por comprar comida, que la mujer del panadero, el carnicero y el quesero tenían demasiado trabajo para burlarse de ella.

Al final había acabado vendiendo verduras en el mercado con Hugo aquella mañana porque *madame*, que solía ir con él, estaba ocupada atendiendo a una vaca enferma. Como temía que Tavi experimentara con las coles en vez de venderlas, la tarea había recaído sobre Isabelle. Por más que no la entusiasmara la idea de regresar al pueblo, se ocupó del trabajo sin quejarse. De algún modo, Tantine había logrado convencer a la señora de que les permitiera quedarse, y la muchacha se sentía tan aliviada que estaba decidida a no darle ninguna razón para que cambiase de idea.

Los clientes no habían parado de llegar desde que Hugo y ella aparecieron en la plaza del mercado. Los refugiados, que vivían en tiendas de campaña o en carromatos aparcados en los campos de los alrededores, reclamaban a voces coles y patatas. Isabelle no tenía ni idea de su procedencia, así que les preguntó y se lo contaron.

Volkmar había redoblado sus ataques contra las aldeas que rodeaban París, según le explicaron. Había saqueado sus granjas y quemado sus hogares. Muchos habían escapado sin posesión alguna. El rey luchaba con valentía, pero estaban diezmando sus tropas. Habían visto al gran duque cabalgar por el campo con una caravana de carros para pedir a los ciudadanos que poseyeran armas del tipo que fuera (pistolas, espadas, hachas, cualquier cosa) que las donaran al ejército. La reina viajaba con él: buscaba a los niños huérfanos y los llevaba a lugar seguro.

Algunos de los refugiados estaban delgados y enfermos. Una anciana que arrastraba a cuatro nietos suplicó a Isabelle las hojas que se cayeran de las coles.

Isabelle le dio una col entera y no se la cobró. La mujer la abrazó. Hugo vio el intercambio y frunció el ceño, aunque no la detuvo.

Alguien más se percató.

—Eso no cambia nada, Isabelle —le dijo Cecile mientras se acercaba al

carro—. Sigues siendo fea.

Isabelle se ruborizó de vergüenza: la aldea no se había olvidado de ella. Nunca lo haría, no con Cecile por allí recordándosele a todo el mundo. Intentó pensar en qué decir, pero, antes de lograr responder, fue Hugo el que habló.

—Lo cambia para la anciana —dijo.

Isabelle lo miró. Se sentía agradecida de que acudiera en su defensa, aunque también sorprendida. Sabía que al chico no le gustaba mucho. Por lo mucho que apretaba la mandíbula y la frialdad de sus ojos, intuía que Cecile le gustaba aún menos. No tuvo tiempo de meditar sobre ello, puesto que otro refugiado, un anciano, se acercó al carro arrastrando los pies y pidió medio kilo de patatas.

—¡No le compréis a esa! —le dijo Cecile cuando el hombre entregaba la moneda—. ¿No sabéis quién es? ¡Es Isabelle de la Paumé, una de las hermanastras feas!

El anciano se rio sin ganas. La risa se transformó en una tos atroz. Cuando por fin pudo volver a hablar, respondió:

—No hay nada más feo que la guerra, *mademoiselle*.

Después se alejó arrastrando los pies con su compra.

Cecile resopló. Parecía querer replicar algo inteligente y mordaz, pero la inteligencia nunca había sido su punto fuerte, así que acabó por marcharse haciendo aspavientos.

Casi una hora después de la marcha de Cecile, Isabelle y Hugo vendieron la última col. Isabelle recogió las hojas verdes caídas del fondo del carro, se las dio a un niño descalzo vestido con una camisa harapienta y le dijo que se las llevara a su madre para preparar sopa. Después se quitó el delantal de lona que le había dado Hugo (con su único bolsillo lleno de monedas) y se lo devolvió.

Sin embargo, Hugo negó con la cabeza.

—Quédatelo. Y toma también el mío —añadió mientras se lo desataba.

—¿Por qué? ¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Pues... es que... tengo que hacer un recado. Vuelve a casa sin mí. Ya te alcanzaré.

Se restregó las puntas de las botas en las perneras mientras hablaba y

después se escupió en las manos para alisarse el ingobernable pelo.

A la joven le resultó todo muy misterioso. Dobló con cuidado ambos delantales para que no se cayeran las monedas y los metió bajo el asiento del carro.

—Ah, otra cosa, Isabelle.

—¿Sí?

—Si llegas a casa antes que yo, no le digas a mi madre lo de mi recado. Dile que he ido a arreglar una valla del prado o algo así.

Isabelle accedió a su petición, más intrigada que nunca. Entonces, Hugo se tiró de los laterales de la chaqueta, respiró hondo y se marchó. La muchacha se subió al carro y sacudió las riendas. Martin echó a andar. Habían terminado pronto en el mercado, lo que la alegraba, ya que significaba que empezaría antes el resto del trabajo del día.

Acababa de salir de la plaza cuando vio a Hugo de nuevo: estaba ayudando a Odette a cruzar la calle. Le había dado el brazo. Ella tenía el rostro vuelto hacia él. Lucía un bonito vestido azul, llevaba el pelo rubio rojizo recogido en un moño suelto y una rosa prendida en él.

«Debe de ir a una fiesta o a una boda —pensó Isabelle—. Seguro que se ha perdido y Hugo está ayudándola a encontrar el camino».

Era un bonito gesto. Odette no había tenido una vida fácil. Casi todos en la aldea se portaban bien con ella, pero unos cuantos (como Cecile) no.

«¿Quién iba a imaginárselo?», pensó, y Hugo empezó a caerle algo mejor, aunque no mucho.

Unos minutos después salió del pueblo y llegó a una bifurcación en el camino. A la derecha estaba el camino de regreso a la granja de los LeBenêt. A la izquierda, el río y los distintos negocios que no tenían permiso para instalarse dentro de la aldea por los olores que emanaban de ellos o el riesgo de incendio que suponían: la curtiduría, la tintorería y el matadero.

Isabelle estaba tan sumida en sus pensamientos (se preguntaba si Tavi habría logrado encargarse de ordeñar a las vacas sin meterse en líos y si *maman* estaría recogiendo coles o hablando con ellas) que no se fijó en el animal que estaba sentado justo en el centro de la bifurcación, observando, como si la esperase a ella.

Cuando alzó la cabeza y se percató de que un zorro le bloqueaba el

paso, ya era demasiado tarde.

SESENTA Y DOS

El zorro corrió hacia Martin con la cabeza gacha y los dientes fuera. Se metió debajo de él y le correteó entre las piernas entre gruñidos y bocados a los cascos.

Aterrado, el caballo saltó a la izquierda y le arrancó las riendas de las manos a Isabelle. El carro se agitó con violencia y la lanzó sobre el asiento. Consiguió enderezarse, aunque no recuperó las riendas.

—¡Para, Martin! ¡Para! —gritó, pero el caballo, loco de miedo, siguió corriendo.

El zorro lo persiguió corriendo junto a él, gruñendo. El carro daba botes por la accidentada carretera que iba al río, con Isabelle agarrada al asiento para no salir volando. Dejaron atrás edificios y talleres. Los hombres intentaban frenar a Martin, pero nadie se atrevía a ponerse delante. Y, entonces, Isabelle vio el río.

«¡No se va a parar! —pensó—. Va a tirarse del muelle. ¡Nos vamos a ahogar los dos!».

Entonces, tan deprisa como había aparecido, el zorro desapareció, y el agotado Martin frenó y se detuvo a pocos metros del agua. Isabelle se bajó del carro dando tumbos, con piernas temblorosas y el aliento acelerado.

—Chiss, Martin, tranquilo —lo calmó mientras lo acariciaba—. Tranquilo, viejo amigo.

Los ojos del caballo estaban tan abiertos que Isabelle le veía el blanco. Tenía los labios salpicados de espuma y la piel cubierta de saliva. Se agachó para mirarle las patas: no había sangre; el zorro no se las había mordido. Encontró las riendas, enredadas en las correas, y las soltó. Por puro milagro, el carro estaba intacto.

La respiración de la joven se calmó poco a poco mientras caminaban de vuelta a la carretera. Pasaron junto a la curtiduría y la tintorería. Algunos de los trabajadores le preguntaron si se encontraba bien.

—Yo de ti traería a ese caballo por aquí —le dijo uno de ellos al acercarse al matadero.

Isabelle lo miró. Estaba apoyado en la valla, fumando. Las gotas de sangre que le caían del delantal de cuero le manchaban los zapatos. La

muchacha oyó el grito desesperado de un animal al otro lado de la valla. Apartó la vista; no quería ver a la pobre criatura indefensa.

—Ese caballo no es bueno —dijo el hombre—. Podría haberte matado.

Isabelle no le prestó atención, pero Martin sí: lo miró fijamente. Alzó las orejas. Se le dilataron las fosas nasales. Se paró en seco. Entonces, la joven notó un hedor, una peste a sangre, miedo y muerte que salía flotando como un espectro entre los barrotes de hierro. Martin también lo olió. Estaba temblando. Isabelle temió que saliera corriendo de nuevo.

—Vamos, Martin, por favor. Tenemos que irnos —le dijo, tirándole de la muserola.

Sin embargo, el caballo se negaba a avanzar. Se había plantado con sus cuatro patas en la tierra, había alzado la cabeza, y relinchaba tanto y tan fuerte, con un dolor tan desgarrador, que Isabelle le soltó la brida.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Martin no miraba al hombre, sino más allá, al caballo del otro lado de la valla. Dio un paso hacia el patio, despacio, como en trance, y después otro. Martin relinchó de nuevo, y el otro caballo respondió.

—No sigas —le dijo el hombre—. No es un espectáculo bonito para una muchacha.

Isabelle lo vio. Vio un relámpago de oscuridad entre los barrotes. Ojos locos. Cascos letales. Había cuatro hombres corpulentos alrededor del animal, pero no eran capaces de reducirlo. Aunque tenían cuerdas y armas, y el caballo no contaba con nada, los asustados eran ellos.

Tiempo atrás, Martin tenía un amigo. Era magnífico. Alto, fuerte e intrépido. De haber sido humano, Martin lo habría odiado por ser todo lo que él no era.

Pero Martin no era humano, así que lo adoraba.

Los caballos nunca olvidan a un amigo.

Martin había olido a su amigo. Y lo había oído. Un caballo negro como la noche y diez veces más bello.

Martin conocía a aquel caballo. Quería a aquel caballo.

Isabelle también.

Se agarró a los barrotes de hierro y susurró su nombre:

—Nero.

SESENTA Y TRES

Isabelle corrió.

A lo largo de la valla. Dejando atrás al hombre que le chillaba que parara. A través de la puerta. Y directa al infierno.

Dos ovejas que habían salido de un salto de su redil corrían por el patio entre balidos, esquivando a sus perseguidores, desesperadas por escapar. El ganado mugía con aire lastimero. Había animales recién sacrificados y colgados para desangrarlos; y otros más antiguos a los que estaban descuartizando.

Y, en el centro de todo, un semental negro luchaba por su vida.

Los criados de la muerte, cuatro hombres fortachones, lo rodeaban. Uno de ellos había conseguido echarle una soga al cuello. Otro había atrapado una de las patas traseras y lo había desequilibrado. Un tercero lo había agarrado de la otra pata trasera. El caballo cayó. Tras un último y valiente intento por levantarse, se tumbó en el lodo, los flancos agitados, los ojos cerrados.

El cuarto hombre estaba apoyado en un mazo. Agarró el mango de madera con ambas manos y alzó la pesada cabeza de acero.

—¡No! —gritó Isabelle—. ¡Para!

Pero nadie la oyó, no por encima de los balidos de las ovejas y los mugidos del ganado.

La joven corrió más deprisa, entre gritos, súplicas y chillidos. Estaba a pocos metros del caballo cuando metió el pie en un charco. Resbaló y cayó despatarrada.

Escupiendo barro, Isabelle levantó la cabeza a tiempo de ver cómo el hombre alzaba el mazo del suelo y lo giraba en espiral alrededor de su cuerpo, con los músculos de sus fuertes brazos bien hinchados.

Un grito desgarrador le brotó del corazón y le salió por la garganta. Avanzó medio a rastras medio a tumbos por el lodo y la sangre, y se abalanzó sobre el cuello del caballo.

Justo cuando el hombre descargaba el martillo.

SESENTA Y CUATRO

El agujero que dejó el mazo era profundo.

Isabelle lo sabía porque el hombre que había empuñado la herramienta la obligó a mirarlo. Le agarró la parte de atrás del vestido, tiró de ella para apartarla del caballo como si fuera una muñeca de trapo y la soltó en el barro. Aterrizó a cuatro patas.

—¿Ves ese mazo? ¿Ves lo que ha hecho? —le gritó.

Isabelle asintió aunque solo veía el mango. La cabeza estaba enterrada en el suelo.

—¡Podría haber sido tu cráneo!

El hombre, un gigantón, temblaba como un gatito. Había cogido impulso con todas sus fuerzas y entonces, en cuestión de una fracción de segundo, una muchacha se había interpuesto en su trayectoria. Había movido el cuerpo hacia la izquierda en el último momento posible y había logrado golpear el suelo en vez de a la chica.

Isabelle se levantó. Tenía el vestido manchado de sangre. También el rostro.

Le daba igual.

—No matéis a mi caballo —suplicó—. Por favor.

—Es mi caballo. Yo lo compré. Mejor estás sin él. Es demasiado salvaje.

—Estaría mejor con él.

—Entonces, cómpramelo. Cuatro libras.

Isabelle pensó en el dinero escondido bajo el asiento del carro y tuvo que reprimir el impulso de salir corriendo a por él. Porque no era una ladrona.

—No tengo dinero —dijo, triste.

—Entonces encuéntralo, chica, y de prisa. Tienes hasta mañana por la mañana. Abrimos las puertas a las siete en punto. Preséntate puntual y con el dinero, o el caballo se va.

Isabelle asintió y le dijo al hombre que volvería. Se dijo que se le ocurriría algo, que conseguiría el dinero de algún modo.

—Dejad que se levante —pidió, mirando al caballo.

Nadie se movió.

—¡Dejad que se levante! —Esta vez no era una súplica, sino una orden, y los hombres la oyeron. Le quitaron las cuerdas que habían usado para sujetarlo.

En cuanto estuvo libre, el caballo se puso en pie. Miró a Isabelle, parpadeando, y se acercó lentamente a ella. La olisqueó. Le resopló en la cara. Sacudió la orgullosa cabeza y relinchó.

Isabelle intentó reírse, aunque acabó por ser un sollozo. Apoyó la mejilla en la suya, y metió los sucios dedos en su crin lacia y enredada. Habían vendido a Nero. Pensaba que no volvería a verlo. Y, ahora, allí estaba, pero desaparecería para siempre si no conseguía cuatro libras.

—Te sacaré de aquí, te lo juro —le susurró.

—Ahora tienes que marcharte. Tenemos trabajo —le dijo el hombre del mazo.

Isabelle asintió, le dio una palmada a Nero en el cuello y salió del matadero.

Uno de los hombres que había sujetado al caballo (un muchacho, en realidad), cerró las puertas una vez que estuvo fuera. Se quedó allí y la observó marchar. En ese momento, habría hecho por ella cualquier cosa que le hubiera pedido. La habría seguido a cualquier parte. Habría muerto por ella.

Entonces no lo sabía, pero la imagen de la joven, con la espalda recta, el vestido sucio y el rostro manchado de porquería, permanecería con él durante el resto de su vida. Miró el cuchillo que tenía en la mano y lo odió.

Detrás de él, los demás hablaban.

—¿Era esa una de las La Paumé? Creía que eran feas.

—¿Qué dices? ¿Crees que es guapa? Si está más sucia que una bota vieja y es más chillona que una trompeta...

—Sí, pero...

—Me da pena el hombre que acabe con ella.

—Tiene agallas, eso hay que reconocerlo.

—Cierto. Imagina si todas las chicas tuvieran esa fuerza... ¡y lo supieran!

—Mejor cruzar los dedos para que eso no pase. ¿Qué sería de nuestro

mundo entonces, eh?

—¡Ja! ¡Un infierno en vida!

—No —susurró el muchacho—: un paraíso.

SESENTA Y CINCO

La puerta de la cocina de *madame* estaba abierta. Isabelle respiró hondo y entró.

El día era soleado, pero la casa de la señora estaba oscura, así que tuvo que esperar unos segundos a que se le acostumbrase la vista. Cuando lo hizo, vio que *madame* estaba de pie a la mesa de la cocina, amasando pan.

—Ya he vuelto. Tengo vuestro dinero —dijo mientras dejaba los delantales en la mesa.

La señora LeBenêt se limpió las manos en un paño de cocina, deseando contar sus monedas, y entonces vio a Isabelle.

—¿Qué te ha pasado? ¡Estás asquerosa! —graznó.

Isabelle empezó a contárselo, y la mujer la escuchó unos cuantos segundos, pero la atracción del dinero era demasiado tentadora, así que desenrolló los delantales, volcó los bolsillos y lo contó. Tantine estaba sentada en una mecedora cercana, tejiendo. A diferencia de la señora, ella sí que prestó atención a cada palabra.

Cuando terminó la historia, añadió: —Necesito comprar mi caballo, Nero. Tengo que llevar cuatro libras al matadero mañana para que no lo maten.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó la señora con aire ausente. Tenía ocho columnas de monedas apiladas y la mitad del dinero todavía sin contar.

—Por favor, *madame*. Son solo cuatro libras. He trabajado muy duro para vos.

Avara dejó de contar y miró a Isabelle, horrorizada.

—No me estarás pidiendo a mí el dinero, ¿verdad?

—Os lo devolveré.

—De ningún modo. No se trata solo de las cuatro libras. Voy a acabar en la miseria con lo que come ese viejo jaco tuyo, Martin. Lo que faltaba para arruinarme del todo es otro caballo.

Dijo más, pero Isabelle ya no la escuchaba. Cruzó la habitación y se arrodilló frente a Tantine.

—Por favor, Tantine, os lo suplico.

La anciana dejó su labor y cogió las sucias manos de Isabelle entre las suyas.

—Niña, dices que vendieron a esa criatura al matadero porque es ingobernable, ¿no? ¿Y si te tira? No podría seguir viviendo con esa culpa. Un semental rebelde no es un animal apropiado para una joven dama.

Isabelle comprendió que allí no obtendría ayuda. Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Tantine, arqueando una ceja.

—Al *Château Rigolade*. A ver al marqués. Quizá él me preste...

—No, te lo prohíbo —la cortó la anciana.

—Pero...

La mujer alzó una mano para silenciarla.

—Si tú no vas a tener en cuenta tu reputación, Isabelle, al menos hazlo por la de mi familia. Mientras residas aquí, no pondrás un pie cerca del *Château Rigolade*.

—¡Bien dicho! —coincidió Avara.

La joven agachó la cabeza, desolada.

—Sí, Tantine.

—En vez de preocuparte por caballos, preocúpate por las coles, que no se van a cosechar solas —la regañó *madame*—. Asegúrate de que el carro esté otra vez lleno para mañana.

Isabelle salió de la casa y condujo el carro hasta el campo. Por el camino, no dejó de darle vueltas a la cabeza; tenía que haber un modo de conseguir el dinero. Se negaba a rendirse. Para cuando desenganchó a Martin y lo condujo de vuelta al establo, su cabeza volvía a estar bien alta. Le brillaban los ojos. Cuando lo metió en su casillero, le dio una ración extra de avena.

—Come, Martin, que vas a necesitar tus fuerzas. Esta noche tenemos trabajo —le dijo.

Martin enderezó las orejas; le gustaban las intrigas. Al menos, mucho más que tirar de carros cargados de coles.

A Isabelle se le había ocurrido una idea; era desesperada y arriesgada. Además, necesitaría la ayuda de su hermana para ponerla en marcha, y también la de Hugo, lo que sería más difícil. Sin embargo, el joven le debía una; no había contado lo de su recado.

Mientras cepillaba a Martin recordó lo que le había dicho Tanaquill durante su encuentro en el bosque silvestre. Las palabras le sonaron tan claras, tan ciertas, que fue como si la reina de las hadas estuviese allí mismo, a su lado: «Te pedí que encontraras los pedazos de tu corazón, no del de otra...».

Nero era un fragmento de su corazón, lo sabía con una certeza inquebrantable. Cuando lo cabalgaba era más valiente de lo que jamás habría creído posible. La aterraba reconocerlo porque sabía que, si lo perdía de nuevo, moriría.

—Nero no va a morir. No lo permitiremos —le dijo Isabelle a Martin mientras le daba palmaditas en el cuello—. Descansa un poco, viejo amigo.

Partiremos cuando anochezca.

SESENTA Y SEIS

—¿Qué temperatura tiene que tener el fuego para fundir el oro? — preguntó Isabelle.

—Mucha —respondió Hugo.

—Mil novecientos cuarenta y ocho grados Fahrenheit —dijo Tavi—. Mil sesenta y cuatro grados Celsius.

—Te lo sabes de memoria, ¿eh? —repuso Hugo.

—¿Y qué voy a saberme si no? ¿La letra de alguna estúpida canción de amor? ¿Una receta de albóndigas?

—Sí, estaría bien que supieras las dos cosas.

Tavi miró al cielo, exasperada.

Los tres caminaban a oscuras por la solitaria carretera que conducía de la granja de los LeBenêt a la *Maison Douleur*. Isabelle había decidido rebuscar entre las ruinas de su antiguo hogar con la esperanza de encontrar algo de valor. Sabía que no podría mover las vigas achicharradas ni las pesadas piedras ella sola, así que suplicó a Tavi y a Hugo que la ayudaran. Tavi aceptó porque sabía lo mucho que Nero significaba para ella. Hugo, porque había obligado a Isabelle a prometer que, si encontraba más de un objeto valioso, lo usaría para buscarse otra casa.

La joven antes tenía varias joyas, igual que Tavi, y *maman* tenía muchas. Cuando la mansión ardió, todas supusieron que el fuego las habría destruido, aunque, en realidad, no las habían buscado. Isabelle esperaba desenterrar un collar o quizá una cuchara de servir de plata, una moneda de oro..., cualquier cosa que canjear por la vida de Nero.

Martin los seguía de su correa. Nadie lo cabalgaba. Necesitaba todas sus fuerzas para lo que se avecinaba. Hugo tenía un grueso rollo de cuerda al hombro. Tavi y él llevaban faroles.

—¿Alguna vez habéis pensado en fabricar chucrut con vuestras coles?

— preguntó Tavi—. Así tendríais algo que vender en el mercado durante el invierno.

—¿Nunca se te ha ocurrido dejar las cosas como están?

—No. Nunca. Así no se puede hacer ningún descubrimiento.

—¿Como el perro muerto sudoroso? —dijo Hugo con un resoplido de

risa.

—¿Qué le pasó, por cierto? —preguntó ella a su vez, tras lanzarle una mirada asesina.

—Sigue en una caja en el carro, bajo el asiento de atrás. Todavía no he encontrado un buen lugar donde tirarlo. Un lugar en el que no mate a nadie. Espero encontrar un pozo de lava ardiente algún día. O la cueva de un dragón. O las puertas del infierno.

—Eres gracioso, Hugo —comentó Tavi, mirándolo—. ¿Quién lo iba a decir?

Hugo guardó silencio un momento; después dijo:

—Odette. Ella lo sabe.

—¿Odette, la del pueblo?

Hugo asintió.

—¿Y cómo sabe que eres gracioso? —preguntó Isabelle, que recordaba haberlo visto ayudarla a cruzar la calle en el mercado.

—Porque estamos enamorados. Y queremos casarnos.

Tavi e Isabelle se pararon en seco. Martin también, pero Hugo siguió andando con las manos apretadas en puños.

—¿Lo sabe tu madre? —preguntó Tavi, que corrió para alcanzarlo. Isabelle y Martin trotaron tras ella.

—¿Que soy gracioso?

—No, Hugo; lo de Odette.

—Sí. Se lo dije. Hace un año.

—Entonces, ¿por qué no os habéis casado todavía? —preguntó Isabelle tras ponerse a su altura.

—Mi madre no lo permite —respondió el muchacho con tristeza.

Isabelle y Tavi intercambiaron miradas de incredulidad. Hugo nunca había pronunciado tantas palabras seguidas, ni con tanta emoción.

—Hugo...

—No te burles, Tavi. Por favor —le advirtió él.

—No... no pensaba hacerlo —repuso ella, dolida.

—Odette es la que dirige la posada a efectos prácticos. La que se encarga de controlar las reservas. Prepara la mejor sopa de cebolla que os podáis imaginar. Y su tarta de manzana... Lucharía contra el mismo demonio por una porción. Pero mi madre dice que una chica ciega no

puede dirigir una granja. Dice que sería una inútil, otra boca más que alimentar. Solo ve lo que Odette no es, no lo que es.

Tavi le apoyó una mano amable en la espalda.

—Este mundo, la gente que vive en él, como tu madre o Tantine, nos clasifica. Nos mete en cajas. Tú eres un huevo. Tú eres una patata. Tú, una col. Nos dicen quiénes somos. Lo que tenemos que hacer. Lo que seremos. Porque tienen miedo. Temen lo que podríamos ser —le explicó.

—¡Pero les permitimos hacerlo! —exclamó Hugo, enfadado—. ¿Por qué?

—Porque a nosotros también nos da miedo lo que podríamos ser —respondió ella con una sonrisa triste.

Entonces cayó sobre ellos un silencio tan profundo y oscuro como una noche sin luna.

Hugo fue el primero en romperlo.

—¿Qué voy a hacer? ¿Me lo sabéis decir alguna? Odette lo es todo para mí.

—No puedo creerme que nos lo estés preguntando a nosotras —dijo Isabelle —. Creía que nos odiabas.

—Os odio. Pero estoy desesperado, y vosotras sois listas.

—Cásate con ella de todos modos —sugirió Tavi.

—Vive en casa de ella —dijo Isabelle.

—Allí no hay sitio para mí. Su familia vive en una casita detrás de la posada. Tiene tantos hermanos que aquello está a punto de reventar por las costuras.

—Tiene que existir un modo. Pensaremos en algo. De verdad —le aseguró Tavi.

Hugo asintió. Logró esbozar una sonrisa. Sin embargo, Isabelle notaba que no la creía.

Caminaron por la carretera en silencio, vacilantes y pesarosos. Hugo lamentaba no estar con Odette. Tavi lamentaba no poder dedicarse a sus fórmulas y teoremas. Isabelle lamentaba no ser guapa. O eso se decía.

No obstante, junto con ese pesar, o quizás a causa de él, había una resolución.

Ni Isabelle ni Tavi ni Hugo sabían si alguna vez serían capaces de enseñar al mundo lo que eran, en vez de lo que no eran. No sabían si

serían capaces de evitar que se les rompiera el corazón.

Pero aquella noche, quizá, solo quizá, lograran salvar a un caballo. Un animal difícil que no sabía ser otra cosa que lo que era.

En el fondo, tenían sus esperanzas depositadas en él. Los tres.

Porque no se atrevían a anhelar nada para ellos.

SESENTA Y SIETE

Hugo silbó. Estaba de pie en lo alto de los escalones de la entrada a la *Maison Douleur*, con el farol ante él. Los escalones habían sobrevivido al incendio, no como todo lo demás.

Isabelle y Tavi estaban a su lado.

Era mucho peor de lo que Isabelle recordaba. Las partes de la casa que seguían en pie la mañana después del fuego se habían derrumbado desde entonces. El tejado, tres de las paredes, los suelos y techos, todo se había caído. Solo quedaba la pared de atrás. Piedra, mortero y vigas de madera yacían enredados en traicioneras pilas inestables.

—Vamos a tener que avanzar despacio para que no nos caigan los escombros encima —comentó Hugo.

No era lo que Isabelle deseaba oír. Habían empezado tarde. *Madame* y Tantine se habían demorado más de lo normal en acostarse; Hugo no había podido escaparse hasta las once y media. Isabelle debía regresar al matadero con algo de valor para las siete de la mañana, y ni siquiera habían empezado a buscar todavía; y ahora Hugo decía que tenían que ir despacio.

El miedo le parlotaba, le decía que no había tiempo suficiente. Que las rocas eran demasiado pesadas para moverlas, y las vigas, demasiado grandes. Que, aunque llegara al fondo de las ruinas, no encontraría nada de valor, que las llamas se lo habían llevado todo.

Mientras estaba allí, sin saber cómo ni por dónde empezar, una piedra suelta bajó dando tumbos por la pared de atrás y cayó sobre una pila de escombros con un fuerte estruendo. Se sobresaltó. Era como si la *Maison Douleur* les advirtiera que no entraran.

Pensó en Nero en el matadero, contemplando la oscuridad. Bajó los escalones, trepó por los restos de su casa y se negó a escuchar.

SESENTA Y OCHO

—¡Arre, Martin! ¡Arre, chico! —le gritó Hugo, urgiéndolo a avanzar.

Martin se echó hacia delante y tiró del arnés con todas sus fuerzas.

Estaba cansado. Todos lo estaban. Llevaban horas buscando,

arrastrándose entre los escombros achicharrados con sus faroles para mover a mano todas las piedras que pudieran y usar a Martin para apartar las vigas más pesadas, todo sin éxito.

—¡Vamos, Martin! ¡Arre!

Martin lo hizo, y la viga salió de las ruinas y cruzó la hierba. Hugo le dio unas palmaditas y deshizo el nudo de la cuerda.

—¿Algo? —preguntó.

—¡No! —gritó Isabelle.

Con un suspiro, el cansado Hugo le dio media vuelta al caballo, y juntos caminaron de vuelta a los escombros. Isabelle y Tavi estaban ocupadas excavando en lo que antes fuera su sala de estar. Mover algo a menudo suponía soltar otra cosa. Más de una vez habían tenido que apartarse de un salto para evitar tejas o listones de madera.

Aunque nadie lo sabía, la viga que Hugo y Martin acababan de sacar al patio también había desestabilizado los restos: era la que soportaba la pila de madera quemada en la que buscaba Isabelle. Como estaba de espaldas a la pila, no la vio temblar y empezar a deslizarse.

Pero Hugo sí.

—¡Isabelle! ¡Cuidado! —gritó, y corrió hacia ella.

La agarró por un brazo y tiró para apartarla. La muchacha tropezó y cayó contra él. Los dos se desplomaron. La madera se estrelló cerca de ellos, y el filo serrado de uno de los pedazos le dio a Isabelle en el hombro y le hizo un corte muy feo.

Tavi gritó. Corrió hacia Isabelle y Hugo, y los ayudó a levantarse.

—Ya está. Se acabó —dijo con voz temblorosa—. Siento que no hayamos encontrado nada. Lo siento por Nero. Pero esto está vacío. Dios mío, Isabelle, ¡tu hombro!

Tavi obligó a su hermana a salir de entre los escombros y la sentó bajo el tilo.

Allí le apretó un pañuelo contra la herida.

Isabelle no quería sentarse.

—Estoy bien —le dijo, quitándole el pañuelo—. Voy a volver. La última vez...

—No —respondió Tavi—. Podrías haberte matado. Hugo podría haberse matado. Nos vamos.

El joven se había acercado a ellas. Estaba tumbado en la hierba, agotado. Tavi se sentó a su lado. Isabelle se unió a ellos a regañadientes.

—¿Estás bien? —le preguntó Tavi a Hugo. Él asintió con los ojos cerrados—. Gracias por salvar a Isabelle. Si algo llega a ocurrirle, no lo habría soportado.

Si algo llega a ocurrirnos —añadió con la voz rota.

—No pasa nada, los dos estamos bien —dijo Hugo.

—Sí que pasa. Creía que ibais a morir los dos. Ay, Hugo... No... no debería haberlo hecho.

—¿El qué?

—Llamarte idiota. En la vaquería, el otro día. Lo siento. Verás, ser cruel es lo único que tengo, así que siempre intento perfeccionarlo.

—No es lo único que tienes —repuso él, sonriendo con cansancio—. Tienes mucho más. Seguro que, de haber vivido hace cien años, habrías sido tú la que descubriera que los círculos son redondos. No Newton ni Da Vinci.

De no haber estado Isabelle tan concentrada en los escombros, quizás hubiera visto que un tesoro ya brillaba entre las cenizas: que Tavi ahora no dudara en disculparse por su mal comportamiento y que Hugo estuviera dispuesto a hablar con ternura en vez de con mal humor. Por desgracia, Isabelle solo tenía una cosa en la cabeza, salvar a Nero, y se le acababa el tiempo.

Hugo se levantó con un gruñido, recogió la cuerda, la enrolló y se la echó al hombro.

—Empieza a clarear —dijo—. Mi madre no tardará en levantarse. Mejor será que me encuentre en la cama cuando venga a despertarme.

Tavi también se levantó y se volvió hacia Isabelle.

—Venga, Iz. Levanta. Hora de irse.

SESENTA Y NUEVE

Isabelle se levantó. Tenía las manos despellejadas y la sangre que le brotaba del hombro le manchaba la manga del vestido.

Miró a su hermana, a Hugo y a Martin, que se alejaban ya por el camino, pero, en vez de seguirlos, recogió su farol y se metió de nuevo entre las ruinas.

La desesperación la envolvía como una densa niebla, aunque se negaba a ceder a ella. Y a rendirse.

Cuando se agachó para mover una madera, notó que algo tiraba de su falda. Segura de que se había enganchado el vestido en un clavo, miró abajo, dispuesta a pegarle un tirón, y vio que no se trataba de un clavo.

Era un ratón.

El animalito había clavado sus uñas diminutas en el dobladillo de Isabelle y se aferraba a él con todas sus fuerzas, con las patas traseras casi despegadas del suelo.

—¡Fuera! —le dijo Isabelle—. No quiero pisarte.

Pero el ratón no se soltaba.

«Se le habrán enganchado las uñas», pensó mientras se agachaba para soltarlas. Sin embargo, al hacerlo, el ratón soltó el dobladillo, se levantó sobre las patas traseras y chilló.

Isabelle reconoció al animal: era la misma mamá ratona que había visto buscando lentejas en las grietas de las piedras de la chimenea, la ratona a la que le había dejado el queso.

—Hola. No tengo comida para ti. Ojalá la tuviera. Pero...

La madre ratona levantó una pata, como un padre que silencia a un niño parlanchín. Chilló otra vez. Y otra.

Al principio solo se oía un susurro. Un murmullo bajo, como la brisa silbando entre la hierba. Pero después creció y se volvió más urgente, y brotaba de todos los rincones de las ruinas.

Isabelle alzó el farol y contuvo el aliento, pasmada. A su alrededor, sobre las piedras, bajo las maderas, con bigotes temblorosos, ojos negros relucientes y rabos doblados en alto como signos de interrogación, había muchos ratones. Cientos de ellos.

Tras otro chillido de la madre, desaparecieron entre los escombros. La

joven los oía escarbar, arañar, chillar y gritar.

Desconcertada, miró a la madre ratona.

—¿Adónde han ido? —le preguntó—. ¿Qué están...?

Con cara de fastidio, la ratona alzó de nuevo la pata. Estaba escuchando algo con atención, le temblaban las grandes orejas.

Isabelle también prestó atención, pero no sabía qué oía el animal. Levantó la vista. Las estrellas se desdibujaban. La oscuridad remitía. Le quedaba poco tiempo.

Entonces, una serie de chillidos resonaron por los escombros. La madre ratona respondió, emocionada, saltando de una pata a la otra. Después llamó a Isabelle con un gesto y señaló algo.

La joven dejó el farol en el suelo y se arrodilló para ver mejor lo que indicaba el animal. Al hacerlo, otro ratón fornido y alto salió de las ruinas. Llevaba algo en la cabeza. Parecía una corona.

—¿Es tu rey? —preguntó Isabelle, ya completamente perpleja—. ¿Quieres que conozca a tu rey?

Otros ratones volvieron a salir de entre las ruinas y respondieron a la pregunta de la joven con extraños ruiditos que sonaban a risa. La madre llamó al ratón más grande, que miró a la muchacha con cautela y sacudió la cabeza. La madre ratona dio un pisotón, y el ratón grande se acercó a ellas.

Se quitó la corona de la cabeza con las dos patas y se la ofreció a Isabelle. Sin saber bien qué otra cosa hacer, ella la aceptó y la acercó al farol. Cuando se percató de que no se trataba de una corona, en absoluto, dejó escapar un gritito.

Era un anillo de oro.

SETENTA

El corazón de Isabelle rebosaba gratitud. Por un momento no fue capaz de hablar.

Reconocía el anillo: *maman* se lo había regalado. Era fino, con una amatista pequeña. Aun así, tenía que valer cuatro libras. Puede que más.

—Gracias —logró decir al fin.

Dos ratones más salieron de entre las piedras arrastrando algo. Se lo ofrecieron: era una pulsera de pequeños eslabones de oro; un corazoncito

dorado con un rubí en el centro colgaba de uno de ellos. Su padre se la había regalado. Estaba cubierta de hollín, pero eso podía limpiarse.

Con el anillo compraría a Nero. Con la pulsera compraría su libertad. Podía venderla y usar los beneficios para alquilar una habitación en la aldea para ella y su familia. Se librarían de Avara, sus vacas y sus coles.

Muy agradecida por los regalos, Isabelle puso la mano en el suelo, con la palma hacia arriba, delante de la mamá ratona. Ella vaciló, pero al final se subió en ella. La joven la levantó hasta tenerla a la altura de los ojos.

—Gracias —repitió—. Gracias de todo corazón. No sabes lo que esto significa para mí. Jamás seré capaz de devolverte un favor tan grande.

Le dio un beso en la cabeza y la dejó en el suelo con mucho cuidado. Después se levantó, con las joyas en la mano, y salió de la casa en ruinas.

El sol ya asomaba por el horizonte. Los pájaros cantores daban la bienvenida al alba. Para cuando llegó a la carretera, Isabelle corría.

SETENTA Y UNO

—Has regresado —dijo el hombre corpulento al abrir el cerrojo de la puerta—. Creía que no lo harías. ¿Tienes mi dinero?

Isabelle, que había llegado allí un minuto antes que él, estaba agachada con las manos sobre las rodillas, intentando recuperar el aliento. No había parado de correr desde la *Maison Douleur* al matadero.

—Tengo esto —dijo tras enderezarse. Se metió la mano en el bolsillo, sacó el anillo y se lo dio.

Él se lo devolvió, ofendido.

—Te dije cuatro libras, ¡no un anillo! ¿Te parezco un prestamista?

El pánico la atenazó. Ni por un segundo había considerado la posibilidad de que no lo aceptara.

—Pero es... es de oro. Vale más de cuatro libras —tartamudeó.

El otro descartó sus protestas con un gesto de la mano.

—Tendré que vendérselo al joyero, que es un agarrado. Mucho lío.

—Por favor... —le suplicó Isabelle, y se le rompió la voz.

El hombre la miró y después intentó apartar la vista, pero no fue capaz. La chica tenía la cara manchada de hollín, el vestido empapado de sudor y una manga manchada de sangre.

—Por favor, no matéis a mi caballo.

El encargado del matadero miró más allá de ella, hacia la calle. Soltó una palabrota y masculló que era un blando, que siempre lo había sido y que eso sería su perdición. Después se guardó el anillo.

—Ve a por él —le dijo, señalando el matadero con la cabeza—. Pero date prisa, antes de que cambie de idea.

Isabelle no le dio esa oportunidad.

—¡Nero! —gritó.

El caballo estaba al otro extremo del patio, atado a un poste, y alzó las orejas cuando oyó la voz de Isabelle. Sus ojos oscuros se abrieron como platos. La joven corrió por el barro hacia él y se abrazó a su cuello. El animal resopló y le dio un empujoncito con la nariz.

—Sí, tienes razón, hay que salir de aquí —dijo ella. Después lo desató y lo condujo hacia la puerta.

En sus prisas por salir, no había visto a los demás caballos del matadero, pero ahora sí. Había dos.

«Los habrán traído después de irme ayer», pensó. Estaban huesudos y comidos de moscas. Tenían el pelaje mate y las colas llenas de pinchos. Apartó la mirada. No podía hacer nada por ellos.

Habían llegado más hombres. El corpulento estaba preparando café en una estufita negra dentro de un desvencijado cobertizo. Los demás estaban a su alrededor, esperando una taza, aunque no tardarían en recoger los mazos y los cuchillos, y empezar su trabajo.

Isabelle pasó por delante de ellos con Nero y salió por las puertas.

Cuando estaba a punto de marcharse con él, volvió la vista atrás. Nadie los había alimentado ni les había dado agua. ¿Para qué? ¿Por qué malgastar comida en unos animales que iban a morir? Estaban viejos, acabados. No valían nada. No tenían esperanza.

Isabelle agarró tan fuerte la correa de Nero que se le acalambraron las manos. La pulsera, la que pensaba usar para comprar su libertad y la de su familia, le pesaba en el bolsillo. Y le pesaba aún más en el corazón.

Alzó la mirada al cielo.

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó, como si esperara una respuesta de las nubes.

Después ató a Nero a la valla, se sacó la pulsera del bolsillo y entró de nuevo en el matadero.

«Menuda idiota está hecha —diría mucha gente—. Hay que ser muy tonta para dar su pulsera por una causa perdida».

No hay que escuchar nunca a esa clase de personas, las de almas estrechas.

El perro huesudo que aparece en tu puerta. El pájaro con un ala rota al que le devuelves la salud. El gatito que encuentras llorando a un lado de la carretera.

Crees que los estás salvando, ¿verdad?

Ah, la ingenuidad, ¿es que no lo ves?

Son ellos los que te están salvando a ti.

SETENTA Y DOS

Isabelle, con la cabeza gacha, caminaba por la carretera de vuelta del matadero, dejando atrás las afueras de Saint-Michel, con los tres caballos detrás.

«*Madame* me va a matar —pensó, preocupada—. Ni siquiera quería a Martin, que se gana su sustento. ¿Qué dirá cuando vea a Nero y a estos dos pobres despojos?».

Entonces se le ocurrió algo mucho más preocupante: «¿Y si *madame* se enfada tanto que amenaza con echarnos a la calle otra vez?».

No había tenido en cuenta esa posibilidad cuando regateaba por las vidas de los caballos, lo único que le importaba entonces era salvarlos, pero ahora era una amenaza real. Tantine había logrado convencer a Avara para que las permitiera quedarse después del desastre del perro muerto sudoroso; Isabelle dudaba que fuera capaz de salvarlas por segunda vez.

—¿Isabelle? ¿Eres tú? ¿Qué haces?

Isabelle levantó la mirada al oír la voz y logró esbozar una sonrisa rota.

—No lo sé, Felix. Los ratones me encontraron un anillo y una pulsera. Y pensaba usarlos para alejarnos de *madame* y sus malditas coles. Pero he acabado dándolos en el matadero para salvar a Nero y a estos dos. No podía permitir que murieran. Dios mío. ¿Qué he hecho? —dijo muy deprisa.

Felix, al que habían enviado al herrero a por clavos, ladeó la cabeza.

—Espera... ¿Ese es Nero? ¿Qué ratones? ¿Por qué sangras?

Isabelle se lo explicó todo.

Felix apartó la mirada mientras hablaba. Se limpió los ojos. Isabelle, que le daba patadas nerviosas a la tierra, no vio el brillo plateado en ellos.

Estaba terminando su historia cuando un ruidoso grupo de niños que subía en tropel del río la interrumpió.

—A ver... ¿Son tres caballos o cuatro? —gritó uno.

—¡Tres caballos y una chica fea con cara de caballo! —gritó otro.

Todos se partieron de risa. Isabelle hizo una mueca.

—Salid de aquí antes de que os dé una patada en el culo —los amenazó Felix, acercándose.

Se desperdigaron.

—No les hagás caso —le dijo a Isabelle—. Lo que dicen... no es cierto.

—Entonces, ¿por qué lo dicen? —preguntó ella en voz baja.

Felix la miró. A esta chica. Que estaba cansada, sucia, ensangrentada y empapada de sudor pero seguía desafiante. Esta chica. Que había sacado del matadero a tres criaturas desamparadas a las que nadie quería.

—Esa no es la pregunta, Isabelle —respondió en voz baja—. La pregunta es: ¿por qué te lo crees?

SETENTA Y TRES

—¡Nelson, Bonaparte, Lafayette, Cornwallis! —gritó Azar—. ¡Teníais razón desde el principio, caballeros! ¡No volveré a viajar dentro!

Azar estaba de pie sobre su carruaje, con las piernas abiertas para guardar el equilibrio, mientras este se lanzaba con gran estruendo por el camino hacia Saint-Michel. En breves minutos empezaría una partida de cartas en una habitación sobre la herrería, y no quería llegar tarde. Sus cuatro capuchinos estaban con él, persiguiéndose entre ellos mientras chillaban de placer.

—¡Más deprisa, más deprisa! —le gritó al conductor.

—¡Si vamos más deprisa, volaremos! —respondió el conductor.

Nelson eligió ese momento para agarrar el pañuelo que Azar se había atado alrededor de la cabeza al estilo pirata (el sombrero había salido despedido varios kilómetros antes) y corrió con él hacia el otro lado del techo. Azar lo persiguió y, al hacerlo, vio a un jinete a medio galope por los campos que bordeaban el camino. Estaba casi en paralelo a su carruaje.

Era una joven con las faldas hinchadas por el viento. Se le había soltado el pelo. Cabalgaba a horcajadas, como un hombre, no a la amazona. Tenía la cabeza baja, pegada al cuello del caballo, y el cuerpo tenso. Saltó por encima de un muro de piedra, sin miedo, completamente unida a su magnífico caballo negro. Emocionado, Azar se dio cuenta de que la conocía.

—¡*Mademoiselle!* ¡*Isabelle!* —gritó, pero ella no lo oyó.

«Ese es Nero, tiene que serlo —se dijo, con el pulso acelerado—. ¡Ha recuperado su caballo!».

Le quitó el pañuelo a Nelson y lo agitó, lo que por fin llamó la atención de Isabelle. Lo miró dos veces y se rio. Azar, incapaz de resistirse a una apuesta, una competición o un reto, señaló adelante. Había una iglesia a lo lejos, en lo alto de una colina. Ahuecó las manos en torno a la boca.

—¡Una carrera! —gritó.

Isabelle sonrió; le brillaron los ojos. Le dio unos golpecitos con los talones a los flancos de su caballo y salió al galope. Sin esfuerzo, el animal saltó por encima de una valla y dos arroyos, y corrió por un campo. Estaba

dejando a Azar atrás en una nube de polvo, pero cuando llegó al final del campo apareció un seto vivo, una alta pared de arbustos que separaba el campo de un granjero del de otro. Alcanzaba el metro y medio de altura, y tenía al menos un metro de grosor.

—¡Hurra, amigos míos! —exclamó Azar dirigiéndose a los monos—. ¡La victoria es nuestra! No puede saltar eso. Tendrá que...

Se le atragantaron las palabras en la garganta. «Rodearlo», iba a decir. Sin embargo, Isabelle no lo rodeaba: iba derecha hacia él.

—¡No, no lo hagáis! ¡Es demasiado alto! ¡Os vais a partir el cuello! —gritó Azar—. No puedo mirar.

Se tapó los ojos, aunque después abrió los dedos y se asomó entre ellos.

Isabelle alzó las manos para dejarle la cabeza libre. El semental se acercó al seto. Se impulsó sobre las fuertes patas traseras, dobló las delanteras y voló por encima. Azar no los vio aterrizar (el arbusto le tapaba la vista), pero sí que los oyó. Isabelle dejó escapar un grito de alegría, el caballo relinchó y después la llevó colina arriba hasta el final del camino.

Estaba trotando con él en círculos para que se recuperara cuando Azar y su conductor llegaron al camino de la iglesia.

—¡*Mademoiselle*, sois peligrosa! ¡Una temeraria insensata! ¡Una imprudente! —gritó, enfadado, con las manos en las caderas. Después sonrió—. ¡Creo que vamos a ser grandes amigos!

—¿Que yo soy imprudente? —preguntó ella entre risas—. Excelencia, ¡estáis encima de vuestro carruaje!

Azar se miró los pies.

—Es cierto, se me había olvidado. —Alzó la vista de nuevo—. Mis monos estaban pasándoselo muy bien, así que he pensado, ¿por qué yo no? Decidme, ¿de dónde habéis sacado ese maravilloso caballo?

—Lo he rescatado. Era mío, después dejó de serlo, y lo he encontrado en el matadero. Es una larga historia.

«¿Matadero? —pensó Azar, indignado—. Seguro que esa miserable vieja ha tenido algo que ver».

—¿Cómo se llama? —preguntó como si nada.

—Nero.

«¡Ja! —se jactó Azar para sí. Tuvo que contenerse para no bailar una giga encima del carruaje—. Su caballo... ¡Ha recuperado el segundo fragmento de su corazón!».

Había estado vigilando de cerca el mapa de Isabelle y había descubierto dos líneas nuevas. Una se desviaba hacia el bosque silvestre y se cruzaba con el camino de Felix. La otra torcía hacia el matadero. Azar no había sido capaz de adivinar por qué Isabelle tomaba el segundo rodeo. Ahora lo sabía.

«El chico, el caballo —pensó—; ya solo queda la hermanastra».

Azar sabía que, si deseaba ayudar a Isabelle a encontrar el tercer fragmento, tenía que mantenerla allí un poco más, conseguir que siguiera hablando y, con suerte, sacar así el tema de Ella. La Parca le había prohibido a Isabelle visitar el *Château* Rigolade y a él visitar la granja de los LeBenêt. Aquella era la primera oportunidad que tenía para hablar con ella desde que Nelson había disparado al ladrón de pollos.

Se sentó en lo alto del carruaje, con las piernas colgando.

—Lo montáis como si lo hubieseis criado —comentó mientras alargaba una mano. Nero se le acercó y dejó que le rascara la nariz.

—No lo crie —respondió ella, dándole unas palmadas en el cuello al caballo—. Me lo dieron cuando era un potrillo. Cuando cumplí once años. Fue un regalo del padre de Ella... Digo, del padre de la reina, mi padrastro. Tavi y yo somos las hermanastras fe...

—Sois sus hermanastras, sí, lo sé. Me lo dijo mi maga. Qué regalo tan maravilloso. ¿Octavia se puso celosa? ¿Y Ella?

—A Tavi le habían regalado una edición en cuero de los *Principios matemáticos de la filosofía natural*, de Newton, un mes antes, por su cumpleaños. Si nuestro padrastro me hubiera regalado una manada de elefantes, ni se hubiera dado cuenta. Y Ella nunca se ponía celosa. Le daba miedo Nero, eso sí. Le daba miedo que me matara con él. —Isabelle sonrió con nostalgia al recordarlo—. Se preocupaba cada vez que salía a galopar con él. Normalmente con Felix. Vuestro carpintero. Era uno de nuestros mozos de cuadra...

—¿Ah, sí? —preguntó Azar, como si nada.

—Ella nos rodeaba con sus brazos cada vez que regresábamos y nos besaba, como si temiera que un día no volviéramos vivos... —Dejó que

se le apagara la voz con la frase—. Siempre era muy dulce, muy cariñosa.

—La echáis de menos —comentó Azar, aprovechando la oportunidad.

—Todos los días —dijo la muchacha con la mirada fija en las riendas—. Cuesta reconocerlo.

—¿Por qué?

—Porque seguro que ella no me echa de menos a mí —respondió con una carcajada triste—. Me odia.

—¿Lo sabéis con certeza?

—¿Cómo no iba a odiarme?

—Porque sois audaz y elegante. ¿Quién no iba a querer a una joven así?

—Sois muy amable, excelencia, pero no me conocéis. No fui... No fui buena con ella.

—Conozco a oficiales de caballería incapaces de saltar ese seto. Sé reconocer a un alma valiente cuando la veo.

—¿Estáis diciéndome que debería...? —preguntó Isabelle, mirándolo con curiosidad.

—¿Intentar ver a vuestra hermanastra? ¿Intentar reparar el daño? ¡Bueno, niña, me leéis la mente!

—¿Creéis que querrá verme? —preguntó ella, vacilante. Y llena de esperanza.

Azar se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas.

—Creo que todos cometemos errores. Lo que importa es impedir que nuestros errores nos definan.

La campana de la iglesia empezó a dar la hora: las ocho. Azar puso una mueca: seguro que la partida de cartas ya había empezado.

—Debemos despedirnos, me temo. Tengo unos asuntos que tratar en el pueblo. París no está lejos, joven Isabelle.

Bajó de un salto y abrió la puerta del carruaje. Una vez dentro, bajó la ventana, se asomó fuera y cerró la puerta. El conductor dio media vuelta para regresar a la carretera.

Azar e Isabelle se despidieron con un gesto de la mano, y Azar se dejó caer en su asiento.

Todo iba bien. Isabelle se estaba abriendo su propio camino. El caballo

era suyo. El chico, también. O, mejor dicho, lo sería si dejaban de pelearse. Además, iba a ver a su hermanastra.

Debería haber estado encantado ante la perspectiva, pero se sentía inquieto. Tenía el mapa de Isabelle. Lo miraba todos los días y, por mucho que la joven progresara, la horrible calavera de cera del pie del pergamino seguía oscureciéndose. Calculaba que solo le quedaban unos días para volverse negra por completo.

Encontrar a Ella y obtener la ayuda de la reina de las hadas... era su única esperanza. Y la de él.

Azar se asomó de nuevo por la ventana, en busca de Isabelle. La avistó galopando por los campos, cada vez más pequeña.

—Adelante, radiante muchacha —susurró—. Cabalga con ganas. Cabalga deprisa. Aprópiate de tu camino. Date prisa.

SETENTA Y CUATRO

Madame LeBenêt estrelló la masa de pan contra la mesa como si pretendiera matarla.

—¡Dos veces, Tantine! —exclamó, resentida—. No una, sino dos veces se han aprovechado esas chicas de mi amabilidad. Primero el queso, ¡y ahora los caballos!

—Isabelle tiene buen corazón, Avara. Como tú —dijo Tantine.

Hablaba en tono tranquilizador, con expresión plácida, aunque por dentro estaba furiosa. Justo cuando tenía todo encarrilado, su plan se desmoronaba. Aquel maldito semental tendría que haber estado muerto, no pastando felizmente en el campo de los LeBenêt. La Parca se lo había comprado a una viuda pobre y lo había vendido al matadero diciéndoles que era demasiado salvaje para cabalgarlo, un asesino, por lo que el sacrificio era la única opción.

Por si el mero hecho de que siguiera con vida no fuese poco, a la hora de comer (los mismos alimentos parcos y sosos de siempre), Isabelle había anunciado que iría a París a caballo al día siguiente para intentar ver a su hermanastra. La Parca había fingido alegrarse por el deseo de reconciliación de la muchacha. Avara no había fingido en absoluto, pero Isabelle le había prometido que se encargaría de ordeñar las vacas antes de marcharse y que volvería a tiempo para ordeñarlas por la noche. Además, era domingo, el supuesto día de descanso, así que poco más podía decir Avara al respecto.

El caballo, el chico y ahora la hermanastra... ¿Estaba Isabelle abriendo sus propios caminos sola? ¿O se los había dibujado Azar en el mapa? Todavía lo tenía, por supuesto. ¿Y si había aprendido a fabricar tintas más fuertes? La Parca se estremeció al pensar en el caos que aquel sinvergüenza desataría con tal poder al alcance de la mano.

—Tres caballos ha traído del matadero, ¡tres! —se quejaba Avara, enfurecida, clavando el pulpejo de las manos en la masa con tanta fuerza que la mesa temblaba.

—¿Has visto a Losca? —le preguntó la anciana, que ya no aguantaba más la diatriba de la señora—. Tiene que remendarme una cosa.

—Estará en el jardín. Creo que es su lugar favorito —contestó Avara—.

Esa chica sí que no causa problemas. Es callada, servicial y come como un pajarillo.

La mujer dijo algo más, pero la Parca, que ya estaba fuera, no la oyó. Losca estaba en el jardín, efectivamente, sentada al lado de las tomateras: quitaba las gordas orugas verdes de las plantas y se las metía en la boca. Tenía las mejillas sonrojadas y el cuello del vestido empapado en sudor. Parecía exhausta.

—¿Dónde has estado? —le preguntó la Parca.

Losca, con la boca llena, no podía responder. Así que cogió algo que había en el suelo, a su lado, y se lo dio a su señora.

A la Parca se le iluminaron los ojos al ver lo que era: el mapa de Isabelle.

—¡Eres una muchacha maravillosa! ¿Cómo lo has conseguido?

Losca se tragó las orugas y se lo explicó a la Parca con su voz aguda y ronca: había volado hasta el *Château* Rigolade por la mañana temprano, antes de que despertaran sus residentes. Se había metido por la ventana abierta de un dormitorio y había bajado con sigilo hasta el comedor. El mapa estaba abierto sobre la mesa, aunque Azar estaba sobre él, roncando.

En la misma mesa, cerca de él, había una licorera de coñac y, a su lado, una baraja y una pila de monedas de oro.

Sin dejar su forma de cuervo, por si tenía que huir a toda prisa, agarró una esquina del mapa con el pico y tiró de él con precaución, centímetro a centímetro, hasta liberarlo. Azar había gruñido y se había movido en sueños, pero no se había despertado. Tras enrollar el mapa con el pico, Losca lo había sujetado con las garras, había salido por la ventana y había regresado volando. No pretendía aterrizar en las tomateras, pero volar tantos kilómetros con el mapa la había dejado muerta de hambre y mareada.

—Descansa, Losca, y come lo que te plazca —le dijo la Parca—. Te mereces una recompensa especial por el trabajo bien hecho. Iremos a pasear por el bosque esta noche por si encontramos algún animalillo muerto repleto de jugosos gusanos.

Losca sonrió y siguió cazando orugas.

La Parca corrió a su habitación y desplegó el mapa en la mesa. Con un

dedo torcido y arrugado recorrió el camino de Isabelle. Aliviada, comprobó que, aunque la joven se había labrado sus propios desvíos, el camino principal de su vida seguía inalterado, al igual que su fin. Azar no había logrado cambiarlos. La calavera de cera era del negro azulado del ala de un cuervo. La Parca calculaba que, dentro de cuatro días, cinco a lo sumo, estaría tan negro como una tumba.

Aun así, sabía que no era el momento de despreocuparse. ¿Y si de verdad lograba una audiencia con su hermanastra? ¿Y si Ella la perdonaba y la invitaba a vivir en palacio?

—Puede que haya llegado el momento de acelerar un poco el proceso — caviló la Parca en voz alta—. Quizá logre reducir esos cuatro o cinco días a uno.

Se sentó a la mesa, cogió una pluma y la mojó en una botella de tinta. Con movimientos precisos y expertos, esbozó nuevos contornos en el paisaje ya existente. Cuando terminó, resaltó las colinas con «Maldición», de un gris turbio, y sombreó las hondonadas con «Derrota», un morado tan oscuro y moteado como un cardenal.

Mientras trabajaba en el mapa, Losca entró en el dormitorio. Se había recuperado del esfuerzo: los ojos ya le brillaban como siempre y las mejillas lucían su habitual palidez.

—¡Ah, Losca! Me alegro de verte aquí.

Le explicó que Isabelle partiría al día siguiente hacia París y que quería que el cuervo saliera volando temprano y preparara el terreno para el viaje de la muchacha. Cuando terminó de hablar, regresó al mapa, aunque, en lugar de enrollarlo y guardarlo, frunció el ceño. Todavía faltaba algo.

Eligió otra tinta, «Destrucción», de un rojo intenso, y punteó con ella el camino de Isabelle, sin medida.

—Sí —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Con eso debería bastar. Quizá en vez de intentar evitar que la chica cambie su destino ha llegado el momento de enviarla de cabeza a él.

SETENTA Y CINCO

La raposa adelantó a Isabelle.

Entonces se detuvo y se sentó en el tocón de un árbol, a un lado de la

carretera, mientras Isabelle, que cabalgaba sobre Nero, la alcanzaba.

—Fuisteis vos, ¿verdad, Tanaquill? —preguntó al detenerse a pocos metros del tocón. A diferencia de Martin, a Nero no le daban miedo los zorros.

La zorra de ojos esmeralda parpadeó.

—Perseguisteis a Martin hasta el matadero para que viera a su viejo amigo.

Me devolvisteis a Nero. Gracias. Es uno de los fragmentos, lo sé.

La raposa alzó el hocico y ladró.

Isabelle asintió.

—Supongo que estaba equivocada desde el principio. Los pedazos no eran la bondad, la amabilidad y la caridad. Me dijisteis que me habían sacado el corazón pedazo a pedazo, pero no se puede sacar nada que antes no estuviera allí.

La zorra se lamió la pata.

—Ahora voy de camino a París. Para ver a Ella. Creo que ella también es otro pedazo —conjeturó Isabelle, a la espera de la reacción del animal. Pero si la raposa estaba de acuerdo, no dio indicios de ello.

—Nero me hizo mejor persona. Me dio valor —continuó—. ¿Y Ella? Si alguna vez fui buena, aunque fuera un poquito, es por ella.

La zorra se lamió la cola.

—Tavi cree que Felix también es un pedazo. Pero no lo es. Sé que no lo es. ¿Me podéis decir cuál es el fragmento que me falta? ¿Darme una pista? ¿Un empujoncito? ¿Algo, majestad?

La raposa giró la cabeza y observó el camino fijamente, como si viera u oyerá algo. Isabelle siguió su mirada, pero no vio qué le llamaba la atención. Cuando volvió de nuevo la vista hacia el animal, la criatura había desaparecido.

—Ahora hablo con los zorros. Es casi tan malo como hablar con las coles — dijo, y Nero y ella siguieron su camino. Ya habían recorrido diez de los treinta y dos kilómetros que los separaban de la ciudad, y la muchacha se había pasado todo el camino preguntándose si estaría loca.

Todo el mundo pensaba que ir a ver a Ella era una malísima idea. Tantine le dijo que los guardias no le permitirían pasar. Tavi le dijo que

Ella no quería verla. *Madame* le dijo que le robarían, la asesinarían y la tirarían en una zanja antes de recorrer medio camino.

Solo a *maman* le pareció buena idea. Le dijo a Isabelle que buscara a un duque con el que casarse mientras estuviera allí. Y, por supuesto, el marqués quería que fuera.

Su resolución vaciló durante un momento, aunque después recordó al marqués encima de su carruaje en marcha, con el viento tirándole de las trenzas e hinchándole la chaqueta.

La mayoría habría gritado de terror; él se reía a mandíbula batiente y alzaba los brazos al cielo.

Recordaba sus ojos chispeantes y que, cuando la miraba con ellos, sentía que la suerte estaba de su parte, que todo era posible.

Entonces chascó la lengua y urgió a Nero a seguir.

Llevaban algo más de un kilómetro a medio galope cuando vieron a un hombre caminar por el borde de la carretera. Era un domingo tranquilo, así que apenas habían visto a nadie más, salvo por unos cuantos carros y carruajes.

No le dio demasiada importancia al hombre hasta que se acercaron y se percató de que reconocía la forma de sus hombros y sus grandes zancadas.

Era Felix.

Se le formó un nudo en el estómago. No quería verlo. Siempre que pasaban juntos más de dos minutos, algo malo sucedía. Discutían. Gritaban. Él la había besado y después se había ido. Podía ser asombrosamente amable o increíblemente cruel.

Isabelle decidió adelantarlo al galope y fingir no haberlo visto, pero entonces él oyó que se acercaba un jinete y se volvió; así que la joven perdió su oportunidad.

—Isabelle —dijo sin emoción alguna al darse cuenta de que era ella. Al parecer, tampoco se alegraba demasiado de verla.

—Hola, Felix —respondió con frialdad—. Voy a París. Me temo que no tengo tiempo para pararme.

—Qué pena.

Su tono de voz la irritó, así que frunció el ceño, aunque Felix no vio su reacción pues no la miraba a ella, sino a Nero.

El caballo había enderezado las orejas al oír la voz del joven. Trotó hasta él, lo olisqueó y dejó escapar un resoplido.

—Gracias, chico —le dijo Felix, riéndose mientras se limpiaba el húmedo aliento de caballo de la cara.

Se le había ablandado la expresión. Isabelle sabía que adoraba a Nero y que su amor era correspondido. El caballo bajó la cabeza para invitarlo a que le rascara las orejas. El enojadizo Nero, que evitaba el contacto de todo el mundo salvo el de Isabelle, el que era más propenso a morder y cocear que a comportarse.

«Chaquetero», pensó Isabelle.

—¿Por qué vas a París?

—A ver a Ella.

Felix alzó la vista bajo el ala de su sombrero.

—Una audiencia con la reina. No es algo que pase todos los días. ¿Cuándo te ha convocado?

—Bueno, no ha sido así exactamente —vaciló—. No me ha convocado.

—¿Así que vas a pasarte a ver a la reina de Francia, sin más?

El tono escéptico del muchacho la hizo vacilar, y eso la irritó más todavía. De nuevo se preguntó si la idea del marqués no sería un poco loca. Y si ella no lo estaría también.

—Voy a intentar verla —se corrigió—. Lo necesito. Tengo... tengo que decirle una cosa.

—¿Isabelle?

—¿Qué?

—Sea lo que sea lo que le tengas que decir a Ella..., díselo, no se lo grites. Hay guardias en palacio. Muchos. Con espadas y fusiles. Tampoco les lances cosas. Ni huevos ni nueces.

—¿Adónde vas tú? —preguntó ella de mal humor, deseando cambiar de tema. Estaba claro que Felix se había enterado del incidente con los huérfanos.

—También voy a París —respondió mientras acariciaba el cuello de Nero—.

Voy a entregar una cara. Bueno, media cara.

—¿Otro herido de guerra? —preguntó Isabelle, olvidada su irritación por un momento.

—Sí, la metralla le ha destrozado la mejilla izquierda a un capitán. Y el ojo. No puede salir a la calle, la gente se le queda mirando. Se apartan de él. He fabricado media máscara para tapar la herida. Espero que ayude.

Isabelle estaba a punto de responder que seguro que así sería, pero él se le adelantó.

—Nero está sudando —dijo con el ceño fruncido—. Deberías bajar y caminar un rato. Dale un descanso. Todavía os quedan muchos kilómetros para llegar a París.

—¿Me estás diciendo cómo tengo que cuidar de mi propio caballo? —preguntó Isabelle, aunque también se inclinó hacia delante para tocarle el cuello a Nero.

—Sí. —Isabelle, casi hirviendo de rabia, no cedió.

—¿Te da miedo? —le preguntó Felix en tono de mofa.

—¿El qué?

—Que vuelva a besarte.

Isabelle le lanzó una mirada asesina, aunque se bajó del caballo porque él estaba en lo cierto, maldito fuera: Nero estaba sudando un poco.

—Tú eres el que tienes miedo —respondió ella mientras pasaba las riendas por encima de la cabeza del caballo para conducirlo desde el suelo.

—¿Ah, sí?

—Tiene que ser eso, porque cada vez que me besas, huyes.

Felix resopló, lo que fue un error.

El gesto grosero, el desdén de su cara..., consiguieron llevar la rabia de Isabelle a ebullición. Se paró de golpe en medio de la carretera, le enganchó un brazo al cuello y tiró de él. El beso que le dio no fue ni dulce ni suave; fue un choque caliente y duro, lleno de furia y deseo.

Lo besó con todo lo que tenía dentro hasta que ya no pudo respirar y lo soltó.

Felix trastabilló hacia atrás. Se le cayó el sombrero.

—Corre. Ve —le dijo ella, señalando la carretera—. Es lo que haces siempre.

El dolor se arremolinaba en los ojos de Felix. A Isabelle le dolía saber que ella era la causante, aunque no podía refrenar la ira que sentía. La

había contenido durante demasiado tiempo.

—¿Por qué, Felix? Solo dime por qué —le exigió—. Me lo debes. ¿Cambiaste de idea? ¿Encontraste otra chica mejor? ¿Una chica bonita?

La expresión de Felix era la de alguien que había recibido una puñalada en el corazón.

—No, Isabelle. Esperé. Solo en el bosque. Noche tras noche. A que acudiera alguien que me juró que acudiría y nunca lo hizo. Esperé hasta que empezó el frío y tuve que abandonar el bosque silvestre y Saint-Michel para buscar trabajo. Creía que eras tú la que había cambiado de idea. Que habías encontrado a un chico rico. Al hijo de un noble.

La incertidumbre correteó por el corazón de la muchacha como ratoncitos por una pared.

—Eso no es verdad —dijo despacio mientras negaba con la cabeza—. Después de que *maman* nos descubriera y obligara a tu familia a marcharse, me dijiste que volverías a por mí. Me prometiste dejar un mensaje en el tilo, pero no lo hiciste.

Felix se pasó una mano por el pelo. Miró al cielo.

—Dios mío. Todo este tiempo... Durante todo este tiempo has pensado que...

—Sí, Felix, pensé que me amabas —respondió ella con tono amargo.

—Pero, Isabelle, sí que te dejé una nota.

SETENTA Y SEIS

Isabelle negó con la cabeza.

Era como pisar un estanque que parecía congelado por completo y, de repente, notar que el hielo se resquebrajaba bajo tus pies.

—No —insistió—. Lo comprobé. Todas las noches.

—Y yo esperé todas las noches. Justo donde te dije que estaría. Donde vimos a la cierva y sus cervatillos.

—No, no es verdad —dijo Isabelle, aunque con menos convicción.

—Lo es, te lo juro.

—Entonces, ¿qué pasó con la nota?

—No... no lo sé —respondió él, alzando las manos al cielo—. No entiendo cómo podría haberle pasado algo. Me preocupaba que saliera volando, así que le puse una piedra encima para evitarlo.

«No puede ser cierto. Debe de estar mintiendo —pensó Isabelle—. No tiene sentido».

Hasta que, de repente, lo tuvo. El hielo se rompió, y la helada conmoción de la verdad arrastró a Isabelle bajo el agua.

—*Maman* —dijo—, siempre estaba vigilando. Seguro que te vio esconderla. Seguro que la cogió y la quemó.

Isabelle sentía que se ahogaba. El dolor, la pena, la amargura... Todas esas emociones que había arrastrado durante años, emociones que habían sido tan reales para ella, ahora veía que eran falsas. Sin embargo, un sentimiento nuevo amenazaba con arrollarla, con atraparla y enredarla, con ahogarla en sus profundidades: la melancolía.

Se vio corriendo al tilo noche tras noche con la vana esperanza de encontrar una nota. Vio a Felix esperándola en el bosque silvestre. Y después vio a los dos rendirse. Creer lo peor el uno del otro. Y de sí mismos.

—Ay, Felix —dijo, y su voz angustiada no era más que un susurro—. Si hubiera encontrado esa nota... ¿Cómo habrían sido nuestras vidas? Ahora estaríamos en Roma, felices.

—Puede que viviendo junto a un mar turquesa en Zanzíbar. O en lo alto de una fortaleza de montaña en el Tíbet. —Se rio él, sin ganas—. O muertos. De hambre. Por congelación o pura estupidez. Tampoco es que planeáramos mucho el viaje. Yo tenía ahorradas unas cuantas monedas. Tú ibas a llevar huevos duros y tarta de jengibre.

Isabelle estaba desesperada por liberarse, por salir a la superficie, por encontrar algo de esperanza en el agua oscura y turbulenta, y usarla para emerger. ¿Podría?

Puso una mano en el pecho de Felix. Sobre su corazón. Y después lo besó.

—¿Vas a marcharte otra vez? —le preguntó después, apoyando la frente en su pecho—. No lo hagas. Prométeme que no lo harás.

—No te puedo prometer eso, Isabelle.

Ella alzó la mirada, afligida, e intentó retirarse, pero él le agarró la mano y se la sujetó con fuerza.

—Voy a dejar a maese Jordan y Saint-Michel. Me marcho de Francia —dijo a toda prisa.

—No... no lo entiendo...

—Me voy a Roma, Isabelle. A convertirme en escultor, como siempre he querido. —Se llevó su mano a los labios y la besó—. Ven conmigo.

SETENTA Y SIETE

Isabelle y Felix caminaban en silencio por la carretera, con Nero detrás.

Había pasado media hora desde que le pidiera a Isabelle que se fuera con él a Roma.

Al principio, ella se había reído, pensando que se trataba de una broma impulsiva, pero no había tardado en darse cuenta de que iba en serio.

«Tengo trabajo con un maestro escultor —le había explicado Felix—. Me escribió hace un mes. Me encargaría de las peores tareas, las que nadie más quiere hacer, pero es un comienzo. Ya he dado aviso y he comprado el billete».

«Felix, ¿cuándo...? ¿Cómo...?», había preguntado ella, aturdida.

«He estado ahorrando el dinero que he ganado con cada trabajo de los últimos dos años. Con todos los pies, manos, ojos y dientes que he tallado por mi cuenta. Y con el ejército de madera. Lo he vendido. Lo ha comprado un noble de París, que ya ha enviado el dinero. Solo me quedan tres oficiales para terminarlo. En cuanto le envíe su trabajo, su criado vendrá a recogerlo. —Hizo una pausa y añadió—: Basta para comprarte a ti otro billete. Para alquilar un desván en alguna parte. Ven conmigo».

Isabelle quería decir que sí más que nada en el mundo, pero era imposible y lo sabía.

«No puedo ir, Felix. Mi madre ha perdido la cabeza, y la de Tavi siempre está en las nubes. Si me marchó, ¿quién cuidará de ellas? Apenas logramos sobrevivir tal como estamos. Sin mí no durarían ni una semana».

—No puedo recuperarte para perderte de nuevo —repuso él tras aquellos minutos de silencio—. Tiene que existir un modo. Lo encontraremos.

Isabelle logró esbozar una sonrisa, aunque no tenía ni idea de cuál sería ese modo.

—Tengo que irme —dijo.

Felix iba a pasar la noche en la ciudad, en la casa del capitán para el que había fabricado la máscara, pero ella tenía que llegar a París y regresar a SaintMichel en un día.

—Quédate otro kilómetro conmigo. Ahí está la señal —dijo, señalando con la cabeza un poste blanqueado que estaba más adelante—. Estamos casi a medio camino.

—De acuerdo. Un kilómetro más.

Unos minutos después dejaron atrás el poste. Sobre él, un cartel nuevo y recién pintado señalaba el camino a París, a la izquierda. Otro, a Malleval, a la derecha. Sin mirarlo apenas, Isabelle y Felix torcieron a la izquierda.

De no haber estado sus emociones tan a flor de piel, de no haber estado tan distraídos hablando de Roma, de no haberse parado en medio de la carretera para otro beso, quizá se hubieran fijado en que el cartel no solo era nuevo, sino que la pintura blanca todavía estaba húmeda. Y que unas letras negras espectrales asomaban por debajo: París debajo de Malleval y Malleval debajo de París.

Quizás hubieran visto las huellas de botas en la base del cartel y la tierra removida a pocos metros de él. De haberse molestado en escarbar en esa tierra, habrían encontrado dos botes de pintura vacíos y dos brochas usadas, todo robado aquella mañana temprano en una granja cercana.

Pero no vieron nada de eso, así que siguieron su camino.

En cuanto estuvieron lo bastante lejos, el cuervo negro como el carbón que había estado posado en una rama frondosa aleteó con ganas y salió volando.

No necesitaba quedarse. Su señora se lo había dicho.

La muchacha y el joven que iba con ella no regresarían.

SETENTA Y OCHO

Lo primero que llamó la atención de Isabelle fue el humo.

Olor a heno quemado. Acre y fuera de lugar en la brisa veraniega.

Los granjeros quemaban sus campos para librarse de malas hierbas y rastrojos en otoño, cuando tocaba la cosecha. No en agosto.

—¿Hueles eso? —preguntó a Felix.

—Sí —respondió él mientras miraba a su alrededor en busca del origen del humo.

Nero relinchó, inquieto. Tiró de sus riendas. Isabelle se percató de que nada de lo que los rodeaba le resultaba familiar. Había ido antes a París, varias veces, para comprar vestidos con Tavi y su madre, pero no recordaba aquel enorme huerto de manzanos a la derecha de la carretera. Ni el viejo granero de piedra a medio derruir de la izquierda.

—Vamos por la carretera correcta, ¿no? —le preguntó a Felix al darse cuenta de que apenas había mirado la señal.

—Seguro. Recuerdo haber visto que el cartel de París señalaba a la izquierda. Y por ahí hemos ido.

Siguieron caminando. Unos minutos después divisaron otra señal. Un hombre estaba sentado bajo ella, con la espalda apoyada en el poste de madera y la cabeza gacha, descansando. Llevaba la ropa basta de los granjeros: botas maltrechas, pantalones largos, camisa roja. El sombrero de paja le tapaba la cara.

Al acercarse, vieron que en el poste solo había una señal en la que se leía Malleval.

—No puede estar bien —dijo Felix—. Malleval está en dirección contraria.

Isabelle decidió preguntar. Le dio las riendas de Nero a Felix y se acercó al hombre que descansaba.

—Perdonadme, señor, ¿es esta la carretera que lleva a París?

El hombre no respondió.

—Está dormido como un tronco —dijo Isabelle.

Odiaba tener que despertarlo, pero necesitaba saber dónde estaban y no podía perder más tiempo.

—¿Señor? Perdonadme... —dijo.

Pero el hombre siguió durmiendo. Isabelle se agachó y le sacudió un poco el brazo. El sombrero le salió volando. La cabeza le cayó sobre el hombro de un modo muy poco natural. Su cuerpo se volcó como si fuera un saco de harina.

Entonces fue cuando Isabelle se dio cuenta de que no echaba la siesta ni llevaba una camisa roja: vestía una camisa blanca que se había tornado roja. Le habían cortado el cuello de oreja a oreja. La sangre le había

brotado en cascada de la herida y le había empapado la pechera. Todavía goteaba.

El terror se apoderó de ella.

—¡Que alguien nos ayude! Por amor de Dios, ¡ayuda! —gritó.

Felix acudió al instante a su lado y se quedó pálido al ver al hombre muerto. Agarró a Isabelle del brazo y tiró de ella. A Nero, al oír los gritos y oler la sangre, se le desorbitaron los ojos. Isabelle se lo quitó a Felix para intentar calmarlo mientras el joven gritaba de nuevo pidiendo ayuda. Nadie respondió. Nadie acudió.

Se levantó la brisa y, con ella, llegó el olor a humo. Fue como una bofetada; le devolvió la cordura a Isabelle. Se percató de lo estúpidos que habían sido.

—El que haya matado a este hombre sigue cerca —le dijo a Felix—. Y acabamos de avisarlo de que estamos aquí.

—Si ese cartel está en lo cierto, Malleval debe de estar a poca distancia —respondió el muchacho—. Allí estaremos a salvo. Podemos contarles lo sucedido. Enviarán a alguien a por este pobre hombre.

Tras echar un temeroso vistazo a su alrededor, Isabelle puso el pie en el estribo. Felix la empujó hasta la silla y se subió detrás de ella.

—Adelante —dijo mientras se aferraba a su cintura.

Isabelle espoleó a Nero, que galopó el kilómetro y pico que los separaba del pueblo. Sin embargo, cuando lo tuvieron a la vista, se detuvo, alzó la cabeza y dejó escapar un relincho ensordecedor.

Isabelle abrió mucho los ojos. Se llevó una mano al pecho.

—No —susurró—. Por Dios bendito, no...

No recibirían ayuda de los habitantes de Malleval.

Ni entonces ni nunca.

SETENTA Y NUEVE

Isabelle se bajó del caballo y avanzó dando tumbos por los campos de trigo que bordeaban Malleval, como si estuviera borracha. Felix la siguió.

Nero se quedó en la carretera, donde lo habían dejado, con las riendas arrastrándose por el polvo.

Tirados en la tierra, entre los tallos cortados de trigo, había cadáveres. De hombres, mujeres y niños. Les habían disparado y apuñalado. A muchos, por la espalda. Había un hombre con un agujero enorme en el costado, todavía agarrado a su horqueta. Había una anciana con una herida de bayoneta en el pecho.

El humo gris se arremolinaba por encima de ellos. Los hogares de la aldea, sus establos y granjas, tenían tejados de paja, y todos ardían.

Empezó a temblar con tanta violencia que era incapaz de parar. Le cedieron las piernas. Cayó sobre el trasero al lado de una madre muerta con su hijo muerto. Un sonido agudo le subió del pecho a la garganta hasta salir convertido en un aullido salvaje de dolor, seguido de unos sollozos estrangulados. Se dobló sobre sí misma, agarrada a la tierra del suelo, y lloró.

Un rato después (¿minutos, una hora?) oyó voces. Voces de hombres. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. No eran de Felix. Él cargaba con una anciana ensangrentada por un campo, corriendo con ella hacia una de las casas que no ardían.

Entonces, Isabelle vio a los hombres. Soldados. Se habían reunido al borde del campo, donde hablaban y reían. Algunos sostenían las riendas de sus caballos; otros, sacos con lo que habían robado.

Uno de ellos se volvió, vio a la muchacha y esbozó una fea sonrisa. Empezó a caminar hacia ella a través del humo, de la lluvia de ceniza, como un demonio surgido del infierno. Dos más fueron a seguirlo, pero les indicó que pararan. Ella iba a ser su juego, solo para él.

Aunque nunca lo hubiera visto antes, lo conocía. Por los rumores y las historias. Por una visión que tuvo cuando un carro cargado de soldados heridos pasó junto a ella camino de Saint-Michel. Blandía una espada en una mano y un escudo en la otra. No llevaba chaqueta. Tenía el chaleco de cuero y la camisa blanca manchados de sangre; el pelo, negro con vetas

de plata, peinado hacia atrás; una cicatriz le arrugaba la mejilla; y sus ojos ardían con un fuego oscuro.

Era Volkmar.

Dentro de Isabelle, debajo de su corazón, el lobo dormido despertó.

OCHENTA

Estaba aterrada. Iba a morir; lo sabía. Sin embargo, no pensaba huir; se enfrentaría a Volkmar.

Se puso en pie a toda prisa y, mientras buscaba un arma, rezó por que Felix se quedara con la anciana dentro de la casa. Tenía que haber algo con lo que luchar: una horqueta, una pala, un rastrillo. Apuntaría al cuello de Volkmar, si podía. A su muslo. A su muñeca. Haría todo lo posible por herirlo.

Volkmar se acercó. El corazón de Isabelle intentaba salirse del pecho. La sangre le bombeaba en las orejas como un tambor. No obstante, por encima de todo aquello, oyó otro ruido: tela al rasgarse. Notó un peso repentino que le tiraba de la ropa.

Miró abajo y vio que el bolsillo se le había roto. Porque la nuez estaba creciendo.

Isabelle la sacó a toda prisa antes de que le destrozara el vestido. Al hacerlo, se aplastó y dilató hasta medir la mitad que ella. Unas correas de cuero aparecieron en el lado que tenía más cerca. Se dio cuenta de que sostenía un escudo. Metió los brazos por las correas y lo levantó sobre la cabeza.

Justo a tiempo.

Una fracción de segundo después, la hoja de Volkmar cayó sobre él. Isabelle ahora era fuerte, tenía los brazos musculosos gracias a las interminables labores de la granja, así que consiguió mantenerse firme. Sin el escudo, el golpe la habría partido por la mitad.

Se metió la mano de nuevo en el bolsillo al recordar el primer regalo de Tanaquill. Sus dedos se cerraron en torno al hueso. Lo sacó y, al hacerlo, se transformó en la misma temible espada que había usado para defenderse del ladrón de pollos.

—¡Cobarde! —le escupió—. ¡Asesino! ¡Era gente inocente!

El horror y la pena se habían esfumado. Ahora su cuerpo era rabia pura.

La sonrisa de Volkmar se transformó en un rugido. Las palabras de la joven lo habían ofendido, así que no bastaría con atravesarle el corazón, sino que apuntaría al cuello y le cortaría la cabeza de un tajo.

Alzó la espada, como ella sabía que haría. Isabelle se agachó, y la hoja de Volkmar le pasó por encima de la cabeza. Las piernas de la joven la impulsaron para enderezarse de nuevo, y la punta de su espada le acertó en el costado y le dejó un corte irregular en las costillas. El hombre aulló, sorprendido, y retrocedió tambaleándose.

A Isabelle el corazón le latía como un tambor de guerra. La sangre le zumbaba.

Volkmar se llevó la punta de los dedos a la herida. Se le mancharon de rojo.

—La rata tiene dientes afilados —dijo, y cargó contra ella de nuevo.

La muchacha era consciente de que solo le quedaba una oportunidad. La próxima herida que le infligiera no podía ser un mero arañazo.

Alzó la cabeza y levantó la espada, pero, antes de usarla, se oyó una corneta. Dos hombres se acercaban al galope por el campo a su izquierda, seguidos de un caballo sin jinete.

—¡La caballería del rey! —gritó uno de ellos—. ¡Subid! ¡Deprisa!

Los jinetes pasaron junto a ellos, el caballo sin montura frenó a medio galope, y Volkmar tiró sus armas y lo agarró por la brida. Corrió junto al animal unos cuantos pasos y después se subió a la silla de un salto. Y, en un instante, los tres desaparecieron entre el humo.

Isabelle bajó la espada y el escudo. Al hacerlo, volvieron a ser una quijada y una cáscara de nuez. Se los guardó en el bolsillo. Unos segundos después, cuarenta soldados a caballo entraron galopando en la aldea, rodearon a Isabelle y le preguntaron por lo sucedido. Ella se lo contó, señaló la dirección por la que había huido Volkmar y les pidió que se apresuraran.

El capitán gritó órdenes a sus hombres y salieron a toda velocidad.

La joven los observó marcharse y deseó cabalgar con ellos y perseguir a Volkmar. Después, mareada y agotada, fue en busca de Felix. Ahora estaba atendiendo a un hombre moribundo: se había quitado la camisa para apretarla contra el costado del desconocido e intentar así evitar que lo que le quedaba de vida se le derramara por el suelo.

Mientras Isabelle lo observaba, arrodillado entre la obscena cosecha de muertos, con el cuerpo manchado de sangre y el rostro surcado de lágrimas, un dolor profundo e intenso le arrancó un grito. Era peor

que todo lo que había sucedido aquel día. Se llevó una mano al pecho. Se dobló con la respiración acelerada para intentar calmarse.

Dentro de ella, el lobo, al que se le había negado lo que era suyo por derecho, enseñó los afilados dientes y le desgarró el corazón.

OCHENTA Y UNO

El grito desbocado destrozó la plácida tarde.

Al grito lo siguieron un fuerte estruendo y el ruido de pies al correr.

La Parca, que pelaba manzanas en la mesa de la cocina, levantó la vista, alarmada. Avara, que removía una sopa al fuego de la chimenea, dejó caer el cucharón en las cenizas.

—¿Qué demonios pasa ahí fuera? —gritó—. ¡Hugo! ¡Huuugo!

La Parca y Avara llegaron juntas a la puerta y vieron un cuenco de cerámica roto a los pies de los escalones de piedra. Unos guisantes verde chillón yacían desparramados a su alrededor. Dos gallinas habían acudido a toda prisa y los picoteaban con fruición.

La Parca no tardó en ver que la del grito había sido *maman*, y Tavi la que había soltado el cuenco. Corrían por el camino. Dos figuras se acercaban por él. La primera, Felix, sin camisa, el largo cabello castaño mojado y lacio, suelto sobre la espalda; llevaba los pantalones manchados de sangre y la mirada hacia el interior, como concentrado en algo que solo él veía. Llevaba un brazo sobre el cuello de Isabelle, posesivo, protector, como si temiera que se la arrebatasen. La falda de Isabelle estaba manchada de carmesí, y tenía la cara cubierta de sudor y tierra. El pelo, salpicado de ceniza, se le había soltado del cuidadoso moño.

—Por todos los santos, ¿qué ha pasado? —gritó Avara, que sorteó el destrozo de los escalones para unirse a los demás.

Hugo salió de los establos, limpiándose las manos en un trapo. Lo dejó caer y corrió al ver a Isabelle y a Felix.

La Parca se quedó en el umbral.

—No puede ser —siseó entre dientes—. ¿Cómo puede seguir viva?

Al percatarse de que quedaría como una desalmada si permanecía donde estaba, la Parca también corrió al camino. *Maman* lloraba y apretó el rostro de Isabelle entre sus manos un minuto mientras preguntaba por el nombre del valiente caballero que estaba con ella. Tavi la mandó callar.

Felix se disculpó por ir con el pecho descubierto y tan sucio. Se había dejado la camisa ensangrentada en Malleval y había intentado lavarse bajo la bomba de agua del pueblo, pero no se había ido todo. Después les contó lo sucedido. Que habían acabado en Malleval después de que

Volkmar masacrara a sus habitantes. Que Isabelle había encontrado de algún modo una espada y un escudo y se había enfrentado a él. Que habían descartado sus planes de ir a París y habían reemprendido el largo camino de vuelta a casa.

Cuando terminaron, todos guardaron silencio. Nadie hablaba.

Entonces, Tavi, con la voz temblorosa de rabia, dijo:

—Podrían haberte matado, Isabelle. ¿En qué estabas pensando?

—En que quería matar a Volkmar —respondió ella con voz monótona y sombría—. En que quería sacarle su negro corazón y verlo desangrarse a mis pies. En eso estaba pensando.

En silencio y con la mirada vacía, condujo a Nero a los establos para quitarle los arreos.

Todos la observaron alejarse, y después Hugo se volvió hacia Felix y dijo:

—Entra. Siéntate. Bebe algo.

—Voy al campamento —respondió él tras negar con la cabeza—. Para avisar al coronel Cafard. Cuanto antes llegue, mejor.

Hugo insistió en llevarlo. Le explicó que estaba a punto de ir para allá de todos modos, ya que el cocinero le había mandado a alguien pidiendo leche. Como los hombres habían partido al frente aquella mañana, habían usado todos los carros del campamento para transportar tiendas, personas y munición. No quedaba nadie que pudiera ir a por comida para los que quedaban.

Felix le dio las gracias y le pidió una camisa prestada. En circunstancias normales, Avara habría protestado y habría importunado a Felix diciéndole que no la manchara ni desgastara los codos, pero no se quejó en ningún momento. La preocupación le arrugaba la piel alrededor de los ojos, y su mirada vagaba por sus campos, sus huertos, su ganado y su hijo.

La Parca sabía lo que pensaba, lo que todos pensaban: Malleval se encontraba a poco más de quince kilómetros.

—Volkmar no vendrá aquí —la tranquilizó; la mentira le brotó de los labios como si nada—. No se atreverá, no con el coronel Cafard acampado a las afueras del pueblo.

Avara asintió, aunque las arrugas permanecieron.

—Tienes razón, Tantine. Claro que sí —dijo. Después respiró hondo—.

Octavia, ¡me has roto el cuenco! ¿Tienes idea de lo que cuesta? ¡Limpia este destrozo y desenvaina el resto de los guisantes! —exclamó, aunque su voz había perdido el tono agrio habitual.

Tavi se agachó para recoger los pedazos de barro. Hizo una bolsa con el delantal y los echó dentro. Su madre la ayudó. Avara regresó a su sopa.

Y la Parca se quedó fuera, observando a Felix ponerse la camisa de Hugo y subirse al carro a su lado. Mientras los dos jóvenes se alejaban por el camino, los brillantes ojos de la anciana buscaron a Isabelle por el patio. La localizaron junto al estanque. Había llevado a Nero hasta el agua, y el caballo se había metido hasta los hombros y estaba bebiendo.

Isabelle se metió detrás de él, vestida salvo por las botas y las medias. Mientras la Parca la observaba, se sumergió. Después salió, se sentó en la orilla, se restregó las manchas de sangre del vestido y se restregó las manos con fuerza, como si lo que las manchara no fuera a limpiarse nunca.

Cuando terminó, agachó la cabeza y lloró. A pesar de la distancia, la anciana vio que le temblaban los hombros y se le estremecía el cuerpo.

«¿Cómo es posible que Volkmar no lograra matarla? —se preguntó—. No es más que una muchacha. Una muchacha que se desmorona después de ser testigo de un baño de sangre».

La Parca quería obtener la respuesta a aquella pregunta. Tras excusarse diciendo que estaba cansada por culpa del alboroto, abandonó el cuenco de manzanas, se encerró en su habitación y sacó el mapa de Isabelle del baúl. Se movía en silencio. Losca estaba dormida en una cama nido, con la cabeza bajo el brazo.

Alisó el mapa sobre la mesa, se sentó y lo examinó.

Había intentado recortar el camino de Isabelle hacia la muerte, pero no había funcionado. ¿Eran sus tintas? Quizá los ingredientes no fueran de la mejor calidad. La luz era mala en aquel cuarto; puede que su arte se hubiera visto afectado por ello.

Pero no, no era ninguna de las dos cosas. Los ojos expertos de la Parca encontraron el problema. Había dibujado un camino nuevo para Isabelle, un atajo a Volkmar a través de Malleval, e Isabelle lo había seguido... casi hasta el final. En el último momento se había desviado y había regresado a su antiguo camino.

La Parca se acomodó en la silla y tamborileó en el brazo. «¿La he subestimado?», se preguntó.

Isabelle se había negado a abandonar a su madre en una casa en llamas. Había salvado las vidas de tres caballos a expensas de su propia libertad. Se había enfrentado a Volkmar. No era la misma chica que había permanecido impasible mientras *maman* convertía a Ella en una criada o que había encerrado a su hermanastra en su dormitorio cuando el príncipe acudió a buscarla. Si hasta caminaba más erguida, con más confianza...

«Al menos no ha logrado ver a Ella», pensó, aliviada. Era el único punto positivo del día.

No obstante, el muchacho, el primer fragmento, la preocupaba. Le había echado el brazo por encima durante el camino a casa. Parecían haber intimado. La Parca consultó el mapa de nuevo para examinar mejor el desvío que había tomado y después estrelló un puño en la mesa. El ruido despertó a Losca, que se enderezó con los ojos relucientes, entre parpadeos.

—¡Se han reconciliado! —exclamó la anciana. El chico le había fabricado una zapatilla. Por eso caminaba más erguida—. ¡Si hasta le ha pedido que se vaya con él a Italia! —Miró de nuevo el mapa—. Le respondió que no podía... Eso es bueno. Aunque él le ha prometido encontrar un modo. —Sacudió la cabeza, disgustada—. ¿Y si lo consigue? ¿Y si Isabelle se marcha?

La Parca se levantó y se puso a dar vueltas.

—Eso no puede ocurrir.

Sabía que debía encontrar el modo de mantener a la joven en Saint-Michel, pero se estaba quedando sin trucos. Acalorada por sus paseos, se acercó a la ventana para abrirla. Era un marco con ventana batiente y bisagras metálicas, una de las cuales emitía un desagradable chirrido.

—Tengo que ir detrás de Hugo para arreglarlo —masculló.

Hugo.

La Parca se volvió rápidamente, corrió a su escritorio y garabateó una apresurada nota en un trozo de pergamino.

—¡Arriba, chica! —le ladró a Losca cuando terminó.

Losca se levantó y se alisó el vestido.

—Lleva esto a *monsieur* Albert, director del banco de Saint-Michel. Estará en casa dando cuenta de su cena de los domingos. Necesito una buena suma de dinero. Más de lo que guarda en su cámara. Tardará un par de días en reunirlo, sin duda, y debemos darnos prisa. ¡Corre! ¡Ve!

Acompañó a Losca más allá de su dormitorio, atravesó con ella la casa, dejaron atrás a Tavi, que desenvainaba guisantes, y bajaron por el camino mientras le daba instrucciones para llegar a la casa de *monsieur* Albert. La joven echó a correr con la carta en la mano.

La Parca la observó hasta que desapareció por la carretera y después regresó a la casa. Un movimiento le llamó la atención: era Isabelle, que montaba a Nero por el prado. Había fabricado un espantapájaros con el cuerpo de ramas y una col por cabeza. Estaba subido a un poste de la valla, que había clavado en una zona blanda del suelo. La muchacha llevaba algo en la mano derecha. La anciana entornó los párpados y vio que se trataba de una vieja espada que pertenecía a *monsieur* LeBenêt y que había estado colgada en los establos.

Mientras la observaba, Isabelle cargó contra el espantapájaros con la espada en alto y le cortó la cabeza. Después tiró de Nero con fuerza para dar media vuelta y cargó de nuevo. El espantapájaros perdió un brazo. Después le cortó el torso en dos. A la Parca no le gustaba lo que veía.

El semblante se le oscureció aún más cuando volvió a pasar junto a Tavi y vio que usaba los guisantes desenvainados para formar ecuaciones. Contempló a la chica.

Unas semanas antes, después del incidente del queso, Hugo había acudido a ella para quejarse amargamente de Tavi, y le había pedido a la anciana que la casara con alguien.

Entonces le había parecido innecesario, pero quizá hubiera llegado el momento de prestar atención a la sugerencia de Hugo. Con unas ligeras modificaciones.

Una boda sería un feliz acontecimiento.

—Para todos —susurró, enigmática—, menos para los novios.

OCHENTA Y DOS

—De nuevo desde el principio. ¡Ponedle pasión! —gritó Azar.

Estaba de pie frente a su escenario, con un vaso en la mano,

pendiente del ensayo de sus actores. Lo estaban haciendo fatal: perdían su pie, mezclaban los diálogos. La luz de las antorchas le bailaba en la cara y le marcaba nuevas arrugas alrededor de los ojos.

—¡Más alto, por favor! —chilló mientras alzaba la mano con la palma hacia arriba—. ¡Apenas os oigo!

La pitonisa gritó sus líneas. La actriz y la diva se le unieron en el escenario y dijeron las suyas a toda prisa. Azar les marcó un tempo rápido con palmadas para acelerarlas.

Una de las candilejas, a la que le faltaba la campana de cristal, estaba demasiado metida en el escenario. La falda de la pitonisa la rozó, la tela prendió, y el tragasables le gritó agitando las manos. Después corrió a apagar las llamas a pisotones. Asustada por el fuego, la pitonisa huyó, aunque no antes de que el pie del tragasables hubiera bajado sobre su dobladillo. Se oyó el desgarró de la tela y, de repente, la mujer se encontró en medio del escenario con las enaguas al aire.

El tragafuegos, en lo alto del cordaje, se asomó para ver lo que pasaba, perdió el equilibrio y cayó. El pie se le enredó en una de las cuerdas que estaba unida a un fondo pintado. El fondo salió disparado hacia arriba y se hizo añicos contra el cordaje. Sobre el escenario llovieron las astillas, que tiraron al suelo la peluca de la diva y la corona de la actriz. El tragafuegos se quedó colgado a pocos centímetros de las tablas del escenario.

Azar cerró los ojos. Se pellizcó el puente de la nariz. El mapa de Isabelle había desaparecido. No le cabía duda de que la Parca lo estaba usando para acelerar el destino de la chica. Y ¿qué hacía él? Presidir una obra desastrosa. Abrió los ojos.

—Que alguien lo baje de ahí, por favor —dijo, señalando al tragafuegos, que seguía colgado boca abajo rotando en lentos círculos, como una plomada humana.

—Díselo tú —susurró una voz detrás de Azar.

—No, díselo tú.

—¿Dónde está el coñac? Vamos a llenarle la copa. Las malas noticias siempre se digieren mejor con una copa de coñac.

—Deberías decírselo tú, de verdad.

Azar se volvió.

—¿Decirme el qué?

El cocinero y la maga estaban detrás de él, con aire solemne.

—Isabelle no llegó a París —dijo la maga—. No vio a Ella.

Azar soltó un improperio. Después se volvió de nuevo hacia el escenario y lanzó la copa contra un árbol. Todos los actores dejaron de hacer lo que estaban haciendo. La compañía guardó silencio.

Azar echó la cabeza atrás y se tapó los ojos con las manos. Se sentía a un vacilante paso de la derrota.

—Tiene que ser la obra —dijo al bajar las manos—. Es mi última baza, lo único que me queda para convencer a Isabelle de que puede labrarse su propio destino. Si eso fracasa, yo fracaso. Lo que significa que Isabelle estará condenada.

Los actores empezaron a hablar todos a la vez. Después a chillar. A señalarse. A agitar los puños. El ruido era cada vez más fuerte.

Hasta que la pitonisa, todavía en enaguas, tomó el mando.

—¡Callaos todos! —gritó, dando un pisotón—. ¡A vuestros puestos! ¡Empezad otra vez desde el principio...!

—Buena chica. Pon todo tu empeño —la urgió la maga, que se acercó a Azar.

—Recitad esas líneas como si la vida de Isabelle dependiera de ello —dijo el cocinero, que se les había unido.

—Porque es así —añadió Azar, muy serio.

OCHENTA Y TRES

—¡Octavia! ¡Isabelle! ¡Despertad!

Isabelle se sentó, aturdida. La habían despertado de un sueño profundo.

«¿Me ha llamado alguien?», se preguntó.

—¡Despertad, muchachas! ¡Tengo que hablar con vosotras!

Era *madame* LeBenêt. Isabelle cogió su vestido, se lo puso y corrió al borde del pajar mientras intentaba abrocharse los botones.

La señora estaba junto a la escalera, con las manos en las caderas.

—Venid a la casa —dijo, brusca—. Traed a vuestra madre.

La muchacha se quedó donde estaba, mirando abajo y parpadeando

como una tonta.

—¿A qué esperas? ¡Quítate el heno del pelo y muévete! —le ladró la mujer.

Giró sobre sus talones y se alejó del establo; cada uno de sus pasos era como una puñalada en el corazón de Isabelle. Empezó a sentir pánico. Se preguntó qué habrían hecho esta vez. ¿Era por los caballos que había salvado? ¿Por el cuenco que había roto Tavi? «*Madame* nos va a echar. La hemos irritado demasiado».

—Tavi, *maman*, arriba. Vestíos. La señora quiere vernos —dijo, intentando que no le temblara la voz.

Cuando terminaron de arreglarse, las tres bajaron la escalera y cruzaron el patio que las separaba de la casa. Isabelle se alisó el pelo con la mano al llegar a la puerta y después llamó.

—¡Entrad! —chilló *madame*.

Con el corazón en la boca, Isabelle entró. Tavi y su madre la siguieron.

Tantine estaba a la mesa, poniendo tazas. La señora sacaba una enorme sartén de cobre de la rejilla de la chimenea. Llevó la sartén a la mesa y le dio un golpe con el pulpejo de la mano. Una esponjosa tortilla de color amarillo cayó en una bandeja.

—¡Diez huevos, lleva! —gruñó—. Eso son diez huevos que no podré vender. —Venga, venga, Avara —la calmó la Parca.

Había una cafetera negra humeante en la mesa, junto con una jarra de sustanciosa nata para acompañarlo, rebanadas de pan, un plato con mantequilla fresca y otro con mermelada de fresa. Isabelle, que junto con Tavi y su madre había sobrevivido a base de pan y sopa aguada, sintió un doloroso retortijón en el estómago. Desesperada, deseaba ardientemente que la señora les diera algo de comer antes de echarlas. Ver tanta comida deliciosa era una tortura para una muchacha hambrienta; se volvió y se distrajo observando la habitación.

Solo había estado dentro de la casa de *madame* LeBenêt unas cuantas veces, y nunca demasiado tiempo. Ahora podía examinarlo todo. La habitación en la que se encontraban (que hacía las veces tanto de cocina como de comedor) era pequeña y de techo bajo. No había cuadros en las paredes de piedra gris, ni jarrones con flores, ni alfombras en el suelo; nada cálido ni acogedor por ninguna parte. Sintió pena por Hugo, que

vivía en una casa fría y sin amor, con una madre que rara vez pronunciaba una palabra amable.

—Sentaos, niñas —dijo *madame*, impaciente, señalando la mesa con la cuchara de madera que tenía en la mano.

Isabelle y Tavi intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Que nos sentemos? ¿A la mesa? —preguntó Isabelle.

—¿Nosotras? —añadió Tavi.

—Eso he dicho, ¿no?

—Bueno, ha dicho «niñas» —la corrigió Tavi.

La señora agarró la cuchara de madera como si quisiera ahogarla. Tantine, que había terminado de colocar las tazas, urgió a las tres mujeres a sentarse.

Isabelle no tenía ni idea de lo que sucedía. ¿Iba a permitir que se quedaran? ¿O quería darles un buen desayuno para calmar su conciencia antes de echarlas a la calle? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo.

Cuando todas estuvieron sentadas alrededor de la mesa, *madame* contó las rebanadas de pan que había cortado de la gran hogaza de trigo.

—Son dos por persona. ¡Dos! —exclamó, airada—. Tantine, nos vas a arruinar.

—Avara, sirve el desayuno, por favor —respondió la anciana, apretando los dientes.

Madame, con los labios fruncidos, sirvió la tortilla.

—Debería explicaros por qué os hemos invitado aquí —dijo Tantine mientras les pasaba el pan—. Este desayuno es una especie de celebración. Como sabéis, mi difunto marido dejó una pequeña herencia a *monsieur* LeBenêt. Como *monsieur* falleció, quedaba a mi criterio decidir si se la concedía a otro miembro de su familia. Me alegra anunciar que he tomado una decisión: el dinero será para el siguiente varón de la familia, es decir, Hugo.

Hugo se quedó mudo, allí sentado, con la boca abierta como una trucha y sin parpadear, hasta que su madre le dio una patada por debajo de la mesa.

—¡Gracias, Tantine! —exclamó al fin.

Después hinchó el pecho y se echó tan atrás en la silla que casi se cayó. Al ver la mirada asesina de su madre, se sentó bien de nuevo, y las

patas delanteras de la silla golpearon el suelo con estrépito.

—¡Es maravilloso! —exclamó, dando una palmada sobre la mesa con ambas manos—. Eso significa que puedo...

Isabelle nunca lo había visto tan contento. Ni tampoco su madre, al parecer, porque su mirada de desaprobación pasó a ser de suspicacia.

—¿Que puedes hacer el qué? —preguntó.

Hugo agachó la cabeza con expresión furtiva.

«Casarse con Odette —pensó Isabelle—. Pero está demasiado asustado para decirlo».

—Que... um... puedo... —tartamudeó, hasta que se le iluminó el rostro —.

¡Que puedo tener algo de dinero!

—¡Úsalo para comprarte un cerebro! —susurró Tavi.

Tantine siguió hablando.

—La herencia basta para asegurar el futuro de esta granja y continuar el linaje de los LeBenêt, que es lo que mi difunto esposo deseaba. Pero... —alzó un dedo—, la suerte solo es buena si se comparte, y quiero que todas vosotras estéis bien cuidadas. No solo mi familia, sino también tú, Isabelle, y la tuya. Sois tres mujeres solas en el mundo. No podéis seguir viviendo en un pajar. ¿Qué clase de vida es esa? ¿Qué sucederá cuando llegue el invierno? Así que he tomado medidas. He dispuesto una solución.

Tantine alzó su taza de café y le dio un trago. Isabelle agarró con fuerza su servilleta. Sentía una chispa de esperanza. ¿Qué había hecho Tantine? ¿Les iba a dar dinero a ellas también? Había mencionado el pajar... ¿Acaso les había buscado un sitio mejor? Isabelle temía preguntar por si se rompía el hechizo, pero tenía que saberlo.

—¿Nos habéis encontrado otro alojamiento, Tantine? ¿Una habitación en alguna parte? ¿Una casita?

—Sí, niña. Una casa y algo más —respondió Tantine tras bajar la taza.

Isabelle miró a Tavi y *maman*, emocionada.

—¿El qué? —preguntó.

Tantine dejó la taza sobre el platillo y, con una amplia sonrisa, respondió: — ¡Un marido!

OCHENTA Y CUATRO

A Isabelle se le heló la sangre en las venas. Su cuerpo se quedó rígido en la silla; era incapaz de moverse.

—¿Qué queréis decir con... un marido, Tantine? —preguntó en voz baja.

—Bueno, pues lo que he dicho... ¡Un hombre! ¡Un hombre alto y apuesto con sus calzones, sus botas y todo! Lo que desea cualquier muchacha.

—¿Isabelle? —preguntó Hugo, que parecía sorprendido—. Pero creía... creía que Tavi se casaría primero. Es la mayor.

Tavi no dijo nada; la sorpresa la había dejado muda.

Maman, sin embargo, estaba encantada.

—¡Maravillosas noticias! —exclamó—. ¿De quién se trata? ¿De un barón? ¿De un vizconde? —Miró a Tantine, después a Avara y vuelta a empezar, pero no respondieron—. ¿No? Bueno, no importa. Un escudero también es aceptable.

Al fin y al cabo, son tiempos difíciles.

—¿Será pronto la boda? —preguntó Hugo.

—En cuestión de días —contestó Tantine.

—¡Sí! —exclamó Hugo—. Díganos, Tantine —la urgió, retrepándose de nuevo en la silla—. ¿Quién es? ¿Quién se casará con Isabelle?

La anciana se inclinó sobre la mesa y cubrió una de las manos de Hugo con las suyas.

—Ay, mi querido muchacho, ¿no lo has adivinado ya? ¡Tú!

OCHENTA Y CINCO

Todo pasó a la vez.

Hugo se cayó de espaldas con estrépito y se golpeó la cabeza tan fuerte que perdió el conocimiento. *Maman* se desmayó. Tavi se levantó de un salto para revivirla a la vez que *madame* corría a atender a Hugo.

Mientras tanto, Isabelle apretó tanto la taza de café que la rompió y se llenó las manos de café caliente. Ni siquiera lo notó. Apenas podía respirar. El corazón le aporreaba el pecho; repetía su nombre, «Hu-go, Hu-

go, Hu-go», una y otra vez, como una marcha fúnebre.

No podía creerse lo que había hecho Tantine. Unos segundos antes albergaba la esperanza de que la anciana las ayudara a encontrar otro sitio en el que vivir. De repente se sentía como un animal atrapado. ¿Por qué lo había hecho? Isabelle jamás había demostrado ningún interés por Hugo, ni él por ella.

—Tantine, no puedo... Hugo y yo, no..., nunca... —dijo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

Tavi, que le tomaba el pulso a su madre, acudió en su ayuda.

—¡Hugo e Isabelle no se soportan! Es una idea horrenda, Tantine. Estamos en el siglo dieciocho, no el diez. ¡No tiene por qué hacerlo!

—Chicas, chicas, ¡tranquilas! Por supuesto que Isabelle no tiene que casarse con Hugo. No tiene que casarse con nadie, si no quiere —las tranquilizó Tantine—. Pero sería una pena que no lo hiciera. Veréis, creo que se me ha olvidado mencionar un par de detalles. ¿La herencia de Hugo? Solo la recibirá si se casa. ¿Cómo va a continuar su linaje sin una esposa? Y, la verdad, ¿qué muchacha no iba a querer a un joven tan espléndido, sobre todo si tiene una granja y cincuenta acres? —Hizo una pausa; miró a Isabelle a los ojos. La muchacha se sentía empujada sin remedio a un frío abismo gris—. Isabelle es libre de rechazar la propuesta, sin duda. Y también de abandonar la granja y buscarse un nuevo hogar para ella y su familia.

La joven sentía que las profundidades grises se la tragaban. Luchó por salir a la superficie. Tenía que encontrar el modo de sortear las dos imposibilidades que le había presentado Tantine.

—*Madame* —dijo, volviéndose hacia la madre de Hugo—, no soy lo bastante buena para vuestro hijo, ni de lejos.

—Cierto —respondió ella con la boca llena de tortilla—. Pero, como ha dicho tu propia madre, son tiempos difíciles y no se puede ser exigente. No eres guapa, pero a las vacas no les importa el aspecto, ni tampoco a las coles. Trabajas bien, lo reconozco, y eso es lo que cuenta en una granja. Además, eres fuerte y resistente, con un buen par de caderas para parir hijos y un buen pecho para alimentarlos. Creo que servirás para eso.

Las mejillas de Isabelle se tiñeron de un rojo intenso, poco acostumbrada a que hablaran de ella como si fuera una yegua de cría.

—¡Ea! Pues todo arreglado, ¿verdad? —exclamó Tantine alegremente mientras le servía más tortilla a Isabelle—. Ahora cómete el desayuno, niña. Vas a necesitar fuerzas. Hay que preparar una boda. Estoy pensando en el sábado que viene. Dentro de una semana justa. Con eso bastará para los preparativos. ¿Qué te parece, Avara?

A Isabelle le daba igual lo que le pareciera. Miró la tortilla fría que esperaba en su plato y sintió náuseas. Se levantó.

—Perdonadme, por favor —dijo, y salió corriendo hacia la puerta.

—Seguro que necesita recuperar la compostura. Derramar un par de lágrimas de alegría en privado —dijo Tantine—. Las novias son criaturas muy sensibles.

Isabelle abrió la puerta de golpe, corrió al exterior y vomitó su desayuno sobre la hierba.

OCHENTA Y SEIS

—Una semana —dijo Isabelle sin emoción, apoyada en la pared del establo—. Es lo único que tengo.

—Pensaremos en algo —respondió Tavi, que estaba sentada en el mismo banco que ella—. Tiene que haber una forma de salir de esta.

Hugo, que había recuperado la consciencia, estaba sentado entre ellas, con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas, gruñendo.

Se había acabado el desayuno. Habían retirado los platos. *Maman*, inconsolable al saber que Isabelle se iba a casar con un granjero en vez de con un aristócrata, se había recluso en el pajar. *Madame* atendía a una gallina enferma. Tantine se había retirado a sus aposentos. Isabelle, Tavi y Hugo estaban ocupados pasando del pánico a la desesperación y vuelta a empezar.

—No hay escapatoria —respondió Isabelle con tristeza—. O sigo adelante con esto o nos morimos de hambre.

—No puedo hacerlo —dijo Hugo, que alzó la cabeza—. Es que no puedo.

¿Por qué tuvisteis que venir aquí? ¿Por qué? —gruñó de nuevo.

—Déjalo ya. Suenas como un ternero con cólico —repuso Tavi, irritada.

—Eres una bruja, ¿lo sabías? —le dijo Hugo, volviéndose hacia ella.

—Menuda noticia, Hugo.

—Al menos podrías sentir algo de compasión. Me encuentro en una situación horrible —resopló Hugo—. No tenía que haber pasado así.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Tavi, entornando los ojos.

—Nada —respondió a toda prisa Hugo, con cara de alarma... y de culpa.

Pero Tavi no se lo tragó.

—Sabes algo de esto. Cuéntanoslo.

—Es que... —empezó él, atrapado—. Le dije a Tantine que os teníais que ir. Le pedí que ejerciera de casamentera, que te buscara un marido a ti, Tavi —reconoció—. Creía que, si te casabas, te irías y te llevarías a Isabelle y a vuestra madre contigo. Quería que os marcharais porque no os soporto, pero también porque pensaba que así sería más sencillo convencer a mi madre para que permitiera mi matrimonio con Odette. Sería más receptiva si hubiera menos bocas que alimentar. —Hugo miró a Tavi y después a Isabelle—. Eso es lo que... um... pensaba.

—¡Así que es culpa tuya! —exclamó Isabelle, enfadada—. ¡Ibas a arruinarle la vida a Tavi y al final has arruinado la mía!

—Haznos un favor, Hugo, no pienses más —dijo Tavi mientras se restregaba las sienes—. Nunca.

—No lo haré —respondió él con fervor—. Lo prometo. Pero sácame de este lío, Tavi, por favor. No puedo casarme con Isabelle. Quiero a Odette. No dejo de soñar con ella. Tengo esa sensación.

—¿De qué sensación me hablas?

—La de querer poseer a alguien en cuerpo y alma, la de desear robársela a los demás para que sea tuya por siempre jamás —respondió en tono soñador—.

Se llama amor.

—No, se llama secuestro —respondió Tavi.

Un pozo de desesperación se abrió en el pecho de Isabelle al oír a Hugo.

Dejó caer la cabeza entre las manos.

Tavi la vio.

—Yo lo haré, Iz —dijo, impetuosa—. Yo me casaré con él.

—Ay, Tav —respondió ella, apoyando la cabeza en el hombro de su hermana.

—Lo haría. De verdad. Me sacrificaría por ti —se ofreció de nuevo Tavi con valentía.

—¿Sacrificarte? —repitió Hugo, ofendido.

Isabelle estaba conmovida. Sabía que su seria y serena hermana no hablaba por hablar. Si decía algo, lo decía de verdad.

—Lo harías, ¿verdad? Aceptarías un destino peor que la muerte por mí.

—¿Peor que la muerte? —repitió Hugo.

—Lo es. Imagínanos a los dos casados —le respondió Isabelle—. Ordeñando vacas y fabricando queso durante el resto de nuestras vidas.

—Juntos —dijo Hugo, que había palidecido—. En la misma casa. En la misma cocina —añadió, lúgubre.

—En la misma cama —intervino Tavi.

—¡Dios, Tavi, calla! —exclamó su hermana, avergonzada.

—No hago más que añadir ese aspecto a la ecuación.

—Bueno, ¡pues no lo hagas!

—Seguro que roncas, Isabelle. Tienes toda la pinta —dijo Hugo.

—¿Ah, sí, Hugo? Bueno, seguro que tú te pasas la noche tirándote pedos.

—Seguro que babeas sobre la almohada.

—Seguro que te apesta el aliento.

—Seguro que te apestan los pies.

—No tanto como a ti. De hecho, los tuyos apestan tres veces más.

—Desayunando juntos. Comiendo. Cenando. Mirándonos desde el otro lado de la mesa durante los próximos veinte años. Treinta. Cincuenta, si tenemos muy mala suerte —dijo Hugo.

—Cincuenta años —gruñó Isabelle—. Dios mío, ¿te lo imaginas?

Hugo, con el rostro tan blanco como la manteca, respondió:

—Tiene que haber una forma de evitarlo. —Isabelle esperaba que dijera algo desagradable, un insulto hiriente. Pero no. Se miró las manos y añadió—: Me aterras, Isabelle. Es la primera vez que conozco a una chica como tú. Eres una luchadora, feroz como una leona. Nunca te rindes. No sabes cómo hacerlo. Nunca había visto a nadie cortar coles tan deprisa con tal de conseguir un cuenco de la horrible sopa de mi madre. No necesitas a nadie. Y está claro que no me necesitas a mí. —Levantó la

vista—. Tampoco quiero casarme contigo, Tavi. No das miedo. Pero eres rara.

—Gracias —respondió ella.

—No quiero una chica feroz. Ni una chica rara. Quiero una chica dulce. Una chica que crea que soy todo su mundo, no que pretenda darle al mundo la vuelta.

—Dejó caer la espalda sobre la pared del establo—. Tavi, ¿no se te ocurre nada?

—Lo intento. Con todas mis fuerzas.

—¿Dónde está Leo Newdanardo cuando se le necesita? —preguntó Hugo con un suspiro.

—Eso, ¿dónde? —repuso Tavi entre risas desganadas.

OCHENTA Y SIETE

—Solo quiero que sepas que, al margen de lo que hayas oído, no es cierto. Te lo juro por Dios.

Felix estaba en el taller de su maestro, tallando la insignia de un regimiento en la tapa de un elegante ataúd de teniente. Se volvió poco a poco.

—¿Qué has hecho ahora, Isabelle? —preguntó con una sonrisa bailándole en los labios.

La muchacha, que se retorció el bajo de la chaqueta, miró el suelo cubierto de serrín.

—Me he prometido con Hugo.

El escoplo de Felix se estrelló contra la tapa del ataúd.

—¿Qué?

—¡Pero no es culpa mía! —exclamó ella, levantando la cabeza de inmediato.

Los otros dos hombres que trabajaban en el taller alzaron también la cabeza y miraron con curiosidad a Isabelle.

Felix, con las mejillas sonrosadas, agarró la mano de la joven y tiró de ella. Atravesaron el largo taller, dejaron atrás los ataúdes sobre caballetes y los bancos de trabajo cubiertos de herramientas, y salieron por la puerta trasera del edificio hacia los establos anexos, donde el maestro guardaba el carro de reparto y los caballos que tiraban de él.

En cuanto cerró la puerta tras ellos, Isabelle, hablando a un millón de kilómetros por minuto, le contó a Felix lo sucedido y que Tantine los presionaba tanto a ella como a Hugo para que se casaran aquella misma semana.

—Vamos a encontrar el modo de salir de esta, Felix, Hugo, Tavi, yo... Todos estamos intentando encontrar una solución. —Miró las puertas abiertas del establo y añadió—: Te-tengo que regresar al mercado. He dejado a Hugo solo con el carro, y esta mañana hay mucha gente...

Desde el desayuno en casa de *madame*, dos días atrás, Isabelle había estado deseando ver a Felix para contarle lo sucedido y que no tenía intención alguna de seguir adelante con el compromiso antes de que él se lo oyera a otra persona. Tantine le había contado lo de la boda a todo el que quería escuchar. Había encargado una tarta elegante en la panadería, informado al sacerdote de que pronto necesitarían sus servicios e incluso se había ofrecido a pagar un vestido de novia.

Mientras Isabelle hablaba, Felix guardaba silencio, los brazos pegados a los costados, la mirada gacha. No se movía ni hablaba, ni siquiera después de que ella terminara.

—¿Felix? Felix, di algo —le suplicó, ya que le preocupaba que se hubiera enfadado o estuviera dolido.

—Sería un buen marido. —Isabelle parpadeó, muda—. No es tan malo.

—¡Pues cástate tú con él!

—Lo único que digo es que quizá debieras pensártelo.

Isabelle dio un paso atrás, destrozada. Se sentía traicionada por sus palabras, desconcertada por la extraña expresión de tristeza de su rostro. Un segundo antes parecía conmocionado por la noticia, y de repente le decía que debería considerar la posibilidad de seguir adelante con el matrimonio.

—Felix, ¿por qué me dices eso? —preguntó—. Hugo no me quiere. Está enamorado de Odette. Y yo no lo quiero. Te... te quiero a ti.

Sus palabras fueron como un cuchillo que atravesó el corazón de Felix. Ella se daba cuenta, y eso la mataba.

—¿No debería haberlo dicho? ¿Se supone que el chico debe decirlo primero? ¿Es esa la regla? —preguntó, completamente perpleja—. Nunca acierto con las reglas. Si las supiera, quizá fuera capaz de seguirlas, pero

creía que tú... Pensaba que nosotros...

—Siéntate —le dijo él, señalando un banco de madera.

—¡No me voy a casar con Hugo! —exclamó ella, enfadada, mientras las lágrimas pugnaban por salir.

—De acuerdo, Isabelle. No tienes que hacerlo. No tendrás que hacerlo.

«¿Qué quiere decir? ¿Por qué se comporta de este modo tan extraño?», se preguntó.

No tardó en aclarar sus dudas.

Cuando se sentó, él se metió la mano en el chaleco y sacó un monedero de cuero bien cerrado por arriba. Se arrodilló junto a sus piernas, abrió el monedero y volcó el contenido en su regazo.

Seis relucientes monedas de oro la iluminaron como una promesa.

—Cógelas —dijo—. Bastará para llegar a Roma. Para llevar contigo a tu hermana y a tu madre. Puedes buscar una habitación pequeña. Gastar poco. Allí estarás a salvo, Isabelle. Lejos de esta guerra.

—¿Qué quieres decir con que me las lleve? ¿Por qué iba a aceptar tu dinero?

¿Y por qué dices que estaré a salvo? ¿Y tú qué?

—No me voy a Italia.

—No... no lo entiendo, Felix —dijo ella, con el corazón desbocado—. Hace unos días me dijiste que te ibas. Que querías que fuera contigo...

—Sí, es verdad, pero las cosas han cambiado —respondió él, bajando la vista.

—Te has arrepentido. No me quieres. No estás enamo...

—Sí que te quiero —la cortó él—. Siempre te he querido y siempre te querré —añadió, apasionado—. Más que a mi vida.

—Entonces, ¿por qué?

Felix le tomó las manos. Sus ojos azules encontraron los de Isabelle.

—Isabelle, me he alistado.

OCHENTA Y OCHO

Era un suicidio.

Felix era un soñador, un artista, no un guerrero.

Isabelle intentó zafarse de él. Intentó razonar, pero él se aferró a sus

manos con fuerza y no la dejaba hablar.

—No tenía elección. No después de lo de Malleval. Apenas puedo trabajar.

No duermo. Veo a los muertos en sueños.

Isabelle recordó el olor a humo en el aire, los cadáveres en el campo.

—¿Puedes culparme por ello? —le preguntó Felix.

La rabia de Isabelle, sus razonamientos..., no valían nada.

—No —le dijo—. No puedo.

—¿Recuerdas tu libro? *¿Una historia ilustrada de los mejores comandantes del mundo?* En todas esas historias que leíamos, los mejores iban a la guerra de mala gana. Volkmar es diferente.

—No es un guerrero, es un asesino —respondió ella con voz dura.

—¿Y si saquea Saint-Michel? Si no hago nada para detenerlo, no sería capaz de seguir adelante con mi vida.

—¿Cuándo te vas?

—Dentro de cuatro días.

Isabelle se quedó sin aliento.

—¿Tan pronto? —preguntó ella cuando recuperó el habla.

—El sargento reclutador quería que me fuera ya, pero lo dije que necesitaba algo de tiempo. Tengo que terminar un ataúd. Y una mano. Y un general para mi ejército de soldados de madera.

La muchacha bajó la mirada para que Felix no viera sus lágrimas. Las monedas de oro seguían en su regazo. Las recogió, las metió en el monedero y lo cerró.

—Te esperaré. Regresarás. Lo harás —insistió mientras se lo devolvía.

Sin embargo, Felix no quería aceptarlo.

—Has visto tan bien como yo los carros cargados de heridos que regresan al campamento. Y las cruces de madera que florecen en los campos de al lado. Ambos sabemos que no se me dan bien los fusiles.

—Felix, no, no digas esas cosas —le suplicó, y apoyó su cabeza en la del joven.

Sus palabras la habían hundido. Acababa de encontrarlo y ya iba a perderlo de nuevo. ¿Cómo podían las Parcas ser tan crueles?

—Vete, Isabelle. Vete, por los dos. Abandona Saint-Michel. Y las vacas y las coles. Deja a Hugo y esa vida que no deseas. Aquí no hay nada para

ti. Nunca lo ha habido.

—Estabas tú.

Felix le soltó las manos y se levantó. Le brillaban los ojos y no quería que ella lo viera. Ahora era un soldado. Y los soldados no lloran.

—¿Nos volveremos a ver? ¿Antes de que te vayas? —le preguntó la joven.

—Es muy doloroso, Isabelle.

Ella asintió. Lo entendía. Era doloroso decirle adiós a la persona amada. Era insoportable.

—Te escribiré si puedo —le dijo Felix.

«Mientras puedas, quieres decir —pensó ella—. Antes de que te encuentre una bala».

Se volvió para marcharse, pero ella lo agarró por el brazo y lo detuvo. Después le sujetó el rostro entre las manos y lo besó. Lo besó hasta que se llenó el corazón de él. Y el alma. Lo besó para que le durara una vida entera.

Cuando por fin se apartó de él, tenía las mejillas húmedas, aunque las lágrimas no eran suyas. Felix sacudió la cabeza; la apartó. Después la abrazó hasta aplastarla. Y se fue. Isabelle se quedó sola.

Se imaginó a Felix en el campo de batalla, corriendo entre el barro y el humo. Oyó los disparos de los cañones, el atronador estruendo de los caballos al cargar, los gritos de batalla y los chillidos agónicos. Vio a Volkmar, enloquecido por la sed de sangre, blandiendo su temible espada.

Varias emociones desgarradoras se apoderaron de ella: el sufrimiento, la rabia, el terror, la pena.

Y una más. Una que había aparecido envuelta en una niebla verde, como un hada mala furiosa por no haber sido invitada a la fiesta. Una con la que Isabelle estaba muy familiarizada, aunque no entendía por qué surgía en aquel momento. La envidia.

OCHENTA Y NUEVE

—Antes había muchas arañas por aquí. Ahora nunca las veo. ¿No te parece raro? ¿Ni una araña? ¿En un establo?

—Rarísimo, Hugo —respondió Isabelle, distraída, mientras colgaba el arnés de Martin.

Hugo y ella acababan de regresar del mercado. Habían llevado el carro vacío al campo, listo para cargarlo de nuevo por la mañana; después habían metido a Martin en el establo. Después de meterlo en su compartimento con su avena y agua fresca, limpiaron sus arreos y los guardaron.

Hugo frunció el ceño.

—Has estado muy callada. Apenas has dicho palabra en todo el camino de vuelta a casa del mercado. ¿Ocurre algo?

«Sí, acaban de arrancarme lo que quedaba de mi corazón, Hugo —pensó—. Eso ocurre».

Lo único en lo que podía pensar era en Felix y las monedas de oro que le había dado. Todavía no había decidido qué hacer con ellas. Al principio pensó en esconderlas y guardarlas, como si al no gastarlas se asegurara el regreso del muchacho de la guerra.

Se casaría con Hugo y sacrificaría su felicidad si así conseguía que Felix sobreviviera. Sin embargo, al pensarlo, se dio cuenta de que aferrarse a una bolsa de monedas no le garantizaría la vida y, además, sacrificaría también la felicidad de Hugo. Y la de Odette. Puede que también la de Tavi y *maman*. Y se percató de que no tenía derecho a hacerlo.

Para cuando Martin entró en el camino de los LeBenêt, ya había tomado una decisión: les contaría a Hugo y a Tavi lo del dinero, y juntos decidirían qué hacer con él.

—Hugo, quédate aquí un momento, por favor.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—A buscar a Tavi. Enseguida vuelvo.

Isabelle encontró a su hermana en la vaquería. Le pidió que volviera con ella al establo y después los condujo a ambos hasta un compartimento vacío y les pidió que se sentaran en el heno.

—¿Por qué nos escondemos aquí? —preguntó Hugo.

—Para que no nos vea nadie. Ni nos oiga.

Tavi la miró, curiosa.

—Esto es muy misterioso, Iz.

Isabelle esperó a que se acomodaran y dijo:

—Felix nos ha ofrecido una forma de evitar la boda. Si queremos aceptarla.

—¡Sí! —gritó Hugo, poniéndose en pie de un salto—. ¡Claro que queremos! ¡Sin duda!

—¡Calla! —le pidió Isabelle entre dientes; lo agarró de un brazo y lo sentó de nuevo.

Cuando estuvo quieto, les contó lo que había sucedido. Ambos le aseguraron que Felix regresaría y ambos pensaban que el dinero para abandonar SaintMichel era el único modo de evitar la boda.

Isabelle los escuchó, aunque se sentía incómoda con la decisión.

—Tiene que haber otro modo.

—Te escuchamos —dijo Tavi.

—Podría usar el dinero para alquilar habitaciones para nosotras aquí mismo, en Saint-Michel —sugirió—. Si lo hacemos, Hugo y yo no tendríamos que casarnos, pero *maman*, tú y yo tendríamos un techo.

—Sí, vamos a alquilar habitaciones —respondió Tavi—. En medio del pueblo, si es posible. Así Cecile, la mujer del panadero y quienquiera que nos quemara la casa lo tendrá mucho más fácil para llamarnos feas y lanzarnos cosas. ¡A lo mejor tenemos suerte y nos rompen las ventanas todos los días!

Isabelle, picada por su sarcasmo, le lanzó una mirada asesina.

—Tavi tiene razón. La gente de aquí no lo olvidará. Y no permitirá que lo olvidéis vosotras —dijo Hugo—. Empieza de nuevo, Isabelle. En otro lugar. Es lo que Felix quiere para ti. Es para lo que te ha dado el dinero. ¿No lo entiendes?

Isabelle sabía que Hugo estaba en lo cierto. Y también Tavi; el maltrato no acabaría nunca si se quedaban allí.

—Será difícil llegar a Italia, Tavi. Y, cuando estemos allí, tendremos que vivir con muy poco para que nos dure el dinero. Una habitación para las tres. Pocos placeres y menos lujos —le advirtió Isabelle.

—Quizá sea difícil, pero no malo —repuso su hermana, encogiéndose

de hombros—. Al menos para mí. De hecho, será maravilloso. Tan maravilloso como la vida aquí, en la granja. Puede que incluso más.

—¿Maravilloso? —repitió Isabelle, incrédula—. Por si no te habías dado cuenta, has estado viviendo en un pajar. Ordeñando vacas, cortando coles y desenterrando patatas todo el día. ¿Qué tiene eso de maravilloso?

—Mis vestidos ardieron, el fuego destruyó mis zapatos de satén y mis corsés de seda —respondió Tavi, que se miraba las manos, callosas por el trabajo—. Las fiestas y los bailes son cosa del pasado. Ya no acuden pretendientes a mi puerta. El mundo me llama fea y no se me acerca.

A Isabelle le dolió el corazón al oírla, aunque después Tavi alzó la cabeza y su hermana vio que no estaba triste; sonreía.

—Y, así, el mundo me deja libre —añadió, y su sonrisa era aún más amplia—. Los días son duros, sí. Pero por la noche tengo una vela, tranquilidad y mis libros. Y eso es lo que siempre he querido. Así que, sí, maravilloso. ¿No lo ves? Una chica guapa debe agradar a los demás, mientras que una fea es libre para ser ella misma.

—De acuerdo, entonces —dijo Isabelle, que se tragó el nudo de la garganta—. Nos vamos.

Tavi sonrió. Hugo la abrazó. Y después los tres empezaron de inmediato a trazar su plan.

Isabelle no quería ni oír hablar de dejar a Nero, así que Tavi, *maman* y ella cabalgarían hasta Italia. Se las habían apañado para rescatar dos monturas de los establos cuando ardió la *Maison Douleur*; y Hugo les dijo que podían llevarse también una de las suyas. Dormirían en las posadas del camino, aunque necesitarían comprar comida, cantimploras para el agua e impermeables, por si llovía. También vestidos nuevos, ya que los suyos no eran más que harapos, y ropa de abrigo para el tiempo frío. Aunque era septiembre, cuando llegaran a su destino sería bien entrado el otoño.

Isabelle había trasladado los otros dos caballos rescatados del matadero al prado de la *Maison Douleur* para contentar a *madame*. Allí se habían hartado de dulce hierba y habían desarrollado algo de músculo. Tavi podía montar uno y *maman*, el otro. Martin tendría que quedarse atrás. A Isabelle se le formaba un nudo en la garganta al pensarlo, pero era demasiado viejo para el viaje.

—No pienso ir a no ser que me jures por tu vida que cuidarás bien de Martin —le dijo a Hugo.

—Lo haré.

—Júralo, Hugo, ¡o me quedo para casarme contigo!

Hugo lo juró con rapidez y vehemencia.

Tavi calculaba que tardarían cuatro días en reunir los suministros, lo que significaba que se marcharían el viernes, un día antes de la boda. Las chicas se turnarían para ir al mercado con Hugo y comprar las provisiones mientras estuvieran allí. Decidieron no contar sus planes ni a *maman* (ya que no podían confiar en que guardara un secreto) ni a Tantine, ni a la madre de Hugo. Avara y Tantine se enfurecerían cuando supieran que no habría boda, y los jóvenes no querían arriesgarse a que echaran a Isabelle y su familia antes de estar listas.

Se levantaron y salieron juntos del compartimento y del establo. Estaban decididos a seguir con sus tareas y rutinas para no despertar sospechas.

Cuando salieron a la reluciente tarde no tenían ni idea de que había alguien más en el establo. De haber levantado la vista, la habrían visto: una muchacha de pelo negro sentada en las vigas, con las piernas colgando.

Observando. Escuchando.

Comiendo arañas.

NOVENTA

Isabelle contemplaba las vigas del techo del pajar.

Maman y Tavi estaban dormidas, oía sus respiraciones acompasadas, mientras que ella no lograba conciliar el sueño por mucho que lo intentaba. Aunque solo vestía una fina camisola, estaba sudando. Hacía calor. El aire estaba estancado. Se había pasado varias horas dando vueltas, incapaz de sentirse cómoda.

Se levantó con un suspiro, cruzó la habitación y se sentó en el suelo, junto a las puertas abiertas del pajar, con la esperanza de que la brisa soplara y le procurara alivio.

La luna ya casi estaba llena. Sus rayos caían sobre la granja e iluminaban sus campos y huertos. El estanque y los pastos. El gallinero. La

vaquería. La pila de leña.

Y, para sorpresa de Isabelle, un zorro. Estaba sentado en el tocón que usaban para cortar, junto al hacha, y tenía la cola bien enrollada en las patas.

—Majestad —la saludó Isabelle, con una inclinación de cabeza.

Nerviosa, se percató de la razón de su visita.

—Lo habéis oído, ¿verdad? Sabéis que me voy.

La raposa asintió. Fue un gesto pequeño y veloz, pero en él Isabelle leyó el disgusto y la decepción de la reina de las hadas.

Isabelle agachó la cabeza, avergonzada.

—Encontré dos de los fragmentos. Encontré a Nero. Y no permitiré que nadie me lo vuelva a quitar. Encontré a Felix... justo a tiempo de volver a perderlo. —Se le rompió la voz. Llevaba todo el día reprimiendo las lágrimas, y esta vez no logró detenerlas—. No va a volver, Tanaquill. Por mucho que digan Tavi y Hugo. Es demasiado bueno para clavarle una bayoneta a otro ser humano. —Se secó los ojos con el dorso de la mano—. El tercer pedazo es Ella, ¿verdad? Intenté ir a verla, intenté decirle que lo sentía. Pero no lo hice. Y ahora nunca tendré la oportunidad.

Alzó la cabeza y miró de nuevo a la zorra a los ojos.

—Me temo que he fracasado. No conseguí todos los fragmentos. ¿Por eso me duele tanto el corazón? —Se lo apretó con la palma de la mano, angustiada—. Algo dentro de él no deja de mordérmelo, y a veces creo que nunca lo hará, que me atormentará hasta que esté en la tumba. ¿Qué es este dolor? ¿Lo sabéis?

La raposa no contestó.

—Ah, bueno —dijo Isabelle con una carcajada—. Supongo que mi destino no era ser guapa, y las chicas feas no viven felices para siempre, ¿verdad? —Guardó silencio un instante y después añadió—: Gracias por vuestros regalos. La espada y el escudo me salvaron la vida. Al parecer, no voy a descubrir para qué sirve el tegumento, aunque me gustaría quedarme los tres, si es posible. Para recordaros. Y al tilo. Y mi hogar.

La zorra asintió. Después, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Isabelle sabía que no volvería a ver a la reina de las hadas, y aquella certeza le pesaba. No volvería a ver el bosque silvestre ni Saint Michel. La desazón que le provocaba marcharse aumentó hasta estar convencida de

que irse estaba mal. Sin embargo, sabía que Hugo y Tavi así lo querían. Y la decisión ya estaba tomada; tendría que seguir adelante con el plan.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —le preguntó a la oscuridad.

Fue entonces cuando una cara pequeña y peluda apareció en el umbral abierto.

NOVENTA Y UNO

Isabelle retrocedió a cuatro patas, asustada.

Entonces se dio cuenta de que no era más que Nelson, vestido con sus perlas de siempre.

—¡Me has dado un buen susto! —lo regañó susurrando para no despertar a nadie—. ¿Qué haces aquí? Y ¿cómo has recuperado esas perlas? ¡Se las di a la diva!

Nelson alzó una pata. En ella llevaba un trozo de papel doblado varias veces.

Isabelle lo cogió y lo desdobló. Espirales y florituras de tinta dorada decoraban el borde. En el centro había una invitación escrita con letras cursivas: *Su excelencia, el marqués del Azar, solicita su presencia en el Château Rigolade para el estreno de su nueva obra teatral, Una historia ilustrada de los mejores comandantes del mundo.*

—Qué raro —dijo ella, despacio—. Es el título de un libro. Uno que tuve hace mucho tiempo. —Miró al mono, perpleja—. ¿Cómo puede ser?

Nelson apartó la vista. Se tocó las perlas.

—¿Cuándo es? ¿Mañana?

Nelson agarró el trozo de papel y se lo sacudió en la cara. Ella lo miró de nuevo, con más atención, y vio una palabra escrita en la parte de abajo: «Ahora».

Cerró los ojos con fuerza.

—Esto es un sueño. Estoy soñando. Tiene que ser eso.

Abrió los ojos. Nelson seguía allí. El mono le cogió un mechón de cabello y tiró de él tan fuerte que Isabelle chilló.

—Vale, no estoy soñando —dijo tras zafarse del mono—. Pero es noche cerrada. Y el *château* está a varios kilómetros de distancia. Y es un

château, y Azar es un marqués, y habrá invitado a más personas. Y todos serán muy importantes e irán vestidos con elegancia. Yo solo tengo un vestido y está lleno de agujeros. No puedo ir. Sería una vergüenza.

Nelson miró a Isabelle y después se miró las perlas. Tras dejar escapar un suspiro ansioso, se quitó el collar y se lo dio. El gesto conmovió a Isabelle, ya que sabía que aquellas perlas significaban mucho para el animalito.

—¿Me las prestarías? ¿De verdad?

Nelson contempló con anhelo su tesoro, ahora en manos de la joven. Isabelle se daba cuenta de cuánto le costaba aquella decisión al monito, que, aun así, asintió.

—De acuerdo —dijo ella, y se puso el collar en el cuello—. Vamos.

Iba a ver una obra. En la propiedad de un marqués, con un mono, en plena noche.

—Todavía estoy soñando —dijo mientras se ponía el vestido—. Al menos, espero que así sea, porque si no es que he perdido la cabeza.

NOVENTA Y DOS

La luna iluminó el camino de Nero, que llevaba a Isabelle y a Nelson por los prados y colinas en dirección al *Château* Rigolade.

Habían tomado un atajo, así que aparecieron en el bosque de la parte de atrás de la casa. Isabelle se sorprendió al descubrir que el edificio estaba completamente a oscuras.

No obstante, una espeluznante luz amarilla brotaba de otra zona de la propiedad: el claro detrás del *château*. Isabelle recordaba que allí era donde Felix había montado el escenario. Dirigió a Nero hacia allí.

Al acercarse a la estructura, vio que eran las candilejas las que proyectaban el brillo. Iluminaban el escenario, con su cortina de terciopelo y sus guirnaldas de rosas frescas enroscadas en el arco.

Curiosamente, el escenario en sí y el terreno circundante estaban vacíos. Esperaba ver a docenas de personas elegantes hablando y riendo; joyas rebotando en las curvas de los escotes; cabellos inflados como merengues; el frufrú de la seda; sillas doradas dispuestas en fila.

Sin embargo, una única silla esperaba frente al escenario. La recorrió un escalofrío. «Es como si me esperase a mí y solo a mí», pensó, inquieta. Nelson bajó de un salto de la grupa de Nero y salió correteando por el suelo.

Isabelle también bajó y se acercó a la silla.

—¿Marqués del Azar? —lo llamó.

No respondió ni él ni nadie. Isabelle se dio cuenta de que se encontraba en un lugar desconocido, en plena noche, ella sola.

—Creo que será mejor volver —le dijo a Nero.

Entonces, un hombre enmascarado salió de detrás de las cortinas.

NOVENTA Y TRES

La muchacha retrocedió con cautela y apretó las riendas de Nero.

El hombre le hizo una reverencia. Isabelle se relajó al ver que se trataba del marqués. Aunque llevaba máscara y disfraz, reconoció sus largas trenzas. Se enderezó y empezó a hablar en un tono profundo y resonante: «Invitada de honor, os saludamos,

a petición de Azar aquí estamos.
»Aguardad.
Os suplicamos que os quedéis

y nuestra obra disfrutéis.

»Estos no son los cuentos
oídos en versos hablados o
leídos de reyes y
emperadores, de guerreros y
caballeros,

matando por sus fueros.

»Estos cuentos son poco sabidos, de poderosos generales y reyes aguerridos, cuyo valor y astucia, habilidad e ingenio,

se acompañaban de una voluntad de hierro.

»Todos héroes, aunque poco conocidos, por el tiempo a polvo y huesos reducidos, pero en este escenario, vuelven a nacer,

de la pluma de nuestro autor, tal es su poder.

»Escuchad sus historias, casi perdidas. Observad su auge y su caída. Algunos fracasarán y algunos ganarán. Sentaos, nuestra obra va a comenzar».

En cuanto las últimas palabras brotaron de los labios de Azar, las candilejas aumentaron su brillo y sorprendieron tanto a Isabelle que trastabilló y cayó sentada en la silla. El telón se levantó. Sonaron las trompetas. Atronaron los tambores. Entrechocaron los platillos. La joven se aferró a los brazos del asiento, con el corazón acelerado. Miró a su alrededor en busca de Nero. Con el susto, había soltado las riendas. No tardó en verlo a pocos metros, impasible a pesar del ruido, pastando tan tranquilo en el césped del marqués. Su tranquilidad la calmó. Se volvió de nuevo hacia el escenario.

El telón, al abrirse, había desvelado un libro. Estaba colocado en vertical y medía al menos dos metros y medio de alto. En la cubierta habían escrito en letras enormes: *Una historia ilustrada de los mejores*

comandantes del mundo.

¿Sabía el marqués que Isabelle tenía un ejemplar de aquel libro y lo mucho que significaba para ella? ¿O era pura coincidencia?

Mientras miraba, fascinada, la cubierta se abrió poco a poco. Las páginas se movían como si un dedo invisible las pasara, hasta que, de repente, se pararon. El libro se quedó abierto por el capítulo sobre los generales más importantes de la antigua Roma. Entonces, una puerta abierta en la página se abrió, y un hombre vestido con una coraza de cuero y una falda de tela corta salió por ella. En la cabeza llevaba un casco de acero con una pluma roja. En la mano blandía una espada imponente.

Isabelle lo reconoció: se trataba de Escipión el Africano. Había contemplado su retrato y leído su historia mil veces.

Las hojas se movieron de nuevo, y a Escipión se le unió Aquiles. Después, Gengis Kan. Pedro el Grande. Y Sun Tzu. Todos vestidos y preparados para la batalla. Juntos marcharon al frente del escenario, las armas en alto, los escudos dispuestos.

El romano habló primero, declamando sus palabras con una potente voz de actor:

«Yo, Escipión, con valentía y fuerza, luché
en batalla larga y cruenta contra mis
enemigos de los valles de Cartago,

y con su derrota la gloria de Roma alcanzamos.

»Después llegó Aquiles.
»En las fraguas de la guerra me forjaron,
de la sangre de mis enemigos
atiborrado, hijo de Ares, nacido para la
gloria,

todos tiemblan ante mi historia.

»A continuación llegó el turno de Gengis Kan.

»Conquistador mongol sin igual, rey guerrero; para su pueblo, divinidad...».

—¡Pero bueno, basta ya! —exclamó una voz desde fuera del escenario.

Isabelle buscó su origen. Vio que la cortina de la derecha se movía y después oyó unos pasos fuertes e indignados. Segundos después, una mujer salió de las bambalinas.

Era delgada, de espalda recta, y llevaba el cabello rojo intenso

recogido en lo alto de la cabeza. Un rígido cuello de encaje le enmarcaba la cara. En una mano enjoyada cargaba con un cubo de pintura; en la otra blandía una brocha.

Pedro el Grande dio un paso adelante, sacando pecho.

—¿Quién sois vos, señora?

—Isabel I. Aparta —respondió ella, y les hizo un gesto con la brocha a todos para que se quitaran de en medio.

Estupefactos y balbuceantes, obedecieron y, arrastrando los pies, la mitad se dirigió a la derecha del escenario y la otra mitad, a la izquierda. Isabel recorrió el camino que habían dejado libre y se acercó al enorme libro.

Le dio una patada con un pie calzado con elegancia, y la cubierta se cerró. Después mojó la brocha en el cubo, tachó la palabra *los* del título, mojó de nuevo la brocha y escribió *las*.

NOVENTA Y CUATRO

Isabelle se echó adelante en el asiento, hipnotizada.

—Esto no estaba en el libro —susurró.

Mientras observaba, Isabel se acercó al frente del escenario y se dirigió a ella.

—Soy la hija de Enrique VIII de Inglaterra —dijo—. Fui una decepción para él porque no era el hijo que deseaba. Sobreviví a su negligencia, al odio de mi hermanastra, a los ataques a mi país y a los intentos de asesinato hasta convertirme en la mejor monarca que ha conocido Inglaterra. —Esbozó una sonrisa engreída y añadió—: Y en la mejor que conocerá.

El libro retrocedió. Las candilejas brillaron con fuerza de nuevo. Los actores que interpretaban a Escipión y a sus compañeros se agacharon y usaron las manos para proyectar sombras de caballos y caballeros en las paredes.

Surgió un estrépito de órdenes a gritos, relinchos y fanfarria. Se oyó un cañonazo, un relámpago y, después, la pared izquierda del teatro cayó al suelo con un estruendo, seguida de la derecha. A continuación cayó la del fondo y se llevó el arco consigo. Y entonces, ante la mirada atónita de Isabelle, las sombras cobraron vida. Caballos de guerra con cota de malla patearon el suelo entre resoplidos, montados por oficiales. Los soldados se reunieron a su lado cargados de arcos, picas, espadas y alabardas. El claro protegido por los robles se convirtió en un campamento militar a las orillas del Támesis.

E Isabel, la que poco antes luciera un vestido, ahora llevaba una coraza de acero y cabalgaba sobre un caballo blanco. Sujetaba las riendas en una mano y blandía una espada en la otra. La melena roja le caía por la espalda.

—¡Campamento de Tillbury, 1588! —le gritó a Isabelle—. El rey español envía a su armada, la fuerza naval más poderosa del mundo, para invadir mi país. Su sobrino, el duque de Parma, se une a él. Tienen temibles barcos de guerra, tropas y armas. —Sonrió—. ¡Pero Inglaterra me tiene a mí!

Espoleó el caballo y cabalgó hacia sus tropas.

—¡Mi fiel pueblo! —dijo, dirigiéndose a ellos—. He acudido aquí... decidida, en el calor y el fulgor de la batalla, a vivir y morir entre vosotros; pongo mi honor y mi sangre a disposición de Dios, mi reino y mi gente, ¡aunque sea entre el polvo!

La joven, fascinada, vio que el río Támesis se convertía en un agitado mar azul y que daba comienzo una batalla naval. Los veloces barcos de guerra ingleses disparaban de costado a los navíos españoles. Retumbaban los cañones. Ardían las velas. El aire se cargaba de humo. Cuando por fin se disipó, la armada había perdido. Inglaterra se alzaba victoriosa.

La escena cambió. Las campanas sonaban mientras la reina Isabel recorría las calles de Londres. Lanzaban rosas a su paso. Llegó hasta Isabelle y desmontó. Un mozo de cuadra se llevó su caballo; los vítores pararon.

—Fue la mayor victoria de Inglaterra, y también la mía. Pero hay más batallas, más guerras, más victorias. Que no se cuentan en ningún libro.

Agitó una mano. Se oyeron trompetas. Y, entonces, una mujer salió de los árboles hacia ella. Y otra. Y otra. Hasta que hubo decenas. Cientos. Cuando estuvieron todas reunidas, la reina Isabel las presentó una a una.

—Yennenga, una princesa dagomba —anunció, y una joven mujer ghanesa vestida con túnica y pantalones de tela roja, negra y blanca dio un paso adelante. Llevaba una jabalina. Londres dio paso a unas frondosas llanuras. Dos leones salieron de entre la alta hierba y se sentaron a ambos lados de la princesa.

—Yo dirigí mi propio batallón y luché contra los enemigos de mi país —dijo—. No tenía rival a caballo.

Lanzó la jabalina, que atravesó el cielo nocturno y estalló en una fuente plateada de estrellas fugaces.

Isabelle apenas podía respirar, estaba emocionada. Durante toda su vida le habían contado que las mujeres que gobernaban no eran más que mascarones de proa, que las mujeres no eran capaces de luchar ni de dirigir a los soldados en la guerra. Se puso de pie sobre su silla para ver mejor a aquellas extraordinarias criaturas.

—Abbakka Chowta —dijo la reina Isabel mientras una joven de la India, vestida con un sari de seda rosa, caminó hasta el centro del

escenario—. Una mujer que disparó flechas de fuego desde su montura, una mujer tan valiente que la llamaron Abhaya Rani, la reina sin miedo.

Abhaya Rani colocó una flecha en el arco que portaba, apuntó al cielo y la soltó. La flecha estalló en resplandecientes llamas azules. La joven sonrió a Isabelle.

—Me enfrenté a los invasores de mi país durante cuarenta años. Me capturaron, pero morí como viví, luchando por la libertad.

Isabelle temió que le estallara el corazón. Una a una, reinas, piratas, emperatrices y generales de todos los rincones del mundo le contaron sus historias, la saludaron con la cabeza y abandonaron el escenario.

Aquellas mujeres no eran guapas. La palabra *guapa* no servía ni para empezar a describirlas.

Eran inteligentes. Poderosas. Astutas. Orgullosas. Peligrosas.

Eran fuertes.

Eran valientes.

Eran bellas.

Al final, después de lo que a Isabelle le parecieron pocos minutos aunque fueran horas, solo quedó la reina Isabel sobre el escenario.

—Es curioso que las historias que nunca nos cuentan sean las que más necesitamos escuchar, ¿verdad? —dijo, y entonces ella también la saludó con la cabeza y se perdió en la oscuridad.

Isabelle se dio cuenta de que la obra acababa.

—No —susurró con ansia—. No os vayáis.

El marqués, todavía con su máscara, apareció de nuevo. En una mano llevaba un pesado candelabro de plata con una vela encendida. Dio un paso adelante y empezó a hablar:

«Ahora nuestras reinas han contado sus historias de batallas ganadas, de conquistas y glorias. Pero el poder es traidor, su agujón es dulce, su beso causa dolor, y, si la memoria no me falla,

nunca se regala, sino que se gana.

»Las reinas, muchachas también fueron,
órdenes sobre cómo ser recibieron.
No eran guapas, ni agradables, sino bastas.

Poca cosa, defectuosas, no aptas.

»Hasta que los heridos, los muertos en batalla importaron más que las voces canallas y su voluntad desplegaron como una bandera
Idos ahora, muchacha. Un mundo nuevo os espera».

El marqués hizo una reverencia, se llevó la vela a los labios y sopló.

La mayoría de las candilejas se habían apagado ya, aunque unas cuantas emitían un brillo tenue. Gracias a su luz, Isabelle vio que el marqués y sus intérpretes se habían ido. El escenario estaba vacío y en silencio. Lo único que oía eran los latidos de su corazón.

El hechizo de la obra se había roto. Miró a su alrededor y se percató de que seguía de pie sobre su silla. Se bajó con los puños apretados. La emoción, la maravilla y la pura alegría que había sentido antes se esfumaron. La tristeza, atroz e intensa, rellenó el hueco que dejaban.

—¿Por qué me enseñáis esto? —gritó a la oscuridad, sintiéndose desdichada—. ¿Por qué me enseñáis algo que nunca tendré? ¿Algo que nunca seré?

Allí no había nadie. Isabelle hablaba sola.

Se quitó las perlas de Nelson del cuello y las dejó en el asiento de terciopelo, donde seguro que las encontraría.

Unos minutos después, Nero y ella galopaban de vuelta por la propiedad del marqués. Justo antes de desaparecer en el bosque, miró atrás. Al escenario destrozado. Al *château* a oscuras.

—Malditos seáis —susurró—. Malditos.

NOVENTA Y CINCO

Tavi se enderezó y después se estiró para soltarse los nudos de la falda.

—Cuando me vaya de aquí no quiero volver a ver una col en toda mi vida — dijo.

Isabelle estaba de acuerdo con ella. El día en el campo, cosechando bajo un sol de justicia, había sido largo y agotador. El vestido de la joven estaba empapado de sudor. Tenía las botas asquerosas de caminar por la tierra negra. Estaba deseando sumergirse en el estanque de los patos y, después, dejarse caer en su cama del pajar.

Llevaba todo el día cansada, ya que había pasado mala noche. En un sueño muy extraño, Nelson había aparecido en el pajar, y juntos habían cabalgado a medianoche al *Château* Rigolade, donde el marqués y sus amigos habían representado una obra para ella.

Por muy real que le hubiera parecido, no lo era. No podía serlo. Todas aquellas mujeres... que conducían a sus ejércitos a la batalla, que luchaban por sus reinos... no eran más que una fantasía fabricada por su desbordante imaginación. Un ingenuo deseo infantil.

—Necesitáis una pistola. No habíamos pensado en eso. Vais a ser tres mujeres que viajan solas.

Hugo, que había estado trabajando en el campo de al lado desenterrando patatas, se unió a Isabelle y a Tavi. Sus palabras disiparon lo que quedaba de las imágenes del sueño de Isabelle.

—Si somos tres, no estamos solas —repuso Tavi.

Hugo la miró como si fuera idiota.

—No os acompaña ningún hombre. Por supuesto que estáis solas. Podríais comprar una pistola de segunda mano en la aldea cuando vayamos mañana al mercado. Usad parte del dinero de Felix. También vais a necesitar pólvora y balas.

Tavi recogió su cuchillo y la cesta que usaba para llevar las coles al carro. Su hermana hizo lo mismo. Hugo se apoyó la pala en el hombro, y juntos regresaron al establo mientras charlaban sobre su plan secreto. Faltaban tres días para la partida de Isabelle y Tavi, y todavía quedaba mucho que hacer.

Mientras rodeaban el lateral de la casa, Isabelle estaba algo inclinada

sobre Tavi, concentrada en lo que decía su hermana. Miraba al suelo.

De haber prestado más atención, habría visto las pistas que le indicaban lo que sucedía.

Las huellas de cascos en la tierra.

El borrón de uniformes azules junto a los establos.

El alto y arrogante coronel Cafard, que miraba el caballo que habían traído del pasto siguiendo sus órdenes.

Un caballo negro. Su caballo.

Nero.

NOVENTA Y SEIS

Isabelle no se dio cuenta de que algo iba muy mal hasta que dobló la esquina del edificio.

Nero estaba en el patio delantero, con su brida. Tenía los ojos desorbitados y se encabritaba. Un joven soldado intentaba sujetar la correa.

—¡Soltadlo! —gritó Isabelle, que corrió hasta el hombre y le quitó la correa de las manos.

El soldado no la había visto venir. Trastabilló, sorprendido, y cayó sobre el trasero. Los que lo acompañaban se rieron a carcajadas. Tantine, Avara y *maman* estaban cerca, con cara de preocupación.

—¡Parece que la chica es aún más peleona que el caballo! —gritó uno de los soldados—. ¡Tal vez también necesite unos azotes en las posaderas!

—¿También? —preguntó ella, volviéndose hacia él—. ¿Es que le has pegado a mi caballo, idiota?

El soldado dejó de reírse. Su mirada se tornó perversa.

—Puede que necesite que le partan la boca —dijo—. Y puede que yo sea el más indicado para hacerlo.

—¡Isabelle! —la llamó Tavi, alarmada. Acababa de alcanzarla, con Hugo pisándole los talones.

Pero su hermana no la oyó, ya que estaba concentrada en su adversario. Sin soltar la correa de Nero, dio un paso hacia el hombre.

—Puede que lo seas. Coge una fusta, que yo cogeré otra y lo comprobaremos. —Como el soldado no se movía, ella ladeó la cabeza—. ¿Asustado? Me ataré una mano a la espalda para que sea una pelea justa.

Los demás se echaron a reír.

—Eh, ¿no es una de las hermanastras feas? —preguntó el que había caído de culo.

—Sí. Y fea es con ganas —respondió el soldado al que había retado Isabelle.

La vergüenza de siempre desgarró a la muchacha, aunque, esta vez, no se ruborizó. Ni siquiera agachó la cabeza. Lo que hizo fue mirarlo a los ojos y decir: —Tan fea como el hombre que pega a un animal indefenso.

—¡Isabelle, por favor! —le suplicó su hermana entre dientes.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Isabelle, sin prestarle atención—. ¿Qué hacéis con mi caballo? —preguntó a su antagonista.

Otro hombre, uno que llevaba bicornio y unas botas negras tan relucientes que podía mirarse en las puntas como en un espejo (cosa que hacía a menudo), dio un paso adelante.

—Me temo que ahora es mi caballo, *mademoiselle* —dijo.

—¿Quién demonios sois? —preguntó ella tras mirarlo de arriba abajo mientras agarraba con más fuerza la correa de Nero.

Tantine se colocó de inmediato a su lado.

—Es el coronel Cafard, Isabelle, el oficial al mando del campamento militar que hay junto al pueblo.

—Eso no le da derecho a llevarse mi caballo.

—En realidad, sí —repuso el coronel—. El ejército anda corto de monturas. Es el primer blanco del enemigo. Así que estamos requisando todos los animales sanos que encontramos.

—¿Por orden de quién? —preguntó la joven, presa del pánico.

—Del rey —contestó el coronel, que ya se estaba cansando de la conversación—. ¿Os basta?

—¡Ya está bien, Isabelle! —dijo Tantine entre dientes—. ¡Entrega al animal antes de que nos encierren a todos! —Le quitó la correa del puño y se las entregó a un soldado. Después tiró de ella para apartarla—. ¡Estamos en guerra, niña tonta! —la regañó.

Isabelle se zafó de su mano. Después corrió hacia Cafard, dispuesta a suplicarle, a hincarse de rodillas y rogarle que no se llevara su caballo. Que sus soldados se rieran y burlaran, le daba igual. Lo único que veía en su cabeza era a su amado caballo cayendo en el campo de batalla, con el flanco destrozado por una bala.

—Coronel, por favor —dijo, juntando las manos—, por favor, no...

Entonces, Tantine volvió de nuevo a su lado y le clavó los dedos, fuertes como el acero, en el brazo.

—Por favor, no dejéis que gane Volkmar —dijo la anciana, ahogando las palabras de la joven—. Usad el caballo para derrotarlo. Es un honor ayudar a nuestro rey.

Cafard asintió con un gesto brusco. Después se alejó hacia su montura,

una amedrentada yegua de color alazán. La yegua dio un respingo cuando el coronel se subió en ella. Los expertos ojos de Isabelle recorrieron al animal en busca de la razón, y no tardó en encontrarla: había sangre en los flancos del caballo, detrás de los estribos. Miró a Cafard: llevaba afiladas espuelas de plata. El corazón le dio un vuelco.

—¡Coronel! —gritó, y salió corriendo detrás de él.

Cafard se volvió. A pesar de la frágil sonrisa, no logró ocultar su enojo.

—¿Sí?

—No uséis las espuelas con él, por favor. Os escucharé si sois amable. Y hará lo que sea con tal de conseguir una manzana. Le encantan.

—A mis hombres también les encantan —repuso Cafard, que perdió la sonrisa—. Apenas las comen últimamente y, aun así, hacen lo que les ordeno. — Señaló a Nero con la cabeza—. Esa criatura es un caballo, *mademoiselle*, y se le tratará como tal. A los animales indisciplinados hay que disciplinarlos.

Nero relinchó con fuerza; agitó la cabeza para volver a librarse del soldado que le sujetaba la correa. Como no funcionó, se volvió y le soltó una coz.

Isabelle recordó una imagen: la de la reina Isabel sobre su caballo de guerra blanco; la de Abhaya Rani disparando flechas de fuego sobre su montura. Ninguna de las dos mujeres habría permitido que nadie le quitara su caballo.

—Tiene hambre, señor —dijo—. Esta es su hora de comer. Si me dejáis alimentarlo, será más dócil durante el viaje al campamento.

Cafard examinó al caballo rebelde y a los hombres que intentaban controlarlo.

—Tenéis diez minutos —respondió. Después ladró a sus soldados que le entregaran el caballo.

Isabelle le susurró a Nero que se calmara. Con la cabeza gacha, lo condujo a los establos.

De haber visto los soldados la expresión decidida de la muchacha y el fuego de sus ojos, jamás se lo habrían permitido.

NOVENTA Y SIETE

Isabelle caminó sin prisas hasta el establo. No quería levantar sospechas.

Había dos puertas: la que Nero y ella acababan de atravesar y la que había justo enfrente de esta y conducía al prado. Una amplia zona se abría entre ambas puertas. A la derecha estaban los compartimentos de los caballos; a la izquierda, los puestos de las vacas.

Isabelle caminaba despacio, algo desviada hacia la derecha, como si fuera a conducir a Nero a un compartimento. Mientras lo hacía, volvió la vista atrás, como si nada. Tres de los soldados hablaban con el coronel. Otros esperaban por allí. Uno la observaba. La miró a los ojos; no apartó la vista. Ella se limpió los suyos con la esperanza de que pensara que lloraba. Funcionó. El soldado, avergonzado, se volvió hacia sus compañeros.

En cuestión de segundos, Nero y ella salieron por la otra puerta. Se tensó al abandonar el establo, esperando oír gritos y pasos. Pero no se oía nada. Nadie los había visto.

Había una vieja lechera bajo los aleros del establo. Isabelle la usó de escalón para montar. Una vez que estuvo a lomos de Nero, ató el extremo suelto de la correa al cabestro. Le serviría de riendas. No había tiempo de coger unas de verdad, ni tampoco la brida y la silla. Cuando terminó el nudo, le pidió a Nero en voz baja que avanzara. Recorrió el barro compacto que separaba el establo del prado en unas cuantas zancadas.

Isabelle sabía que, mientras mantuviera el establo entre ella y los soldados, no la verían alejarse. La rabia, ciega e irracional, la impulsaba. Nero le pertenecía; no permitiría que Cafard se lo llevase.

Agarró las improvisadas riendas y chascó la lengua. Como si comprendiera su propósito, Nero saltó por encima de la valla de madera que rodeaba el prado y aterrizó en silencio sobre la hierba.

Isabelle le tocó los flancos con los talones, y el animal salió al galope. En cuestión de segundos llegó al otro extremo del prado y voló de nuevo por encima de la valla hasta encontrarse atravesando el campo camino del bosque. Nadie la perseguía. Todavía. Lo más probable era que Cafard tardara otro par de minutos en pedir a uno de sus hombres que fuera a ver por qué se demoraba tanto, pero ya sería demasiado tarde: nunca la encontrarían. No conocían tan bien como ella el bosque silvestre.

Miraba al frente. La vegetación era tupida, así que cabalgar por ella exigía toda su atención. Le temblaban las manos, tenía el corazón

acelerado.

Se dirigía a la Hondonada del Diablo.

NOVENTA Y OCHO

Algunas personas temen el bosque; otras solo se sienten a salvo bajo la protección de su dosel arbolado.

Isabelle era de las segundas. Los paisajes y aromas del bosque le resultaban familiares y reconfortantes. Había pasado los días más felices de su vida en aquel lugar.

Después de escapar con Nero, cabalgaron a través de los árboles más de media hora para poner distancia entre el coronel Cafard y ellos; después, Isabelle desmontó, deshizo el nudo de las improvisadas riendas y siguió a pie junto al caballo. Caía la noche cuando llegaron al camino que los conduciría a la Hondonada del Diablo. La joven quería estar allí abajo antes de que oscureciera. El sendero era traicionero cuando se veía y suicida cuando no.

El bosque silvestre cubría la suave pendiente de la falda sur de un monte y, a continuación, se encontraba la escarpada falda norte, repleta de barrancos. El estrecho paso a la Hondonada bajaba en zigzag por la cara norte y estaba tapado en algunas zonas por arbustos espinosos. Serpenteaba a través de rocas y cantos rodados al llegar al fondo, y acababa en un río. Antes lo usaban los viajeros para llegar a Saint-Michel, pero al crecer el pueblo y mejorar las carreteras, el sendero a través de la Hondonada del Diablo había caído en desuso.

Isabelle y Nero avanzaron con cautela por el camino, a través de las rocas. Cuando por fin llegaron al río, a la joven le gruñía el estómago. Se dio cuenta de que no había comido nada desde el mediodía, y ya debían de ser casi las ocho. Nero tampoco había comido su ración nocturna de avena. Ni lo haría, puesto que no se había llevado nada. No tenía comida ni dinero para comprarla. Las monedas de Felix estaban en el pajar, al igual que todas las provisiones que Tavi y ella habían logrado reunir. Se metió la mano en el bolsillo con la vana esperanza de encontrar dentro una corteza de pan. Sin embargo, lo que encontró fueron los regalos de Tanaquill. Se pinchó los dedos con el tegumento.

También le pinchaba otra cosa: la conciencia. Caminaba despacio para asegurarse de que Nero no tropezara, hasta que se paró en seco, atenazada por una duda atroz.

—¿Qué he hecho? —se preguntó en voz alta.

Estaba tan decidida a salvar la vida del caballo que no se había parado a pensar ni por un segundo en las consecuencias que para los demás tendría su imprudencia. Había engañado a un coronel del ejército francés. ¿Y si descargaba su ira sobre su familia? ¿O sobre los LeBenêt y Tantine?

Se dio cuenta de que había permitido que la ira dictara sus actos, de nuevo. Justo como había hecho con Ella. Con la mujer del panadero. Con los huérfanos. Había sido egoísta. No quería que Nero muriese, pero había madres, esposas y niños que tampoco querían que sus hijos, maridos y padres murieran. Hombres que daban la vida en la guerra; Felix podría dar la suya.

Entre gruñidos, ocultó el rostro en el cuello de Nero. Quería ser mejor persona. Quería cambiar, pero allí estaba, poniendo en peligro a las personas que la necesitaban, huyendo de sus responsabilidades.

—Tengo que regresar —dijo, con el corazón roto. Era lo correcto, lo único que podía hacer.

En cuanto las palabras abandonaron sus labios, oyó unas voces que flotaban hacia ella desde el otro lado del río, procedentes de los árboles.

Se quedó inmóvil, escuchando. El miedo la puso en tensión. ¿Tendrían razón los ancianos? ¿Estaba encantada la Hondonada? ¿O se trataría de una banda de forajidos o de desertores?

¿O pertenecerían las voces a los hombres de Cafard, que la perseguían? No, eso no era posible. Había otro modo de llegar a la Hondonada, pero suponía rodear las montañas a caballo por un camino estrecho y lleno de baches. Era poco probable que los soldados lo hubieran recorrido tan deprisa.

Isabelle esperó a que hablaran de nuevo, pero no oyó nada más que la respiración de Nero.

—Quédate aquí, chico —le dijo mientras le enrollaba la correa en el cuello.

Se atrevió a acercarse más al agua para mirar hacia el otro lado. A la luz moribunda distinguió la otra orilla y la densa línea de árboles que la bordeaba, pero nada más. De vez en cuando crujían las hojas, aunque podía ser la brisa. Justo cuando estaba convencida de haberse imaginado las voces, las oyó de nuevo. Seguidas de un fuerte aroma a tabaco.

Isabelle nunca había visto un fantasma. No sabía mucho sobre ellos, pero estaba segura de algo: los fantasmas no fumaban puros.

NOVENTA Y NUEVE

Nelson entró con sigilo por la ventana entreabierta.

Se dejó caer en el banco de abajo y volvió la vista atrás, nervioso, hacia Azar.

—¡Ve! —le dijo él desde fuera, moviendo los labios sin emitir sonido —. ¡Recupera el mapa!

Desde donde estaba lo veía abierto sobre la mesa de la Parca; la calavera estaba negra como el ébano.

La Parca, ocupada buscando algo en su baúl, de espaldas a la ventana, no vio al animalito corretear por el suelo.

Sin embargo, Losca, subida a lo alto del armario, sí.

Con un feo chillido, se abalanzó sobre él. El mono se subió de un salto a la cama. El cuervo dio la vuelta y se lanzó de nuevo a por él. Nelson rodó por el colchón, lo esquivó y le saltó encima.

La anciana se giró y vio a los animales enredados.

—Pero ¿qué...? —empezó a decir, hasta que un agudo chillido herrumbroso la cortó. Se trataba de la bisagra de la ventana batiente: Azar acababa de entrar por ella.

El marqués corrió hacia la mesa y el mapa que estaba enrollado sobre ella, pero la Parca llegó primero. Se colocó delante y lo bloqueó con un largo estilete de plata en la mano.

—Aparta, no quiero luchar contra ti —le advirtió Azar.

La Parca esbozó una sonrisa cruel, giró la muñeca y, en menos de una fracción de segundo, el estilete volaba hacia el corazón del marqués.

Azar pivotó a la derecha. La daga se clavó en la pared que tenía detrás. Estaba a punto de avanzar de nuevo, cuando un zorro entró de un salto por la ventana y se abalanzó sobre los dos animales que seguían peleándose. El mono, aterrado, se catapultó a los brazos de Azar. El cuervo voló más alto, dio una vuelta por la habitación y aterrizó otra vez encima del armario.

Entre gruñidos y bocados al aire, la zorra aterrizó en la mesa de la Parca, agitó la cola y lanzó por los aires las tintas de la anciana. Las botellas se rompieron contra el suelo, y sus vistosos colores se colaron entre las grietas de las tablas. Bajó de la mesa y, unos segundos después,

una mujer ocupó el lugar de la raposa, con el mapa en la mano.

—Basta —dijo Tanaquill, guardándose el pergamino entre los profundos pliegues de su capa.

—Ese mapa es mío —dijo la Parca, y dio unos pasos hacia ella—. Dámelo.

Tanaquill le enseñó los dientes.

—Venga, vieja, ven a por él —la retó.

Azar dio un paso adelante.

—Quedaos el mapa, Tanaquill, pero ayudad a Isabelle. Salvadla.

—La muchacha decidirá cuál es su siguiente paso. Ninguno de vosotros dos lo hará por ella. Ahora mismo solo existe una persona capaz de salvar a Isabelle, y es la propia Isabelle.

Transformada en un remolino de pelaje rojo, salió por la ventana y desapareció. La Parca y Azar se quedaron solos.

Azar sacó el estilete de la pared. Se lo devolvió a la anciana. Ella lo dejó en la mesa y miró a su alrededor, al caos que había desatado Tanaquill. Losca ya había bajado en forma humana del armario y estaba recogiendo los cristales rotos.

—Tengo una botella de oporto —comentó la Parca con un suspiro—. Al menos, no ha sido víctima de la reina de las hadas.

—¿De buena añada?

—Soy demasiado vieja para bebidas malas.

Azar se balanceó sobre los talones y sopesó su oferta.

—Lo cierto es que me gusta el buen oporto.

La Parca dio media vuelta y volvió a rebuscar en su baúl. De él salieron un par de copas artesanales de vidrio soplado; una bandeja de porcelana; el oporto; una caja de higos secos bañados en chocolate negro; almendras tostadas con sal; y un pedazo de parmesano envuelto en tela encerada.

—Haz algo útil —dijo la mujer—. Acerca las sillas al fuego.

Ya había un sillón bajo con blandos cojines junto a la chimenea, así que lo acercó más; después llevó la silla de madera que estaba al lado de la mesa. Vio un taburete y lo colocó entre ellas. La Parca dispuso las viandas en la bandeja y la colocó sobre el taburete. Tras servir dos copas de oporto, le dio una a Azar.

—Esto no cambia nada —le advirtió—. No he pedido clemencia...

—Ni te he ofrecido ninguna —terminó él.

—La calavera está negra como el carbón. Dudo que sobreviva a esta noche.

—Mientras siga respirando, hay esperanza —repuso él, desafiante.

La Parca sacudió la cabeza mientras mascullaba sobre locos y soñadores, aunque los dos antiguos adversarios se sentaron junto al fuego y disfrutaron de aquella pequeña tregua en su eterna guerra. Bebieron a la salud de los idiotas humanos, que tropezaban y caían, que tomaban más decisiones equivocadas que correctas, que se rompían el corazón una y otra vez, pero, de algún modo, conseguían hacer bien alguna que otra cosa, entre ellas el buen oporto y el sabroso parmesano.

Y, en la oscuridad, la zorra corría con el mapa en la boca. Corrió por los campos y saltó por encima de los muros de piedra, atravesó la alta hierba y las zarzas, y llegó a una casa en ruinas y al tilo que estaba junto a ella.

Dejó el mapa en el hueco de la base del árbol, se volvió, y se sentó a observar y a esperar. Se guardaba sus pensamientos para ella. Pero los enviaba hacia Isabelle.

Deja de responsabilizar a los dioses. Deja de maldecir al diablo. Ellos no te abrirán camino. Te concedieron sus oscuros dones: la razón y el albedrío. Ahora eres tú la que debe abrirse paso.

Lo que está hecho, hecho está, ya te lo hicieran a ti o lo hicieras tú, y no puedes cambiarlo.

Sin embargo, lo que no está hecho, sin hacer queda.

Y ahí es donde residen la esperanza y el riesgo.

Créete capaz de elegir tu camino. O no te lo creas. En cualquier caso, tendrás razón.

Cada guerra es distinta, aunque todas las batallas son iguales. El enemigo no es más que una distracción. Porque siempre, siempre, luchas contra ti.

CiEN

—Ahora mismo vuelvo, Nero. Quédate aquí y no te muevas —susurró Isabelle.

Quería saber quién estaba en la Hondonada. Estaba cerca de Saint-

Michel y de su familia, y los forajidos y desertores eran peligrosos. Uno le había robado y casi la mata.

Se subió la falda, se la ató y se metió en el agua. Por suerte, el río no estaba muy crecido, así que solo le llegaba hasta la rodilla. Se le estaban empapando las botas y la zapatilla que le había hecho Felix, pero no se atrevía a quitárselas y dejarlas en la orilla. Sin ellas, se movía despacio, y tal vez necesitara correr. Cuando llegó al otro lado, subió a la orilla, que estaba empinada y margosa. Se agarró a las retorcidas raíces de un árbol para salir. Procuró avanzar en silencio, puesto que no deseaba alertar a nadie de su presencia. Al llegar a lo alto del terraplén y asomarse, contuvo el aliento de golpe: ante ella había tiendas de campaña, cientos de ellas. No en ordenadas filas, sino desperdigadas por todo el terreno. Estaban hechas de tela oscura y se camuflaban a la perfección entre los árboles.

Entonces vio a los hombres, uniformados. Hablaban en voz baja mientras limpiaban los fusiles y afilaban las bayonetas.

«Tiene que haber miles. ¿Son el ejército del rey? ¿Qué hacen aquí?», se preguntó.

Hasta ella llegaban fragmentos de conversaciones, aunque tan entrecortadas que no les encontraba sentido.

No obstante, al cabo de unos minutos fue capaz de unir los fragmentos y lo entendió todo. El terror la dejó sin aire en los pulmones.

Los hombres pertenecían a un ejército, sí, pero no al del rey.

Era el ejército de Volkmar.

CIENTO UNO

Isabelle corrió a ocultarse detrás de un gran árbol, con el corazón desbocado.

Al cabo de unos segundos se asomó de nuevo y reprimió un grito: uno de los soldados iba derecho hacia ella con un puro encendido entre los dientes. ¿La había visto? Se agachó otra vez detrás del árbol para intentar abultar lo menos posible.

El hombre se detuvo al lado de su escondite, plantó los pies en la tierra y orinó. Isabelle no se movió; ni siquiera respiró.

Mientras él seguía regando el otro lado del árbol, varios de sus compañeros lo llamaron. Isabelle oyó el nombre de Volkmar una y otra

vez. Los hombres hablaban en voz baja pero emocionada.

Por fin, el soldado se abotonó los pantalones y regresó con sus amigos. El cuerpo entero se le relajó de puro alivio. Se arriesgó a echar otro vistazo al campamento enemigo: todos los soldados salían corriendo de sus tiendas de campaña para acudir al centro del terreno.

«¿Por qué? —se preguntó—. ¿Qué está pasando?».

Isabelle sabía que debía huir, que debía alejarse de allí mientras pudiera. ¿Qué iba a hacer si no? Estaba sola. Indefensa. No era más que una chica.

«Como Isabel —dijo una voz dentro de ella—. Como Yennenga. Abhaya Rani. Hubo un tiempo en que no fueron más que chicas, como tú».

Salió de detrás del árbol y, agazapada, avanzó entre las tiendas hacia el corazón del campamento enemigo.

Dentro de ella, el lobo dejó de roer. Se quedó quieto. En tensión.

Preparado.

CIENTO DOS

Estaban reunidos en varios círculos concéntricos.

En el centro de los círculos había un hombre de pie, hablando. Isabelle no lo veía (se lo tapaban los soldados), solo lo oía.

«Como me vea alguien..., como me encuentren...», le chillaba su miedo.

Lo silenció e intentó averiguar cómo acercarse más.

Más adelante había una roca. Si se subía a ella vería por encima de los hombres, pero si uno se volvía, también la vería a ella. Entonces localizó un pino cuyas ramas más bajas estaban desnudas, aunque las más grandes seguían cargadas de agujas. Si trepaba lo suficiente por el tronco, vería sin ser vista. Cerca del árbol había una tienda de campaña con estructura de madera, más grande que las demás. La tienda la taparía mientras subía por el tronco.

A pesar de los años transcurridos desde la última vez que Isabelle había trepado a un árbol, no le costó recordarlo. Subió con facilidad entre las ramas, en silencio, igual que cuando Felix y ella fingían trepar por el mástil del barco de Barbanegra. Siguió subiendo hasta asegurarse de

encontrar un punto en el que nadie la vería; entonces se tumbó pegada a una rama y la bajó un poco para obtener una buena panorámica.

Habían colocado varios faroles en el centro del círculo interior para iluminar al hombre del tricornio. Su pelo oscuro con vetas grises estaba recogido en una coleta. Al moverse, una capa de viaje se arremolinaba en torno a él. Era alto, ancho de hombros, y caminaba con decisión. Una cicatriz le recorría la mejilla.

La luz de los faroles se reflejaba en sus ojos de color violeta.

«Volkmar», pensó Isabelle, a la que, de repente, se le paró el corazón.

«Está aquí».

CIENTO TRES

La joven se quedó sentada, inmóvil, mientras Volkmar daba su discurso.

Les decía a sus hombres que iban a atacar Saint-Michel. Que matarían a todos y cada uno de los habitantes del pueblo, como en Malleval. Por eso había tantos soldados.

Terminó de hablar y alargó un brazo. Al hacerlo, apareció otro hombre que permaneció al borde de la luz de los faroles, flanqueado por media docena de soldados de Volkmar.

Isabelle se llevó una mano a la boca. «No —pensó—. Que Dios nos ayude».

Era el gran duque.

El miedo le estalló en el estómago, y sus largos zarcillos se le enroscaron en el corazón. Las tropas de Volkmar lo habían atrapado. Lo habían emboscado mientras iba o venía entre París y el campamento de Cafard. ¿Cómo si no podían haberlo capturado? ¿Qué pensaban hacer con él? ¿Torturarlo? ¿Ejecutarlo? Era uno de los hombres más poderosos del reino. Solo el rey estaba por encima de él.

Mientras Isabelle observaba, sin aliento, Volkmar von Bruch se acercó al gran duque.

Y lo abrazó.

CIENTO CUATRO

Fue como si estuviera hecha de hielo. Se le quedó el corazón congelado.

La sangre, sólida en las venas. El aliento, escarcha. Si movía un músculo, se haría añicos.

El gran duque, que había jurado proteger al rey y al país, estaba confabulado con Volkmar von Bruch. Con Volkmar, que había masacrado a miles de soldados franceses, quemado pueblos y asesinado a las personas que huían.

Isabelle pensó en su familia. En Felix. En la aldea. Pensó en Remy, en la cruz de plata que le había dado, en su amigo Claude y en todos los demás jóvenes soldados que quizá no regresaran nunca a casa.

Observó, impertérrita, a los soldados de Volkmar alzar los puños en silencioso saludo a su líder y al gran duque. Los vio retirarse a sus tiendas de campaña con el fuego de la guerra iluminándoles el rostro, mientras que Volkmar y el gran duque se dirigían a la tienda del primero (la que estaba en la base del árbol al que se había subido Isabelle) y se sentaban en las dos sillas de lona frente a la puerta. Siguió mirando y vio a un joven soldado raso aparecer con faroles, una caja de puros, una licorera con brandy y dos copas de cristal.

El miedo había desaparecido. Ahora solo sentía una emoción: una furia fría y letal. Sin embargo, la furia ya no la controlaba, sino al contrario: Isabelle era su dueña y permitió que la ayudara, en vez de hierla.

Descendió del árbol despacio, tan silenciosa como una sombra, bajando los pies descalzos de uno en uno, de rama en rama, sin mover ni una aguja de pino.

Siguió hasta encontrarse un metro por encima de sus cabezas. Y, entonces, escuchó.

—Por el nuevo regente francés —dijo Volkmar, brindando con el gran duque—. En cuanto derrote al rey, el país será mío y vos lo gobernaréis por mí.

El gran duque sonrió e inclinó la cabeza. Después le entregó a Volkmar un pergamino enrollado.

—Un regalo.

Volkmar lo tomó, rompió el sello de cera (el sello del rey de Francia) y lo desplegó.

—Un mapa... —dijo mientras lo examinaba.

—Que muestra el tamaño y la ubicación de todos los batallones que le quedan al rey.

—¡Bien hecho! —exclamó Volkmar—. Así nos resultará mucho más sencillo cazarlos a todos. —Le dio un buen trago al brandy—. ¿Está todo preparado para mañana?

—Sí. Atacaréis el campamento de Cafard al anochecer. Acaba de enviar cuatro regimientos a París, así que solo le queda uno. Cuando acabéis con sus tropas, id al hospital de campo y matad a los heridos. No me sirven de nada. Dejad a Cafard vivo, por supuesto, y tomadlo como prisionero, por las apariencias. Recibirá su recompensa cuando termine la guerra. Ha sido un aliado leal.

Volkmar examinó de nuevo el mapa.

—Los civiles de Saint-Michel... ¿Creéis que se resistirán?

—¿Con qué? —preguntó el gran duque, entre risas—. ¿Con cucharas de madera? He estado recorriendo todo el territorio pidiéndoles que donaran sus armas al ejército. Están indefensos.

El joven soldado raso, el sirviente de Volkmar, apareció de nuevo. Su comandante le entregó el mapa, y le pidió que lo guardara en la tienda y les llevara comida.

—Quiero atacar las demás guarniciones del rey en cuanto terminemos con Saint-Michel. Acabar con ellas una a una hasta que lleguemos al rey en persona.

—Yo sugiero que ataquemos primero al rey —dijo el gran duque—. Se rendirá, y así aplastaremos las esperanzas de las tropas que sobrevivan.

—¿Y si no se rinde?

—Lo haré. Estoy seguro. No olvidéis que tenemos una baza muy valiosa.

—No os gusta demasiado vuestro joven soberano, ¿no? —comentó Volkmar, arqueando una ceja.

—El rey es un idiota —repuso el gran duque, al que se le había agriado el rostro—. Podía elegir entre todas las princesas que quisiera de las grandes casas reales, y decidió hacerlo con una criada. Y le permite seguir con sus estúpidas causas: asistir a los heridos, alojar a los huérfanos en las residencias de los nobles... Cuando sería mucho menos oneroso para las arcas de la corona dejar que se murieran, sin más. Mi propio *château*

está abarrotado de los mocosos de los campesinos. —Negó con la cabeza, asqueado—. El rey ha degradado la corona. Mientras él guerrea, una muchacha de baja cuna se sienta en el trono de Francia. Peor aún, la sangre de una plebeya correrá por las venas del heredero al trono.

—No os preocupéis por eso —dijo Volkmar—. El rey tiene los días contados. No vivirá lo suficiente para engendrar un hijo.

—A no ser que lo haya hecho ya —repuso el gran duque tras vaciar su copa.

Volkmar guardó silencio mientras le servía más brandy a su invitado. Después se acomodó de nuevo y respondió: —Ningún heredero reclamará su derecho a mi trono, no puedo permitirlo. Ya comprendéis lo que eso significa.

El gran duque le dio un largo trago a su copa y miró a Volkmar a los ojos.

—Significa que la reina también debe morir.

CIENTO CINCO

Isabelle se subió a una rama más alta y se sentó con la espalda apoyada en el tronco, las manos alrededor de las ramas más pequeñas y los pies colgando.

De los grandes comandantes se decía que mantenían la sangre fría en el infierno de la batalla. Que el rugido de los cañones, los gritos de los moribundos, el humo, el sudor y la sangre les aguzaban la percepción y les permitían ver mejor cómo ganar ventaja.

En aquel momento, Isabelle sentía esa misma claridad.

Estaba en un árbol a pocos metros de dos hombres sedientos de sangre que la matarían sin pensárselo dos veces en caso de descubrirla. Sin embargo, se quedó allí sentada, meditando con calma sobre sus opciones, hasta que decidió qué camino seguir.

Volkmar quería matar al rey y a la reina; tenía que encontrar el modo de detenerlo. Podía intentar ir a París de nuevo para ver a Ella o acudir al rey y contarle lo que había averiguado, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo ni tampoco sabía si la creerían si, de algún modo, lograba acceder a ellos.

De repente, un recuerdo salió a la superficie, como un pez que salta en un lago. Estaba en la *Maison Douleur*. La sangre de su pie mutilado caía sobre la tierra. El gran duque caminaba hacia Ella con el zapato de cristal en un cojín de terciopelo cuando, de repente, tropezó y lo dejó caer. Isabelle recordaba el ruido que hizo al romperse. El hombre dijo que había sido un accidente. Pero no: había tropezado adrede, y ella lo había visto.

Porque no quería que Ella se casara con el príncipe. Porque la muchacha no era de alta cuna. No era lo bastante buena. Su hermanastra, que era amable y compasiva. Su hermanastra, que era más bella que el sol. El gran duque la había definido con un par de palabras frías y la había descartado.

Entonces, Isabelle oyó otra voz: la del viejo comerciante que le había hecho lo mismo a ella. La había llamado fea. La había definido antes de que ella tuviera la oportunidad de definirse sola. En cuestión de un segundo, aquel hombre había decidido todo lo que era y todo lo que

sería.

Sin embargo, ahora Isabelle veía algo que no había visto antes: que el comerciante no había actuado solo. Tenía un cómplice: ella misma. Le había prestado atención. Se lo había creído. Había permitido que le dijera lo que era. Y, después de él, *maman*, los pretendientes, el gran duque, Cecile, la mujer del panadero, los habitantes de Saint-Michel.

—Me arrebataron lo que yo era, pedazo a pedazo —le susurró a la oscuridad —, pero fui yo la que les entregó el cuchillo.

La voz del comerciante todavía le resonaba en la cabeza. Se le unieron otras.

«... no eres más que una chica... Monito feo... Hermanastra fea... Fuerte... Rebelde... Cruel...».

Isabelle prestó atención a las voces para intentar encontrar la suya entre ellas. Hasta que lo logró: «El mapa —decía—. Tienes que conseguir ese mapa».

La voz no era aguda ni temerosa, sino clara, tranquila y parecía surgir del mismo núcleo de su ser. Isabelle la reconoció. Cuando era niña, era la única voz que oía. Nunca la había llevado por el mal camino y tampoco lo haría ahora.

Si conseguía el mapa, detendría el ataque de Volkmar. Lo leería y después cabalgaría como el viento al campamento militar leal más cercano. El comandante sin duda querría saber cómo había acabado en posesión de un mapa secreto con el sello del rey. Ella se lo explicaría, y él enviaría a sus tropas al rescate de Saint-Michel. Tenía hasta el día siguiente, al anochecer, puesto que a esa hora atacaría Volkmar.

El sirviente de Volkmar había dejado el mapa dentro de la tienda. Isabelle sabía que tenía que entrar, robarlo y volver a salir. Al bajar la vista comprobó que Volkmar y el gran duque seguían absortos en su conversación. El soldado les había preparado una mesa a las puertas de la tienda y les había llevado la cena. Les quedaba más de la mitad.

«Ahora o nunca», pensó, y bajó del árbol. Agachada, avanzó con sigilo hasta la parte de atrás de la tienda. Escuchó un momento para asegurarse de que no hubiera nadie dentro y después levantó la lona y se metió por debajo. En medio del espacio había una gran mesa plegable. Sobre ella, plumas, un tintero, cartas, un catalejo... y el mapa.

El corazón le dio un bote en el pecho. «Puedes hacerlo —se dijo—. Cógelo y vete».

Tan concentrada estaba en encontrar el mapa que sus ojos habían ido derechos a la mesa en vez de recorrer primero el habitáculo. Al correr hacia la mesa, un movimiento a su derecha le llamó la atención. Se paró en seco, con el corazón en la boca.

Allí, sentada en un catre de lona, con las manos atadas y una cruel mordaza en la boca, había una muchacha. Los ojos de Isabelle se abrieron como platos.

Dio un paso hacia ella.

Y susurró una palabra:

—¿Ella?

CIENTO SEIS

Isabelle se dejó caer sobre sus rodillas y se deslizó hacia el catre. Después le quitó la mordaza a su hermanastra.

—¡Isabelle! —susurró Ella, reprimiendo un sollozo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo has acabado aquí? —le susurró Isabelle, horrorizada al verla atada como si fuera un animal.

—El gran duque. Se suponía que sus guardias y él debían acompañarme a una mansión al este de Saint-Michel. Iba a ver si podían alojar a algunos huérfanos de guerra. A medio camino, nos salimos de la carretera. Ordenó a sus hombres que me ataran y me trajó aquí. Volkmar...

—Lo sé —la interrumpió Isabelle en tono lúgubre—. Lo he oído hablar con el gran duque. Voy a recuperar el mapa del rey. Después, nos vamos de aquí.

—¿Cómo, Isabelle? ¡En este campamento hay miles de soldados!

—Si he entrado, podré salir.

—Pero mis ataduras...

Ella alzó las manos e intentó decir más, pero se deshizo en llanto.

Isabelle le sujetó el rostro entre las manos.

—Escúchame, Ella —le dijo, severa—. Tienes que confiar en mí. Sé que no tienes razones para hacerlo, pero te sacaré de este sitio. Te lo prometo. Y...

—¿Dónde está ese maldito crío? Da igual, iré yo mismo... —rugió una voz.

Procedía del exterior de la tienda. Y pertenecía a Volkmar.

CIENTO SIETE

«Simple es lo contrario de difícil —pensó Isabelle—. Fácil es lo contrario de difícil. Pero simple no es lo mismo que fácil. En absoluto. Seguro que Tavi tiene un teorema para eso».

Isabelle parloteaba para sí, en silencio. Para calmar el tremendo latido de su corazón. Para obligarse a respirar. Para distraerse del hecho de que las enormes botas negras de Volkmar von Bruch estuvieran a pocos

centímetros de su cara.

Lo que tenía que hacer era simple (salir de allí con Ella), aunque ni mucho menos fácil. Y que Volkmar entrara en la tienda acababa de multiplicar la dificultad por diez.

En cuanto había oído su voz, le había puesto de nuevo la mordaza a su hermanastra. Después se había metido bajo el catre, procurando que no le asomara la falda. Estaba paralizada, sin respirar apenas, cuando él abrió la tienda y entró.

—Ah, alteza, ¿estáis cómoda? ¿No? Bueno, no tendréis que soportarlo mucho más. Mañana, el gran duque y yo mismo atacaremos el campamento de vuestro marido y le pediremos que se rinda a cambio de vuestra vida. Por supuesto, no tengo intención alguna de cumplir mi parte del trato, pero no os preocupéis, ninguno de los dos sufrirá. Los hombres de mi pelotón de fusilamiento tienen una puntería excelente.

«Una baza muy valiosa», había dicho el gran duque. La baza era Ella.

Isabelle apretó los puños. Olía a Volkmar: alcohol, sudor y el grasiento cordero que acababa de comerse.

—Bueno, ¿dónde está el brandy? —lo oyó preguntar—. ¡Ah! ¡Aquí está!

El hombre salió de la tienda. En un abrir y cerrar de ojos, Isabelle salió de debajo del catre y se puso en pie. Después le quitó la mordaza a Ella, cogió una daga de la mesa y la usó para cortar las cuerdas que le sujetaban las muñecas y los tobillos. Su hermanastra se levantó, tambaleante.

—¡Camina! —le susurró Isabelle—. ¡Así volverás a sentir las piernas! ¡Deprisa!

Mientras Ella daba unos pasos, Isabelle cogió el mapa de la mesa y lo enrolló. Al hacerlo, descubrió un documento que se escondía debajo. Se trataba de otro mapa, uno en el que se veía la localización de las tropas de Volkmar. A la muchacha se le aceleró el pulso: aquello supondría un importante revés para el invasor y aquella víbora del gran duque.

Enrolló el segundo mapa sobre el primero y, en silencio, llamó a Ella. Las dos jóvenes salieron de la tienda por donde había entrado Isabelle. Una vez fuera, Isabelle se llevó un dedo a los labios y escuchó. El campamento estaba en silencio. La reunión del gran duque y Volkmar se

había disuelto. La mayor parte de los soldados se resguardaba en sus tiendas..., aunque no todos. Algunos todavía se movían entre ellas. Isabelle los oía hablar.

Tras asegurarse de que no había nadie cerca, le dio la mano a Ella y emprendió el camino de vuelta. Agachadas, moviéndose con premura, ocultándose detrás de las tiendas de campaña, procurando evitar ramitas, pendientes de cualquier movimiento. Tuvieron que retroceder y buscar otra ruta cuando una tienda se abrió y un soldado dejó sus botas fuera, y también cuando estuvieron a punto de darse de bruces con un grupo de hombres que fumaban bajo un árbol.

A pesar de su miedo y de desorientarse en la creciente oscuridad, Isabelle al final consiguió llegar a las afueras del campamento. Sin embargo, justo entonces, alguien dio la alarma. Voces tensas hicieron correr la voz a toda prisa: la reina había escapado y debían encontrarla. Agachadas detrás del mismo árbol que había ocultado a Isabelle al descubrir el campamento, vieron que los soldados salían de sus tiendas armados con espadas y fusiles. Entonces, Isabelle agarró la mano de Ella y, a ciegas, corrió a la orilla. Medio patinando, medio trastabillando, consiguieron bajar por el terraplén hasta el río.

Cuando llegaron al agua, Isabelle se subió la falda con una mano, sostuvo los mapas en alto con la otra y se metió. La reina, que llevaba unos delicados zapatos de seda, se los quitó, se recogió la falda y la siguió. Las rocas del río eran traicioneras. Tras dar unos pasos, resbaló y cayó. Al hacerlo, perdió los elegantes zapatos que llevaba en la mano, y las rápidas aguas del río se los llevaron. Empapada, lastrada por la ropa mojada, consiguió levantarse e intentó recuperar los zapatos, pero volvió a caer.

—¡Déjalos! —le dijo su hermanastra entre dientes.

Las caídas de Ella habían sido bastante ruidosas. ¿Las habría oído alguien? Isabelle, nerviosa, se metió los mapas en la parte delantera del vestido para mantenerlos secos y miró atrás. Después se acercó a Ella y le ofreció una mano. Ella la aceptó. Isabelle tiró de su hermanastra y, juntas, las muchachas avanzaron con cautela sobre las piedras.

Cuando estaban en mitad del río, oyeron una voz potente:

—¡Quedaos donde estáis! ¡Manos arriba! ¡Si os movéis, disparo!

CIENTO OCHO

Isabelle no veía al hombre que gritaba las órdenes. No veía nada. Los soldados apuntaban hacia ellas con faroles y la cegaban. Intentó protegerse los ojos con las manos alzadas. Oía perros ladrando y gruñendo. Fusiles al hombro, gatillos preparados. El estómago se le encogió de miedo.

Entonces, una voz dijo:

—Ah, ahí estáis, alteza. Me preguntaba dónde os habríais metido. Y ¿quién está con vos?

—¡Bajad los faroles, idiotas! —ordenó el gran duque.

Los soldados obedecieron. Isabelle levantó las manos por encima de los ojos.

—Es la hermanastra de la reina. La chica que se cortó los dedos de los pies —explicó el gran duque—. La reconozco.

—Yo también —repuso Volkmar—. Nos conocimos en Malleval. —Un brillo malicioso le iluminó los ojos—. Ahora podremos terminar lo que allí empezamos.

Bajó hacia la orilla.

«No puede matarnos a las dos a la vez —pensó Isabelle—. Y está oscuro. Los soldados que nos apunten podrían fallar».

—¡Corre, Ella, corre! —le susurró—. Nero está en el camino al bosque silvestre. Lo conseguirás.

Ella se echó a llorar.

—No te dejaré —dijo.

—Las lágrimas no son necesarias, alteza —se burló Volkmar—. No voy a mataros. Todavía. Solo a vuestra hermanastra fea. Deberíais darme las gracias por ello.

Sacó la espada de su funda. Al verla, Isabelle recordó con sorpresa que ella también tenía una. Y un escudo. Siguiendo su instinto, se metió la mano en el bolsillo, donde guardaba los regalos de la reina.

—¡No bajas las manos! —gritó un soldado—. ¡O te pego un tiro!

Volkmar llegó a la orilla y se metió en el río. A Isabelle se le licuaron las entrañas. El miedo amenazaba con atenazarla, pero, antes de que lo lograra, la joven notó un pinchazo en el muslo. Bajó la vista: tenía un

bulto cada vez más grande en el bolsillo; unas espinas negras curvas atravesaban la tela del vestido.

«¡El tegumento! —pensó, con un atisbo de esperanza—. ¡El último regalo de Tanaquill!».

No obstante, Volkmar también lo vio.

—¿Qué tienes ahí? —ladró.

El tegumento aumentó de tamaño. Pugnaba por salir de la tela, la destrozaba.

El hueso y la nuez cayeron al agua.

—¡No! —gritó Isabelle, desesperada.

Ya solo le quedaba el tegumento. Quizá también se transformara en un arma. Si es que conseguía alcanzarlo.

Sin embargo, mientras lo observaba, se abrió de golpe. Las semillas, que eran rojas, relucientes y del tamaño de canicas, cayeron al agua y se hundieron. Tras ellas cayó la cáscara puntiaguda y la corriente se la llevó a toda prisa. Su última esperanza murió con ella.

Volkmar estaba cerca. Isabelle sabía que la mataría allí mismo y dejaría que el río arrastrara su cadáver. Después usaría a Ella para llevar a cabo su despiadado plan. Perderían la vida. Perderían Saint-Michel. Lo perderían todo.

El invasor levantó la espada, dispuesto a descargarla sobre ella. La reina gritó. Isabelle se preparó para morir.

Pero el golpe no llegó. Porque, un segundo después, la espada de Volkmar salió volando por los aires.

Y, acto seguido, Volkmar también lo hizo.

CIENTO NUEVE

—Isabelle, ¿qué está pasando? —preguntó Ella, con la voz temblándole de miedo.

—No... no lo sé, Ella —respondió Isabelle mientras buscaba de nuevo la mano de su hermanastra.

Una enredadera tan gruesa como el brazo de un hombre había salido del agua y se agitaba con violencia. Había agarrado la espada de Volkmar y la había lanzado hacia las copas de los árboles; después había estrellado a Volkmar contra la orilla. Unas espinas de treinta centímetros de largo

habían brotado de la enredadera y le habían abierto franjas rojas en el pecho.

—Escaramujo negro —susurró Isabelle. Como los que crecían en el tronco del tilo, la misma planta de la que Tanaquill había arrancado el tegumento.

Otra enredadera surgió del agua ante los ojos de la joven y, después, otra, a una velocidad asombrosa. Hasta que aparecieron decenas de ellas. Subían en espiral, restallaban como látigos, atrapaban fusiles, lanzaban perros por los aires, derribaban a los soldados y obligaron al gran duque a retirarse. Al retorcerse la planta, sus espinas se enganchaban y se enredaban en sus víctimas.

Algunas enredaderas habían salido disparadas del agua frente a las muchachas; otras, detrás de ellas.

—¡Nos vamos a quedar atrapadas! —gritó Isabelle—. ¡Vamos, Ella, corre!

Tiró de su hermanastra para colocarla delante de ella. La chica resbalaba sobre las resbaladizas piedras, tropezaba, se golpeaba los dedos de los pies y caía de rodillas. Cada vez que caía, Isabelle la levantaba, hasta que por fin llegaron al otro lado.

Cuando salieron dando tumbos del río, Isabelle volvió la vista atrás. Las ramas del escaramujo se habían unido para formar un muro impenetrable de seis metros de altura. Oyó que gritaban órdenes detrás de él, que sonaban disparos, que los perros ladraban, pero nada atravesaba la enredadera. Las dos hermanastras estaban a salvo. Por el momento.

—Tenemos que irnos —dijo Isabelle, todavía de la mano de Ella.

—¿Qué es esa cosa, Isabelle? —preguntó la reina, que contemplaba el escaramujo.

—La magia de Tanaquill.

—¿Encontraste a la reina de las hadas? —preguntó la reina, emocionada, volviéndose hacia Isabelle.

—Ella me encontró a mí. Te lo contaré después. No podemos quedarnos aquí.

—Isabelle, ¿cómo me has encontrado? —le preguntó Ella mientras corrían entre la maleza—. ¿Qué hacías en el campamento de Volkmar?

Isabelle no sabía por dónde empezar. —

Estaba huyendo. Con Nero.

—¿Nero? Pero si *maman* lo vendió...

—Lo recuperé. Pero *madame* LeBenêt... Nuestra vecina, ¿la recuerdas?
La casa se quemó y...

—¿Qué?

—Estábamos viviendo en su pajar, y ella quería que me casara con Hugo...

—¡¿Hugo?!

—Para que Tantine le diera una herencia. Pero no quiero a Hugo. Y está claro que él no me quiere.

La reina se paró en seco y paró también a Isabelle.

—¿Cómo ha podido pasar todo eso? —preguntó, afectada.

—No tenemos tiempo, Ella —protestó su hermanastra, que volvió la vista atrás—. Te lo contaré después. Te...

Dejó la frase en el aire. Tan concentrada estaba en sacar a Ella del campamento que no había tenido tiempo de pensar en nada más. En aquel momento fue consciente del tremendo peligro al que se enfrentaban. El gran duque era un traidor, aliado con Volkmar, las tropas de Volkmar estaban ocultas en la Hondonada del Diablo y la reina lo sabía todo. Volkmar y el gran duque intentarían detenerlas a toda costa. Puede que ni siquiera lograsen ponerse a salvo, que ni siquiera salieran del bosque o, incluso, que ni siquiera llegaran vivas al final de aquel sendero. Bien podía ser su única oportunidad de decirle a Ella lo que necesitaba decirle.

Así que lo hizo. Le contó todo lo ocurrido desde el día en que se marchó con el príncipe. Lo de Tanaquill. El incendio. El marqués. Los LeBenêt. El ultimátum de Tantine. Y, por último, la nota de Felix, y que *maman* la había destruido y les había causado un gran dolor a ambos.

—Todo habría sido muy distinto, Ella. De haber huido como teníamos previsto, si mi madre no hubiera encontrado y destruido la nota, yo sería muy distinta. Mejor. Más amable.

—Isabelle...

—No, déjame terminar. Necesito hacerlo. Lo siento. Siento haber sido cruel. Haberte hecho daño. Eras preciosa. Yo no. Lo tenías todo, y yo lo

había perdido todo. Y estaba celosa. —La vergüenza le quemaba bajo la piel. Se sentía indefensa y expuesta al decir todas aquellas cosas, como un animalito del desierto al que han sacado de su madriguera para morir al sol—. Tú no sabes lo que es eso.

—Tal vez sepa más de lo que crees —repuso la reina en voz baja.

—¿Podrás llegar a perdonarme?

Su hermanastra sonrió, aunque no era la sonrisa dulce a la que Isabelle estaba acostumbrada, sino otra amarga y triste.

—Isabelle, no sabes lo que me estás pidiendo.

Isabelle asintió. Agachó la cabeza. La frágil esperanza que había albergado al decirle a Ella que lo sentía acababa de hacerse pedazos. Había encontrado a su hermanastra, había encontrado otro fragmento que le había sido arrebatado, pero no importaba. No habría perdón, no para ella. Las heridas que había infligido eran demasiado profundas. Las lágrimas le bañaron las mejillas. No sabía que el arrepentimiento fuera tan similar a la desdicha.

—Isabelle, no llores, por favor. Por favor, por favor, no llores. No...

Unos ladridos cortaron sus palabras en seco.

Isabelle levantó la cabeza.

—Tenemos que seguir —dijo, secándose los ojos—. Tenemos que buscarte un lugar seguro.

—¿Dónde?

—No lo sé. Ya pensaré en algo. Lo importante es llevarte sin que recibas un disparo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Isabelle le dio la mano. Su hermanastra la aceptó y se la sujetó con fuerza.

Las dos muchachas echaron a correr de nuevo.

Para salvar sus vidas.

CIENTO DIEZ

Isabelle lanzó un guijarro a la ventana.

La piedra rebotó en el cristal y cayó de nuevo a la calle.

Estaba frente a un viejo edificio de piedra a las afueras de Saint-Michel. Miró nerviosa a un lado y a otro de la calle, recogió el guijarro y lo lanzó de nuevo. Y de nuevo. Y, por fin, la ventana se abrió.

Felix se asomó, vestido con una camisa de lino abierta por el cuello y sosteniendo una vela, mientras parpadeaba para intentar ver en la oscuridad.

—Felix, ¡eres tú! —exclamó Isabelle, sin aliento. El joven le había contado que vivía sobre la carpintería, pero no estaba segura de haber acertado con la ventana.

—¿Qué estás haciendo aquí, Isabelle? —preguntó con los ojos empañados de sueño.

—¿Podemos entrar? Estamos metidas en un lío. Necesitamos escondernos.

—¿Necesitamos?

—¡Felix, por favor!

Felix metió la cabeza dentro. Unos minutos después estaba en la puerta de la carpintería con la vela. Isabelle se reunió allí con él. Señaló al otro lado de la calle, donde Ella esperaba bajo el ancho arco del taller del cantero, sujetando las riendas de Nero. La joven corrió hacia ellos.

—Es Ella —le dijo Felix a Isabelle—. Tu hermanastra. La reina de Francia.

—Sí.

—Se me han olvidado los pantalones. La reina de Francia está en mi puerta, y yo voy en camisón. —Se miró—. Con las rodillas al aire.

—Me gustan tus rodillas —dijo Isabelle.

Felix se ruborizó.

—A mí también —dijo Ella.

—Alteza real —la saludó.

—Llámame Ella.

—Alteza Ella —se corrigió el joven—. Haría una reverencia, pero...

Bueno, este camisón es tirando a corto.

La reina se rio.

Felix las invitó a entrar en el patio del taller. Después, se llevó rápidamente a Nero a la parte de atrás, donde estaban los establos. Tras darle de beber y meterlo en un compartimento vacío, regresó al patio y cerró la puerta. Con movimientos veloces y sigilosos, condujo a las dos muchachas a través del taller y por unas estrechas escaleras hasta su habitación. Allí dejó la vela en una mesita de madera del centro del dormitorio, recogió los bombachos de los pies de la cama y se los metió con torpeza.

—Sentaos —dijo, señalando un par de sillas desvencijadas a ambos lados de la mesa. La reina lo hizo con elegancia, pero Isabelle no era capaz. Estaba demasiado inquieta; se puso a dar vueltas.

—Está sangrando —comentó Felix, y apuntó al pie descalzo de Ella.

Un corte lo recorría por arriba. El chico buscó un trapo y agua para lavarlo, y después le pasó unas botas muy usadas.

—Son mías, las viejas. Te quedarán grandes, pero algo es algo. —Se volvió hacia Isabelle—. Bueno, ¿qué has hecho ahora?

—¿Qué te hace pensar que he sido yo?

—Que siempre eras tú la que se metía en líos, no Ella —respondió Felix mientras bajaba de un estante una lámpara de aceite.

Mientras Ella, exhausta, cerraba los ojos unos minutos y Felix le quitaba la campana de cristal a la lámpara, Isabelle le contó lo sucedido. La rabia endureció los rasgos del joven mientras la escuchaba.

—Después de escapar de Volkmar, subimos por el camino y cabalgamos por el bosque silvestre —dijo Isabelle, terminando la historia—. No sabía a dónde ir. No puedo regresar a la granja de los LeBenêt. Puede que los hombres de Cafard me sigan esperando allí. Lo siento, Felix. No pretendía arrastrarte a este desastre.

—No lo sientas. Es un placer ayudaros. El problema es que no sé cómo hacerlo.

Mientras hablaba, acercó su vela a la mecha de la lámpara.

—Yo tampoco —repuso la joven, que se sentó frente a Ella.

Isabelle apartó los objetos que había en la mesa (escoplos, cuchillos, dientes

de madera) para apoyar los brazos en ella y poder descansar la frente sobre las manos.

—Tenemos que llevar los mapas que he robado y a Ella al campamento del rey —dijo—. Tenemos que evitar que Volkmar ataque Saint-Michel. Pero ¿cómo? Los soldados nos estarán buscando.

—¿Los hombres de Volkmar?

—Lo dudo. No se arriesgará a que lo vean. Todavía no. No hasta que borre del mapa a las tropas de Cafard. Es el gran duque el que me preocupa. Nadie sabe que Cafard y él se han aliado con Volkmar. Nadie, salvo Ella y yo. Puede que haya vuelto al campamento de Cafard para organizar partidas de búsqueda. Si encuentra a Ella, está acabada.

Felix recortó la mecha de la lámpara, que ahora ardía con fuerza, y colocó de nuevo la campana. Cuando la luz iluminó el gran desván, Ella dejó escapar un gritito, no de terror, sino de asombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Isabelle, levantando la cabeza.

Y entonces los vio.

En los estrechos estantes que recorrían las paredes, en la repisa de la chimenea, sobre una cómoda, en filas bajo la cama, y revueltos en varias cajas y una gran cesta, había una multitud de soldados tallados en madera.

—Dios mío, Felix. Son cientos —dijo Ella, que se levantó para admirar su trabajo.

—Poco más de dos mil.

Isabelle se acercó a un estante y cogió uno. Era un fusilero, con antorcha y todo. Parecía cansado y macilento, como si supiera que iba a morir.

—Son preciosos —comentó Ella.

Felix, que había puesto a calentar una olla de café frío en las brasas de la pequeña chimenea, le dio las gracias con timidez.

—Debes de llevar muchos años trabajando en ellos —añadió Ella.

—Desde que dejé la *Maison Douleur*.

—Los dotas de emociones, las veo: amor, miedo, triunfo, pena... Está todo ahí.

—Tenía que volcarlas en alguna parte —respondió Felix, y miró a Isabelle.

La reina hizo una mueca, como si sus palabras le hubieran dolido. De repente, se levantó de su silla, se sujetó los codos y se acercó a la ventana.

Después se volvió y regresó, como si intentara huir de algo.

—¿Ella? ¿Estás bien? —le preguntó Isabelle.

La joven empezó a responder, pero el ruido de cascos en los adoquines interrumpió sus palabras. Procedía de la calle y entraba por la ventana abierta.

Felix, Isabelle y Ella intercambiaron miradas de preocupación.

—Soldados —dijo Isabelle, lacónica—. ¿Y si van puerta por puerta?

Felix se arriesgó a mirar por la ventana, y la tensión de su rostro se desvaneció. Sonrió.

—No son soldados, sino quizá nuestros salvadores.

CIENTO ONCE

Isabelle salió de la habitación y bajó las escaleras en un segundo.

Había corrido a la ventana para ver de qué hablaba Felix y había visto a Martin, que tiraba de un carro cargado de patatas. Hugo estaba sentado en el asiento del conductor, con Tavi a su lado.

Isabelle apareció delante de ellos agitando los brazos.

—¿Por qué estáis en el pueblo tan temprano? —preguntó, ya que ni siquiera había amanecido.

Tavi le explicó que tenían que ir primero al campamento militar a llevar las patatas, después volver a la granja, ordeñar las vacas y llevar otra carga al mercado.

—El coronel Cafard se enfureció tanto cuando te marchaste que Tantine le regaló las patatas. Para ayudar en la guerra. Y para evitar que nos metiera a todos en la cárcel. Mi madre se ha pasado media noche echando humo. Muchas gracias, Isabelle —le dijo Hugo.

Isabelle no prestó atención a sus quejas.

—Habéis llegado justo a tiempo —dijo—. Os necesitamos.

—¿Quién nos necesita? —preguntó Tavi, mirando a su alrededor.

—El pueblo de Saint-Michel. El rey. Toda Francia. Y Ella.

—¿Ella? —repitió Tavi, incrédula.

—Los soldados enemigos intentan matarla. Y también a mí.

Les explicó rápidamente lo sucedido desde su fuga. Tavi y Hugo la escucharon; después, Tavi, con los ojos relucientes de rabia, dijo: —Tenemos que detenerlos. No pueden hacer esto. No lo harán.

—Subid, de prisa —los urgió Isabelle.

Tavi bajó del carro y corrió a la habitación de Felix. Hugo ató a toda prisa a Martin a un poste y la siguió.

—Ella, ¿eres tú? —preguntó Tavi al entrar en el cuarto.

La joven asintió. La cara de pocos amigos de Tavi, esa que empleaba para mantener al mundo a distancia, se ablandó. Le brillaban los ojos.

—Creía que no volvería a verte —susurró—. Creía que no tendría la oportunidad de... Ay, Ella, lo siento, lo siento mucho.

—No pasa nada, Tavi —respondió la muchacha, y le dio la mano.

—Hola, Ella. Bonitas botas —la saludó Hugo con timidez, mirando las enormes botas de segunda mano que calzaba—. ¿Tengo que hacer una reverencia o algo?

—Tal vez después, Hugo.

—Tenemos que sacar de aquí a Ella e Isabelle antes de que toda la aldea despierte —explicó Felix mientras repartía tazas de café caliente—. ¿Y si las escondemos en el carro, debajo de las patatas, y nos dirigimos a un campamento leal al rey?

—Según el mapa que robé, el más cercano está a ochenta kilómetros —dijo Isabelle—. Martin no lo conseguiría.

La reina había soltado la mano de Isabelle y estaba de nuevo sentada a la mesa, mirando por la ventana, con cara de preocupación.

—¿Podríamos usar a Nero? —preguntó Hugo.

—Nunca ha tirado de un carro —respondió Isabelle—. Lo haría trizas.

La reina se tapó el rostro con las manos.

Por segunda vez, Isabelle notó su inquietud.

—¿Ella? ¿Qué te pasa? —le preguntó y dejó el café en la mesa.

—Estáis siendo tan amables conmigo. Tan buenos —contestó ella, bajando las manos—. Isabelle, me has salvado la vida. Pero... no me merezco tu cariño.

—No seas ridícula. Te mereces eso y más. Te...

—¡No, escúchame! —gritó Ella—. Te disculpaste conmigo en la Hondonada del Diablo, y ahora lo has hecho tú, Tavi. Y eso requiere valor. Mucho. Ahora me toca a mí ser valiente. Como debería haberlo sido hace años. —Las palabras salieron de su boca como si estuvieran envueltas en clavos—. Isabelle, antes me pediste perdón y te respondí que no sabías lo que me pedías. Lo dije porque yo soy la que necesita ese perdón.

—No te entiendo...

—La nota —dijo en un tono cargado de remordimiento—. La que Felix te dejó en el tilo. Me dijiste que *maman* la encontró y la destruyó, pero te equivocas. Yo soy la que la descubrió. La saqué y la quemé, y te arruiné la vida. Ay, Isabelle, ¿es que no lo ves? Soy la hermanastra más fea de todas.

CIENTO DOCE

Isabelle se sentó en la cama de Felix. Era como si Ella la hubiera derribado de una patada.

Su hermanastra había destruido la nota, no *maman*. Por muchas veces que se lo repetía, no tenía sentido.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque yo también estaba celosa.

—¿Celosa? ¿De quién?

—De ti, Isabelle. Eras intrépida y muy fuerte. Te reías como un pirata. Cabalgabas como un salteador. Y Felix te amaba. Te amó desde el día en que mi padre os trajo a *maman*, Tavi y a ti a la *Maison Douleur*. Era mi amigo, y tú me lo quitaste.

—Seguía siendo tu amigo, Ella. Siempre he sido tu amigo —repuso Felix, dolido.

—No era lo mismo —dijo la muchacha, volviéndose hacia él—. Yo no saltaba muros a lomos de sementales. No te retaba a carreras a la copa de los árboles más altos. —Miró de nuevo a Isabelle—. Felix y tú siempre corríais aventuras. Parecían maravillosas, y yo no lo soportaba. No soportaba que le gustaras tú más que yo. No soportaba quedarme atrás. Así que me aseguré de que no pasara.

Isabelle recordaba lo mucho que se preocupaba Ella cuando Felix y ella salían a caballo hacia el bosque silvestre y lo aliviada que estaba cuando regresaban. «Debería enfadarme, debería enfurecerme», pensó. Sin embargo, solo estaba muy muy triste.

—Después me arrepentí mucho —continuó Ella—. Al ver lo desgraciada que eras. Pero me daba miedo contarte lo que había hecho. Creía que me odiarías por ello. Y después, todo cambió entre nosotras y me odiaste de todos modos.

Ella se levantó, cruzó la habitación y se sentó al lado de Isabelle.

—Di algo. Lo que sea —le suplicó—. Di que me odias. Di que desearías que estuviera muerta.

Isabelle dejó escapar un largo suspiro, como si llevara años conteniendo el aliento, no segundos ni minutos.

—Son como un incendio, Ella —dijo.

—¿El qué?

—Los celos. Arden con fuerza, con violencia. Te devoran hasta que no eres más que ruinas humeantes sin nada dentro.

—Solo cenizas —añadió Ella.

Isabelle cerró los ojos y rebuscó entre aquellas cenizas.

Todo habría sido distinto si Ella no hubiese quemado la nota de Felix. No lo habría perdido. Ni a Nero. No se habría perdido ella.

Pensó en el día de la marcha de Felix y en los años posteriores. En los tutores de música y los maestros de baile. En las pruebas de vestidos. Sentada durante horas y horas con su labor, cuando su corazón anhelaba volver con sus caballos y sus colinas. Las insoportables cenas con pretendientes que la miraban de arriba abajo, sus sonrisas forzadas, la forma en que cerraban los ojos para intentar ocultar su decepción. La dolorosa soledad de descubrir que nada encajaba. Ni los zapatos elegantes ni los corsés rígidos. Ni las conversaciones, ni las expectativas, ni las amistades, ni los deseos. Toda su vida había sido como un precioso vestido diseñado para otra persona.

—Lo siento, Isabelle. Lo siento mucho —dijo Ella.

Isabelle abrió los ojos. Las manos de Ella estaban cerradas sobre su regazo. Isabelle cogió una. Le abrió los dedos, los alisó y después metió los suyos entre ellos.

Sentía muchas cosas: lo sentía por su madre, que siempre había tenido que buscar la verdad en los espejos; lo sentía por Berthe, que lloraba cuando era mala; y por Cecile, que no lo hacía. Sentía que su hermana tuviera que escribir ecuaciones en las hojas de las coles.

Lo sentía por todas las muchachas de los cuentos sombríos, las que estaban encerradas en torres solitarias, atrapadas en casas de azúcar, perdidas en bosques oscuros mientras un cazador las perseguía para arrancarles el corazón.

Lo sentía por las tres niñas que habían recibido una manzana envenenada aquel bonito día de verano en que jugaban bajo un tilo.

CIENTO TRECE

La reina se levantó.

Cruzó la habitación y se arrodilló junto a la silla de Tavi.

—Lo siento mucho, Tavi —le dijo—. Lo que hice también te perjudicó a ti.

—No pasa nada, Ella —respondió Tavi, y se levantó.

Puso en pie a su hermanastra y la abrazó. Isabelle se les unió. Las tres permanecieron así un momento, llorosas y abrazadas con fuerza.

Entonces, Ella se volvió hacia Felix.

—También tengo que disculparme contigo —dijo mientras le ofrecía la mano—. Tu vida habría sido muy distinta si no te hubiera robado la nota.

—Ay, Ella —respondió Felix, aceptando su mano—. Siento que pensaras que ya no era tu amigo.

Después, la joven se volvió hacia Hugo.

—Tú ni siquiera estarías aquí ahora de no ser por mí —le dijo—. En esta habitación. En este lío...

—En realidad, podría decirse que mi vida ha mejorado —repuso él, encogiéndose de hombros—. Las últimas semanas, con vosotras por allí... — señaló con la cabeza a Isabelle y a Tavi— han sido horribles, pero también emocionantes. Quiero decir, ¿qué hacía antes de que llegaraís? Relacionarme con las coles, nada más. Ahora tengo amigos.

Isabelle rodeó con un brazo el cuello de Hugo y lo introdujo en su abrazo colectivo. El muchacho intentó sonreír, pero le salió una mueca. Le dio una palmadita en la espalda a Isabelle a toda prisa y se zafó del grupo. La chica sabía que no estaba acostumbrado a las muestras de afecto.

—Será mejor que nos vayamos. Tenemos que encontrar el modo de poner a salvo a Ella y de llevar los mapas al rey —dijo Hugo—. Y va a ser mucho más complicado cuando salga el sol.

—Vamos a necesitar una escolta armada —añadió Tavi, desesperada—.

Nuestro propio regimiento. No, que sea un ejército entero.

Isabelle guardó silencio. Estaba caminando despacio por la habitación de Felix, observando los estantes. La cómoda. La repisa. Después se volvió hacia los demás y anunció:

—No necesitamos encontrar un ejército, porque ya lo tenemos.

—¿Ah, sí? ¿Dónde está? —preguntó Tavi.

Su hermana cogió uno de los soldados de madera de un estante y lo

sostuvo en la palma de la mano.

—Aquí mismo.

CIENTO CATORCE

Hugo parpadeó y miró el soldado que Isabelle tenía en la palma de la mano; esbozó una sonrisa forzada.

—Puedes tumbarte, si quieres. En la cama de Felix. Si estás cansada, puedes descansar.

—No estoy cansada. Ni loca, si es a lo que te refieres en realidad. Lo digo en serio. Hay una reina de las hadas. Va por ahí en forma de zorro y vive en el hueco del tilo. Su magia es muy poderosa.

—Una reina de las hadas... —repitió Hugo mientras arqueaba una ceja.

—Es verdad, Hugo —intervino Ella—. Vino a verme una noche, cuando yo tenía el corazón roto, y me preguntó qué era lo que más deseaba. Se lo dije, y me ayudó a conseguirlo. ¿Cómo crees que pude ir al baile?

—He visto ese zorro —dijo Felix—. Cuando era pequeño. Tiene la piel roja como las hojas de otoño. Y unos ojos de un verde intenso.

—Convirtió ratones en caballos y una calabaza en una carroza —explicó Ella.

—Podría encantar a estos soldados de madera y transformarlos en soldados de verdad. Sé que es capaz de lograrlo —dijo Isabelle—. Lo único que tenemos que hacer es llevarlos al tilo.

—¿Cómo? —preguntó Tavi, girando despacio para examinar la habitación—. Hay muchos.

—Dos mil ciento cincuenta y ocho, para ser exactos —precisó Felix.

—Necesitamos cajas o baúles para meterlos. ¿Tienes?

—No, pero sí muchos ataúdes. Seguro que con dos nos basta.

—Podríamos usar a Martin y el carro para transportarlos —sugirió Isabelle—. Solo hay que descargar las patatas.

—Pues vamos —dijo Ella con decisión—. Tenemos un enemigo al que derrotar, un rey y un país a los que salvar, y traidores a los que capturar. —Esbozó una sonrisa lúgubre—. Y después los ajusticiamos y los descuartizamos.

Hugo arqueó ambas cejas y se rascó bajo la gorra.

—Estás cambiada, Ella. No eres la chica que recuerdo. Supongo que es verdad lo que dicen: lo que no te mata...

—... te hace la reina de Francia —terminó Ella por él—. Vamos —

añadió, mirando por la ventana de Felix—. Hugo tiene razón: es mucho más difícil llevarle dos mil soldados a una reina de las hadas a plena luz del día.

CIENTO QUINCE

Felix abrió las puertas que daban al patio del taller, y Hugo retrocedió con el carro para meterlo lo más deprisa posible.

Entre los cinco descargaron las patatas y las amontonaron en el suelo. Decidieron que primero subirían los ataúdes al carro y que después bajarían los soldados del cuarto de Felix en cajas, cestas, sábanas... Lo que encontraran.

Los ataúdes eran sencillos, esbeltas cajas de pino, no demasiado pesados. Felix e Isabelle cogieron el primero por las asas de cuerda, lo sacaron del taller y lo dejaron en la plataforma del carro. Felix empujó para intentar deslizarlo bajo los asientos, pero no entraba. Algo lo bloqueaba. Estaba a punto de empujar de nuevo cuando aparecieron Hugo y Tavi, cargados con el segundo ataúd.

—¡Espera! ¡Felix, no! —gritó Hugo—. ¡Lo vas a sacar!

—¿El qué? —preguntó el chico, desconcertado.

—El perro muerto sudoroso —respondió Hugo mientras Tavi y él cargaban el segundo ataúd en el carro.

—¿Hay un perro muerto en el carro? —preguntó Ella, perpleja.

—No, es un queso. Lo inventó Tavi. Está en una caja, bajo los asientos — explicó Isabelle.

—Huele tan mal que no pude deshacerme de él —dijo Hugo—. Tened cuidado, de verdad que no es buena idea levantar la tapa.

Se subió al carro, empujó la caja de madera hacia el lateral izquierdo de la plataforma y después deslizó el primer ataúd para dejarlo a su lado. Isabelle empujó el segundo. Tenían el espacio justo.

Todos colaboraron para bajar los soldados. Pronto tuvieron llenos los dos ataúdes. Mientras Felix cerraba las tapas y las clavaba para evitar que se deslizaran durante el viaje, Isabelle se acercó a los establos para ver a Nero. Lo dejaría allí, escondido, para mantenerlo a salvo. Si Cafard lo veía, se lo llevaría, y no quería que un traidor se quedara con su caballo.

Le rascó las orejas, le besó la nariz y le pidió que se portara bien. No sabía si llegarían a la *Maison Douleur* ni si volvería a ver a su querido caballo. Como si percibiera su inquietud, Nero le dio un empujoncito con la nariz. Ella lo besó de nuevo y salió a toda prisa, sin mirar atrás. El

caballo la observó partir mientras parpadeaba con sus enormes ojos oscuros y después le dio una buena coz a la puerta del compartimento.

Los demás, salvo Felix, ya estaban en el carro cuando Isabelle se unió a ellos. Subió y se acomodó en la parte de atrás. Tavi y Ella iban delante. Hugo, que estaba en el asiento del conductor, condujo a Martin al exterior. Felix cerró las puertas de la carpintería y se subió al lado de Isabelle.

Hugo sacudió las riendas, y Martin trotó por la calle oscura. Isabelle levantó la mirada: la luna seguía alta, aunque el cielo empezaba a iluminarse. La preocupación le retorció las tripas.

—Los hombres de Volkmar están a pocos kilómetros y ¿qué hacemos nosotros? —se preguntó, volviéndose hacia Felix—. Transportar soldados diminutos a un animal mágico que vive en el hueco de un árbol. Es lo más demencial que ha sucedido en esta noche de locuras. Mi hermanastra dice que le confesó a Tanaquill lo que su corazón deseaba. Y Tanaquill se lo concedió. ¿Crees que funcionará?

Felix miró a Ella, encajada entre Hugo y Tavi. Después tomó la mano de Isabelle y se la apretó.

—Puede que ya lo haya hecho —respondió.

CIENTO DIECISÉIS

El viejo granjero, con ojos soñolientos y pelo canoso, levantó una mano para saludarlos.

Hugo hizo lo propio, y sus dos carros se cruzaron en silencio.

Habían salido de Saint-Michel sin encontrarse con nadie más. Desde que abandonaran la seguridad de la habitación de Felix, Isabelle sentía como si unas bandas de hierro le rodearan el pecho. Al iniciar su camino hacia las suaves colinas de más allá del pueblo, por fin logró respirar un poco, pensando que de verdad tenían una oportunidad de llegar a la *Maison Douleur*.

Hasta que Hugo soltó una palabrota y señaló al frente: en la penumbra, Isabelle vio la silueta de la vieja iglesia sobre la colina. En la carretera, a su lado, un grupo de soldados cabalgaba a toda velocidad.

—Si mantenemos la calma, saldremos de esta —dijo Tavi.

—¿Cómo? Van a reconocer a Ella enseguida —repuso Hugo.

«Tiene razón», pensó Isabelle.

—Cámbiate con Felix, Ella —le dijo—. Tal vez no te vean tan bien si estás sentada atrás. Tavi, ven tú también. Pondremos a Ella entre nosotras.

Se movieron rápidamente, aunque no era suficiente, y ellos lo sabían: la reina todavía brillaba como una estrella.

Felix se sacó del bolsillo un pañuelo pintado de vivos colores.

—Recógete el pelo con esto.

—Y ponte esto también —añadió Hugo, pasándole sus gafas.

La muchacha siguió sus instrucciones. Las tres iban sentadas sobre una vieja manta de caballo que habían doblado para convertirla en asiento, así que Tavi la sacó y se la echó a Ella sobre los hombros. Isabelle vio un terrón junto a sus pies; lo recogió, lo aplastó y restregó la tierra por las suaves manos de Ella, sobre todo por los nudillos y las uñas, para que se parecieran a las suyas y a las de Tavi.

—Quizá funcione —dijo Tavi.

Felix, con la vista fija al frente, comentó en tono lúgubre:

—Más nos vale. Tienen fusiles.

Unos minutos después, los soldados se les acercaron en fila de a dos. Isabelle tenía los músculos tensos como la cuerda de un arco.

Hugo saludó con un solemne gesto de cabeza a los primeros jinetes. Los hombres lo miraron y miraron a sus acompañantes, pero no se detuvieron. Las dos hileras de soldados avanzaron a toda prisa. Isabelle vio que vestían los uniformes del ejército francés. Eran hombres de Cafard, sin duda. Por suerte, el gran duque no se encontraba entre ellos. El comandante de los jinetes los detuvo y examinó detenidamente el carro al trotar junto a él.

«Sigue adelante —lo urgió Isabelle en silencio—. Aquí no hay nada que ver».

—¡Alto! —les gritó de repente el comandante a sus hombres, y dio media vuelta al caballo.

A Isabelle se le paró el corazón.

—Dejad que hable yo —pidió Tavi en voz baja—. Tengo una idea.

—¿Que tú tienes una idea? —susurró Hugo, apretando las riendas—. Que Dios nos ayude.

CIENTO DIECISIETE

—¿Por qué estáis en la carretera a estas horas? ¿Adónde vais? —exigió saber el comandante, mirando a Hugo.

Sin embargo, fue Tavi la que respondió.

—¿Que adónde vamos? ¿Adónde vamos a ir con dos ataúdes detrás y la iglesia ahí delante? —exclamó con voz aguda—. ¡Pues menudo misterio, sargento!

—Es teniente. Y es demasiado temprano para ir al cementerio.

Tavi resopló con desdén.

—La muerte no tiene horario. Mi marido, aquí presente —añadió, dándole una palmada a Hugo en el hombro—, tiene que estar en el campo cuando salga el sol. Y también mi cuñado —dijo, señalando a Felix con la cabeza—. Mi hermana y yo acabamos de perder a dos hermanos en esta maldita guerra. Ahora, mi cuñada —explicó, apuntando a Ella— es viuda y tiene que cuidar de tres niños pequeños.

La reina agachó la cabeza y se sonó los mocos con la manta de caballo.

—No tienen a nadie que las mantenga. Mi marido y yo vamos a meterlas en casa —siguió Tavi—. Cuatro bocas más que alimentar cuando apenas nos queda para nosotros. Así que, teniente, si ya estáis satisfecho, ¿podemos seguir? Los cadáveres no aguantan bien el calor.

—La reina está desaparecida —dijo el teniente—. El gran duque teme que la hayan secuestrado. Ha dado órdenes de detener a cualquier persona sospechosa y de examinar todos los carros.

Tavi se rio en voz alta.

—La reina es una gran belleza, teniente. ¿Aquí ve alguna? ¿Yo, con mi viejo vestido? ¿Mi hermana, con el suyo? ¿O puede que mi cuñada cuatro ojos?

La joven en cuestión alzó la vista y entornó los ojos a través de las gafas de Hugo. La mirada del teniente pasó por encima de ella.

—Dejad que os vea los pies. Los de las damas. Es por todos conocido que la reina tiene los pies más delicados de todo el reino.

Una a una, las tres chicas le enseñaron los pies al teniente. Los de Isabelle eran grandes y tenía las botas sucias. Igual ocurría con Tavi. Los de Ella parecían enormes dentro de las viejas botas maltrechas de Felix.

—Y ahora, si habéis terminado de acosar a mi familia de luto... —dijo Tavi.

Hugo se preparó para sacudir las riendas, pero el teniente alzó una mano.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Isabelle, presa del pánico.

—Podríais llevar a la reina escondida en esos ataúdes —dijo el teniente. Indicó a dos de sus hombres que se acercaran a la parte de atrás del carro—. ¡Abridlos!

Isabelle estaba paralizada de miedo. Miró a los demás. Felix había subido los hombros hasta las orejas. Hugo tenía los ojos como platos. Tavi se había quedado pálida, aunque no se había rendido.

—¡Esto es una profanación! —gritó—. ¿Es que no tenéis vergüenza?

Los dos soldados elegidos para la tarea se miraron entre ellos, incómodos.

—¡Es una orden! —les ladró el teniente.

—¡Llevan varios días muertos! —protestó Tavi—. ¿Acaso queréis que lo último que recordemos de nuestros seres queridos sea su hedor?

«Su hedor».

Aquellas palabras sacaron a Isabelle de su parálisis. Sabía lo que debía hacer. Se volvió y, mirando atrás como si observara a los soldados, metió la mano bajo su asiento. Sus dedos dieron con la caja de madera. Despacio, con cautela, los metió bajo la tapa.

Suponiendo que las tapas de los ataúdes estarían clavadas, como suele pasar, uno de los soldados sacó una daga de su cinturón para abrirlas. Metió la hoja bajo una de ellas e hizo palanca.

Isabelle abrió un poco la caja de madera y dejó escapar al perro muerto sudoroso.

CIENTO DIECIOCHO

Fue una masacre.

Los caballos relincharon. Tres de ellos tiraron a sus jinetes al suelo. Algunos de los soldados vomitaron la cena. Incluso el teniente se puso verde.

A Isabelle, Tavi y Ella, sentadas justo encima de la apestosa abominación, les ardían los ojos. Las lágrimas les caían por las mejillas, lo

que les daba más que nunca el aspecto de la familia de luto que fingían ser.

Tavi vio la ventaja y la aprovechó. Se levantó y agitó un dedo en dirección al teniente.

—¡Debería daros vergüenza, señor! —chilló—. ¡Molestar a los muertos! ¡Molestar a los dolientes! ¡Hacer llorar a una pobre viuda!

—¡Por amor de Dios, sellad eso! —rugió el teniente, que se tapaba la nariz con una mano.

El soldado que había levantado una esquina de la tapa empezó a martillearla con ganas con la empuñadura de la daga.

—Estoy tentada de contarle al coronel Cafard lo que habéis hecho —siguió Tavi—. No estamos secuestrando a nadie. ¡Somos gente pobre que intenta enterrar a sus seres queridos!

—Mis disculpas, *madame*. ¡Seguid vuestro camino! —dijo el teniente, agitando la mano.

Hugo asintió y chascó la lengua. Martin se alejó al trote. Isabelle, todavía mirando atrás, colocó en su sitio a toda prisa la tapa del perro muerto, lo que mitigó el olor, aunque Hugo y Martin siguieron a medio galope de todos modos para intentar alejarse de los vapores que flotaban en el ambiente. Unos minutos después llegaron a lo alto de la colina y dejaron a los soldados atrás.

Cuando bajaron por el otro lado, Hugo detuvo el carro y se inclinó hacia delante con la respiración entrecortada. Le temblaban las manos.

—Ha faltado muy poco —dijo Felix con voz temblorosa.

—No sabemos si es la única patrulla. Deberíamos seguir —los urgió Isabelle.

Hugo se enderezó; ya había recuperado el aliento.

—Necesito mis gafas. Antes de que me salga de la carretera.

—Gracias a todos —dijo Ella mientras se las devolvía—. Me habéis salvado la vida.

—Ha sido Tavi —repuso Hugo—. Fue la que fabricó esa cosa.

Tavi sacudió la cabeza con modestia y dijo:

—Fue Leeuwenhoek.

—¿Quién? —le preguntó su hermanastra cuando Hugo arrancó.

—Es una larga historia. Te la contaré algún día. Si vivimos lo suficiente

— respondió Isabelle en tono lúgubre.

Hugo convenció a Martin para volver al medio galope. Al hacerlo, una de las ruedas del carro se metió en un bache y envió a Tavi hasta el borde del asiento.

Su hermanastra la agarró y después le dio la mano para mantenerla a salvo. También sujetó la de Isabelle. Mientras el carro aceleraba a través de lo que quedaba de la noche, ni Isabelle ni Tavi ni Ella se soltaron.

CIENTO DIECINUEVE

Las estrellas se desdibujaban cuando Martin subía al trote por el camino de la *Maison Douleur* hacia el tilo. Antes de que Hugo lo detuviera, los demás ya habían bajado del carro.

Un relincho de curiosidad recorrió el terreno. Isabelle sabía que se trataba de uno de los dos caballos rescatados que ahora vivían en el prado. Martin les devolvió el saludo. La reina se quedó mirando los restos de la mansión.

—Lo siento, Ella. Era tu hogar mucho antes de que fuera el nuestro — dijo Isabelle.

—No lo echo de menos. Espero que todos los fantasmas escaparan cuando se derrumbaron los muros.

Felix y Hugo ya habían llevado uno de los ataúdes a la base del tilo. Felix abrió la tapa con un cuchillo que llevaba guardado en el bolsillo.

Tavi e Isabelle trasladaron el segundo. Felix abrió también la tapa. Después, todos se volvieron hacia Ella.

—¿Cómo lo hacemos? —le preguntó Felix—. ¿Cómo llamamos a Tanaquill?

—Pues... no lo sé. Isabelle, ¿lo sabes tú?

—No —respondió la joven, y sintió una punzada de miedo—. No recuerdo qué hice exactamente.

La reina respiró hondo.

—Deja que piense... Recuerdo caminar hasta el tilo después de que todas se fueran al baile. Estaba muy enfadada. Quería ir más que nada en el mundo. Con todo mi corazón. Y, de repente, apareció.

—Una mujer alta... —dijo Felix con un escalofrío.

—Sí.

—Con cabello rojo, ojos verdes y dientes afilados.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya está aquí —respondió, señalando hacia las ruinas.

CIENTO VEINTE

Tanaquill salió de las sombras.

Llevaba un vestido fabricado con caparazones de escarabajos negros que emitía un brillo oscuro a la tenue luz de la luna. Su corona era una diadema de murciélagos. Tres jóvenes víboras se le enrollaban en el cuello; sus cabezas reposaban como joyas sobre la clavícula de la reina de las hadas.

Tanaquill se dirigió a Ella.

—No esperaba volver a verte por aquí. Y menos aún en compañía de tus hermanastras. Lo único que querías cuando hablamos por última vez era huir de este lugar. ¿Y ahora regresas?

—No estaría aquí, frente a vos, si Isabelle no me hubiera rescatado del complot de un traidor. Si Octavia no hubiera engañado a mis enemigos. Les debo la vida. Ahora, Isabelle necesita vuestra ayuda, majestad.

Tanaquill empezó a caminar en círculo alrededor de Isabelle. Le puso una afilada uña negra bajo la barbilla y se la levantó.

—¿Has encontrado todos los fragmentos, niña?

—Sí, majestad. Cre... creo que sí. Espero que sí.

—Y ahora que tu corazón vuelve a estar entero, ¿qué te dice?

Isabelle bajó la vista y se miró las manos apretadas. Pensó en Malleval, y unas lágrimas de rabia le anegaron los ojos. Pensó en el gran duque, disponiendo con frialdad las muertes de sus jóvenes monarcas. Recordó el dulce peso de la espada en su mano.

—Me dice cosas imposibles —susurró.

—¿Todavía deseas ser bella? Solo tienes que decírmelo para que se cumpla.

Isabelle alzó la mirada al cielo durante un momento y parpadeó para espantar las lágrimas.

—No —respondió al fin.

—¿Qué es lo que deseas, entonces?

—Un ejército —contestó ella, mirando a la reina de las hadas a los ojos—. Deseo alzar un ejército contra Volkmar y el gran duque. Deseo salvar a mi familia, a mis amigos y a mi país.

—Mucho pides. De la nada, nada proviene. La magia debe salir de alguna parte. Transformar una calabaza en una carroza es un juego de niños, pero ¿un ejército? Eso es mucho más difícil. Ni siquiera yo soy capaz de convertir un guijarro en soldado o un champiñón en

comandante.

—Os hemos traído esto —dijo Isabelle, y corrió a los ataúdes.

Sacó una de las figuras (un oficial que sostenía un sable cruzado frente al pecho) y se lo puso a Tanaquill en la mano.

La reina de las hadas lo observó. Ladeó la cabeza.

—Por favor, alteza —le dijo Isabelle—. Ayudadnos, por favor.

Los profundos ojos verdes de Tanaquill se enfrentaron a los de Isabelle. Atrapada por su mirada, la joven sintió que la reina de las hadas veía en su interior. Tanaquill dio un paso atrás, alzó una mano y la hizo girar en el aire.

Se levantó una brisa que se convirtió en viento. Y el viento se dobló sobre sí mismo y formó un remolino cada vez más ancho.

A Isabelle se le aceleró el pulso cuando el viento sacó las figuritas de los ataúdes y las repartió por el campo, los jardines, las cuadras y el césped.

Una vez que los ataúdes estuvieron vacíos, el viento cesó.

Y dejó paso a otro ruido.

CIENTO VEINTIUNO

Isabelle sintió el temblor del suelo bajo sus pies.

Se oyeron crujidos, gruñidos y fuertes golpes: los ruidos de los árboles en una potente tormenta. La joven miró hacia las colinas y los campos, ahora iluminados por las primeras luces del alba.

Las diminutas figuras de Felix estaban creciendo.

A Isabelle le latió el corazón como loco al observarlas: los cuerpos de madera respiraban; se estiraban, la cabeza atrás, los brazos abiertos al cielo; mejillas de madera que tomaban color; ojos vacíos iluminados por el fuego de la guerra.

Oyeron los gritos de los sargentos que ordenaban a sus hombres ponerse en formación. Isabelle distinguió los chasquidos metálicos de las balas al entrar en las recámaras y el ruido de los fusiles al apoyarse en los hombros. Un mar de uniformes azules la rodeaba.

Dos caballos saltaron por encima de la valla de la cuadra y galoparon hacia Tanaquill. Mientras la reina de las hadas hablaba con ellos y los acariciaba, la joven se percató de que eran los dos que ella misma había

rescatado. No tenían nada que ver con lo que eran antes. Su pelaje relucía; sus crines se ondeaban al viento. Resoplaban y pateaban el suelo, impacientes por recibir a sus jinetes.

Tanaquill dio un paso atrás cuando dos hombres (tenientes, razonó Isabelle, a juzgar por los uniformes) reclamaron los caballos. Se subieron sin dificultad a las monturas, extendieron las riendas y se volvieron hacia Isabelle.

—Nuestro general, *mademoiselle*. ¿Dónde se encuentra? —le preguntó uno de ellos—. Esperamos órdenes.

Isabelle alargó el cuello. Miró más allá de los tenientes, hacia el jardín, las cuadras... Buscaba al general, que debía de ser alto y fuerte, marcado por las cicatrices de cien batallas; un hombre amenazante con un porte feroz.

Pero no lo veía.

—¿Dónde está? —preguntó, volviéndose hacia Felix—. ¿Dónde está el general?

—Isabelle... —respondió él, que negaba con la cabeza—. No... no he tallado ninguno.

CIENTO VEINTIDÓS

—¿Qué quieres decir con eso, Felix? —preguntó Isabelle, presa del pánico.

—Iba a tallarlo al final, cuando estuvieran terminados los soldados y todos los demás oficiales... No me dio tiempo a llegar al general.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué me decís del marqués? —preguntó Tavi—. Sería un buen general.

—¡Sí! ¡El marqués! —exclamó Isabelle, que se volvió hacia Tanaquill—. Iré a por él, no tardaré mucho. Está...

—No hay tiempo —la interrumpió Tanaquill, y señaló el ejército encantado—. Míralos.

Los movimientos de los soldados se tornaban rígidos y espasmódicos.

Perdían el color. Se les empañaban los ojos.

—¿Qué les sucede? —preguntó Isabelle, desazonada.

—Son guerreros. Existen para luchar. Si no tienen un general que los conduzca a la batalla, se apaga su fuego. La magia muere.

El pánico de la joven se transformó en terror. No podía perder aquel ejército. Era la única oportunidad de Ella y de su país.

—¿Qué me decís de Felix? ¿O de Hugo? ¿Podrías transformarlos en general? —preguntó.

Se volvió hacia los muchachos, esperando ver a Felix de uniforme o a Hugo con una espada, pero seguían exactamente igual.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no pasa nada? —preguntó.

—Porque este es tu deseo, no el suyo —respondió Tanaquill.

Isabelle se volvió hacia los dos chicos.

—Por favor —les suplicó.

—Isabelle, soy carpintero. Ni siquiera me he presentado todavía para recibir formación militar. Mataría a todos estos hombres —dijo Felix.

Hugo negó con la cabeza y dio un paso atrás.

Isabelle se sujetó la cabeza con las manos.

—¿Qué podemos hacer?

Tanaquill empezó de nuevo a caminar en círculos a su alrededor.

—¿Qué desea tu corazón, Isabelle? ¿Cuál es su mayor anhelo? —le preguntó.

—Salvar a mi reina, a mi rey, a mi país —balbuceó ella, enloquecida—. Evitar que maten a los inocentes. —Sin embargo, seguía sin suceder nada, así que añadió—: Darles a estos soldados un general valiente, un guerrero de verdad que lo dé todo en la batalla: sus lágrimas y su sangre, su cuerpo y su alma; su vida.

Tanaquill se detuvo frente a ella. Le puso una de sus manos de largas uñas en el pecho.

Isabelle oía el latido de su propio corazón cada vez más alto. El ruido la ensordecía. Le llenaba la cabeza.

La voz de la reina de las hadas atravesó aquel ruido de fondo como un trueno.

—Te lo preguntaré por última vez, Isabelle: ¿qué es lo que desea tu corazón?

CIENTO VEINTITRÉS

Isabelle intentó hablar, formar palabras, pero los latidos de su corazón eran tan fuertes que el sonido le llenaba la garganta y le impedía hablar.

Cerró los ojos, y un remolino formado por mil imágenes le cruzó la mente. Se vio de pequeña, feliz y libre. Antes de que le dijeran que era menos de lo que debía ser, que no le gustaban las cosas correctas.

Se vio volando por encima de las vallas con Nero. Galopando por los campos mientras el barro salía disparado bajo los cascos del caballo. Se vio trepando a lo alto del tilo con Felix, imaginando que las ramas eran el aparejo de un barco pirata. Batiéndose en duelo con el mango de una mopa. Echando del corral a un lobo hambriento, armada tan solo con una escoba.

Aquellas imágenes de la infancia desaparecieron y dieron paso a otras. Se vio luchando contra *maman*. Contra los aburridos muchachos con los que jamás habría pasado más de diez minutos seguidos de haber podido elegir, por no hablar ya de una vida entera. Contra los interminables días de té y pasteles, de sonrisas falsas y conversaciones insulsas.

Isabelle veía por fin que llevaba toda la vida luchando por ser quien era.

Embargada por la angustia, la esperanza y el anhelo, le preguntó a su corazón cómo ganar esa pelea.

Y su corazón respondió.

Cubrió las manos de Tanaquill con las suyas.

Y Tanaquill sonrió y respondió:

—Sí.

CIENTO VEINTICUATRO

Isabelle abrió los ojos y miró a su alrededor.

Tanaquill se había alejado, de vuelta a las sombras bajo el tilo.

Pero Tavi, Ella, Felix y Hugo se habían quedado paralizados. La miraban. Tavi sonreía. A Ella se le salían los ojos de las órbitas. Hugo estaba boquiabierto.

Por las mejillas de Felix caían las lágrimas.

Isabelle bajó la vista para mirarse y contuvo el aliento.

Su vestido andrajoso había desaparecido. Vestía bombachos de cuero, una túnica de cota de malla y una reluciente coraza plateada. En sus manos sostenía un casco de elegante factura. Qué dulce era el peso de la armadura y de la espada que le colgaba de la cadera. Se sentía más alta, más fuerte, como si ya no estuviera hecha de sangre, huesos y carne blanda, sino de hierro y acero.

Los ecos de un feroz relincho recorrieron la gris mañana.

Isabelle se volvió y vio a un semental negro acercarse a medio galope por el camino. Lucía una manta de malla y una testera plateada. Fuerte y majestuoso, un caballo digno de una guerrera.

Frenó hasta ponerse al trote, se detuvo frente a Isabelle y resopló. Isabelle se rio y le dio unas palmadas en el cuello.

—Estaba encerrado en un compartimento, en un establo de la aldea —dijo, volviéndose hacia la reina de las hadas—. ¿Cómo ha salido?

Tanaquill se encogió de hombros.

—Supongo que le habrá dado una coz a la puerta —respondió—. Ya sabes cómo es.

Isabelle rodeó a Nero hasta colocarse a su flanco izquierdo. Hugo le sujetó el casco mientras Felix la ayudaba a subir a su grupa. Tavi y Ella se acercaron.

Los tenientes se enderezaron en sus monturas, a la espera de órdenes. A lo largo y ancho de la *Maison Douleur*, en sus campos y prados, los soldados esperaban, firmes.

El silencio era sepulcral, todos miraban a Isabelle.

—Me temo que no sé cómo hacer esto —susurró, apretando la mano de Felix—. Nunca he sido general.

—Ya sabes lo más importante: sabes ser valiente. Siempre lo has sabido.

—Sabes aventajar al enemigo —añadió Ella—. Nos has traído hasta aquí.

—Sabes luchar —dijo Tavi.

—Eres la peor chica que he conocido, Isabelle —intervino Hugo, con una sinceridad conmovedora—. Eres tan dura y terca que me provocas pesadillas.

Isabelle esbozó una sonrisa trémula.

—Gracias, Hugo. Sé que entre esas palabras se esconde un cumplido.

—Vete ya —le dijo Felix, y le soltó la mano—. Y regresa.

Hugo le entregó el casco. Isabelle lo cogió e inclinó la cabeza ante la reina de las hadas.

—Gracias —le dijo con la voz rota.

—Lo que se rompió vuelve a estar completo —repuso ella, asintiendo—. Has recuperado los fragmentos de tu corazón. El muchacho es el amor, fiel y verdadero. El caballo es el valor, salvaje e indómito. Tu hermanastra es tu conciencia, amable y compasiva. Ten por seguro que eres una guerrera, Isabelle, y que una verdadera guerrera lleva consigo el amor, el valor y su conciencia a la batalla con el mismo aplomo con el que blande su espada.

Isabelle se colocó el casco. Desenvainó la espada y la sostuvo en alto. Nero piafó, se volvió en círculo y tiró de las riendas, deseando ponerse en marcha. Los músculos de los brazos de Isabelle se tensaron. La hoja plateada de la espada reflejó la luz del alba.

Los soldados la vitorearon, un grito de guerra de mil gargantas que resonó por los campos y subió por las colinas. Isabelle sonrió, disfrutando del estruendo.

—¡Soldados! —gritó cuando guardaron silencio—. ¡Esta mañana marchamos contra un enemigo temible! Asesina inocentes, saquea nuestros pueblos y aldeas, y asola nuestros cultivos. No tiene derecho a nuestras tierras. La codicia y la sed de sangre son lo único que lo impulsa. Sus soldados y él no conocen la piedad. En sus corazones arden las llamas de la conquista, pero en los nuestros brilla la luz de la justicia. Rodearemos la Hondonada del Diablo. ¡Allí lucharemos y allí venceremos!

El rugido que siguió a sus palabras fue el de un huracán, un maremoto, un temblor de tierra. Se alzó en el aire convertido en una fuerza asombrosa que nada ni nadie sería capaz de detener. Isabelle tenía hipnotizados a los soldados. Habrían marchado hasta las profundidades del infierno y batallado contra el mismo diablo de habérselo pedido ella.

—¡Por el rey, por la reina y por el país! —gritó la joven.

Espoleó a Nero con los talones. El caballo alzó las patas delanteras y agitó los cascos en el aire antes de salir al galope, volar por encima del

muro de piedra y aterrizar en el campo del otro lado. Sus tenientes cabalgaron tras ella. Sus soldados los siguieron.

Isabelle montaba muy erguida. Estaba ruborizada, con los ojos en llamas. Era temible.

Era fuerte.

Era bella.

CIENTO VEINTICINCO

La luna había desaparecido. Las estrellas se habían apagado.

Tanaquill había terminado su labor.

Con una sonrisa en los labios, observó a Felix, con su daga, y a Hugo, con un hacha que había sacado de un tocón, seguir a las tropas, decididos a luchar con ellas.

Tavi y Ella volvieron a subirse al carro y bajaron por el camino hacia lo que quedaba de los establos. Tavi pensaba guardar allí el carro, dejar a Martin en el prado y esconderse en el gallinero con Ella hasta que fuera seguro salir.

Cuando el carro se alejaba, dos figuras salieron de detrás de las ruinas de la mansión. Una era una anciana vestida de negro; la otra, un joven con levita azul y bombachos de terciopelo.

—Lo ha hecho. Tenía mis dudas —dijo Tanaquill mientras las dos figuras se le acercaban—. La muchacha es valiente. Mucho más de lo que se imagina.

—He venido a por el mapa. Es mío —repuso la Parca—. Tienes que devolvérmelo.

—Deberíais dármelo a mí. Yo he ganado la apuesta —dijo Azar.

Tanaquill miró a la anciana.

—No seguirás dibujando el mapa de la vida de Isabelle. —Después volvió sus ojos verdes hacia Azar—. Ni tampoco tú seguirás alterándolo. Ahora su vida es un paisaje abierto y, si sobrevive al día de hoy, será ella quien decida el camino por el que transitará.

Mientras Tanaquill hablaba, sacó el mapa de Isabelle de entre los pliegues de su capa, lo lanzó al aire y susurró un hechizo. El mapa se desintegró en un fino polvo reluciente que se llevó la brisa.

La Parca y Azar lo vieron desaparecer, y se volvieron hacia la reina de las hadas, acosándola a protestas. Pero ella ya se había ido. Vieron un relámpago rojo cuando la zorra saltó por encima de un muro de piedra. La siguieron con la mirada en su carrera por los campos y las colinas. Se detuvo al borde del bosque silvestre para volver la vista atrás una última vez antes de internarse en el bosque.

Existe la magia en este mundo tan triste y difícil. Una magia más fuerte

que el destino, más fuerte que la casualidad. Y aparece en los lugares más insospechados.

Una noche junto a la chimenea, cuando una muchacha deja un trozo de queso para un ratón hambriento.

En un matadero, cuando a los viejos y a los enfermos, a los débiles y a los descartados se les concede más importancia que al dinero.

En el pequeño desván de un carpintero pobre, donde tres hermanas aprendieron que el precio del perdón es perdonar.

Y ahora, en un campo de batalla, donde una simple chica intenta cambiar el curso de una cruenta guerra.

Es la magia de una criatura frágil y falible, una capaz de las crueldades más inenarrables y de la amabilidad más inmensa. Vive dentro de todos los seres humanos, dispuesta a redimirnos. A transformarnos. A salvarnos. Si encontramos el valor para escucharla.

Es la magia del corazón humano.

CIENTO VEINTISÉIS

El explorador trajo buenas noticias.

La pared de escaramujo que se alzaba del río, densa e impenetrable, seguía allí.

—Bien —dijo Isabelle en voz baja—. Así cerramos el borde meridional del campamento de Volkmar y evitamos que escapen montaña arriba hacia el bosque silvestre.

Mientras hablaba, usó un palo para dibujar un diagrama de la Hondonada en la tierra. Sus tenientes la rodeaban para ver el dibujo del campamento, en el centro de la hondonada.

—Tenemos que rodear los otros tres lados y bloquear todas las rutas de escape —siguió mientras dibujaba un arco desde un borde del muro de escaramujo al otro, y encerraba el campamento en su interior—. Dividimos las tropas en dos. Una mitad va al oeste y la otra, al este. Se reúnen aquí, donde estamos ahora —dijo, dando un golpecito con el palo en el punto más al norte del diagrama—. Id deprisa y en silencio. Enviad la señal en cuanto estéis en posición. Marchad.

Isabelle había salido de Saint-Michel con sus tropas, había rodeado el bosque silvestre y había bajado por una larga carretera llena de baches

hasta el borde de la Hondonada del Diablo. Habían marchado al doble de velocidad de lo normal, pero, aun así, el sol ya empezaba a subir por el cielo, así que ya no contaban con la ayuda de la oscuridad. La joven había procurado mantener una distancia que, esperaba, fuera de unos tres kilómetros entre sus tropas y el campamento de Volkmar para evitar que los vieran u oyeran, aunque sabía que con cada momento que pasaba aumentaban las posibilidades de ser descubiertos.

Si eso sucedía, perdería el elemento sorpresa. Creía que sus tropas superaban en número a las del enemigo, pero Malleval le había demostrado de lo que era capaz aquella gente. Sabía que necesitaría cualquier ventaja a su alcance. Hasta que llegara la señal, estaría sobre ascuas.

Los tenientes cabalgaron hacia sus tropas, y dieron órdenes en voz baja y urgente. De inmediato, los soldados desaparecieron entre los árboles. Estaban hechos de madera. Eran criaturas del bosque y, tras colocarse en sus puestos, volvieron a ser uno con él, sin hacer más ruido que una rama que cruje con el viento o las hojas que susurran con la brisa.

Isabelle asintió con la cabeza, y el joven soldado enjuto al que se dirigía la saludó y se subió a un alto pino que se encontraba detrás de ella con un catalejo metido en la chaqueta.

Transcurrieron veinte minutos. Treinta. Isabelle había dado órdenes de que cada compañía enviara a un hombre a la copa de un árbol con un pedazo de tela roja. El hombre tenía que agitar la tela cuando todos los miembros de su compañía estuvieran en posición. Pasaron cuarenta minutos.

Tensó la mano que sujetaba la espada. «¿Por qué tardan tanto?», se preguntó, nerviosa. Nero agitó la cabeza en silencio.

Justo cuando creía que perdería el temple, lo oyó: el graznido de un halcón, señal del joven soldado de lo alto del árbol: había visto las banderas rojas. Todo el mundo estaba en su sitio.

Isabelle bajó la cabeza. «Isabel, Yennenga, Abhaya Rani, acompañadme — rezó—. Dadme astucia y fuerza. Convertidme en una persona intrépida y valiente».

Después alzó la cabeza, levantó la espada y gritó:

—¡A la carga!

CIENTO VEINTISIETE

El gran duque no vio venir a Isabelle.

Después de la huida de la joven con Ella, el noble había cabalgado hasta el campamento de Cafard para organizar partidas de búsqueda; después había regresado al de Volkmar, donde había pasado el resto de la noche. Mientras él estaba en su tienda de campaña, afeitándose frente al espejo, Isabelle desplegaba sus fuerzas a lo largo del perímetro de la Hondonada del Diablo.

Mientras él se abotonaba su chaqueta, ella ocupaba su lugar al frente del ejército.

Cuando él se sentaba a la mesa plegable y untaba mantequilla en una tostada, ella y sus guerreros descendían.

Los gritos y chillidos lo pusieron en pie. Oyó disparos. Caballos relinchando. Un chorro de sangre que salpicaba la pared de su tienda. El golpe húmedo de una hoja al dar en carne.

Agarró su vaina, se la abrochó a la cintura y corrió a la refriega. El caos se había adueñado del campamento. Los soldados de Isabelle corrían por doquier, atacando a las tropas de Volkmar.

—¡Mi caballo! ¡Traedme mi caballo! —bramó, pero nadie respondió a su orden.

Los hombres caían a su alrededor. El aire se enturbiaba con el humo blanco de la pólvora. La mano del gran duque fue a colocarse en la empuñadura de su espada, pero no tuvo la oportunidad de sacarla. Lo último que vio fue a una muchacha a lomos de un semental negro, una furia vengadora que caía sobre él. Y, entonces, Isabelle le clavó su espada en el pecho y atravesó con ella aquel corazón traidor.

El hombre cayó de rodillas con una mancha carmesí cubriéndole la chaqueta y una expresión de sorpresa en el rostro. Después, se dio de bruces contra el suelo.

Isabelle no se detuvo a celebrarlo, puesto que no disfrutaba matando, sino que siguió adelante, decidida a continuar. Soldado tras soldado cayeron bajo su espada. Sus hombres circulaban por el campamento como un rabioso río desbordado, algunos con espadas, otros con fusiles con

bayonetas. Prendían fuego a las tiendas, destruían cuadras, liberaban caballos, aplastaban carros.

A pesar de haberlos sorprendido, los hombres de Volkmar no tardaron en reagruparse. Se trataba de soldados formidables que luchaban por sus vidas, así que su contraataque fue temible. Pero Isabelle luchaba por las vidas de sus compatriotas y lo hacía como una leona, urgiendo a Nero a internarse cada vez más en el campamento.

Acababa de atravesar a un oficial que apuntaba con su fusil a uno de los tenientes de su ejército cuando oyó el ruido de cascos tras ella. Al volverse en la silla, vio a un jinete que cabalgaba en su dirección. Vestía el uniforme de los invasores. Llevaba una espada en la mano y los ojos le brillaban de furia asesina. «Alguien acaba de bailar sobre tu tumba», le susurró la voz de Adélie.

¿Había sido él?

Allí, en la Hondonada del Diablo, por fin lo descubriría.

Le dio media vuelta a Nero.

Se enfrentó a Volkmar.

Y liberó al lobo.

CIENTO VEINTIOCHO

Chispas azules volaron por los aires cuando las dos espadas chocaron.

La de Volkmar era más grande y él era más fuerte, pero Isabelle era sagaz. Paraba sus mandobles con la hoja y los bloqueaba con el escudo.

Largo rato lucharon mientras sus caballos batían la tierra a su alrededor, y sus gritos, gruñidos y juramentos se mezclaron con los de sus soldados. Volkmar martilleaba el escudo de Isabelle de tal modo que a la joven se le sacudía el brazo izquierdo. Él había salido corriendo de su tienda sin armadura. Isabelle apuntaba con destreza a su cabeza sin proteger y consiguió abrirle un corte en la mejilla, aunque ninguno de los dos era capaz de asestar el golpe mortal.

Entonces, Volkmar cambió de dirección y atacó con su espada a la espalda de Isabelle, acertándole con el lado plano de la hoja. La fuerza del impacto la tiró del caballo. El casco salió volando, aunque consiguió conservar la espada.

Volkmar se bajó de su montura y caminó hacia ella. Aturdida por el

golpe, no lo vio venir. Sin embargo, cuando el hombre alzó la espada, uno de los soldados de Isabelle, que luchaba a pocos metros de ella, gritó una advertencia.

La hoja cortó el aire. Isabelle rodó hacia la derecha para intentar apartarse de ella, pero la punta le acertó en la pantorrilla izquierda. Gritó y retrocedió por el suelo con la pierna buena.

El comandante enemigo corrió hacia ella y le propinó una patada en el costado, detrás de la coraza. Isabelle oyó el crujido de los huesos. Sintió un dolor cegador. Cayó sobre el otro costado, entre jadeos, con la espada bajo ella.

—Levanta, perra. Ponte en pie como el hombre que crees ser y enfréntate a tu muerte.

Isabelle intentó levantarse. Consiguió ponerse de rodillas. Volkmar le dio un salvaje revés en el rostro, que la derribó de nuevo. Todo su cuerpo era puro dolor. Le costaba ver algo a través de su niebla roja.

Volkmar estaba cerca, caminando en círculos a su alrededor, jugando con ella antes de matarla.

—¡Recoge tu espada! ¡Ven a por mí! —le gritó.

Isabelle escupió la sangre que se le acumulaba en la boca y lo miró a los ojos. El hombre sujetaba la espada cruzada sobre el cuerpo para protegerse el vientre. Ella sabía que su única oportunidad consistía en ponerse en pie de algún modo y conseguir que bajara la espada.

«Pero ¿cómo?», se preguntó.

«Tienes que parecer débil cuando estás fuerte y fuerte cuando estás débil», fue la respuesta.

—Gracias, Sun Tzu —susurró.

Y después, en voz alta, suplicó:

—No me mates, por favor.

Su enemigo sonrió al ver el miedo en los ojos de la joven, al percibir el dolor en su voz.

—Bueno, sí que te mataré, pero todavía no.

Relajó un poco el brazo; la hoja bajó unos centímetros.

Con gran esfuerzo, Isabelle se levantó e intentó alejarse cojeando, arrastrando la pierna herida tras ella.

Volkmar siguió con sus círculos, burlándose de la joven. Ya la contaba entre sus víctimas. No tenía ni idea de que se había caído mil veces de un caballo y sabía cómo soportar el dolor. Desconocía que había luchado en mil duelos bajo el tilo cuando era pequeña. Que había practicado con espantapájaros en la granja de los LeBenêt. Que había aprendido a bloquear y arremeter, a fintar, retroceder y atacar después. No veía que, en aquel momento, estaba en plena finta. Que su herida sangraba mucho, pero no era profunda. Que la patada que le había propinado en las costillas dolía como un demonio, pero que no la había dejado ni sin aliento, ni sin voluntad, ni sin coraje.

Entre jadeos y muecas, con una mano en el costado para hacer más teatro, Isabelle se levantó con la cabeza agachada, suplicante. Estaba inclinada sobre la espada y la usaba de muleta. Así parecía indefensa, con un arma inútil.

A pesar de haber bajado la mirada, veía los pies de Volkmar y su espada. La punta estaba ya a un par de centímetros del suelo. Caminaba hacia ella.

«Más cerca —lo urgió en silencio—. Un poquito más...».

—Eres buena guerrera, lo reconozco. Para ser mujer —dijo Volkmar, que estaba a pocos metros—. Pero eres demasiado impulsiva para ser una gran soldado. Tienes más valor que sentido común.

«Más cerca... Eso es...».

—El gran duque me habló de ti y de que te habías lisiado para casarte con el príncipe. —Se rio—. Seguro que a él sí que lo sorprendiste. Te vi matarlo. Fue un golpe de suerte, por supuesto, aunque acertado. No se esperaba verte de vuelta, y menos al mando de un ejército. No se esperaba tanto de una muchacha vulgar que había sido capaz de cortarse sus propios dedos.

«Más cerca...».

Isabelle se aferró a su espada. Respiró hondo para calmarse y alzó la cabeza, despacio.

—No, claro que no. ¿Por qué se lo iba a esperar? ¿Por qué te lo ibas a esperar tú? —preguntó—. Pero ya no corto dedos...

Entonces, con un grito ensordecedor, alzó la espada y le cortó el cuello a Volkmar de un tajo limpio.

—Corto cabezas.

CIENTO VEINTINUEVE

La puerta del carruaje de Isabelle se abrió.

La joven salió del vehículo y subió con paso firme por las grandes escaleras de mármol que conducían a las altas puertas doradas del palacio. Había soldados a ambos lados de las escaleras. Todos hicieron el saludo marcial, y ella se lo devolvió.

Era un día especial. Isabelle apenas era capaz de contener la emoción.

Dos lacayos le abrieron las puertas y otro la acompañó al interior. El gran vestíbulo, todo mármol y espejos, se iluminaba con mil velas que titilaban dentro de sus enormes lámparas de cristal. Al atravesarlo, pensó en la primera vez que había entrado en el palacio: con Tavi y *maman*, para el baile del príncipe.

El corazón se le encogió al recordar que habían dejado a Ella en casa, sollozando en la cocina. Isabelle llevaba entonces un rígido vestido de seda con cuentas de cristal y lazos. Su doncella le había recogido el cabello en un absurdo moño estilo nido de pájaro. Al entrar a palacio se había visto de reojo en un espejo... y había odiado a la chica que le devolvía la mirada.

En aquel preciso instante pasó por el mismo espejo y se detuvo unos segundos para observar su reflejo. Una muchacha distinta le devolvía la mirada, una de porte desenvuelto y cabeza alta. Esta muchacha llevaba el pelo recogido en una trenza sencilla. Vestía una entallada chaqueta de cuello alto de sarga azul marino y una falda larga a juego, con una abertura que le permitía montar sin problemas. Unas relucientes botas negras de cuero asomaban por debajo del borde.

Aquel uniforme ocultaba una venda blanca que le oprimía el torso para ayudarla con el dolor de las costillas que Volkmar le había roto con la patada. Una hilera de puntos le recorría la pantorrilla izquierda, donde el comandante le había abierto un corte irregular con la espada. La herida cicatrizaba bien. Un cirujano militar se la había cosido después de la batalla de la Hondonada del Diablo.

La batalla había sido larga y sangrienta, pero Isabelle la había ganado. Después, ella y sus fuerzas habían caído sobre Saint-Michel, donde habían detenido al coronel Cafard y lo habían encerrado. A continuación, se

había dirigido al campamento del rey.

Tenía el mapa en el que se mostraba la localización del resto de las tropas de Volkmar. Isabelle había atacado a las compañías una tras otra y había ganado tres batallas más incluso antes de llegar hasta el rey. Cuando se presentó en su campamento, le explicó quién era y por qué había ido, y después le dio el mapa de Volkmar y el suyo como prueba de la traición del gran duque. Juntos derrotaron al resto de los invasores.

La magia de Tanaquill era potente. No había acabado a medianoche, como el encantamiento que había preparado para Ella, sino que se había apagado poco a poco. Después de cada batalla, cuando llegaba el momento de recoger y enterrar a los muertos, no encontraban a ninguno. Es decir, a ninguno de los soldados de Isabelle. Los encargados de barrer los campos después de la lucha solo encontraban los cadáveres de los soldados de Volkmar y, a veces, curiosamente, una figurita de madera enredada en la hierba.

El muro de escaramujo se había hundido de nuevo en el río después de la batalla de la Hondonada del Diablo. Isabelle había regresado al tilo, se había arrodillado y había metido dentro la medalla recibida por su valor en la hondonada.

«Para vos —dijo, agachando la cabeza—. Gracias».

Un lacayo que esperaba junto al codo de Isabelle se aclaró la garganta y la apartó de sus recuerdos.

—General, el rey y la reina os esperan en el Gran Salón.

Isabelle asintió y lo siguió. La condujo por un largo pasillo hasta unas puertas doradas. Tras un fuerte empujón, el hombre entró en el Gran Salón y anunció el nombre de Isabelle.

En el otro extremo del salón, sentados en tronos dorados, estaban el rey Charles y la reina Ella. A lo largo de los dos laterales, en tres hileras, se alineaba la aristocracia de Francia, decenas de cortesanos, ministros, oficiales y amigos.

Mientras Isabelle caminaba por el centro de la sala hacia la pareja real, vio a Hugo y su nueva esposa, Odette. Tavi también estaba allí, con su túnica de estudiante. A petición de la reina, el rey había decretado que todas las universidades y facultades del país debían permitir la asistencia de mujeres. Su madre estaba al lado, sonriendo a un duque por allí y a

una condesa por allá. Tras pedirle disculpas a Ella, se habían reconciliado, así que ahora pasaba sus días en los jardines de palacio, hablando con las coles reales.

Felix también estaba allí, y a Isabelle se le alegró el corazón al verlo, vestido con su chaqueta nueva. El hombre al que había vendido los soldados de madera exigió la devolución del dinero, pero el rey le estaba tan agradecido a Felix por haber fabricado el ejército que salvó a Francia que se encargó él mismo de pagar al hombre y le concedió al joven una beca para la mejor escuela de bellas artes de París. Estaba ocupado todos los días aprendiendo a esculpir piedra, pero siempre procuraba reservar las noches para cabalgar junto a Isabelle por el bosque privado del rey.

Isabelle ya había llegado hasta los reyes. Se detuvo a pocos metros de ellos, inclinó la cabeza y se arrodilló.

El rey se puso de pie. Un criado con guantes esperaba cerca de él; en sus manos sostenía una reluciente caja de ébano. La abrió y dejó al descubierto el grueso collar de oro que descansaba sobre el terciopelo negro. El rey sacó la cadena de la caja, se dirigió a Isabelle y se la puso. Tras colocársela bien sobre los hombros, le pidió que se levantara y se volviera hacia la corte.

—Damas y caballeros, ciudadanos de Francia, estamos hoy aquí reunidos gracias al valor y la fuerza de esta joven. Jamás podré pagarle lo que ha hecho por nosotros. Y jamás me separaré de ella. Dependo de su sabio consejo, y su coraje y su fortaleza me inspiran esperanza en este camino que nos conduce desde la destrucción provocada por la guerra a los días dorados de la paz. Me he asegurado de tenerla siempre junto a mí. En las reuniones con mis nobles y ministros, y, llegado el caso, en el campo de batalla. —El rey sonrió y añadió—: Querido pueblo, os presento a la guerrera más audaz de Francia... y a mi nueva gran duquesa.

El aplauso fue ensordecedor. Los gritos y vítores arrancaron ecos a los altos muros de piedra.

A Isabelle le latía con fuerza el corazón (de alegría, de gratitud, de orgullo) al contemplar los rostros de todos sus seres queridos. La reina se unió a Isabelle y al rey, y juntos bajaron por los escalones para saludar a la corte. Todos querían desearle lo mejor a Isabelle. La familia y los amigos la abrazaban y besaban. Los nobles querían oír sus historias

del campo de batalla. Los ministros le preguntaban por su opinión sobre el estado de las fortificaciones a lo largo de la frontera.

Tanta atención la mareaba. Dio un paso atrás un momento para pedir algo de beber a un criado. Mientras lo hacía, vio otro rostro entre la multitud y, por un instante, fue como si el tiempo se hubiera detenido, y el rey, la reina y toda la corte se hubieran quedado paralizados.

El marqués del Azar sonreía. Estaba tirando al aire una moneda de oro. Se la lanzó a ella. Isabelle la atrapó. Después, el marqués se quitó el sombrero y desapareció entre la gente.

Isabelle lo observó alejarse, agarrada con fuerza a la moneda de oro.

Jamás volvió a verlo.

Jamás olvidó el día en que lo conoció, ni que sus amigos le habían dicho que podía desear algo más que ser guapa. Jamás olvidó a Isabel, Yennenga y Abhaya Rani. Lució su moneda de oro en una cadena hasta el día de su muerte. No obstante, su posesión más preciada era el recuerdo de la sonrisa del marqués, una sonrisa que era un guiño y un reto. Un camino del bosque en una noche ventosa. Un beso en la oscuridad.

Una sonrisa que le había dado todo lo que deseaba: la oportunidad de labrar su propio destino.

La oportunidad de ser ella misma.

EPÍLOGO

El eco de la enorme aldaba de latón, que tan poco se usaba, retumbó por el antiguo *palazzo* como un mal augurio.

La madre levantó la vista de su trabajo. La luz de las velas le proyectaba sombras en la cara.

—¿Esperamos visita? —preguntó.

—¿Quién es? —ladró la vieja al criado.

El criado corrió a las enormes puertas dobles de la sala de los mapas y las abrió, para después bajar a toda prisa los tramos de escaleras que daban a la puerta de la calle.

En el umbral esperaba un hombre vestido con una levita de terciopelo marrón. Unas largas trenzas negras le caían por la espalda, y llevaba un gran saco a un hombro y un mono encaramado al otro. El criado le lanzó una mirada hosca, pero lo invitó a entrar y lo condujo escaleras arriba.

—Tenías que traer al maldito mono —dijo la vieja cuando el hombre entró en la sala de los mapas.

—Nelson es muy educado —respondió Azar.

—Tienes una idea muy rara de lo que es ser educado —comentó la anciana—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Azar se llevó una mano al pecho y fingió ofenderse.

—¿Hacer por mí? Solo he venido a disfrutar del placer de tu compañía, no a pedir favores.

—Nuestra competición acabó en empate —dijo la vieja, que lo miraba con escepticismo—. No tengo que darte ningún mapa.

—Y todavía tengo permiso para visitar a mis tres damas favoritas en su precioso palacete —respondió él, esbozando una sonrisa encantadora.

—Permitiremos que te quedes si prometes no robar más mapas.

Azar alzó la mano derecha con aire solemne y dijo:

—Lo prometo.

La vieja gesticuló para invitarlo a entrar y le ofreció un asiento a la larga mesa de trabajo. Al criado lo enviaron a por un refrigerio. Los demás sirvientes, con capas y capuchas, se movían en silencio por los largos pasillos de estanterías en los que se guardaban los mapas de las Parcas.

Azar dejó el saco en el suelo y se sentó. Se volvió hacia el monito y le dio una palmada.

—Baja, Nelson, estira las patas.

—Que no vaya muy lejos —le advirtió la vieja.

—No lo hará. Se quedará jugando alrededor de mis pies —le aseguró Azar.

El criado regresó con una botella de oporto, cuatro copas y una bandeja de excelentes quesos.

Una vez que todos estuvieron servidos, la anciana preguntó:

—¿A qué debemos el honor de tu visita?

—A decir verdad...

—Dudo que lo sea —lo interrumpió la doncella.

—... me sentía mal por lo de mi última visita. Fue algo apresurada. Me fui de golpe y porrazo.

—Es lo que suelen hacer los ladrones —dijo la vieja.

—Quería compensároslo, así que he traído regalos —concluyó Azar.

—Me parece que eso fue lo que le dijeron los troyanos a los griegos —comentó la madre.

Azar se agachó y abrió el saco. Uno a uno, sacó del interior los regalos.

—Perlas de Japón —dijo, y le entregó una bolsita de ante a la doncella—.

Seda de la India. —Le entregó un rollo de reluciente tela carmesí a la madre—. Y, para ti —añadió, dándole a la vieja una caja cubierta de terciopelo—, ópalos negros de Brasil.

—Son unos regalos muy generosos, gracias —respondió la anciana. Después esbozó una sonrisa cómplice—. Aunque sigo pensando que algo quieres a cambio.

—No, nada —le aseguró Azar con aire inocente. Sonrió, esperó unos segundos y añadió—: Bueno, puede que una cosita...

Metió de nuevo la mano en la bolsa y colocó tres botellitas en la mesa.

—Aquí tengo unas tintas que he preparado para ti —dijo—. Tal vez quieras probarlas. Es lo único que pido. Esta es «Arrojo»... —explicó, y señaló una botella con una tinta del verde azulado de la cola de un pavo—. Esta es «Agallas» —dijo mientras le enseñaba otra del color dorado de las carpas—. Y, mi favorita, «Desafío».

Esta última la sostuvo en alto para que le diera la luz. Lanzaba destellos rojos y naranjas, como fuego líquido.

La vieja descartó las tintas con un gesto desdeñoso. La madre las miró con suspicacia. Solo la doncella cogió «Desafío», la agitó en la botella y sonrió.

Al hacerlo, se oyó un ruido en lo más profundo de las altas torres de estantes.

El ruido de mapas al caer al suelo.

La vieja entornó la mirada.

—¿Dónde está ese mono? —preguntó.

—Está aquí mismo —respondió Azar, que se agachó y recogió al

pequeño capuchino, que había estado sentado junto a su saco, y lo colocó sobre la mesa. El mono miró a la anciana y le sopló un beso.

El ceño de la anciana se arrugó todavía más. Un criado corrió a ver qué había provocado tanto escándalo y volvió anunciando que, efectivamente, algunos mapas habían caído al suelo. Sugirió que el estante estaba sobrecargado y aseguró a las Parcas que estaban arreglando el problema. La vieja asintió; las arrugas de la frente se le relajaron un poco.

Azar apuró su copa, dio las gracias a las Parcas por su hospitalidad y dijo que debía marcharse. Cerró su bolsa y se la echó al hombro; Nelson saltó al otro. La vieja lo acompañó a las puertas de la sala de los mapas. Al despedirse, de repente, lo agarró del brazo. Con un tono parecido a la lástima, le dijo:

—La chica, Isabelle, era una excepción. No pidas a los mortales más de lo que pueden ofrecer.

—Te equivocas. Tienen mucho que ofrecer. Todos y cada uno de ellos. Más, a veces, de lo que se imaginan.

La Parca le soltó el brazo.

—Estás loco, amigo mío.

—Quizás, pero soy feliz.

—En este mundo, solo un loco podría serlo.

Un criado lo acompañó desde allí, escaleras abajo, hasta la calle. Azar salió y se volvió para dar las gracias al sirviente, pero ya se había ido y había cerrado las puertas con llave.

Alzó la cabeza para mirar al cielo oscuro, y se alegró al ver las estrellas y la luna, al saber que había salido del sombrío *palazzo*. Nelson, todavía encaramado a su hombro, señaló a un grupo de gente con coloridas vestimentas que esperaba cerca, a la luz de una farola. Azar se apresuró a unirse a ellos.

—¿Y bien? —preguntó la maga, arqueando una ceja.

—Me obligó a prometer que no volvería a robar nada —respondió Azar—. Y cumplí mi promesa.

A la maga se le entristeció el rostro. Lo mismo les ocurrió a todos los demás.

Entonces, Azar abrió su saco: tres monos salieron de él de un salto, parlotando animadamente. Nelson les respondió.

—Pero ellos no le prometieron nada —añadió Azar, esbozando su sonrisa de pícaro.

Abrió bien la bolsa para que sus amigos vieran lo que había dentro: en el fondo, algo aplastados por los monos, se ocultaban una docena de mapas enrollados.

Entre risas, Azar tomó a la maga del brazo; después, sus amigos y ellos corrieron por la acera hacia el interior de la antigua ciudad, hacia la multitud, hacia aquella noche tan bella y reluciente, llena de posibilidades.

AGRADECIMIENTOS

Hermanastra es una historia que llevo años deseando contar. Son muchas las personas que me han ayudado a que por fin pueda hacerlo, y sé que jamás podré agradecerse lo suficiente, aunque lo intentaré de todos modos.

Gracias a Mallory Kass, mi fantástica editora, por su inteligencia, su enorme corazón, su sentido del humor y su afecto por las hermanastras feas, los caballos testarudos, las autoras nerviosas y otras criaturas difíciles. Isabelle y yo tenemos mucha suerte de haber encontrado en ella a nuestra propia Tanaquill..., ¡aunque sin los dientes afilados y las uñas en punta!

Un gracias de todo corazón a Dick Robinson, Ellie Berger, David Levithan, Tracy van Straaten, Lori Benton, Rachel Feld, Lizette Serrano, Lauren Donovan, Alan Smagler y su equipo, Melissa Schirmer, Amanda Maciel, Maeve Norton, Elizabeth Parisi y el resto de mi familia de Scholastic por su increíble entusiasmo por *Hermanastra* y por darme una bienvenida tan calurosa a mi nuevo hogar. Significa mucho para mí.

Gracias a Graham Taylor y Negeen Yazdi, de Endeavor Content; Bruna Papandrea, de Made Up Stories; y Lynette Howell Taylor, de 51 Entertainment, por trabajar para convertir *Hermanastra* en una película. Estoy muy orgullosa de colaborar con todos vosotros y muy emocionada

con lo que está por llegar. Un agradecimiento enorme a la agente cinematográfica Sylvie Rabineau, de WME, y a Ken Kleinberg y Alex Plitt, de Kleinberg Lange Cuddy & Carlo LLP, por sus excelentes consejos.

Gracias a mi maravilloso agente, Steve Malk, de Writers House, por creer en *Hermanastra*, en todas mis historias y en mí. «Dondequiera que vayas, pon todo tu corazón en el viaje», nos dice Confucio. Si puedo contar historias y seguir los dictados de mi corazón todos los días es porque cuento con Steve como compañero en mi viaje como escritora. Gracias también a mi agente de derechos en el extranjero, la asombrosa Cecilia de la Campa, por llevar *Hermanastra* a los lectores de todo el mundo.

Gracias a mi encantadora familia (Doug, Daisy, Wilfriede y Megan) por leer las primeras versiones de mi historia y ofrecerme tanto ánimos como comentarios muy interesantes. Un agradecimiento adicional para Doug por inventarse la fantástica frase promocional. Gracias a todos por aguantarme, chicos. Día tras día me enseñáis en qué consiste la verdadera belleza.

Gracias a la ilustradora Retta Scott por la edición del Cinderella Big Golden Book. Gracias a mi abuela Mary por leérmelo cinco millones de veces. Gracias a Pablo Picasso. Su dicho, «siempre estoy haciendo lo que no puedo hacer para poder aprender a hacerlo», me inspiró para un comentario del marqués del Azar cuando conoce a Isabelle, y es algo que siempre he tenido presente.

Gracias a las hadas madrinas: las innumerables generaciones de cuentacuentos que narraban cada noche las historias antiguas a los niños adormilados, reunidos alrededor del fuego, y a los coleccionistas, como Jakob y Wilhelm Grimm, que las conservaron por escrito. Gracias a ellos, los viejos cuentos sobrevivieron, y siguen siendo tan vitales y relevantes como lo eran hace siglos.

Los cuentos de hadas fueron muy importantes para mí cuando era pequeña. Me entretenían, me enseñaban y me inspiraban, pero había algo más importante aún: eran sinceros.

El mundo conspira de mil maneras para decirnos que nos falta algo, que somos menos de lo que deberíamos ser, que la vida es una gran fiesta en la playa a la que no estamos invitados. ¿Bosques oscuros? ¿Qué

bosques oscuros? ¿Lobos? ¿Qué lobos? No os preocupéis por ellos. Solo tenéis que comprar esto, comer esto y vestir esto para que os inviten a la fiesta. Seréis guays. Sexis. Admirados. Amados. Felices.

Los cuentos de hadas nos dicen las cosas tal y como son. Nos explican algo profundo y esencial: que los bosques son reales y oscuros, y están llenos de lobos. Que, a veces, nos perderemos en ellos sin remedio. Sin embargo, esos cuentos también nos aseguran que somos como debemos ser, que tenemos todo lo que necesitamos para encontrar el camino de vuelta a casa: agallas, inteligencia y, quizás, un bolsillo lleno de migas de pan.

Y, por último pero no por ello menos importante, mil gracias, querido lector.

Eres todo lo que siempre había deseado.